

Sonia López Souto

No te
impliques



No te impliques

Sonia López Souto

DEDICATORIA

Sin duda, esta historia va dedicada al amor de mi vida
La razón por la que intento ser mejor persona cada día
Esa personita que me sorprende y me enseña a pesar de su corta edad
Mi enana, aunque pronto será ella quien me llame así a mí
Mi inspiración, mi todo
Mi hija

1

La premisa más importante en nuestro trabajo es no implicarse nunca. Nos la han repetido hasta la saciedad a lo largo de los cuatro años que duran los estudios. Dos años después, todavía la recito frente al espejo antes de acudir al hospital.

Pero es difícil no hacerlo cuando a quien has de cuidar depende totalmente de ti. Los bebés son delicados, pero los prematuros todavía más. Su lucha constante por la supervivencia cuando a veces no abultan más que la palma de tu mano te llega al corazón y es imposible no volcarte en ellos. Te alegras cuando superan sus problemas y regresan a casa y lloras en silencio la pérdida de los que se quedan por el camino. Es duro pero no lo cambiaría por nada.

-Buenas noches, Anna – saludo a una de mis compañeras del turno de tarde.

-Buenas noches, Kathleen.

-¿Cómo fue la tarde?

-Tranquila – me sonrío.

-Eso es bueno – asiento.

Me cambio de ropa en el vestuario y enlazo como puedo mi largo cabello rojo en un moño. Suelo llevarlo en una coleta o simplemente suelto en mi rutina diaria, pero para el trabajo necesito mantenerlo bajo control. Las

medidas de higiene son extremas en un lugar como este.

-Ha vuelto Logan de su excedencia – me informa Anna mientras se pone su ropa de calle.

-¿Cómo está?

-Yo lo he visto bien. Más delgado, pero supongo que es normal.

-Ha sido un año duro para él.

No me gusta hablar de Logan, pero Anna parece no notarlo. Antes de su excedencia, Logan había intentado tener algo conmigo. Es un hombre agradable y muy guapo. Tiene un cuerpo de infarto, producto del gimnasio, y unos hermosos ojos azules que resaltan sobre el rubio de sus cabellos. Su sonrisa es tan atrayente como su varonil voz. Estoy segura de que será un gran novio para alguien, pero yo no quiero ese tipo de complicaciones en mi vida. Me gusta tal y como es.

Logan decidió ignorar ese hecho y convirtió sus intentos por conseguir una cita en algo más parecido al acoso. No un acoso que te plantees denunciar, jamás llegaría a tanto, pero sí lo suficientemente agobiante como para terminar peleándonos por ello. Las últimas semanas antes de que su madre enfermase y él se tuviese que ir para cuidarla, apenas nos hablábamos.

-Su madre murió - al parecer Anna ha seguido hablando y yo ni la he escuchado.

-Eso he oído - me obligo a prestar más atención.

Fui al entierro, por supuesto. Puede que estuviésemos enfrentados, pero su madre era una mujer maravillosa que me había acogido con cariño en su casa cuando su hijo y yo éramos amigos. Se merecía que fuese a despedirla aún cuando Logan y yo no nos hablásemos. Sin embargo, decidí mantenerme al margen, apartada de todos, tratando de pasar desapercibida porque no quería que Logan malinterpretase mis acciones.

-Ya me gustaría a mí consolarlo - Anna suspira y mi mente regresa al presente una vez más.

-Inténtalo – la miro esperanzada.

Bueno, no sé si la obsesión de Logan por mí ha remitido, tal vez pero lanzar a Anna a sus brazos puede resultar beneficioso para todos. Desde luego,

a él le vendría bien que alguien le cuide. En el entierro se veía muy desmejorado, lo que quiere decir que no ha mirado por su propia salud mientras ayudaba a su madre.

-Dicen que le gusta alguien del hospital – me confiesa entre susurros.

-¿Quién? – me incomoda hablar de ello. Sobre todo porque esa soy yo. O lo era antes de que se fuese.

-No sé. Es un hombre discreto.

Y atento, detallista, divertido, vivaz, y muchos otros epítetos que parecen convertirlo en el hombre perfecto, pero si algo he aprendido en esta vida es que la perfección no existe.

-No pierdes nada con intentarlo – intento fingir desinterés mientras intento alentarla y parece que lo consigo porque Anna no sospecha de mi insistencia.

-Tal vez lo haga – una risa tonta sale de su garganta y yo me muerdo el labio para no reír también. Parece una colegiala entusiasmada con su primer amor.

Anna es una chica sencilla y agradable. Un tanto insegura a veces, pero con un gran corazón. Tiene un rostro angelical y unos bellos ojos azules que encajan a la perfección con su cabello rubio. Haría una bonita pareja con Logan.

-Tengo que entrar – me excuso.

-Claro. Que tengas una buena noche.

-Gracias. Eso espero.

En cuanto traspaso la puerta de acceso a la sala de neonatales, el ambiente cambia completamente. El silencio solo es interrumpido por los pitidos de las máquinas que controlan los signos vitales de estos pequeños seres que han decidido venir al mundo antes de tiempo. Su lucha por la supervivencia queda plasmada en los monitores con cada bip que se escucha. Mientras suenan, todo estará bien.

-Llegas pronto – me dice Adelaide, la jefa de enfermeras.

Es una mujer que supera por poco los cincuenta años pero con un cuerpo envidiable y una sonrisa permanente en la cara. Emanan amor por todos los

poros de su piel y eso, para el lugar donde trabajamos, es muy bueno.

-¿Cuándo no lo hago? – replico yo.

-Deberías tener vida propia – sonrío.

-La tengo – me encojo de hombros – y mi trabajo forma parte de ella.

-Gran parte de ella. Casi toda ella – concreta.

-A mí me gusta así.

-Eso es lo que me preocupa, Kat.

Adelaide es lo más parecido a una madre que tengo hoy, tanto dentro como fuera del hospital. Mis padres fallecieron cuando apenas contaba diez años y mi abuela se hizo cargo de mí, pero la pobre mujer estaba muy enferma ya por aquel entonces y acabé cuidándola yo a ella. Fue así como descubrí mi vocación.

Por suerte para ambas, mi abuela siempre fue una mujer precavida con sus ahorros y jamás nos faltó de nada a pesar de que ninguna de las dos trabajaba. Tras su muerte, a mis 19 años, heredé todos sus bienes y descubrí que tenía un fondo bastante generoso para mis estudios. Aún así trabajé para no gastarlo todo y poder mantener un colchón financiero para emergencias.

Pero a pesar de todo el amor que sentía por ella y el que ella me profesaba, siempre anhelé el cariño de una madre. Adelaide parece haber suplido esa falta desde que nos conocimos.

-No debería hacerlo. Estoy bien – le insisto.

-Logan ha vuelto.

Un gesto de disgusto cruza mi rostro en esta ocasión. Ella es la única que sabe toda la historia y no tengo que fingir que no me preocupa su regreso.

-Me lo ha dicho Anna.

-¿Qué vas a hacer?

-Nada. Esperaré a ver qué pasa. Puede que este año separados le haya hecho olvidarse de mí.

-Te tienes es muy poca estima, Kat.

-Tengo esperanza en que sea así – sonrío –. No tiene nada que ver con la

estima.

Cuando Adelaide cambia de tema, respiro aliviada. Me explica qué han dejado hecho y qué debemos acabar en el turno de noche, me habla de un niño que ha ingresado esa mañana, me muestra los historiales de algunos de los que ya llevan varias semanas con nosotros, todo con una sonrisa en los labios, pero una profesionalidad que obliga a tomar en serio cada una de sus indicaciones.

-Nos vemos mañana por la mañana – se despide de mí en cuanto da por finalizada la explicación –. Ya te encargas tú de asignar las tareas a las demás.

No soy la enfermera con más experiencia de la planta, pero por alguna extraña razón que no logro entender, cada cosa que digo se hace sin rechistar. Adelaide lo ha visto y ha sabido aprovecharlo en su beneficio. Yo no tomo las decisiones, por supuesto, solo me limito a exponer lo que Adelaide me indica, pero para ella es suficiente.

Mis compañeras no tardan en llegar y les voy asignando tareas según las directrices de Adelaide. Ninguna protesta y las primeras horas de la noche pasan rápidas y sin ningún percance. Solo cuando mis compañeras me dicen que irán a tomar un café, comprendo que ya estamos a mitad de turno.

-¿No te importa quedarte sola? – somos tres por la noche y ellas parecen tener ganas de hablar en privado, algo que no me extraña pues ambas son muy buenas amigas.

-Para nada – les sonrío para dar más énfasis a mis palabras –. Id juntas, pero procurad no tardar mucho.

-Serán solo diez minutos, prometido.

Sé que sus diez minutos de descanso se convertirán en veinte, pero por el momento no me importa porque la noche está siendo tranquila. Creo que podré con todo yo sola hasta que regresen, siempre que lo hagan a tiempo para la toma de las cuatro.

De repente, las puertas se abren con gran estruendo y me sobresalto. Veo entrar a una de las matronas, Rachel creo recordar, seguida de un par de enfermeras. Trae a un bebé extremadamente pequeño en brazos y parece preocupada. El ginecólogo aparece poco después y los veo trabajar con celeridad con el pequeño. En menos de un minuto ya está en una incubadora y

un nuevo bip se une a los que ya tenemos aquí.

Me acerco a ellos en cuanto se calma la situación. Mi mirada se fija en el vendaje que sujeta la vía y que casi abulta tanto como el bebé. Es realmente pequeño y me hace pensar en que sacarlo adelante será difícil. Sin embargo, en lugar de desanimarme, eso solo me motiva más.

-¿Qué tiempo tiene?

-Demasiado pequeña – murmura Rachel mirándola a través del cristal.

Los demás abandonan la sala poco a poco y sin decir nada. Yo espero a que Rachel me dé indicaciones, pero en lugar de eso, se desahoga conmigo. Es otro de mis dones, si es que se le puede llamar así. La gente, no sé muy bien por qué, termina contándome sus problemas aunque yo no les pregunte por ellos. Y en un lugar donde los problemas son el pan de cada día, situaciones como esta se suceden con demasiada frecuencia. Es por eso que me debo repetir cada día que no he de implicarme.

-La madre sufrió un accidente de tráfico hace unas horas – creo que ni siquiera sabe que me está hablando –. Un borracho chocó su coche contra el de ella al saltarse un semáforo. Tuvimos que sacar a la niña para no perderla también.

Mi corazón se oprime al escucharla. Sacar adelante a un bebé prematuro es difícil, pero si le falta el cariño de una madre o de un padre es doblemente complicado. Está demostrado que arrullarlos y hablarles ayuda en su crecimiento. Esta niña necesitará muchos cuidados extras y saber que su madre no estará con ella, me entristece.

-Seis meses – continúa Rachel –. Muy poco tiempo. No sé si sobrevivirá.

-Haremos que sobreviva – hablo a su lado por primera vez y se sobresalta, como si se hubiese olvidado de que estaba allí con ella.

-Me tengo que ir – su actitud de profesional se ha hecho cargo de la situación ya –. Mi turno no ha terminado todavía y hay varias parturientas en planta que debo controlar. Vigila sus constantes vitales y avisa si surge algún imprevisto. Las primeras horas serán cruciales.

Asiento y la veo salir decidida por la puerta por donde minutos antes hizo su aparición. En cuanto me quedo sola, fijo mi vista en la niña. Es tan pequeña que no puedo evitar pensar como Rachel por un segundo. No será fácil sacarla

adelante, pero haré todo lo posible por ella. Ese es mi trabajo, después de todo.

Me dispongo a recolocarla en la incubadora y cuando mi mano roza la suya, se aferra a ella con fuerza. Me quedo petrificada durante unos segundos. Es la primera vez que un bebé tan pequeño responde a un estímulo de esa forma. Finalmente sonrío hacia ella y la extraña conexión que siento con los niños se asienta en mí. Sin embargo, esta vez presiento que será diferente y no me decido entre si eso es bueno o malo.

...

Estoy en la cafetería del hospital intentando despejar un poco mi mente después de los quince minutos más agobiantes de toda mi vida. Segundos después de que la niña soltase mi mano, tuvo una pequeña crisis y casi la pierdo. Apoyo los codos en la mesa y descanso la cabeza en mis manos. Me duelen los ojos de intentar retener las lágrimas, así que los cierro y trato de descansar un poco.

Cuando mis compañeras de turno aparecieron media hora después de haberse ido, parecía que no llevaban prisa alguna por reincorporarse a su puesto y yo estaba tan alterada por lo que había pasado con la niña, que lo pagué con ellas. Si hubiesen vuelto a los diez minutos, tal y como prometieron, todo habría sido más sencillo y la pequeña no hubiese sufrido tanto antes de estabilizarla. Así que, después de echarles la bronca, las he cargado con suficiente trabajo para que se mantengan ocupadas al menos por tres horas. Sé que debería haber sido más dura con ellas porque no es la primera vez que alargan su descanso cuando están en el mismo turno, pero mi preocupación principal es la niña.

Ahora solo necesito relajarme un poco antes de volver al trabajo. Por suerte para mí, la cafetería está silenciosa a esta hora porque apenas hay gente en ella. Solo un par de compañeros charlando en voz baja al fondo. Esta es una de las razones por las que me gustan los turnos de noche, todo está más tranquilo. No hay gente por los pasillos ni se colas en la cafetería, no se escuchan cientos de conversaciones al mismo tiempo ni hay familiares tratando de llamar tu atención para obtener algo de información extra sobre sus parientes. Por la noche solo estáis tú y el silencio.

-Hola, Leen – solo una persona me llama así y gimo cuando lo escucho. Este no es el mejor momento para enfrentarlo. No esta noche. No ahora mismo.

-Hola, Logan – levanto mi cabeza lentamente para mirarlo.

Está más delgado, Anna tiene razón, y lleva el cabello más largo y descuidado, como si mantenerlo impecable ya no fuese su prioridad. Ni siquiera su rubio parece tan rubio ahora. Sus ojos azules se ven apagados, sin brillo y me miran con apatía. Tampoco es que me sorprenda su aspecto porque ha pasado un año muy duro. Habrá tenido cosas más importantes en las que pensar.

-¿Puedo sentarme? – señala la silla frente a mí y asiento.

-¿Cómo estás? – sé que mi pregunta no es nada del otro mundo y que hoy estará harto de escucharla, pero no se me ocurre nada más que decir.

-Intentando volver a la normalidad – sonrío, más por costumbre que porque lo sienta de verdad. Puedo ver su dolor en sus ojos y me apena que tenga que pasar por todo esto. Tal vez nuestra amistad se haya estropeado, pero nunca le desearía ningún mal.

-Un poco de rutina en tu vida te vendrá bien – me siento un tanto torpe ahora mismo y quisiera desaparecer. Nunca se me ha dado bien consolar a la gente.

-Supongo – encoge los hombros –. Quedarme en casa sin hacer nada tampoco es que ayude demasiado.

Guardo silencio porque no tengo palabras de ánimo para él y todo lo que digo parece ser tonterías que creo que solo empeoran la situación. O la hacen más incómoda.

-Te vi en el entierro – me dice él, llenando el silencio. Hubiera preferido que no lo hiciese, al menos no con ese tema. Después de la mirada que me lanzó aquel día, no creo que vaya a agradecerme el gesto.

-Quise despedirme de tu madre – bajo la mirada porque no soporto ver el reproche en sus ojos.

Aquel día no me acerqué a él para ofrecer mis condolencias cuando me descubrió. No me vi capaz de presentarle mis respetos con media docena de palabras estandarizadas que realmente no consuelan ni significan nada. Y si a

eso le sumamos el modo en que nos despedimos antes de su baja laboral, me habría sentido una hipócrita si lo hubiese hecho. Pero eso es algo que no me apetece explicarle en este momento. De hecho, ni siquiera debería tener que hacerlo. Una vez fuimos grandes amigos y se supone que me conoce bien. Tendría que saber por qué me mantuve al margen.

-Gracias – dice al fin.

-No tienes por qué darlas. Lo hice por ella – me arrepiento nada más pronunciar esas palabras –. Lo siento, Logan. No quise decir eso.

-Sí querías, Leen – tuerce el gesto –. Tranquila, te entiendo.

-No me malinterpretes, Logan. También fui por ti – intento arreglarlo, pero el daño ya está hecho –. Pero tu madre era especial.

-Lo era – me interrumpe –. Mejor persona que yo.

-Eres buena persona – busco su mirada, pero me rehúye –. Logan, tú eres bueno.

-Y por eso me rechazaste – logro captar su mirada ahora, aunque hubiera preferido no hacerlo. No me gusta lo que veo en ella.

-Por favor, no hagas esto. No quiero hablar de eso aquí – frunzo el ceño disgustada.

-Di mejor que no quieres hablar de eso y punto.

-Logan – ruego.

-Tengo que volver al trabajo. Tienes mi número. Para tu información, sigue siendo el mismo – se levanta y me mira –, aunque ambos sabemos que no lo usarás.

Se aleja con rapidez, dejándome mal sabor de boca. Adiós a mi descanso para despejar la mente. Cuando regreso a neonatales, estoy peor que cuando me fui.

-Por fin llegas – me asalta Becka nada más verme. Hay cierto reproche en su voz, pero lo paso por alto porque no quiero discutir más –. Se le ha soltado la sonda al de la 3 y no logramos ponérsela de nuevo. Cada vez que lo intentamos, el niño llora y se la arranca.

Suspiro y me acerco a la incubadora para colocar la sonda, algo que

aprendemos ya en las prácticas. Pero antes de intentarlo, tranquilizo al niño. Mientras esté llorando y se mueva tanto, no habrá forma de hacerlo bien. Aquí casi todos los bebés necesitan sonda al principio y no puedo entender que, después de tantos años en Neonatales, todavía se les resistan. Sin embargo, me abstengo de comentar nada porque con el humor que tengo ahora mismo, soy capaz de decir cosas de las que luego podría arrepentirme.

-Ya está – digo en cuanto el niño está relajado y con la sonda colocada en su sitio –. No es tan difícil.

A pesar de todo, no puedo evitar que mis palabras estén cargadas de ácido. Me siento mal después de la conversación con Logan y su ineptitud me sobrepasa. Si hubiese sido un caso aislado, ni siquiera me habría molestado, pero no es la primera vez que les ocurre. Me alejo de ellas y compruebo los monitores para verificar que todo ha ido bien en mi ausencia. Mejor eso que soltar todo lo que llevo dentro ahora mismo.

Becka y Christine no son las más competentes del grupo, sobre todo si están juntas. Su falta de interés en el trabajo no las convierte en las personas más adecuadas para un puesto de tanta responsabilidad como este. Si de mi dependiese, jamás las colocaría en el mismo turno. De hecho, ni siquiera las tendría en Neonatales porque me da miedo que un día cometan un error que le cueste la vida a uno de los niños. Pero yo no soy quien manda y no puedo hacer nada al respecto salvo suplir sus faltas cargándome con más trabajo a mí misma.

Inconscientemente, dejo para el final a la recién ingresada. No sé cuánto tiempo me quedo mirando para ella fijamente, pero verla dormir me hace tanto bien que no me molesto en parar. Es increíble como alguien tan pequeño y a quien no conozco de nada me da la paz que mi alma ansía en ese momento.

-Seguramente no pase de esta noche – escucho a Christine a mi lado –. Pobrecilla, es tan pequeña.

-Es fuerte – replico –. Saldrá adelante.

-Necesita cuidados continuos.

-Entonces es una suerte que esté aquí – la interrumpo con fastidio –. Después de todo ese es nuestro trabajo, ¿no?

Christine se aleja y la veo negar con la cabeza mientras se reúne con

Becka. Sé que hablan de mí, pero trato de ignorarlas porque no quiero más enfrentamientos con nadie. Al menos no hoy, con todo lo que ha pasado ya.

Miro de nuevo hacia la niña, que duerme profundamente. Me molesta que ya hayan decidido que no merece la pena luchar por ella solo porque es tan pequeña. Si piensan así, está claro que no sobrevivirá porque ocuparán su tiempo en atender a otros niños a los que vean con más posibilidades y eso me enfurece.

Tal vez porque compartir turno con ellas me desespera o quizá porque estoy teniendo una noche de pena, tomo una decisión que de cualquier otro modo jamás se me habría pasado por la cabeza. Reviso los turnos de las siguientes 72 horas y anoto los nombres de mis compañeras para llamarlas más tarde. Me propongo hacer turnos dobles para cuidarla durante sus primeros días y demostrarles así que se equivocan respecto a ella. La pequeña saldrá adelante con mi ayuda y poco me importa que Adelaide se enfade conmigo si se entera de que me estoy implicando tanto. No puedo dejarla luchar sola por su vida. No está en mi naturaleza.

Me siento mejor al pensar que estaré junto a ella los próximos días y que podré vigilar sus progresos personalmente. Incluso mi dolor de cabeza parece remitir poco a poco una vez tomada la decisión.

Escucho las risas sofocadas de mis compañeras e inspiro profundamente para no alterarme de nuevo. Tenemos mucho trabajo por delante y no voy a consentir que se escaqueen por más tiempo, pero tampoco quiero discutir más con ellas.

-Ya casi son las cuatro, empezad con los biberones – les digo con voz firme –. No estáis aquí para hablar entre vosotras sino para cuidar de los bebés.

Las veo saltar impresionadas por mi tono, pero hacen lo que les pido sin rechistar. Por suerte para todas, el resto de la noche transcurre con normalidad.

A las ocho de la mañana me encuentro ya en una de las duchas, dejando que el agua golpee con fuerza mis hombros para intentar relajarlos. Ha sido una noche muy larga y dura. Y no solo me refiero al trabajo, sino a la carga emocional que he sufrido. Necesito recuperar la calma porque en seis horas estaré de vuelta en el hospital, si Eleanor acepta el cambio. Sé que Adelaide

me comerá viva si se entera de lo que me propongo, pero creo que la niña merece que corra ese riesgo. Y tal vez, con suerte, si consigo esquivar sus turnos, pueda ocultárselo. Después de todo, solo serán tres días.

2

-No vas a volver hasta dentro de dos días como mínimo, Kathleen – Adelaide está realmente enfadada conmigo y no puedo culparla. Me merezco cada palabra que me diga –. Esto que has hecho es una auténtica locura. Has podido poner en peligro a los bebés. Estás agotada y eso merma tus capacidades.

Decido escucharla en silencio porque, en el fondo, sé que tiene razón. Además estoy tan cansada que mis párpados se cierran solos y necesito concentrarme para que no lo note. Podría caerme dormida en el suelo en cualquier momento y eso la molestaría todavía más.

-Te creía más responsable, Kat.

-Lo soy – ya no puedo callarme por más tiempo. Eso me ha ofendido.

-Pues no lo parece en este momento.

-Me preocupaba que no cuidasen adecuadamente a la niña – confieso –. Desde el momento en que ingresó ya la dieron por perdida, Adelaide. ¿Qué querías que hiciese? ¿Qué la dejase a su suerte? Ya sabes cómo son algunas por aquí. Se centran en los que tienen más posibilidades. Yo jamás podré entenderlo y mucho menos apoyarlo. Todos tienen el mismo derecho a vivir.

-No debes implicarte tanto, cielo – noto que su enfado se disipa un poco.

-La niña no tiene a nadie. Ni siquiera su padre ha venido a verla – puedo

notar el rencor impregnando cada una de mis palabras.

-Ha estado organizando un entierro – me informa aún cuando no tiene por qué hacerlo –, pero ha llamado cada día preguntando por ella.

-¿En serio? – me alivia saber que la niña no está tan sola como creía.

-Hoy mismo vendrá a verla, pero tú no estarás aquí – continua al ver la alegría en mis ojos –. Y si te lo encuentras en tus turnos, no le hablarás ni te encargarás de su hija.

-¿Por qué?

-Has creado un vínculo muy fuerte con esa pequeña y no quiero que se extienda al padre de ninguna de las maneras. Debes permanecer lejos de ambos cuando estén juntos.

-Entiendo – bajo mi rostro apenada. Sé que tiene razón, como siempre, pero eso no lo hará más fácil.

-Es por el bien de todos, Kat – me acaricia un brazo y sonrío con cariño –. Ahora ve a casa y duerme un poco. Lo necesitas.

-Quiero volver mañana por la noche, en mi turno – le ruego y esto no lo hago por la niña. Adelaide lo sabe.

Quedarme demasiado tiempo en casa con mis recuerdos, me hace daño. Siempre procuro pasar el menor tiempo posible en casa, lo justo para comer y dormir. Y si no puedo salir, procuro estar entretenida. A pesar de que ya hace 5 años que mi abuela se fue, todavía me duele recordarla. Sus últimos años fueron los peores. Sé que debería vender la casa y terminar con mi pasado de una vez, pero no me siento con fuerzas. Todavía no.

-Solo si me prometes dormir hasta entonces. Llevas tres días sin descansar adecuadamente – me regaña.

Aunque sabía que evitar sus turnos no sería suficiente para que Adelaide no me descubriese, me permití tener esperanzas cuando terminé mi tercer turno doble sin que ella lo supiese. Pero aquí las enfermeras hablan demasiado y ella siempre tiene los oídos prestos a captar los rumores. No me arrepiento de lo que he hecho, pero tal vez ahora no lo habría intentado. Adelaide tiene razón, he sido una insensata y mi aventura podría haber terminado muy mal.

-Te lo prometo – realmente dormir es lo que más deseo ahora mismo así

que no será difícil cumplir. Y aunque mis ojos amenazan con cerrarse de un momento a otro, logro esgrimir una sonrisa bastante convincente.

-Toma un taxi – me advierte.

-Lo haré – incluso yo sé que no debo conducir hasta haber dormido unas cuantas horas. De hecho, los tres últimos días he usado el transporte público para desplazarme hasta el hospital.

Podría haberme quedado a dormir en el hospital, pero corría el riesgo de que Adelaide me descubriese sin proponérselo. Además, con Logan de vuelta, prefiero no tentar a mi suerte. No después de nuestro primer y único encuentro.

Me cambio rápidamente y salgo fuera. Aunque podría regresar en bus, prefiero llamar a mi vecino Tom en esta ocasión. Tengo miedo de quedarme dormida y saltarme la parada. Camino con la vista fija en mi teléfono y estoy tan concentrada buscando su número, que no veo que alguien se acerca a mí hasta que lo tengo encima y chocamos.

-Lo siento – las palabras salen de forma automática de mi boca.

Cuando levanto la cara de mis manos, me encuentro con unos impresionantes ojos azules y aunque sé que estoy siendo demasiado grosera con él, no puedo dejar de mirarlos.

-Culpa mía – me dice con voz rota.

Entonces me fijo en el resto de su anatomía. Rostro demacrado, ojeras oscuras, postura derrotada, todo en él clama que está sufriendo. Y aún así no puedo dejar de admirar su apostura. Seguramente en mejores condiciones será un hombre atractivo. Al menos yo lo vislumbro bajo la capa de pesar que lo cubre.

-Últimamente no sé ni cómo logro moverme, mucho menos ver por dónde voy – añade a modo de disculpa.

-Tampoco yo le prestaba demasiada atención al camino – intento quitarle la culpa ya que, por lo que veo, tiene suficientes cosas encima.

-Culpa de los dos, entonces – me sorprende con una sonrisa genuina. Preciosa, he de añadir, aunque dura tan solo un suspiro.

Nos quedamos en silencio por un momento, observándonos casi sin pestañear hasta que comienzo a sentirme incómoda con la situación y enfoco

mi vista en cualquier cosa menos en él. Muevo mis pies, inquieta, al hablar de nuevo.

-Bueno, yo... – estoy muy nerviosa ahora y no sé por qué –, me tengo que ir ya. Siento lo del golpe.

-Yo también lo siento – hace un amago de sonrisa antes de continuar hablando -. Y también me tengo que ir.

-Estamos de acuerdo en eso también, entonces – me doy una bofetada mental por la estupidez que acabo de decir. El sueño no me está haciendo ningún favor ahora mismo, pero tampoco soy capaz de callarme.

-Parece que sí – me alivia ver que él ríe un poco. Al menos he mejorado algo su día, aunque sea de una manera tan tonta.

-Adiós – le sonrío -. Suerte en... lo que vayas a hacer.

Debería dejar de hablar si no hago otra cosa que decir tonterías como esa. ¿Suerte con lo que vaya a hacer? Si se ve a las claras que va de camino al hospital. Simplemente debería haberle deseado un buen día y haberme marchado. Habría sido lo menos vergonzoso.

-Adiós – me devuelve la sonrisa, aunque con poco entusiasmo, antes de marcharse.

Esto ha sido muy extraño. Lo más extraño que me ha pasado en la vida. Me quedo parada en el sitio mientras lo veo entrar con prisas en el hospital, lo que reafirma mi idea de que tiene allí a alguien importante para él. La preocupación era palpable en su rostro.

Suspiro sintiendo lástima por esa persona a quien ni siquiera conozco y regreso mi atención al teléfono para llamar a Tom antes de que me quede dormida de pie. Necesito con urgencia una cama.

-¿Te llevo, Leen? – esa voz tan familiar para mí, suena a mis espaldas.

Cierro los ojos un segundo, realmente disgustada por habérmelo topado justo ahora, y después levanto mi vista de la pantalla del teléfono hacia él. Logan me observa con atención y siento que me voy a desmayar en cualquier momento. Entre el sueño y la tensión por tenerlo enfrente, estoy a punto de colapsar.

-No hace falta, llamaré a Tom. Pero gracias de todas formas, Logan.

-Vamos, Leen – tuerce el gesto y sé que está molesto conmigo –. No es necesario que me rehúyas más, sé captar las indirectas.

-Logan, yo... – en realidad no sé qué decirle.

-Intentemos ser amigos de nuevo, por favor – me ruega –. Al menos concédeme eso. Por los viejos tiempos. Te echo de menos.

-Está bien – le digo después de pensármelo un tiempo que sé que a él le ha parecido excesivo porque lo veo en su cara. Siempre me resultó sencillo leer su rostro.

-Vamos – me indica el camino con una mano –. Tengo el coche cerca.

-¿No lo dejas en el aparcamiento del hospital?

-Hoy no pude, no había sitio cuando llegué. Parece como si toda la ciudad se hubiese enfermado de golpe esta noche.

Guardo silencio y me limito a sonreírle. Aunque ha intentado hacerse el gracioso con su comentario, la tensión entre nosotros es evidente y no resulta todo lo bien que esperaba. La complicidad que teníamos antes de confesarme lo que sentía por mí ha desaparecido hace tiempo, justo después de que iniciara su asedio a mi persona tras mi rechazo. Temo que darnos una nueva oportunidad sea una equivocación, pero yo también echo de menos a mi mejor amigo y me gustaría recuperarlo.

Apenas arranca el coche, la vibración del mismo y el ruido del motor me acunan hasta que me quedo dormida, tan profundamente que ni me entero de cuando llegamos a mi casa. Solo al sentir la ingravidez en mi cuerpo me despejo lo suficiente como para ver que Logan me está cargando en brazos.

-¿Qué haces? – intento bajarme y me lo permite.

-Llévate a tu casa.

-¿En brazos? ¿Y cómo pensabas entrar? – coloco mi ropa en su sitio para evitar mirarlo a la cara. Me siento incómoda ahora mismo.

Tal vez esté siendo demasiado susceptible con esto, pero ya no tengo la confianza de antaño en él y me resulta un tanto violento que se tome tantas libertades. No creo que fuese a aprovecharse de la situación, pero prefiero mantener las distancias con él hasta que me demuestre que es cierto que solo busca recuperar nuestra amistad.

-Habría buscado las llaves en tu bolso – se encoge de hombros y yo lo fulmino con la mirada porque me enfada que lo diga como si no tuviese la menor importancia.

-Es de mala educación revolver las pertenencias de los demás.

-Solo quería dejarte dormir, Leen – se queja y me siento fatal al momento por haber sido tan dramática. Él solo intenta ser amable y yo no se lo estoy poniendo fácil.

Odio todo esto. Odio desconfiar de quien fue mi mejor amigo hasta no hace tanto y quisiera tenerlo de vuelta. Extraño al hombre que siempre sabía cómo animarme, al que me hacía reír con cualquier tontería, al que conté cosas que jamás compartiría con nadie. Aquel que me habló de la enfermedad de su madre con lágrimas en los ojos, sin que le importase mostrarse vulnerable ante mí porque sabía que yo lo apoyaría y le ayudaría en todo lo que estuviese en mi mano. Quiero de regreso a la persona con la que conectaba sin necesidad de palabras.

-Perdona – me disculpo. No sé qué más decirle y eso también lo odio. Antes no era así de difícil.

Busco las llaves en mi bolso y abro la puerta de mi casa antes de girarme hacia él y bloquearla con mi cuerpo. Aunque sé que necesitamos hablar sobre el tema, este no es el mejor momento y espero que lo capte sin necesidad de decirlo explícitamente.

-Gracias por traerme, Logan. Ya nos veremos por el hospital.

-Ya veo – la decepción en su voz es evidente, pero no me arrepiento de haberlo echado porque necesito desesperadamente dormir un poco –. No vemos, Leen. Tal vez algún día quieras hablar.

-Llevo tres días haciendo turnos dobles, Logan – le digo con fastidio. El sueño me hace ser más brusca de lo que quiero, pero no puedo evitarlo –. Tal vez te suene egoísta, pero necesito dormir. Y a menos que quieras verme en el suelo, me dejarás entrar sola en casa y me desearás un buen descanso.

-Ya sabes dónde encontrarme cuando te decidas – me dice sin dejar de caminar hacia su coche. Por la forma de moverse sé que está enfadado y aunque me gustaría replicarle que fue idea suya lo de intentar ser amigos de nuevo, decido que es mejor dejarlo estar. No quiero iniciar una discusión con

él en este momento y mucho menos que todo el vecindario la escuche. Ya buscaré el momento adecuado para hablar con él cuando esté completamente descansada.

Después de doce horas seguidas de sueño, siento que he recuperado toda mi energía y me levanto dispuesta a meter algo en mi estómago vacío. Ni siquiera me detuve en la cocina antes de acostarme porque las ganas de dormir eran mayores que las de comer y ahora siento cómo mis tripas protestan sonoramente por la falta de alimento.

El contestador parpadea y pulso el botón para escuchar los mensajes mientras busco en la nevera algo que llevarme a la boca. En cuanto la abro, el rico olor que desprende inunda mis fosas nasales y gruño por el hambre que siento.

-Hola, cielo. Acabo de salir de mi turno y llamaba para comprobar que has llegado bien a casa. Si no contestas es de suponer que me has hecho caso y que estás durmiendo. Llámame en cuanto despiertes. Un beso.

Sonrío al escuchar a Adelaide, realmente es como una madre para mí. Se preocupa tanto como si lo fuese, a veces incluso de más, pero no voy a quejarme porque es una de las pocas personas que conozco que se ha molestado en saber, por genuino interés, sobre mí y sobre mi vida. Y de las pocas que tiene mi más absoluta confianza.

El contestador pita anunciando el inicio de un nuevo mensaje y me tenso nada más escuchar las primeras palabras.

-Leen, soy Logan. Yo... solo llamaba para pedirte perdón por lo de esta mañana. Me comporté como un estúpido y lo siento mucho. Hablaba en serio cuando te dije que quería recuperar nuestra amistad – silencio –. Si todavía tengo alguna oportunidad. Sé que me he comportado como un cretino y que fui un egoísta, pero realmente necesito que lo arreglemos todo. Lo siento mucho, Leen. Llámame cuando escuches el mensaje, por favor.

Cierro los ojos disgustada por la situación. No entiendo cómo ha podido complicarse de ese modo. Logan era un buen amigo, el mejor que he tenido en años, de hecho. Me conoce muy bien, mejor que nadie. Admito que tuvo que insistir mucho antes de que yo lo dejase entrar en mi burbuja de protección, esa que he levantado en torno a mí para que nadie me dañe después de toda una vida sintiéndome vulnerable, pero se lo ganó a pulso.

Tengo muchos conocidos, de esos con los que mantienes conversaciones de cortesía si te los encuentras por la calle. Fueron amigos en su momento, pero el tiempo, y puede que también mi falta de interés por mantener el contacto, se encargó de distanciarnos. Demasiado hermética, me dijo una vez el amago de novio que tuve en la universidad. Y tenía razón. Muy pocas personas han podido acceder a mí del modo en que Adelaide o Logan lo han hecho.

No sé si fue precisamente esa confianza y esa complicidad lo que hizo que Logan viese algo más que amistad en nuestra relación. O tal vez yo lo alenté a traspasar la línea de algún modo sin saberlo. Lo que sí sé es que lo estropeé todo. Podría haberse detenido después de decirle que nunca lo había visto de ese modo y que nunca lo haría, pero siguió insistiendo, convencido de que también podría traspasar esa barrera. Le rogué que se detuviese, pero no me escuchó y lo único que consiguió fue alejarnos.

Y ahora, después de escuchar su mensaje, mis ganas de recuperar a mi amigo luchan contra el miedo a que solo sea una más de sus tretas. Decido no llamarlo, pero le envío un mensaje prometiéndole que quedaremos un día para hablar con calma. Extraño tanto a mi amigo que estoy dispuesta a correr el riesgo. Tendremos esa charla y si resulta un fracaso, al menos lo habremos intentado.

Después de comer llamo a Adelaide para asegurarle que estoy bien y que he dormido tal y como ella me pidió. Hablamos al menos una hora sobre trivialidades y acaba por convencerme de que cene con ella y con Alan este sábado por la noche. No sé cómo lo hace, pero siempre consigue de mí todo lo que quiere.

Como no tengo sueño después de doce horas seguidas de sueño y a pesar de ser casi medianoche, elijo una de las muchas películas que he ido acumulando en casa a lo largo de los años y me dispongo a verla. Me cuesta encontrar una que no haya visto ya, lo que me recuerda que llevo varias semanas sin pasar por la tienda de Sally. Se va a creer que la he abandonado. O peor, que le soy infiel.

Sonríe inconscientemente al pensar en ella. Es encantadora aunque un tanto inquieta, pero sabe ganarse a la gente con una simple sonrisa y ese aire de inocencia que tiene. Está totalmente obsesionada con todo lo que tenga relación con el cine, así que no es de extrañar que posea una videoteca. Es, tal

vez, un par de años menor que yo, pero eso no le impidió montar su propio negocio en cuanto terminó sus estudios. Claro que sus padres le ayudaron, después de que los bombardease con datos y estadísticas durante meses.

Y no es que sepa todo esto porque se lo haya preguntado, sino porque ella misma me lo contó en mis múltiples visitas a su local. Sally es otra de esas personas a las que podría llegar a considerar una buena amiga si pasásemos el tiempo suficiente juntas. Aunque, como siempre, nunca he hecho el esfuerzo de quedar con ella después del trabajo para tomar algo o tal vez salir de fiesta un sábado por la noche.

Ahora que lo pienso, llevo un tiempo sin hacer ninguna de las dos cosas. Debo admitir que Adelaide tiene razón al decir que últimamente mi vida gira en torno a mi trabajo. Pero ese es un entorno que controlo, en el que me siento cómoda y protegida, y ahora mismo es lo que necesito. El fiasco con Logan me ha hecho más daño del que estoy dispuesta a admitir y, después de un año, todavía estoy lamiendo mis heridas.

La peli acaba sin que me haya enterado ni de la mitad, pero no importa. El objetivo era mantener la mente ocupada y no pensar en que estoy sola en casa. Desde la muerte de mi abuela hace cinco años, nada ha vuelto a ser igual. Noto su ausencia en cada rincón de la casa. He intentado ponerla a la venta en varias ocasiones, pero hay tantos recuerdos acumulados en ella que siempre me echo atrás. Aunque me duele vivir aquí, todavía no me siento preparada para dejarla.

Subo a mi cuarto e intento dormir otro poco aunque todavía no tenga sueño. Le debo unas cuantas horas más de descanso a mi cuerpo después de todo lo que le he exigido en los tres últimos días. Sobre todo porque mañana me espera turno de noche y eso ya es de por sí matador.

Como cabía esperar, me despierto muy temprano esta mañana, así que salgo a correr nada más levantarme. Debido a mis horarios en el hospital, mis comidas no son todo lo regulares ni todo lo sanas que deberían y el deporte diario me ayuda a mantener un peso adecuado y un cuerpo medianamente sano.

En mis años universitarios también acudía al gimnasio con algunos de mis compañeros, pero ahora me conformo con correr por el barrio. Recuerdo que también me apunté a clases de defensa personal después del intento frustrado de robo que sufrí regresando de la facultad. Quería saber protegerme a mí

misma si algo parecido sucedía de nuevo. En aquella ocasión tuve la inmensa suerte de que pasaban por allí un par de chicos que acudieron en mi auxilio y que me acompañaron a casa después.

Uno de ellos fue uno de mis tantos fracasos como novia de alguien. El mismo que me dijo que debería aprender a abrirme a los demás si quería llegar a tener una relación duradera y real.

-Eres fantástica, Kat, pero no permites que nadie se acerque lo suficiente a ti. Algún día te arrepentirás de eso y solo espero que no sea demasiado tarde.

Creo que esperaba que le pidiese otra oportunidad, pero no supe reaccionar a tiempo. O tal vez no quise hacerlo.

Regreso a casa agotada, pero con la mente despejada. Me doy una más que merecida ducha antes de vestirme con lo primero que encuentro en mi armario. En menos de media hora ya estoy fuera de nuevo.

-Buenos días, Sally – le sonrío nada más entrar.

-Hasta que te dignas a aparecer – ríe ella al verme –. Ya creía que te habían abducido los extraterrestres o que te había raptado un hombre-lobo que se había imprimado de ti.

La obsesión de Sally por el cine queda patente en la mayoría de sus conversaciones. Yo me limito a sonreír, sin saber muy bien qué contestarle. La conozco lo suficiente como para saber que no se ofenderá si permanezco en silencio y que no tardará en hablar de nuevo.

-¿Demasiado trabajo como para dignarte a visitar a tu cinéfila favorita? – me pregunta en tono jocosos.

Su entusiasmo es contagioso y antes de que me dé cuenta, ya estoy sonriendo con ella. En cierto modo, venir a verla es como una terapia para mí porque a su lado es fácil desechar los pensamientos negativos. Sally es pura energía positiva.

-Un poco sí, la verdad – suspiro, pero cambio de tema antes de que me pregunte sobre ello – ¿Alguna recomendación?

Supongo que esto es a lo que se refería Will cuando decía que soy hermética. Siempre doy lo justo, intentando mantener al margen ciertos aspectos de mi vida. Me siento cómoda con aquellos que saben verla y

respetan mi mutismo. Al resto, de un modo u otro, siempre termino alejándolos. Sé que Sally siente curiosidad, pero nunca insiste y es por eso que me cae tan bien.

-Para ti, cualquiera de la sección de novedades – ríe de nuevo.

No es difícil contentarme en cuanto a cine se refiere porque me gusta prácticamente cualquier género, mientras la película sea coherente con el argumento y esté bien planteada. Terror, romántica, comedia, suspense, drama, todo me sirve. Y es por eso que cuando llego a casa, llevo la cartera vacía y una bolsa llena de películas con las que tengo intención de entretenerme hasta que tenga que entrar a trabajar.

Y aunque me digo a mí misma que lo hago para no pensar en mi abuela, como en las demás ocasiones, lo cierto es que tiene mucho más que ver con la niña prematura y mi necesidad de saber que está bien. Le habría preguntado a Adelaide si no tuviese miedo de que descubra hasta qué punto me he implicado esta vez con ella. Por supuesto que ya sospecha, por algo me ha prohibido acercarme cuando su padre esté de visita, pero si llegase a confirmarlo, me enviaría de vacaciones anticipadas solo para que el vínculo que he creado con ella se rompa antes de que sea demasiado tarde.

3

-Ha mejorado mucho desde ayer - me informa Adelaide. Aunque he intentado no mirar hacia la niña mientras me da las tareas de la noche, he fracasado estrepitosamente -. Y ya tiene nombre.

-¿En serio? – la miro encantada con la noticia -. Eso es genial. Necesita un nombre al que pueda reaccionar cuando le hablemos. Sobre todo cuando lo haga su padre.

-Kat – me obliga a mirarla en cuanto me descubre otra vez observando la incubadora -. No te impliques más, cielo.

-Me preocupo tanto por ella como por el resto – me encojo de hombros fingiendo una indiferencia que no siento -. Ya sabes que no puedo ser indiferente a ninguno de ellos.

Me mira fijamente y sé que no me cree. Ni siquiera necesita decir nada para darme por advertida. Suspiro y asiento, poco convencida, aún así.

-No olvides nuestro trato, ¿de acuerdo? – alza una ceja, insistente.

-No lo olvidaré – le respondo.

Termina de darme las instrucciones y se despide de mí, no sin antes lanzarme una nueva advertencia muda, que acepto elevando mis ojos al cielo y provocando que sonría al verme. Mis compañeras no tardan en llegar y mi expresión cambia por completo al comprobar que son nuevamente Becka y

Cristine. Les asigno sus tareas y me alejo de ellas en cuanto puedo para evitar cualquier tipo de enfrentamiento.

Me acerco a la incubadora de la pequeña y le sonrío antes de tomar su pie con cuidado para mirar su pulsera. Adelaide olvidó decirme su nombre antes de irse. Faith. *Un gran nombre, pienso, perfecto para ella.* Su padre ha sabido elegirlo bien, aunque hace falta mucho más que fe para que sobreviva. Sobre todo muchos cuidados y todo el cariño que se le pueda dar.

Me alegra saber que su padre ya viene a verla. Al pasar los días y ver que no aparecía, me sentí desolada. Una niña tan pequeña, huérfana de madre y con un padre ausente, no podía ni imaginar lo que sucedería con ella. Me tranquiliza que no esté sola.

Hago la ronda, comprobando de vez en cuando que mis compañeras no desatienden su trabajo. Quiero aprovechar las primeras horas para adelantar lo máximo posible las tareas pues, por experiencia, después de las seis los bebés suelen estar más inquietos y ocupan todo nuestro tiempo en exclusiva.

En el descanso, como siempre que coinciden en el turno, Becka y Cristine me piden permiso para salir juntas. Después de advertirles que regresen en quince minutos, so pena de informar a Adelaide si no lo hacen, las dejo marchar. Aún así, sé que no me harán caso.

Media hora después es mi turno para descansar. En esta ocasión no me encuentro con nadie y puedo disfrutar de la paz que se respira en la cafetería. Incluso me permito cerrar los ojos y dormitar unos minutos antes de regresar al trabajo. La noche, si me olvido de la bronca que he tenido que echarles a mis compañeras por alargar otra vez su descanso, está resultando tranquila y bastante llevadera.

Las ocho llegan rápido y salgo del vestuario, duchada y con ropa de calle, dispuesta a desayunar en la cafetería del hospital. Muy al contrario de lo que creen, la comida aquí está deliciosa. Y yo me muero de hambre.

Ya empieza a haber demasiada gente y tengo que esperar bastante para ser atendida y todavía un poco más para que me sirvan, pero no me molesta. Simplemente aprovecho para dormitar sobre la mesa. Lo bueno de trabajar a turnos es que soy capaz de dormir en cualquier sitio y bajo cualquier condición si estoy lo suficientemente cansada.

Casi una hora más tarde me sirven el desayuno y sé que ha merecido la

pena la espera solo por el olor que desprende. En la cafetería del RIE, así llamamos todos al Royal Infirmary de Edimburgo, preparan, en mi opinión, la mejor comida de toda la ciudad.

-Hola.

Una nota de timidez mezclada con alivio en la voz hace que levante la vista hacia quien me habla. Mi comida queda a medio camino de mi boca cuando descubro los increíbles ojos azules del hombre con el que choqué hace unos días frente al hospital. ¿Cuántas posibilidades pueden haber de encontrarnos de nuevo? ¿Y de que se acuerde de mí? Bueno, eso es más factible porque dije muchas estupideces por culpa del sueño.

-Hola – sonrío un tanto incómoda al recordar el ridículo que hice aquel día.

-¿Te acuerdas de mí? Nos cruzamos en la entrada hace poco.

-Más bien colisionamos – me permito bromear con él. Mejor eso que morirme de la vergüenza.

-Cierto – me devuelve la sonrisa – ¿Puedo sentarme? La cafetería está abarrotada.

Observo a nuestro alrededor solo para comprobar que tiene razón. Aunque no es algo que me extrañe, porque suele ocurrir bastante a menudo, sobre todo en las horas de visita. Lo miro de vuelta y le doy permiso con la cabeza. Se sienta al momento y parece aliviado. Supongo que necesita un descanso incluso más que yo porque todavía tiene esas profundas ojeras bajo sus bonitos ojos y la preocupación grabada en el rostro.

-Es difícil encontrar un hueco a esta hora – le digo, tratando de llenar el silencio. Ni siquiera sé por qué lo hago porque nunca he sido de las que inician la conversación con desconocidos. Además, dudo que él tenga ganas de hablar.

-Es la primera vez que estoy aquí – me mira con una sonrisa en sus labios que no logra llegar a sus ojos –. Tendría que irme a casa a descansar, pero no me apetece mucho, la verdad.

-Estar aquí puede resultar agotador – es lo único que se me ocurre. Lo mío es curar a la gente, no consolarla.

-Cierto – suspira antes de dar un sorbo a su té. Debe estar caliente porque lo aparta con rapidez de sus labios –. Mierda.

Le paso una servilleta para que se limpie y no puedo evitar que una pequeña risa se me escape. Me siento fatal por reírme de su desgracia, pero ha sido algo instintivo al ver la expresión de su cara. Al final ríe conmigo y respiro más tranquila. No querría hacerlo sentir peor de lo que luce ya.

Nuestras miradas se cruzan y nos quedamos inmóviles, tal y como sucedió el día que nos conocimos. Es lo más extraño que me ha pasado nunca con nadie. Ni siquiera soy capaz de apartar la mirada. Veo la tristeza en la suya y siento el impulso de abrazarlo. Por suerte, mi cuerpo no responde así que me evito el bochorno de ser rechazada.

Aclara su voz y aparta la mirada. Mi cuerpo comienza a acatar mis órdenes de nuevo y decido terminar mi desayuno. Cuanto antes lo haga, antes podré irme. Por culpa de la espera ya he perdido demasiado tiempo y temo que no pueda hacer ya todo lo que tenía planeado. Además, su presencia me está poniendo nerviosa.

-¿Alguna vez llegas a acostumbrarte? – me pregunta de repente.

-¿Perdón? – lo miro extrañada.

-A estar aquí, esperando a que las cosas mejoren. A que te den una buena noticia, para variar. A que te digan que ya no habrá más cables ni análisis ni medicamentos y que puedes irte a casa por fin – suspira totalmente derrotado.

-Supongo que uno nunca se acostumbra a algo así – me encojo de hombros, incapaz de darle una respuesta menos vaga.

Yo nunca me acostumbré a ver a mi abuela enferma y consumiéndose día a día por culpa de su enfermedad, pero eso es algo que él no necesita oír ahora.

-¿Cuánto tiempo llevas tú aquí?

-Trabajo aquí.

-¡Oh! – no puedo creer que se haya sonrojado –. Creí que estabas con alguien.

-No.

Un nuevo silencio ocupa la mesa y siento que es el momento de

disculparme con él y largarme. Esto se está volviendo cada vez más incómodo y prefiero evitar el momento de confesiones que sé que podría llegar en cualquier momento. En cuanto abro la boca para hablar, él hace lo mismo y se me adelanta.

-Tengo miedo de que no lo supere – aparta su mirada.

Me hundo más en la silla, dispuesta a escucharlo aunque no quiera. No debería extrañarme porque parece que tengo imán para esta clase de confidencias, incluso cuando no conozco a la persona en cuestión. Permanezco en silencio, esperando a que diga algo y, por primera vez en mucho tiempo, cuando lo hace, me siento bien escuchándolo para que se desahogue.

-Se ve tan frágil. Ni siquiera me han dado demasiadas esperanzas de que se recupere – evita mi mirada en todo momento, pero casi lo agradezco –. Nunca creí que algo así pudiese pasar. Hasta hace unos días todo iba bien y, de repente, esto. Es injusto. Tiene tanto por vivir todavía.

Oculta el rostro entre sus manos y luego frota los ojos, para espantar las lágrimas, supongo. Se ve agotado y derrotado. Debería descansar un poco, pero no sé si deba decirle algo. Igual me cree una entrometida. Una cosa es que lo escuche porque necesita sacarlo todo fuera y soy la que más a mano tiene en este momento y otra muy distinta que empiece a aconsejarlo. Es su vida, no es mi asunto.

-Debería irme a casa, ¿no? – dice como si me leyese el pensamiento.

-En tu estado no le ayudarás en nada – me limito a decir. No estoy segura de que quiera oír más y tampoco me voy a arriesgar. Después de todo, no lo conozco lo suficiente como para saber cómo reaccionará.

Me levanto lentamente dispuesta a irme, ahora que parece que ya no me necesita, esperando que eso lo anime a hacer lo mismo porque, sinceramente, creo que se quedará dormido en cualquier momento. Me recuerda a mí el día en que chocamos.

-Me tengo que ir – digo aclarando la voz y retrocediendo un paso porque se ha levantado al mismo tiempo que yo. Imagino que lo ha hecho por caballerosidad, porque todavía no se ha terminado el té, pero no esperaba un gesto como ese de su parte y me ha impresionado un poco su cercanía.

-Gracias – me dice, dubitativo. No sé qué se le está pasando por la cabeza,

pero creo que no quiero descubrirlo, así que le sonrío y comienzo a moverme.

-Suerte – le digo al pasar por su lado.

Antes de que pueda sortearlo completamente, sujeta mi brazo con delicadeza y detiene mis pasos. Lo miro sorprendida y él me sonrío.

-En serio, gracias.

-No tienes nada que agradecerme – le sonrío de regreso esperando que sepa que es cierto. A mí no me cuesta nada escucharlo, en realidad.

Cuando me suelta, ni siquiera era consciente de que todavía lo hacía, me alejo de él. Aún noto calor donde ha puesto su mano y eso me deja con una extraña sensación en la boca del estómago. Trato de quitármela de encima inspirando profundamente en cuanto salgo fuera. Este, sin duda, ha sido otro momento raro en mi vida. Lo que no tengo claro es si ha sido bueno o malo.

Voy hasta mi plaza de aparcamiento mirando el reloj y subo en el coche con prisa. He perdido tanto tiempo con el desayuno y hablando con el hombre de los ojos azules que dudo que pueda hacer todos los recados antes de la hora de comer. Aún así lo intentaré, empezando por los más urgentes y dejando la compra en el súper para el final.

Cuando llego a casa, varias horas después, me duelen los pies y estoy agotada, pero muy orgullosa de haber podido tachar todas las tareas de la lista. Ahora solo tengo que meter las bolsas en casa y podré descansar por fin.

-Deja que te ayude, Leen.

-¿Me estás acechando, Logan? – no puedo evitar el reproche después del susto que ha dado.

Y menos todavía porque se ha presentado en mi casa sin haberlo invitado. Me recuerda demasiado a los días en que prácticamente me lo encontraba en todos lados, insistiendo en que aceptase tener una cita con él, y en los que acabábamos irremediablemente discutiendo. Ya pasé por eso y no me apetece repetir.

-No me llamaste.

-Solo ha pasado un día – suspiro al ver cómo carga mis cosas sin esfuerzo y las lleva hasta la entrada de mi casa. Está claro que en esta ocasión pretende quedarse hasta que hablemos. Y tal vez sea lo mejor. Cuanto antes pasemos

por esto antes sabremos en qué punto está nuestra relación.

Corro a abrir la puerta cuando ya casi llega a ella y entramos. Por un momento, mientras me ayuda a guardarlo todo en silencio, siento como si todo hubiese vuelto a la normalidad. Como si Logan fuese otra vez el amigo al que aprecio tanto y como si, al terminar, fuésemos a pasar la tarde viendo películas o simplemente charlando como solíamos hacer. Eso es lo que quiero, lo que echo en falta.

-¿Podremos hablar ahora, Leen? – sus palabras, cargadas de resentimiento, rompen mi esperanza en mil pedazos. Con Logan nada será fácil. Al menos desde que decidió que quería algo más de mí que una simple amistad.

Suspiro y asiento, preparándome para ser sincera con él, aunque duela. Llevo té y pastas a la sala, donde me está esperando y lo sirvo en silencio. Intento pensar en qué le diré, pero se me adelanta y comienza a hablar en cuanto me siento a su lado.

-Leen, este último año ha sido muy duro para mí. He notado tu ausencia cada día y he pensado en ti cada noche. He querido venir a verte mil veces y mil veces me he acobardado pensando en que cerrarías la puerta en mis narices. Sé que fui muy insistente en el pasado, que hice las cosas mal contigo y por eso me echaste de tu vida.

-Te echaste tú solo, Logan – lo interrumpo.

-Quiero recuperar tu amistad – continúa –. Quiero que vuelva lo que teníamos antes.

-Y yo – mis esperanzas se renuevan con esa última frase.

-Pero también quiero más – hasta que las destroza nuevamente con esas cuatro palabras –. He tenido mucho tiempo para pensar en ello y sé qué salió mal. Te presioné demasiado y por eso me rechazaste. Fui muy impaciente y solo logré asustarte. Pero ahora estoy dispuesto a esperar lo que haga falta por ti, Leen. Te daré el tiempo que necesites, lo prometo. Por favor, Leen, dame una oportunidad para demostrarte que lo nuestro puede funcionar.

Cierro los ojos antes de responderle porque sé que se avecina una gran tormenta. En cuanto lo rechace una vez más, nuestro pequeño intento de solucionarlo se convertirá en un completo desastre. Esto va a ser duro. Lo sé y ya lo estoy lamentando. Cojo fuerzas y abro los ojos, dispuesta a sacar la tiritita

con rapidez para que duela menos, pero veo su suplicante mirada sobre mí y se me parte el corazón. Me odio por no poder darle lo que desea.

...

Me observo en el espejo y mi reflejo me devuelve la mirada. Llevo color en mis párpados, máscara oscura en las pestañas y brillo en mis labios. Nunca he sido de maquillarme en exceso. Me gusta la naturalidad.

Me miro de pies a cabeza y hago un mohín. No me siento cómoda llevando vestido, pero supongo que la ocasión lo amerita porque hace tiempo que no ceno con Adelaide y Alan. Antes solía ir cada semana, pero después de que su intento de emparejarme con su hijo no saliese del todo bien, mis visitas se distanciaron más en el tiempo, incluso aunque Duncan y yo continuamos siendo amigos.

Porque Duncan es estupendo, no voy a negar eso, simplemente no congeniamos. Al menos no del modo en que les habría gustado a sus padres. Tuvimos unas cuantas citas, algún beso robado al inicio, otros más intensos después e incluso lo llevamos más allá en un par de ocasiones, pero ambos tuvimos claro después de unos meses que no funcionaríamos como pareja.

Por aquel entonces Logan ya había iniciado su asalto particular a mi persona y estuve tentada de usar a Duncan como excusa para librarme de él, pero al final desistí porque no quería liar más la situación. Con el tiempo, mi vida acabó reduciéndose a lo que es ahora: trabajo y más trabajo. Creo que por eso he aceptado cenar con Adelaide hoy. De algún modo, necesito romper ese círculo.

Sobre todo después de la charla que tuve con Logan hace dos días. La cosa se puso muy tensa entre nosotros y se fue de mi casa hecho una furia. Ahora ni siquiera me habla cuando nos cruzamos por el hospital, pero no me arrepiento de haberle dicho todo lo que sentía. Sería hipócrita de mi parte mentirle, cuando sé que hacerlo solo le daría esperanzas de que algún día cambiase de opinión. Y yo jamás he podido ni podré verlo del modo en que él desea.

-Te arrepentirás de esto – me dijo –. Cuando me pierdas del todo, verás que has cometido el mayor error de tu vida.

-Sé perfectamente lo que digo, Logan. Y lo que siento. Y te aseguro que lo único que lamentaré será perder a mi mejor amigo.

-Apartas a todo el mundo de tu vida, Leen. Te quedarás sola.

Admito que eso dolió, por más que tenga toda la razón del mundo. Nunca fui una persona con una gran vida social. Tal vez sí de pequeña, antes de que mis padres muriesen o mi abuela enfermase, pero fui perdiendo a los pocos amigos que tenía en la adolescencia. Porque si no vas a fiestas y no sales con chicos, no mereces la pena. Y si no mereces la pena, te ignoran.

Aprendí a valorar la soledad y a disfrutarla. Hasta que me fui a la universidad. Allí conocí a gente nueva y llegué a entablar amistad con muchos, pero creo que las viejas costumbres son difíciles de cambiar y, aunque conservé algunas de esas amistades al terminar nuestros estudios, el trabajo me ha absorbido de tal forma, que me he vuelto a distanciar de la mayoría. Cierto que hablamos cuando nos encontramos por la calle, pero ya no quedamos nunca a propósito.

Cuando me miro una última vez en el espejo, me veo con una mueca de disgusto por mis recuerdos que me obligo a borrar. Retoco un poco mi pelo, suelto y con amplios rizos, antes de darme el visto bueno definitivo. Es una cena con amigos, tampoco hace falta que vaya perfecta.

Llego a la casa diez minutos antes, pero soy yo la que se sorprende cuando se abre la puerta. No me decido entre marcharme sin decir nada o estrangular a Adelaide por la encerrona, porque está claro que no es una coincidencia que me haya invitado a cenar precisamente esta noche. Al final opto por no hacer ninguna de las dos y saludo a Duncan antes de entrar. Que esté tan sorprendido como yo de verme es lo que me hace quedarme.

-Menuda emboscada nos han tendido – me dice dándome un beso en la mejilla.

-Será que no se dan por vencidos a pesar de que ha pasado todo un año – le sonrío.

-Demasiado tiempo sin vernos – me sonrío de vuelta –. Estás estupenda, Kat.

-Y tú tan impresionante como siempre.

Aunque no funcionamos como pareja, conservamos la amistad. Todo lo que

se puede teniendo un océano entre nosotros. Recuerdo que hablábamos por teléfono a menudo después de que se fuese durante los primeros meses. Luego, un día simplemente dejamos de hacerlo, pero no sé por qué, ni cuál de los dos fue el primero en abandonar.

-¿Cuánto te quedas esta vez?

Sé, por Adelaide, que ha venido a visitarlos tan a menudo como su trabajo en Nueva York se lo ha permitido. Lo que me extraña es que no haya intentado juntarnos antes en una cena como la de hoy, si su intención sigue siendo la de emparejarnos. Ha tenido ocasiones de sobra para hacerlo.

-Por un tiempo indefinido.

Y su respuesta me da la clave para entender porqué hoy estoy cenando con ellos y no en cualquiera de sus otras visitas.

-¿Te han despedido? – lo miro sorprendida.

Dudo que esa sea la razón, pero en este momento no se me ocurre ninguna otra. Es fotógrafo y uno muy bueno, por cierto. He visto varios de sus trabajos y son increíbles. Serían idiotas si prescinden de él.

-Soy freelance – me sonrío –. No pueden despedirme.

-Entonces has decidido tomarte unas vacaciones largas.

-Algo así – me mira fijamente antes de hablar de nuevo –. Si aceptas tomar un té conmigo un día de estos, te lo cuento.

-Tendré que hacerlo. La curiosidad me pierde.

Aunque he dudado unos segundos y lo ha notado, me guiña un ojo y sonrío como si nada. Y a mí me alegra ver que la separación no nos ha vuelto unos extraños. Sería muy incómodo si hubiese sido así.

Durante la cena, nos cuenta anécdotas sobre su trabajo y su vida en Nueva York. Estoy segura de que sus padres ya las conocen todas, pero las escuchan de nuevo por mí. Me río tanto con algunas, que me olvido de todos mis males por unas horas. Realmente necesitaba una velada así y se lo hago saber a Adelaide con una sonrisa cuando nuestras miradas se cruzan entre relato y relato.

Adelaide y yo también contamos alguna que otra historia divertida que vivimos en nuestro trabajo. En una de ellas surge casualmente el nombre de

Logan y una mirada de Adelaide me advierte que muy pronto tendremos que hablar a solas de él. No hemos tenido ocasión de hacerlo todavía, pero me conoce lo suficiente como para saber que algo va muy mal entre nosotros. Peor de lo que ya estaba.

-Creo que una de las experiencias más inspiradoras que he tenido hasta el momento – dice Duncan con cierto brillo de admiración en sus ojos – fue el retrato que le hice a Harriet por su aniversario de bodas. Quería sorprender a su marido con un desnudo y vaya si lo consiguió. Hasta yo mismo quedé impresionado con el resultado. Ha sido uno de mis mejores trabajos. La cámara la adora.

-No te quites mérito – le digo -. He visto suficientes fotografías tuyas como para saber que eres muy bueno.

-Es una pena que no pueda enseñarte las fotos porque verías que tengo razón. Fue muy sencillo con una modelo como ella. Y no me refiero a que tuviese un cuerpo perfecto, que no era el caso, sino que la naturalidad con que posaba hacía que cada foto quedase impecable. Solo tenía que apretar el disparador. Nos resultó tan complicado elegir una sola que acabé realizándole una composición.

Después de sus palabras y del entusiasmo con que lo explica, no me queda otra opción que creerlo.

-¿Te quedarás en casa de tus padres?

Duncan y yo estamos fuera, en el balcón, disfrutando de la noche después de una cena de lo más entretenida. Para tratarse de Edimburgo, el tiempo está resultando bastante agradable y merece la pena aprovecharlo.

-Me gusta mi independencia – niega -. Y estoy seguro de que mis padres agradecerán que me busque casa propia.

-Estarían encantados de tenerte aquí.

-Puede. Pero yo prefiero venir de visita.

Permanecemos en silencio, cada uno absorto en sus propios pensamientos. Soplo mi té de manera distraída mientras miro al infinito y disfruto de un momento inusual de paz absoluta. Últimamente no tengo muchos momentos como estos y me descubro deseando que no termine todavía. Pero ya es tarde y debo regresar a casa, así que termino mi bebida con rapidez y tratando de no

quemarme la lengua en el proceso.

-¿Puedo contar contigo para ayudarme a encontrar piso? – la pregunta de Duncan me deja clavada en la silla cuando ya me iba a levantar y lo miro –. Nunca está de más contar con la opinión de una mujer en estos casos.

-A quien tiene que gustarle es a ti – me sonrío y lo imito antes de ceder –. Supongo que podré.

Si quería un cambio en mi vida, acompañar a Duncan en su búsqueda puede ser un buen comienzo.

-¿Me das tu número? – ahora parece avergonzado –. Tuve un pequeño problema con mi teléfono y perdí todos mis contactos. No me atreví a preguntárselo a mi madre por si lo malinterpretaba, pero ahora creo que podría haberlo hecho sin problema.

Me pregunto si ese fue el motivo por el que dejó de llamarme. Aunque tal vez yo fui la primera en cortar el contacto y lo de no pedirle mi número a Adelaide para no ilusionarla solo es una invención suya para no hacerme sentir mal por ello. Me incomoda no poder recordarlo.

-Ya te tengo fichada, Kat – me dice después de agregarme a su agenda –. Ahora no te me escapas.

-Para ser justos – le respondo –, ahora debes darme tu número.

-Te envió un mensaje para que te quede grabado.

Me despido de Adelaide y Alan en el salón y me dirijo hasta la puerta con Duncan pisándome los talones. La abre para mí y se apoya en ella sin dejar de mirarme. Le sonrío en agradecimiento y él me imita.

-Te llamaré – me asegura.

-Llámame – río cuando se inclina hacia mí y besa mi mejilla.

-Me ha gustado verte de nuevo, Kat.

-Y a mí verte a ti, Duncan.

Ya en el coche, de camino a casa, pienso en que ha sido una buena noche y en que Adelaide tiene razón, como siempre. Tengo que salir de casa y relacionarme más. Reanudar algunas amistades o empezar otras nuevas. Desde lo de Logan, he vuelto a encerrarme en mí misma y eso no es bueno. Tal vez

sea hora de dejar todo eso atrás y empezar a vivir un poco. Realmente no quiero acabar sola, por más que Logan crea que sí.

Cuando apoyo mi cabeza en la almohada para intentar dormirme, la imagen de unos intensos ojos azules invade mi mente. Y aunque ese no es precisamente el tipo de amistades en las que debería estar pensando, no dejo de soñar en toda la noche con él.

4

La semana se pasa en un suspiro y apenas soy consciente de que ya estamos de nuevo a sábado, hasta que suena mi teléfono y Duncan me invita a tomar ese té que tenemos pendiente. Si él no me lo hubiese dicho, seguiría pensando que todavía estamos a media semana. Es lo malo de los turnos y de la falta de vida social, cada nuevo día se parece al anterior.

En esta semana no he coincidido ni una sola vez con el padre de Faith, algo que me extraña mucho porque he tenido varios turnos distintos. En alguno de ellos debería habérmelo encontrado, si es que sigue yendo a verla. Le preguntaría a mis compañeras, pero no quiero que Adelaide se entere de que he estado indagando sobre él o sabrá que sigo muy apegada a la niña. El único consuelo que me queda es imaginar que el peluche que cuelga de la incubadora es un regalo que le hizo a su hija en una de sus visitas.

La verdad es que siento mucha curiosidad por conocerlo al fin, aunque sea en la distancia. Me he creado tantas expectativas sobre él que probablemente me lleve una decepción cuando lo vea, pero si es bueno con Faith, ya me daré por satisfecha. Sé que el vínculo que estoy creando con ella no es bueno para mí. *No te implique*, me recuerdo cada vez que empieza mi turno, pero cada día me vuelco más con ella. Y es por eso que en parte me alegro de no haber coincidido con su padre todavía, pues así puedo pasar tiempo con ella y cuidarla. Si estuviese él, tendría que dejarla a cargo de cualquier otra de mis compañeras y eso me disgusta enormemente. Y ni siquiera sé por qué, pues son

tan buenas como yo en lo que hacen.

Acabo de salir de mi turno de mañana y me paso por la cafetería para comer antes de reunirme con Duncan. Elijo un menú ligero porque todavía recuerdo cómo era quedar con él. Lo que se suponía que era una reunión de un par de horas siempre acababa alargándose hasta la hora de la cena y estoy segura de que Duncan no me dejará irme a casa sin cena si sucede eso. Por suerte, hoy he traído ropa decente para ponerme, porque no sería capaz de llegar a tiempo si tuviese que ir primero a casa a cambiarme.

-Hola de nuevo.

Cuando miro hacia quién me habla, descubro al misterioso hombre de ojos azules. Le sonrío y me pide permiso para sentarse conmigo como la vez anterior. Hoy parece que tiene mejor ánimo que el otro día. Incluso se le han borrado un poco las ojeras y no se ve tan demacrado. Como había supuesto, es un hombre atractivo. Mucho.

Bajo la mirada hacia el plato al comprender que me he quedado mirándole fijamente una vez más y remuevo distraídamente la comida. Sin embargo, soy totalmente consciente del tono pausado y amable que emplea con la camarera al pedirle el té y tampoco se me escapa la sonrisa sincera que esgrime para agradecerse cuando se lo trae. En el par de minutos que han pasado desde lo uno y lo otro, no he probado bocado.

-¿Entras o sales? – me pregunta después.

-Salgo.

-Que bien – asiente –. Te toca disfrutar del sábado.

-No hasta muy tarde – le digo –. Mañana entro a las 8.

-Vaya.

-No me quejo – le sonrío –. Me gusta mi trabajo.

-Eso es importante. Que te guste lo que haces es una gran ventaja.

-Sobre todo cuando ocupa gran parte de tu tiempo – asiente.

-Sé de lo que hablas - me sonrío y me siento cohibida al notar lo impresionante que se ve con ella. Además, es una de esas sonrisas que invitan a imitarla. Totalmente irresistible.

-¿También trabajas a turnos? – no entiendo qué me pasa con este hombre.

Ni siquiera debería interesarme por él. Es uno de tantos que pasarán por el hospital y que dejarán de venir en cuanto le den el alta a quien vienen a visitar. Tal y como sucede con el resto, en un par de meses apenas me acordaré de él. Y sin embargo, siento esa absurda necesidad de rellenar los silencios entre nosotros, no porque sea incómodo, sino porque siento verdadera curiosidad.

-No, pero tengo un trabajo muy absorbente. Si no me gustase, estaría en graves aprietos.

Prefiero no preguntar más, contrariada conmigo misma por el modo en que me comporto siempre con él, cuando decide no dar más explicaciones y comienza a remover su té para enfriarlo. Y aún así, no puedo evitar que se me escape una sonrisa viéndolo.

-Me acordé de soplar esta vez – parece como si hubiese leído mi pensamiento.

-Cierto – aclaro la garganta.

Permanecemos en silencio mientras bebe a pequeños sorbos su té y yo termino de comer. Y no resulta para nada incómodo compartir mesa con él aún cuando apenas sabemos nada el uno del otro. Podría estar casado y ser su mujer a la que viene a visitar, aunque no veo ningún anillo en su dedo. O bien podría ser su madre o su padre quien esté ingresado. Ya puestos a imaginar, podría ser incluso su novio. Pero no me corresponde a mí preguntarle.

-Yo – digo de repente, al ver que Logan entra en la cafetería – tengo que irme ya.

Aunque sigue sin hablarme, las miradas que me lanza en algunas ocasiones se sienten como dagas directas al corazón. Por si no fuese suficiente haber perdido a mi mejor amigo, tengo que soportar que me mire como si yo fuese la culpable de todo.

-Un placer haber coincidido contigo de nuevo – se levanta al mismo tiempo que yo como la última vez y le sonrío en agradecimiento. Es todo un caballero.

-Lo mismo digo.

-Que disfrutes de tu tarde de sábado libre.

-Gracias. Y que la tuya sea leve.

Por un momento creo que va a tocarme el brazo como en la otra ocasión, pero finalmente se sienta de nuevo y yo aprovecho para irme. Al pasar junto a Logan, noto su mirada sobre mí y casi podría decir que quema si no fuese porque eso es imposible. Trato de ignorarlo, fingiendo que busco mi teléfono en el bolso y salgo de la cafetería sin echar mi vista atrás. Lo último que quiero es darle motivos para romper su mutismo conmigo, aunque creo firmemente en que ya no tenemos nada más que decirnos. Él ya hizo su elección, ahora que se atenga a las consecuencias.

Me encuentro con Duncan en la calle Rose, una de las calles más conocidas y turísticas de la ciudad, sino tenemos en cuenta la Milla Real. En ella te encuentras de todo y aparte está llena de pubs. Casi puedo imaginar cuál es el plan de Duncan y, desde luego, no incluirá té de ninguna clase.

-¿Te apetece hacer el desafío de la calle Rose? – es lo primero que me dice después de besar mi mejilla a modo de saludo.

-Creo que es un poco pronto para eso, ¿no?

El desafío consiste en recorrer todos los pubs de la calle y tomar algo en cada uno de ellos sin morir por el camino. Nunca lo he hecho, la verdad, porque hay un montón de ellos, pero algo me dice que Duncan sí lo ha intentado. ¿Lograrlo? No creo que muchos hayan conseguido semejante hazaña.

-Está bien – ríe –. Me conformaré con emborracharte en el Kenilworth.

-Dudo que un té logre hacer eso – bromeo con él.

La verdad es que he echado de menos nuestros momentos juntos, porque aunque como pareja no funcionamos, como amigos fuimos de los buenos. Me alegro de que la distancia y el tiempo no lo hayan estropeado.

-Es que no tomaremos té, señorita – me sonrío mientras abre la puerta del pub para mí. Y por más que me niego, al final me convence de tomar una pinta con él.

-¿Y mi historia? – le digo después de darle un sorbo a mi cerveza. Está buena, pero me la tomaré despacio porque hace tiempo que no pruebo el alcohol. No me gustaría acabar borracha. Sería muy vergonzoso.

-¿En serio que no te ha contado nada mi madre? – alza una ceja inquisitivo –. Creía que te estabas haciendo la loca para que te invitase a tomar algo con la excusa de hablar de ello.

-Mi mente no es tan retorcida como la tuya – sonrío.

-¿Eso quiere decir que nunca le preguntaste a mi madre por mí? – no suena como un reproche, sino como simple curiosidad.

-Claro que sí, pero solo para saber que todo te iba bien. Tu vida personal no es asunto mío.

-¿Ni siquiera para saber porqué dejé de llamarte? – acaba de aclararme esa duda sin pretenderlo.

-Para ser sinceros – aunque debería dejarlo estar, me siento lo suficientemente avergonzada por no recordar quién de los dos había sido, que decido confesarle la verdad – creía que había sido yo la que dejó de llamar en primer lugar.

-¿Lo creías? – ríe.

-Bueno – lo golpeo en el brazo –, ya sabes lo despistada que soy para ciertas cosas.

-Despistada no es la palabra que yo usaría, Kat – continúa riéndose.

-No tiene gracia.

-Desde luego que sí – trata de controlar la risa sin demasiado éxito –. Vaya dos estamos hechos. Tú pensando que habías metido la pata conmigo y yo que tú evitabas encontrarte conmigo en casa de mis padres porque estabas enfadada.

-Ya ves que no – tomo otro sorbo de mi cerveza.

-Entonces no sabes que estuve saliendo con una neoyorquina y que la descubrí en la cama con mi mejor amigo.

Escupo la cerveza que tengo en la boca al escucharlo y mis manos van directamente a mi boca para evitar rociarlo con ella. A pesar de lo serio de la noticia, Duncan ríe al verme, pero me pasa una servilleta para que me limpie.

-Lo siento – se disculpa –. Tal vez debí ser menos directo al decirlo.

-No pasa nada. La que debería disculparse soy yo. Casi te baño en cerveza

– mi rostro está tan rojo que siento el calor en él sin necesidad de tocarlo.

-Es comprensible – sonrío.

-Siento lo que pasó.

En momentos como este, me siento totalmente incómoda y fuera de lugar. No porque no sea capaz de sentir empatía, sino porque no se me da bien consolar a la gente. Me siento torpe cada vez que lo intento, sobre todo porque siempre temo hacer o decir algo que lo estropee todavía más. Y lo peor es que parezco tener imán para las confidencias y las confesiones.

-Ya está olvidado – me dice, pero no le creo del todo.

Tomo su mano entre las mías en un impulso y me sonrío agradecido. Lo imito y aprieto su mano antes de soltársela. Espero que sea suficiente porque no se me ocurre qué otra cosa pueda hacer.

-Eres increíble, Kat – me dice de repente -. Sabes cómo consolar a la gente sin hablar.

-¿Qué? – lo miro con incredulidad –. Te ríes de mí.

-Jamás – me jura –. Lo digo muy en serio.

-Venga ya.

-Sabes escuchar, Kat – me explica –. Escuchar de verdad, no esa mierda de mirar a los ojos y asentir como si estuvieses hablando con un loco. O lo de soltar las típicas frases hechas de todo saldrá bien y no hay nada que el tiempo no cure. A veces, lo único que necesitas para sentirte mejor es contarle las penas a alguien que te demuestre que realmente te está escuchando.

-Tampoco es que ahora haya escuchado tanto – me siento incómoda por lo que parece un halago en toda regla. No sé cómo encajarlos.

-Tú lo que quieres es conocer los detalles tórridos – se burla ahora de mí.

-No, gracias – sonrío.

-Admítelo.

-Si empiezas a hablar de eso, me voy – lo amenazo. Luego, añadido, no muy convencida –. Me alegro de haberte servido de ayuda.

-Debí pedirle tu número a mi madre cuando perdí todos mis contactos –

me dice dándole un giro completo a la conversación –. Siento no haberlo hecho.

-No pasa nada – lo disculpo.

-Supongo que estaba muy ocupado intentando contentar a mi novia y haciéndome un lugar propio como freelance – continúa –. Aunque sea la peor excusa de este mundo.

-Puedes compensarme invitándome a otra cerveza – creo que el alcohol me está afectando porque no suelo ser tan abierta ni tan directa con nadie.

-Eso está hecho – alza la mano hacia el camarero para pedirle otras dos jarras.

-No me refería a ahora mismo, Duncan – intento detenerlo bajando su brazo –. A no ser que quieras llevarme a rastras a casa.

-¿Por un par de pintas? – me mira burlón, pero al menos he conseguido que no pida la bebida.

-Hace tiempo que no bebo – me encojo de hombros.

-Haremos un trato – dice mirando su reloj –. Tengo que ir a ver un piso en unos veinte minutos. Prometiste acompañarme así que te vienes conmigo ahora y luego regresamos para que pueda terminar de emborracharte.

-Te acompañaré – acepto –, pero no más alcohol para mí por hoy.

Me levanto y me dirijo a la barra para pagar. Sin embargo, no doy ni dos pasos antes de que Duncan me alcance.

-Ni se te ocurra – me advierte –. Mi invitación, mi dinero.

-Estás sin trabajo – bromeo con él –. No debes malgastar tus ahorros en frusilerías.

Definitivamente, el alcohol me está afectando. Hace tanto que no bebía que se me había olvidado el efecto que causa en mí. Se me suelta la lengua, para mi desgracia. Duncan se ríe, pero paga igualmente las consumiciones.

Llegamos a Watson Crescent en menos de quince minutos, pero la agente inmobiliaria ya nos está esperando frente al edificio. Por fuera no invita a entrar en él porque la piedra de la fachada está sucia y ennegrecida, lo que lo hace parecer más viejo de lo que seguramente sea. Sé que Duncan está

buscando mi reacción, así que intento ocultarle que me disgusta su aspecto. Tal vez el interior sea mejor. Como con todo, no se debe juzgar por las apariencias.

La agente nos muestra cada habitación del apartamento, explicándonos lo que ella considera ventajoso en cada una de ellas. Es pequeño, pero supongo que para Duncan es más que suficiente. La cocina está abierta hacia la sala de estar, lo que la hace parecer más grande, aunque no lo sea. Las paredes de la habitación principal tienen un tono azul celeste que me hace sonreír. Por más que lo intento, no veo a Duncan allí. Tal vez, si le dejan cambiar el color.

-La usaré para dormir, Kat – me susurra para que la agente no lo oiga. Parece que últimamente todos pueden leer mis pensamientos.

Justo después entramos al baño, con todos sus accesorios del mismo todo azul que la habitación y ninguno de los dos logra contener la risa por más tiempo. Eso ya es demasiado.

-Creo que seguiré buscando – sentencia Duncan al salir del piso –. Gracias por su tiempo, señorita Burns, pero no es lo que tenía en mente.

Después de que anote las preferencias de Duncan para posibles sugerencias, nos despedimos de ella y regresamos al coche.

-Creo que era muy mono – le digo mientras conduce.

Su risa me contagia y lo acompaño. Esta, sin duda, está resultando ser una tarde interesante y muy divertida, lo que me reafirma en mi intención de tener más vida social. Creo que es lo que necesito, después de los últimos meses de aislamiento a los que me he sometido por culpa del asunto con Logan.

-Tengo otra visita programada – me explica cuando le pregunto por qué nos alejamos del centro –. Está algo apartado, pero tal vez merezca la pena. Como mi oficina estará en mi casa, no me importa instalarme en las afueras.

-De acuerdo – asiento.

Tardamos media hora en llegar a Queensferry y un poco más en encontrar la casa porque resulta ser una casa de una planta y no el piso que él pensaba. Es muy coqueta por fuera, con un pequeño jardín delantero, si se le puede llamar así, y otro trasero. Solo por el balancín que hay en este, a mí ya me tendría ganada.

La cocina es moderna, con electrodomésticos de alta calidad. Un aliciente que hace que su tamaño deje de tener tanta importancia. El dormitorio también es pequeño, apenas cabe la cama doble, pero está muy bien aprovechado. Los tonos pastel de las paredes ayudan a dar un efecto relajado al lugar. Allí sí veo a Duncan.

Cuando el agente nos muestra el salón, bastante amplio para lo que es la casa en sí, con esos dos grandes ventanales que dejan pasar la luz del sol la mayor parte del día, los modernos muebles y el suelo de madera laminada, ya estoy enamorada del lugar. Ni siquiera me importa que el baño sea pequeño también. Tiene lo necesario para ser un baño y con eso me basta.

-El alquiler son 550 libras al mes. Los impuestos municipales están incluidos en el precio.

Duncan y yo nos miramos. Desde luego, es una ventaja que se incluyan los impuestos. A veces, un alquiler puede llegar a subir mucho de precio por su culpa.

-Tengo algunas propiedades más para ver – Duncan se dirige al agente de manera profesional, sin dejarle ver su interés por la casa – ¿Dispongo de algún margen de tiempo antes de decidirme?

-Por el momento, no tengo programadas más visitas hasta el jueves – le dice mirando en su carpeta –, pero le aseguro que siempre se alquila con rapidez.

-Le daré una respuesta el miércoles – le ofrece la mano y este se la aprieta.

-Puede que no sea asunto mío – el agente mira hacia mí titubeando –, pero... igual les interesaría algo un poco más amplio... Para estar más cómodos si...

-Yo solo vengo como consejera – lo interrumpo al descubrir por donde van sus derroteros.

-¡Oh! – parece avergonzado –. Lo siento, creí que eran pareja.

-Intento impresionarla – dice Duncan pasando su brazo por mis hombros –, pero se me resiste.

Una vez en el coche y con mi rostro todavía rojo, golpeo a Duncan en el

hombro. Jamás en mi vida me he sentido tan avergonzada delante de un extraño como en ese momento en que abrió la boca para decir semejante mentira.

-¿Por qué le has dicho eso?

-Solo bromeaba, Kat. Él lo entendió – se ríe.

-Pues a mí no me ha hecho gracia.

-Para compensarte, te invito a cenar.

Y aquí está la excusa de Duncan para alargar la tarde. Aunque pase el tiempo, hay cosas que no cambian nunca. Me limito a encogerme en el asiento del coche y a asentir. Necesito serenarme para no seguir colorada cuando lleguemos a donde quiera que me lleve a cenar.

-Y después, nos iremos de fiesta – añade segundos después.

-Mañana trabajo – le advierto.

-Pues te vas más temprano – se encoje de hombros.

Y solo porque no hace tanto me dije a mí misma que necesitaba reincorporarme a la vida social, decido aprovechar esta noche para empezar. Supongo que un par de cervezas más y un poco de charla no me harán daño.

Claro que con Duncan nada es tan sencillo y tres horas después, lo estoy maldiciendo por haberme arrastrado hasta un pub donde nos hemos unido a sus amigos, a los que no conozco de nada, y donde estamos bebiendo más cerveza de la que mi cuerpo puede asimilar. Si no lo he matado todavía es porque el alcohol que corre por mis venas me tiene bastante mareada. Suficiente tengo con intentar no caerme. E intentar recordar el nombre de todos, porque en algún momento de la noche, nos encontramos con Sally y sus amigas y se nos unieron.

-Me alegro tanto de haberte encontrado hoy – me dice una bastante afectada Sally apoyándose en mí –. Hace tiempo que quería sacarte de fiesta conmigo, pero tenía miedo de que me mandases a paseo.

Se ríe tontamente y le sobreviene el hipo. No sé muy bien por qué, pero le palmeo la espalda, como si eso fuese a solucionar algo. Creo que el alcohol no nos deja pensar bien a ninguna de las dos.

-No soy un ogro – le digo.

-Desde luego que no – hipa y se ríe de nuevo –. Solo es que pareces tan inaccesible a veces. Sé que eres celosa de tu vida privada, algo que admiro, pero me encantaría tenerte como amiga y conocer más cosas de ti. Veo tu potencial. Podríamos hacer tantas cosas juntas.

Creo que ha empezado a divagar, pero me gusta. Sally siempre sabe hacerme reír con sus ocurrencias y por eso me encanta hablar con ella cuando voy a su tienda. Tal vez tenga razón, a pesar de que el alcohol es quien está hablando ahora, y debemos darnos una oportunidad como amigas. Más amigas de lo que ya somos.

-Y si llego a saber que tienes amigos tan guapos – continúa – habría insistido más. Madre mía, cómo está Duncan. Qué cuerpazo tiene. ¿Y has visto esos ojazos azules? Menuda pregunta, claro que los has visto, sois amigos. Me encantaría enredar mis dedos en sus rizos, parecen tan suaves. Y probar esos labios. Mmmmmmm. Seguro que sabe mejor de lo que imagino.

-Mejor, sí – muerdo mi labio en cuanto comprendo lo que acabo de decir. Debería dejar de beber ya mismo porque estoy hablando de más.

-Tú te lo has tirado – me mira como si fuese una diosa a la que adorar y me siento incómoda.

-Salimos juntos un tiempo – trato de restarle importancia al asunto.

-¿Todavía te gusta? Porque si es así, me retiro – alza las manos y tengo que sujetarla para que no se caiga hacia atrás. Está muy borracha.

-Todo tuyo, si lo quieres – le digo mientras la estabilizo –. Ahora solo somos amigos.

-Genial – me sonrío.

Se acerca a mí torpemente, me abraza y me da un beso en la mejilla, demorándose tanto tiempo que da la sensación de que se ha dormido contra mi cara. Finalmente se separa, me sonrío otra vez y se acerca a Duncan, con un movimiento que, supongo, pretende que sea sensual. Yo me aguanto las ganas de ir tras ella para sostenerla, temiendo que termine en el suelo.

Duncan la ve y le sonrío. Cuando ella se le tira al cuello, no protesta sino que la rodea con un brazo para acercarla más a él. No se besan, aunque no creo que tarden en hacerlo. No sé si será por el alcohol o porque de verdad se gustan, pero creo que esos dos acabarán la noche juntos.

Piden otra ronda, pero yo me niego a seguir bebiendo. Además, ya es muy tarde para mí. En pocas horas entro a trabajar y necesito dormir un poco antes o no rendiré. Sobre todo después de todo lo que he bebido. Debo purgar mi organismo.

Después de convencer a Duncan de que se quede con los demás, algo que me lleva sus buenos quince minutos a pesar de que sé que está deseándolo, salgo fuera para llamar a Tom. No podría conducir ni aunque me fuese la vida en ello. Tampoco debo.

-Creía que no celebrarías el sábado hasta tarde.

El sonido de esa voz detrás de mí me sobresalta. Al girarme, me encuentro de frente con el hombre de ojos azules del hospital. Esto ya está empezando a resultar un tanto desconcertante. Entrecierro mis ojos y hago un mohín con mis labios, que probablemente me haga parecer totalmente ridícula, pero a estas alturas de la noche todo me da igual.

-¿Acaso me estás siguiendo? – la única explicación que tengo para la perla que acabo de soltar es que el alcohol todavía está descontrolando mi cerebro. De cualquier otra manera, me habría estado calladita.

-Para nada – levanta las manos y retrocede un paso, pero me regala una de sus bonitas sonrisas, lo que me alivia al momento –. Mis compañeros de trabajo han querido sacarme de paseo.

Mientras habla, y recupera su anterior posición más cerca de mí, señala con la cabeza a un par de hombres que nos miran con interés poco disimulado. Eso lo noto incluso yo, con todo lo embotada que está mi mente ahora mismo.

-Creen que necesito despejar la mente.

-No bebas – le digo parpadeando varias veces intentando fijar mi vista en él –. Eso no te ayudará a despejarla.

-¿Lo dices por experiencia? – me regala otra sonrisa, de esas que sí llegan a sus ojos. Y yo me pierdo por un momento en ellos.

-Puede – aclaro mi garganta y aparto la mirada avergonzada.

Mi teléfono, olvidado por unos instantes, capta mi atención entonces y recuerdo que todavía no he llamado a Tom. Y que tengo que ir a casa para dormir antes de entrar a trabajar. Pero mis ojos parecen negarse a colaborar y

apenas veo los números, así que levanto la mano hacia mi cara para acercar la pantalla. Después de un segundo intento sin éxito, froto mis ojos con la mano libre, pero al cerrarlos, mi equilibrio se resiente. Noto unas manos sujetándome para evitarme una vergonzosa caída.

-Gracias.

Obviamente, ha sido el hombre de ojos azules y la sonrisa bonita quien me ha salvado. Solo que ahora ya no sonrío y sus ojos me lanzan una mirada preocupada. ¿Eso va por mí? No lo creo. No debería ya que ni siquiera nos conocemos.

-No sé tu nombre – maldigo al alcohol por arrebatarme el control sobre lo que digo y me prometo no volver a beber nunca más en mi vida.

-Alexander – su ceño deja de estar fruncido por un momento y pienso en que tal vez no ha salido mal del todo en esta ocasión –. MacNeil.

-El placer es mío, Alexander MacNeil – y ahí va otra de mis muchas frases para olvidar cuando esté serena –. Quiero decir, un placer conocerte.

Veo, consternada, cómo mi mano se eleva hacia él totalmente estirada, buscando un apretón con la suya y aunque intento detenerla, me resulta del todo imposible.

-Puedes llamarme Alec – sonrío y estrecha mi mano –. Todos lo hacen.

Le doy las gracias mentalmente por seguirme el juego y asiento hacia él sin decir nada, solo para evitar otra situación vergonzosa de la que arrepentirme mañana. O pasado. O cuando sea que nos volvamos a ver porque, con mi suerte, lo haremos.

-¿Estás sola?

-Con amigos, pero yo ya me voy.

Intento encontrar una vez más el número de Tom en mi teléfono. Tengo que irme ya porque cuanto más tiempo pasa, más mareada me siento. Necesito dormir.

-Pues no deben ser tan buenos amigos si te dejan sola en tu estado.

-Estoy bien – levanto la vista hacia él –. O lo estaba cuando me despedí de ellos. Pero no pasa nada, voy a llamar a mi vecino para que venga a buscarme.

-Espera aquí.

Se acerca a sus amigos para decirles algo e imagino que están hablando de mí porque me miran en varias ocasiones, lo que me incomoda bastante. Me alejo de ellos y parece que mis piernas van por libre porque me cuesta mantenerme recta.

-Te dije que me esperases – siento una mano rodeando mi brazo y miro hacia su dueño. Es Alec, por supuesto –. Te acompañaré hasta que tu vecino llegue.

-Eso si consigo llamarlo.

Mañana, cuando el alcohol se haya evaporado de mi sangre, lamentaré todo lo que está pasando ahora. Menudo estreno en mi nueva vida. Ya no estoy tan segura de que haya sido una buena idea.

-Permíteme – toma el teléfono de mi mano con gentileza – ¿Cuál es su nombre?

-Tom.

-De acuerdo – lo veo buscar y marcar el número –. Buenas noches.

Después del saludo dejo de escucharlo y me dedico a estudiarlo a fondo. Ya puestos, aprovecharé la excusa del alcohol para hacerlo. Si ha de servir para algo bueno... No es un hombre muy alto, solo me saca unos centímetros, aunque podría decirse que está dentro de la media. Tampoco tiene un cuerpo de gimnasio, como sus amigos, pero no por ello está menos en forma. Se nota que se cuida o tal vez su trabajo, ese que lo absorbe, es muy exigente con su cuerpo.

Su pelo castaño luce despeinado, aunque tengo que admitir que le sienta bien así. Se lo revuelve una y otra vez mientras sigue hablando por teléfono. Es comprensible que se vea de ese modo. Lo raro es que no se quede calvo de tanto sobarlo.

Aún a riesgo de que me descubra, me recreo con su rostro. Es mayor que yo, pero tiene cara de niño, incluso con su barba de varios días. Demasiado dulce y aún así, no deja de ser varonil. Frente alta, cejas bien definidas, mandíbula de suaves líneas, ojos impresionantes. Por separado tal vez no causasen una gran impresión, pero en conjunto, lo convierten en un hombre muy atractivo.

-¿Has venido en tu coche? – me pregunta.

-Sí.

Me obligo a apartar la mirada, antes de que mi mente borracha me haga cometer más tonterías e inspiro varias veces para intentar despejarme y que no me dé el sueño. Aunque de poco vale.

-Tardará diez minutos – me informa en cuanto cuelga.

-Estupendo – le sonrío –. Muchas gracias por tu ayuda. Ya puedes ir con tus amigos.

-Esperaré a que llegue.

-Estaré bien – insisto.

-Esperaré - repite.

Y como veo que no está dispuesto a dejarme sola, decido que guardar silencio hasta que llegue Tom será lo mejor porque no quiero añadir nada más a la lista de cosas de las que arrepentirme esta noche. Me miro los zapatos mientras me balanceo sobre mis pies, nerviosa. Ni siquiera me atrevo a mirar hacia él.

-¿Quieres sentarte mientras esperamos? – me pregunta.

-No, estoy bien – lo último que necesito ahora es colocarme en una posición más cómoda. Acabaría dormida. Sería muy vergonzoso. Más todavía.

-De acuerdo. Cualquier cosa que necesites, solo pídelas.

Ese es un ofrecimiento muy tentador porque yo me muero por hacerle un montón de preguntas. Me intriga demasiado y eso, justo ahora que mi lengua está desatada por culpa del alcohol, no es bueno. Por suerte, Tom aparece a los diez minutos, tal y como prometió y evita que cometa más estupideces. Su hijo mayor viene con él, seguramente para llevarse mi coche. Son de los mejores vecinos que uno pueda tener.

-Gracias por acompañarla – le dice Tom a Alec –. No es frecuente que beba.

-De hecho es la primera vez – concreta su hijo –. Al menos, que yo sepa.

-Estoy aquí – protesto –. Y puedo oíros.

-No hemos dicho nada malo de ti, Kathleen – Tom me sonríe y yo bostezo sin poder evitarlo –. Será mejor que te lleve a casa ya. Creo que necesitas dormir un poco.

Y aunque intento mantenerme despierta, mis ojos se cierran poco despu  de que arranque el coche. Cuando los abro de nuevo, ya estamos en casa y Tom me mira con una sonrisa en los labios. Son muy buenos vecinos, pero también muy bromistas, así que intuyo lo que viene ahora y trato de atajarlo abriendo la puerta del coche antes de que él hable.

-Mañana madrugo – me excuso –. Me voy a dormir.

-La próxima vez, para un par de copas antes – r e.

Prefiero no contestarle para evitar que siga riéndose a mi costa. Pero su hijo, que ya está frente a mi casa con las llaves de mi coche en la mano, tiene la misma sonrisa que su padre y s  que me va a decir algo en cuanto lo alcance.

-Buenas noches, Kat. La próxima vez, inv tame a la fiesta.

De tal palo tal astilla.  No es eso lo que se dice? Ciertamente con ellos dos han acertado. Entro en casa sin decirle nada, pero levanto mi dedo corazón hacia él aprovechando que el alcohol me da el valor para hacerlo. Escucho su risa incluso despu  de cerrar la puerta.

Y yo subo a mi habitación y me meto en la cama con ropa y todo. Necesito dormir las pocas horas que me quedan de noche o no será capaz de levantarme cuando suene el despertador.

5

Me siento tan cansada, que en esta ocasión me alegro de poder ir al descanso a pesar de ser hora punta en la cafetería del hospital. Como es domingo, hay incluso más gente de la habitual, pero a estas alturas de la mañana, ni me importa. Solo quiero sentarme y cerrar los ojos durante unos minutos.

Milagrosamente, encuentro una mesa libre y cuando vienen a tomarme nota, pido agua. Solo agua para mí hoy. Todavía me duele la cabeza aunque me he tomado algo nada más levantarme. Había olvidado esta parte, en la que la resaca te taladra el cerebro y ralentiza tus capacidades. La próxima vez que salga, me aseguraré de librar al día siguiente. Si es que hay próxima vez. Ahora mismo, lo dudo mucho.

-Tienes mala cara, Kat.

Miro por encima de mi vaso de agua y me encuentro con los ojos curiosos de Eleanor. Desde que cambiamos el turno no he vuelto a coincidir con ella. Se sienta a mi lado y no me quita ojo, supongo que esperando algún tipo de explicación.

-Ayer salí a tomar algo y ahora pago las consecuencias – me encojo de hombros.

-Los excesos – ríe -. Que malos son.

-¿No es pronto para entrar a trabajar? – miro mi reloj para asegurarme de que no me he quedado dormida sin darme cuenta. Aunque imagino que si eso hubiese sucedido, alguien me habría venido a buscar al ver que no regresaba del descanso.

-He venido antes porque Megan me pidió si podía cubrirla las dos últimas horas de su turno. Quiero comer algo antes de entrar.

-Oye, hablando de eso. Gracias los cambios – ya se lo agradecí por teléfono en su momento, pero fue muy importante para mí que lo hiciese y quiero que lo sepa.

-¿Se enfadó mucho contigo Adelaide cuando se enteró? A la tonta de Becka se le escapó.

Nunca supe cómo lo averiguó Adelaide, pero supongo que si se lo tenía que escuchar a alguien, ella era la candidata ideal. Lo suyo no es precisamente la discreción. Ni el compañerismo.

-Me envió a casa a dormir.

-Entonces no fue tan grave, después de todo.

-Por suerte no pasó nada que tuviésemos que lamentar – me hundo un poco en la silla. Pensándolo fríamente, Adelaide tiene razón. Fui una irresponsable y muy temeraria. Podría haber sucedido una desgracia por culpa mía y eso es algo que jamás me perdonaría.

-Eres una buena enfermera, Kat. Estoy segura de que habrías pedido ayuda si te vieses sobrepasada – me sonrío conciliadora –. Aunque admito que fue una locura hacer tantos turnos seguidos.

-Merecía la pena.

-Bueno, ahora la pequeña mejora cada día de una forma impresionante. No sé si tienes algo que ver en eso o es su espíritu luchador, pero crece a pasos agigantados. Nunca había visto algo así.

Es cierto que me paro más tiempo del debido con ella, para hablarle y hacerle notar mi presencia. Incluso le canto por las noches, cuando me quedo a solas con ella. Quiero creer que eso le ayuda, pero supongo que Faith es fuerte por sí misma. Es muy pequeña, pero tiene unas enormes ganas de vivir. Mi corazón se enternece al pensar en ella y esa es una clara señal de que debo

alejarme de ella, pero no puedo hacerlo. Simplemente soy incapaz de no tocarla o hablarle, de no encargarme personalmente de todos sus cuidados mientras dura mi turno. Me tiene atrapada.

-Es una luchadora – digo, notando el orgullo en mi voz. Otra señal para alejarme –. Y seguramente sea la presencia de su padre lo que la está ayudando más.

-Es un hombre muy guapo – habla entre susurros, como si lo que fuese a decirme fuese confidencial –. Cada vez que viene, hay revuelo entre las enfermeras por su causa.

-Todavía no lo conozco.

-Pues no sabes lo que te pierdes.

-Tengo que regresar ya – nunca he sido muy partidaria de este tipo de conversaciones –. Nos vemos dentro.

-Sí. Hasta ahora.

Aunque todavía no lo conozco, me ha molestado un poco que traten al padre de Faith de ese modo. El pobre hombre estará destrozado por la muerte de su esposa y la situación de su hija no se lo estará poniendo nada fácil. Y ellas se dedican a cuchichear a sus espaldas sobre lo guapo que es. Deberían tener un poco más de respeto hacia él y guardarse su opinión para sí mismas.

Cuando ingreso en neonatales, voy directamente a controlar las constantes vitales de Faith y que todo sigue en orden con ella. Es una suerte que Adelaide confíe tanto en mí como para dejarme a cargo de un turno. Rara vez coincidimos así que puedo ocuparme de la pequeña sin temor a que me dé otra vez la charla sobre lo malo que es implicarse tanto.

Ya han llegado los resultados de las pruebas que le han hecho a primera hora y los miro con una sonrisa en los labios. Ni yo misma me creo que esté mejorando tanto. Casi podría decir que es un milagro, si creyese en esas cosas.

-Hola de nuevo, Faith – le digo, colocándola en otra posición con delicadeza –. Eres una campeona. Tus órganos se están desarrollando y fortaleciendo a buen ritmo. Cada día eres un poquito más autónoma. Estoy orgullosa de ti, pequeña. Vas a salir de esta y vas a ser una niña sana y feliz. Y muy afortunada también, porque tu papá te va a cuidar y consentir en cuanto

salgas de aquí. Sigue así, Faith y pronto estarás en casa.

Los gritos de mis compañeras me interrumpen. Algo malo pasa y me apronto a acercarme para ayudarlas. Uno de los bebés ha sufrido una crisis respiratoria y corro a avisar al pediatra mientras ellas intentan insuflar aire en sus pequeños pulmones antes de que colapse. No es la primera vez que le pasa y todas tememos que acabe sucediendo lo peor. Lo inimaginable para nosotras.

Sin duda, esa es la parte de nuestro trabajo que más me afecta. La parte en que la vida o la muerte de un indefenso bebé está en tus manos durante unos escasos minutos. O incluso segundos. Tomar la decisión acertada es más difícil bajo presión y, si al final sucede la desgracia, siempre te quedará la duda de si pudiste hacer algo más o algo diferente para salvarle la vida.

La primera vez que un bebé falleció bajo mis cuidados, me sentí desolada y vacía. Dejé de confiar en mis capacidades y temí no poder seguir haciendo mi trabajo. Dudaba de cada decisión que debía tomar e incluso le pedí a Adelaide que me mantuviese alejada de los bebés por un tiempo. Pero ella no lo hizo. Me obligó a seguir en mi puesto e incluso dobló algunos de mis turnos. También me dio la charla. La gran charla sobre la vida y la muerte y nuestro papel en el proceso.

Todavía no me acostumbro a los fracasos, después de todo son vidas que se pierden y no cualquier vida, sino la de alguien que no ha podido disfrutar de lo que el mundo le ofrece, pero puedo lidiar con ello desde otra perspectiva. Jamás dejará de afectarme, cómo podría hacerlo, pero me centro en los que todavía siguen luchando por su supervivencia y eso ayuda un poco.

Por suerte, en esta ocasión no hay que lamentar ninguna pérdida, aunque todos sabemos que será cuestión de tiempo. Sus pulmones no se están desarrollando como debieran y cada día que pasa sus crisis son más frecuentes.

-Tú sigue luchando, Faith – le digo a la pequeña cuando me despido de ella, al finalizar mi turno.

No me paro mucho porque Adelaide ya ha llegado y no quiero que me vea cerca. Me despido de ella en la distancia, levantando la mano, porque no tengo muchas ganas de hablar. Necesito llegar a casa cuanto antes y poner los pies en alto mientras cierro mis ojos hasta que se me pase el malestar que tengo en la boca del estómago. Entre el dolor de cabeza y la crisis de Roger, no me

encuentro muy bien ahora mismo.

Nada más entrar en casa, veo que la luz del contestador parpadea, así que compruebo los mensajes mientras dejo mis cosas en la entrada. Solo con quitarme los zapatos ya me siento mucho mejor.

-Hola... ¿Kathleen? Soy Alec... Esto es un poco... siento haber cotilleado en tu teléfono, pero... en fin, que ayer me quedé con él sin darme cuenta y como sé que no estarás en el hospital cuando yo vaya, se me ocurrió que tal vez... – el silencio se prolonga – Es solo que no quería que pensases que lo habías perdido. Después de... Bueno, que sepas que lo tengo yo. Llámame cuando escuches esto para poder devolvértelo. Y perdona otra vez por mirarlo sin tu permiso.

Me quedo muy quieta al escuchar el pitido final. Después de unos segundos, busco mi teléfono en el bolso para comprobar si lo que ha dicho es cierto. No me extrañaría que lo fuese porque no es la primera vez que me queda en casa y no lo noto hasta que estoy de regreso y lo veo. A falta de vida social, no lo uso demasiado.

-Maldita sea – digo con fastidio al ver que no está. No me apetece demasiado hablar con él después de lo de ayer, pero si quiero recuperar mi teléfono, no me queda otra opción, así que antes de que me arrepienta, marco mi propio número, ya que Alec no ha dejado ningún otro al que llamar.

-Hola – escucho su voz al otro lado del aparato y siento la tentación de colgar.

-Soy Kat – lo saludo y hago una mueca de disgusto por mis palabras. Como si no supiese quien soy, si lo estoy llamando desde el teléfono de mi casa.

-Hola, Kat – él tampoco se luce mucho, lo que me hace sentir un poco mejor.

-Escuché tu mensaje – hoy va de estupideces, al parecer –. Gracias por guardarme el teléfono.

-No iba a deshacerme de él – ríe –. Ya es suficiente con habérmelo quedado. Lo siento mucho.

-No pasa nada.

-Si me dices donde vives, te lo acerco en un momento. Ahora mismo estoy libre.

-Pues... – y dudo. Quiero recuperar mi teléfono, pero al mismo tiempo no sé si debo darle datos tan personales sobre mí. No lo conozco lo suficiente y aunque me ha parecido buena persona, algunos asesinos en serie tienen un aspecto de lo más normal hasta que se descubren sus depravados crímenes.

-O si lo prefieres – dice él por mí – podemos vernos en el Princess Mall. Creo que habrá suficientes testigos como para atreverme a secuestrarte.

Sé que solo bromea, pero me siento mal por haber pensado en algo similar. Después de ayudarme anoche no debería sospechar de él de esa forma. Se podría haber aprovechado de mí si hubiese querido porque, en mi estado, no habría puesto demasiada resistencia. Sin embargo, se portó como un auténtico caballero. No es justo por mi parte pensar lo peor de él.

-¿En el Starbucks? ¿Media hora? – me sugiere al ver que sigo sin decir nada.

-De acuerdo – accedo finalmente, aunque me muera de vergüenza al verlo.

Como no necesito tanto tiempo para llegar al centro comercial, aprovecho para hacer un bocadillo. Llevo horas sin comer y necesito meterle algo al cuerpo. Para cuando termino, todavía faltan quince minutos para encontrarme con Alec, pero tengo los nervios a flor de piel. Una cosa es encontrarnos por casualidad y otra quedar a propósito, aunque solo sea para que me devuelva el teléfono.

Mientras voy de camino pienso en otras posibilidades que no se me ocurrieron en su momento. Como haberle dicho que lo dejase en el hospital. Después de todo, no pasaría nada por estar sin él hasta mañana. No creo que vaya a recibir ninguna llamada importante. Pero ahora ya es tarde para eso, así que aparco el coche y me dirijo al Starbucks. Lo que sí tengo claro es que en cuanto tenga el teléfono, regresaré a casa.

-Hola – me saluda en cuanto me ve llegar. Parece nervioso y eso me tranquiliza un poco. Al menos no soy la única.

-Hola.

-Estaba a punto de pedir algo. ¿Te apetece acompañarme? – abre la puerta para mí –. Yo invito. Por las molestias.

-Entonces tendría que invitarte yo. Tú eres el que ha tenido que molestarse en encontrarme – sin pretenderlo, acabo de aceptar su invitación, así que entro en el local, seguida por él.

Me ofrece una de las sillas y me ayuda a acomodarla cerca de la mesa, lo que me reafirma en la idea de que es todo un caballero. Se lo agradezco con una sonrisa porque no me creo capaz de hablar ahora mismo sin parecer estúpida.

-¿Qué quieres tomar?

-Un vainilla roiboos – le digo sin vacilar y sin mirar la carta. Es lo que más me gusta del Starbucks y siempre lo pido –. Gracias.

Se acerca al mostrador y habla con la cajera. No puedo verle la cara, pero por la expresión de ella, puedo deducir que le está sonriendo. La verdad es que parece un hombre muy agradable y me siento mal por pensar que podría ser un asesino. Ahora que lo veo de nuevo, me parece totalmente ridículo haberlo siquiera imaginado.

-Listo – se sienta frente a mí minutos más tarde y coloca nuestras bebidas en la mesa.

-¿No iba a pagar yo?

-Para la próxima.

Creo que no se ha dado cuenta de lo que ha dicho porque está ocupado poniendo azúcar a su cappuccino. Yo prefiero no decir nada al respecto y me dedico a remover mi té en silencio. Eso de quedar en otra ocasión no me convence. Tal vez porque me siento nerviosa a su lado, tal vez porque me intriga demasiado. Sea como sea, no seré yo la que propicie los encuentros.

-¿Qué tal la resaca? – me pregunta después.

-Un incordio.

-¿Y el trabajo?

Recuerdo el susto que nos dio Roger y mi ceño se frunce. No quiero hablar del trabajo, no después de una mañana como la que llevo.

-Bien – miento.

-No eres muy habladora – sonrío.

-La verdad es que no – bebo un poco de té para evitar su mirada inquisidora – ¿Qué tal tu noche?

No me siento cómoda hablando de mí misma. De hecho, me cuesta hacerlo incluso con mis amigos para cuanto más con alguien a quien no conozco. Que Alec me haya visto en mis peores momentos, solo complica las cosas. No quiero darle ocasión de verme hacer el ridículo más veces. Ya debe de tener una opinión pésima de mí.

-Te hice caso y no bebí – sonrío de nuevo.

En ningún momento veo llegar el brillo de sus sonrisas a sus ojos, lo que me dice que lo hace por cortesía. Aunque ahora muestre mejor aspecto que cuando lo conocí, sigo notando cierto aire de tristeza a su alrededor. Y eso tampoco es bueno para mí porque, por primera vez en mi vida, siento deseos de consolar a alguien. A Alec. Y no creo que tenga el derecho ni la habilidad para hacerlo.

-Me fui un par de horas después que tú – continúa –. Agradezco que intenten animarme, pero no tengo ganas de nada en este momento.

Su frase me incomoda porque me da a entender que está ahora conmigo por compromiso. Debería haberme ido sin aceptar su invitación como era mi intención desde el principio.

-Si quieres, podemos irnos ya – le digo.

-No, no – se disculpa con rapidez –. No lo decía por ti. De verdad. No era eso lo que...

No termina la frase y creo saber por qué. Supongo que debería habérmelo imaginado, pero cuando estoy cerca de Alec, no soy capaz de pensar con normalidad. Supongo que necesita hablar con alguien y yo estoy cerca ahora mismo. Me preparo para lo que venga y recuerdo lo que dijo Duncan sobre que sé escuchar. Tal vez tenga razón, después de todo. Por una vez, me alegro de saber que no es necesario que hable. O espero que no lo sea.

-A veces es más sencillo estar con alguien que no te conoce – me explica – y que no sabe por lo que estás pasando. Así no tienes que soportar que te miren con lástima o que te sonrían todo el tiempo mientras hablan y hablan sin parar solo para evitar un silencio incómodo.

Guardo silencio, no porque me haya dicho que es eso lo que necesita, sino

porque no sé qué decir. O si debo decir algo. Bebe distraídamente su café y yo espero pacientemente, por si quiere añadir algo más. Estoy dispuesta a escucharlo si con ello se borran sus arrugas de preocupación.

-No es que no agradezca sus intentos de consolarme – continúa – o sus consejos. O sus muestras de apoyo. Lo hago, pero a veces lo único que necesito es compañía y silencio. Solo quiero sentir que no estoy solo en esto.

No puedo evitar sentirme identificada con él en cierta manera. Tuve una época en mi vida en que me sentía exactamente igual. Solo que en mi caso no tenía a nadie cerca, ni siquiera para que me diese esos consejos que no quisiese recibir. Pero entiendo eso de sentirse completamente solo.

-¿Alguna vez has perdido a alguien cercano? – su pregunta, hecha justo en el momento en que mi mente vaga por el recuerdo de mis padres, me coge desprevenida. Las imágenes, que creía haber enterrado en lo más profundo de mi subconsciente, de sus cuerpos tirados sobre el asfalto llenan mi mente ahora. Mis ojos se llenan de lágrimas y el sentimiento de culpa e impotencia me invade de nuevo. Mi corazón late desbocado.

-Yo – trato de retener las lágrimas en vano – me tengo que ir. Me levanto y salgo corriendo del local. Ni siquiera miro atrás cuando escucho mi nombre porque no quiero que Alec me vea llorar. Sería lo último que me podría pasar delante de él ya.

Sigo corriendo hasta llegar al coche por miedo a que me esté siguiendo. Mis manos tiemblan cuando intento abrir la puerta y apenas consigo retener las lágrimas, pero no me permito perder el control. En cuanto llego a casa, subo las escaleras casi de dos en dos y me tiro en la cama. Hundo mi cabeza en la almohada y, solo entonces, dejo salir lo que llevo dentro. Hacía años que no me sentía tan mal al pensar en el accidente donde murieron mis padres. El mismo en el que casi pierdo la vida yo también.

Aunque tenía diez años cuando sucedió, lo recuerdo perfectamente. Durante meses lo rememoré, dormida y despierta. Cada palabra, cada grito, cada detalle. Lloré, grité, me rebelé contra el mundo, pero nada sirvió para que volviesen conmigo. Y cuando mi abuela, tras un año de peleas constantes, se vio incapaz de tratar conmigo, me envió al psicólogo. Algo que solo empeoraría las cosas porque hablar con él cada día del peor momento de mi vida iba a ser demasiado doloroso, así que decidí que olvidarlo sería más

sencillo que contarle la verdad. Me inventé una versión corta de lo sucedido en la que no había detalles de ningún tipo y la repetí en cada sesión como un autómata.

El psicólogo insistía en que la negación no era sana y que tenía que sacarlo todo fuera para poder seguir adelante con mi vida, que perdonar era avanzar y puede que tuviese razón, pero jamás lo admití ni me abrí a él en los tres años que me trató. Después, al enfermar mi abuela, dejé de acudir a las citas y me dediqué en cuerpo y alma a cuidar de ella. Me sentí útil por primera vez en mi vida y eso me ayudó a reconciliarme con mi pasado. Al menos en parte. Estudiar enfermería fue el siguiente paso. Pensar que mis padres estarían orgullosos de mí si supiesen que ahora salvo vidas, me da la paz que no encontré en las sesiones con el psicólogo.

Y cuando creía que ya lo había superado, una simple pregunta me envió de regreso a aquella noche. El dolor y la culpa me golpearon con fuerza y no supe lidiar con ello salvo huyendo. Sé que Alec no se merecía semejante desplante después de lo atento que ha sido siempre conmigo, pero no pensé, solo reaccioné.

Las lágrimas agotan la poca energía que me queda después de una mañana intensa y me duermo profundamente. Para cuando despierto, ya ha anochecido y mi estómago ruge. Busco mi teléfono en la mesita de noche para ver qué hora es y solo entonces soy consciente de que todavía lo tiene Alec, pero me siento lo suficientemente avergonzada como para no llamarlo de nuevo, así que bajo a comer algo y regreso a la cama para seguir durmiendo. Ya pensaré mañana cómo recuperarlo sin tener que volver a verlo.

Nada más llegar al trabajo a la mañana siguiente, Sam, uno de los celadores, me detiene para decir que vaya hasta el mostrador de información. Cuando le pregunto la razón, no quiere explicármelo así que me acerco con curiosidad.

-Buenos días, Helen – saludo a la enfermera de turno mientras apoyo los brazos en el mostrador –. Sam me ha dicho que debía pasarme por aquí. ¿Qué ocurre?

-Han dejado esto para ti – sonrío mientras toma un pequeño paquete en sus manos y me lo entrega –. Chica con suerte.

No entiendo a qué viene ese comentario ni por qué alguien dejaría algo

para mí en el hospital, pero tampoco me paro a preguntar porque estoy deseando ver a Faith. Sé que debería mantenerme al margen, me lo repito cada día, pero me resulta imposible. Guardo el paquete en mi taquilla para abrirlo durante el descanso y me cambio de ropa. Aunque me mata la curiosidad, me pueden más las ganas de comprobar que la pequeña está bien.

Adelaide está de tardes así que ha dejado una lista de tareas para la noche y otra para la mañana. Chequeo la primera por si han dejado algo pendiente y luego compruebo la nuestra. En realidad todas sabemos lo que hay que hacer, pero cuando Adelaide dejó de darnos indicaciones, algunas aprovechadas se escabullían de los trabajos más desagradables. Las que debían realizarlos siempre empezaron a protestar al cabo de un tiempo y Adelaide tuvo que volver a las listas para acabar con los problemas.

-Buenos días, hermosura – saludo a Faith mientras ojeo su historial –. Vaya, vaya, pero si esta bella princesa está mejor que nunca. Eres una niña muy fuerte, Faith. Estoy segura de que tu papá está muy orgulloso de ti.

Ya que estoy aquí, empiezo mi ronda con ella. Le sigo hablando mientras la aseo y la alimento. Ella parece observarme con atención, aunque sé que es pronto para eso. Las aspiraciones no le gustan, a ninguno de ellos en realidad, pero no protesta demasiado. Sin duda, es una niña valiente. Y cada día me roba un poquito más el corazón.

A lo largo de la mañana, Megan solicita mi ayuda en un par de ocasiones a pesar de que Becka está más desocupada, pero no me molesta. Sobre todo porque cuando pides un favor a Becka, te mira como si le estuvieses pidiendo un imposible. Mejor evitarla en la medida de lo posible. Por lo demás, la primera parte del turno discurre tranquilo y cuando quiero darme cuenta, ya es la hora del descanso. Voy a mi taquilla a por la cartera y veo el paquete que me entregaron a mi llegada. Me había olvidado de él completamente, pero ahora lo llevo conmigo a la cafetería.

Me pido un té y mientras espero a que me lo traigan, abro el misterioso paquete. Dentro está mi teléfono y hay también una nota doblada en cuatro. Ahora entiendo a qué venía el comentario de Helen, aunque no podría estar más equivocada al respecto. Entre Alec y yo no hay nada que se pueda considerar una suerte. No me extraña que haya decidido dejar el teléfono en el hospital porque entre la borrachera del sábado y mi huida del domingo, no le he dado la mejor imagen de mí. Seguramente no querrá saber nada más de mí,

algo que no puedo reprocharle. Yo también me mantendría lejos.

Abro la nota y me asombra lo larga que es. Creí que tal vez habría un par de frases disculpándose por quedarse con mi teléfono de nuevo y poco más. La leo y con cada palabra, me sorprende más si cabe. Desde luego, me esperaba cualquier cosa menos esto.

Kathleen, me quedé preocupado al ver que te ibas tan de repente. Espero que mi pregunta no haya tenido nada que ver con eso, aunque algo me dice que sí y me siento mal al pensar que te haya podido incomodar de alguna forma. Jamás fue esa mi intención.

En las pocas veces que hemos coincidido, me he sentido bien contigo y eso no es algo que me suceda muy a menudo. No me gustaría saber que por mi culpa te has disgustado. No me lo podría perdonar.

He grabado mi número en tu agenda, por si algún día necesitas hablar. Eso me ha parecido esta mañana, pero si me he excedido al hacerlo, puedes borrarlo y asunto olvidado. Tampoco quiero que pienses que soy un acosador o algo por el estilo.

Y por si no volvemos a vernos, gracias por todo. Tal vez no me creas, pero me ha hecho bien hablar contigo en las pocas veces que nos hemos visto. No lo olvidaré nunca. Gracias.

Alec.

Releo la nota un par de veces antes de guardarla en mi bolsillo y cubrir mis mejillas con las manos. Deben estar completamente rojas porque noto mucho calor en ella. Y aunque sé que cometeré un gran error al hacerlo, me prometo que lo llamaré en cuanto llegue a casa. Después de unas palabras así, se merece un gracias y también una disculpa por dejarlo solo de la forma en que lo hice.

Termino mi té y vuelvo al trabajo, no sin antes pasar por la taquilla para dejar el teléfono y la nota. Cuando entro en la sala, la hora de visitas ya ha empezado. Me encanta ver a los padres con sus hijos, sin duda es lo mejor de los turnos de mañana y tarde, aunque sigo prefiriendo la tranquilidad de la noche. Observo las incubadoras una a una y sonrío.

Algunos padres solo pueden ver a sus bebés a través del cristal o introducir la mano dentro para acariciarlos, en el mejor de los casos. Otros

pueden sostenerlos un momento antes de devolverlos a la seguridad de la incubadora. Los más afortunados los alimentan y cuidan durante toda la hora de visita. Pero sea como sea, y en la medida en que la salud de sus hijos lo permita, cada una de las interacciones es importante y necesaria para el desarrollo físico y mental de los niños.

Mi mirada se posa en la incubadora de Faith en último lugar, imaginándola sola como cada vez que estoy en mi turno. Ya me he resignado a no conocer a su padre. Sin embargo, me tensó al ver a un hombre de cabello castaño despeinado que, a pesar de encontrarse de espaldas a mí, reconozco al momento.

-No, no, no, no – me digo, sintiendo las manos húmedas y temblorosas –. No puede ser.

Me muevo lentamente hacia un lado para intentar verle la cara sin que él me vea a mí. No puede ser que, de todas las personas que podía haberme encontrado en el hospital de manera fortuita, haya sido precisamente él. El padre de Faith. Imposible.

-Joder – susurro al comprobar que es Alec.

Me siento tan perdida en este momento que no sé si ponerme a llorar o echarme a reír. Lo que sí sé es que necesito poner distancia entre nosotros antes de que me vea. Intento escabullirme entre las incubadoras hasta el despacho de Adelaide, pero me choco con Becka y sin pensarlo demasiado le pregunto.

-¿El que está con Faith es su padre? – ruego porque me diga que no, aunque la respuesta es obvia.

-¿A que es guapo? – me sonrío con picardía –. Yo me ofrecería voluntaria para ayudarlo con su hija cada vez que quisiese.

-Te he preguntado si es su padre – le contesto de manera brusca, ofendida por su comentario –, no si es guapo.

-Vale, chica – hace un mohín de disgusto –. Qué carácter. No me extraña que siempre estés sola.

Esto último lo ha dicho en apenas un susurro mientras se aleja, pero la he oído perfectamente. Pero no me molestó en responderle porque sería como darle la razón. Como decía siempre mi abuela, a palabras necias, oídos

sordos.

-Disculpe – una mujer, un tanto desesperada, me intercepta cuando intento llegar al despacho de nuevo y, aunque todavía estoy demasiado cerca de Alec, no puedo negarme a ayudarla.

Por suerte, él no deja de observar a su hija con auténtica adoración. Por un momento me pierdo en esa mirada. Hay tanto amor en ella que casi podría tocarlo. Con razón Faith mejora tanto cada día, su padre es el milagro que necesitaba.

-No deja de llorar – me dice la mujer devolviéndome a la sala – y no quiere el biberón.

-Cuanto más nerviosa se ponga usted, más llorará – le explico con calma –. Tranquilícese y verá que ella empieza a comer. Pruebe a cantarle algo.

-Yo no sé cantar – se sonroja.

-Tararee, si lo prefiere, pero le aseguro que todas las madres saben cantar a sus hijos – mi sonrisa parece aligerar sus miedos y lo intenta.

Le acomodo a la niña en los brazos para que le resulte más fácil alimentarla y respondo a cada una de sus preguntas con paciencia y sin abandonar la sonrisa. Después añado un par de consejos más y las dejo solas cuando veo que ambas están ya tranquilas y relajadas.

Me giro, dispuesta a alejarme de Alec y Faith por fin, pero me encuentro directamente con sus ojos azules fijos en mí. La sorpresa y la incredulidad se mezclan en ellos. Si pudiese abrir un agujero en el suelo y esconderme en él, este sería el momento ideal para hacerlo. Pero como no es posible, me acerco a ellos antes de que pueda decir algo que llame la atención de mis compañeras. Si Adelaide se entera de esto, me meteré en problemas. Y que todo hubiese sucedido de una forma casual no me libraré del castigo.

-Hola – me dice. Todavía no sale de su asombro.

-Hola – aparto la mirada y me centro en Faith.

Siendo Alec el padre de Faith, la promesa que le he hecho a Adelaide de mantenerme al margen cuando estén juntos se complica. ¿Cómo explicarle a Alec que no puedo hablar con él sin confesarle lo que su hija significa para mí?

-No sabía que trabajabas aquí.

-Pues sí – me muerdo el interior de la mejilla, nerviosa.

Faith se remueve inquieta. Necesita un cambio de pañal y me pongo a ello. Noto la atenta mirada de Alec sobre nosotras y puedo ver la fascinación con que estudia cada uno de mis movimientos.

-¿No tienes miedo de romperla? – me pregunta –. Se ve tan frágil.

-Es más fuerte de lo que crees – sonrío hacia ella sin poder evitarlo y la incorporo un poco para demostrarle a Alec que no hay ningún problema –. Saluda a papá, Faith.

La vemos parpadear y luego bostezar. La sonrisa de Alec podría iluminar toda la sala. Recuesto a Faith de nuevo antes de enfrentar a Alec. Él continúa con la mirada en su hija y mi corazón late con fuerza. Hay mucho amor en esos ojos y sé que Faith estará bien con su padre.

-Tu turno – le digo. Ya se me ha olvidado lo de que debo alejarme de ellos mientras están juntos. Lidiaré con eso otro día, ahora quiero ayudarles.

-¿Qué? – me mira asustado.

-Introduce las manos por aquí – le indico – y acaricia a tu hija. ¿No lo haces siempre?

-No, podría lastimarla.

-No le harás nada, Alec. Ella necesita de tu contacto y de tu voz para seguir fortaleciéndose. Tú eres quien más le ayudará a desarrollarse. ¿De verdad nadie te lo había dicho antes?

-No.

Siento cómo la sangre hierve en mis venas. Ahora mismo quisiera gritar a mis compañeras. Para cuchichear sobre él les sobra el tiempo, pero ninguna se digna a perder cinco minutos en explicarle lo que debe hacer durante sus visitas. Inspiro profundamente antes de hablar de nuevo porque no quiero que crea que estoy enfadada con él.

-Puedes acariciarla con cuidado – le digo – y sobre todo, háblale.

-No sabría qué decirle.

-Lo que se te ocurra – me encojo de hombros –. Yo siempre le digo lo

valiente que es. Y que pronto podrá irse a casa porque es una luchadora. Le digo que cuando salga de aquí estará con su padre y que...

-¿Hablas con mi hija? – me interrumpo.

-Con todos. Es muy importante para ellos que lo hagamos. Nuestras voces son, a menudo, el único vínculo que tienen con el exterior durante meses – desde luego no voy a decirle que también le canto porque eso es algo que solo hago con Faith.

Le insto a que se acerque, pero antes de que lo haga se me ocurre que es el primer contacto real entre ellos y que estaría bien que tuviesen un recuerdo de ese momento.

-¿Tienes tu teléfono aquí? – le pregunto.

Me mira extrañado, pero me lo entrega cuando se lo pido. Comienzo a grabar un video justo en el momento en que Alec toca la manito de Faith casi con reverencia. Parece indeciso y teme lastimarla pero lo animo a acariciarla, aunque que hubiese preferido que mi voz no saliese en el video.

Entonces, Faith agarra su dedo con fuerza, tal y como hizo el primer día conmigo, y veo cómo Alec contiene la respiración. Está tan emocionado que puedo ver sus ojos brillantes por las lágrimas contenidas. Estoy segura de que agradecerá el video, pero para mí ha sido una mala idea. Algo se ha removido en mi interior y puedo escuchar las advertencias de Adelaide en mi cabeza. Kathleen, no te impliques.

6

Salgo de mi turno agotada física y mentalmente. Que Alec haya resultado ser el padre de Faith me ha fundido el cerebro. Esto no hace más que complicarse porque sé que me resultará imposible mantenerme al margen cuando estén juntos. Faith es mi debilidad y Alec despierta mi curiosidad. Mala combinación.

Además, verlo tan emocionado al acariciar a su hija por primera vez me ha llegado al alma. A pesar de haberlo vivido ya cientos de veces con otros padres, la expresión de Alec fue tan distinta, tan increíblemente conmovedora, que nadie habría podido quedar indiferente ante ella. Mucho menos yo, con todo lo que siento por su hija.

Si al menos pudiese convencer a Alec de que no me hable durante sus visitas, me facilitaría mucho las cosas. Pero me temo que para que acceda, tendré que darle una razón convincente y eso es lo que más temo, porque con mi suerte, acabará averiguando la verdad y no sé qué podría pasar entonces. Evitarlo sería perfecto, pero dudo que pueda hacerlo si hasta el momento parece que el azar se empeña en juntarnos.

Mis pensamientos se detienen, al igual que mis pasos, cuando le veo apoyado contra mi coche. Parece ocupado con su teléfono, así que me permito un tiempo observándolo. Se ha puesto una chaqueta de piel marrón sobre su camiseta blanca y tiene al lado, sobre el capó de mi coche, un casco.

Motorista, pienso al momento, aunque me sorprende porque no le pega demasiado. En su rostro hay una sonrisa llena de ternura y me pregunto si estará viendo el video.

Intento serenarme antes de acercarme a él. No creí que fuese a encontrármelo tan pronto y mucho menos que estuviese esperando por mí a propósito, porque eso es lo que parece. Todavía no me ha visto así que camino con sigilo, pensando en lo que le diré. O en lo que él me dirá a mí, porque está claro que ha de haber una razón por la que esté junto a mi coche y no en cualquier otro sitio. Y, la verdad, no sé si quiero saberlo. Algo me dice que no será nada bueno para mí.

-Hola – me saluda en cuanto me ve y guarda su teléfono en el bolsillo trasero de su pantalón, para lo que se separa del coche. Yo detengo mis pasos, a cierta distancia de él.

-Hola – respondo dubitativa – ¿Qué haces aquí?

-Esperarte – se rasca la nuca con una mano mientras habla. Parece cohibido y eso me sorprende –. Creía que era evidente.

-Sí, claro – aclaro mi garganta –. Pero, ¿por qué?

-¿Te entregaron el teléfono?

Lo observo en silencio, tratando de averiguar si de verdad me ha esperado solo para preguntarme eso o, por el contrario, hay algo más que quiera decirme. Imagino que no es ese el motivo real, pero aún así, prefiero fingir que sí y le contesto.

-Sí, gracias. Siento todas las molestias que te he ocasionado.

-Yo lo siento más – me mira tan fijamente que necesito apartar la mirada. Es como si pudiese ver en mi interior más oculto y no me gusta.

-No fue culpa tuya que...

-¿Puedo invitarte a un té? – me interrumpe –. Un aparcamiento no me parece el mejor lugar para hablar.

No estoy muy segura de querer hablar con él después del desastre de ayer, pero veo la súplica en su mirada y soy incapaz de negarme. Prefiero no quedarme en el hospital, así que le doy el nombre de una cafetería no muy lejos de aquí y quedamos de vernos en ella.

Cuando entro, él ya ha ocupado una de las mesas y me está esperando mientras ojea la carta. Esa debe ser la única ventaja de tener moto, puedes aparcar casi en cualquier sitio. En cuanto me ve, se levanta y me sonrío. Como el caballero que es, me ayuda con la silla y se sienta frente a mí después.

-Ayer – comienza a decir en cuanto nos sirven la bebida, que tampoco me ha dejado pagar esta vez – creo que te incomodé de algún modo y me siento mal por ello. Yo no pretendía...

-No te disculpes por eso – lo interrumpo yo ahora -. No fue culpa tuya. Cada uno tiene sus propios fantasmas del pasado y yo invoqué ayer a los míos. Lidiaré con ellos a mi manera, como siempre, así que no tienes que preocuparte por mí.

-De acuerdo – su sonrisa se queda en un amago y, por un momento, me siento una miserable por haber sido tan brusca con él. Mis sentimientos van en montaña rusa cada vez que estoy cerca de Alec.

-Quería pedirte un favor – le digo antes de que me arrepienta. No sé cómo se lo va a tomar, ni si me hará muchas preguntas, pero si no lo intento, sé que me arrepentiré.

-Lo que quieras – parece ansioso por contentarme y eso me da esperanzas. Tal vez acceda sin más.

-Necesito que finjas que no me conoces si volvemos a coincidir en Neonatos – le suelto de sopetón. ¿No dicen que para arrancar la tirita, mejor rápido para que no duela? -. Podría meterme en problemas si saben que nos hemos visto fuera del hospital.

-¿Por qué? – parece confuso.

-Porque tenemos prohibido implicarnos con las familias más allá de lo estrictamente profesional – incluso a mí me ha sonado a excusa barata.

-Vale – parece estar analizando mis palabras -. Puedo entender eso. No está bien quedar fuera por el tema de la relación doctor-paciente. Pero...

No me gusta nada ese pero, los peros nunca son buenos. Bebo mi té para disimular la ansiedad que me ha provocado esa palabra.

-¿Qué tiene eso que ver con no hablarte durante las visitas? – continúa -.

He visto que tus compañeras interactúan con los padres. Incluso tú misma me has ayudado mucho hoy. Algo que todavía no te he agradecido como debería, la verdad. Ha sido increíble poder acariciar a Faith después de dos semanas viéndola en la distancia. Ahora si veo más real la posibilidad de poder llevármela a casa algún día. Y el video me encanta, lo he visto cientos de veces ya. Ni siquiera me había atrevido a sacarle una foto por miedo a dañarla de algún modo. Todo eso ha sido gracias a ti.

-Es mi trabajo – le resto importancia. Me he emocionado con sus palabras y sé que no seré capaz de mantenerme al margen si él no lo hace primero. Faith es un imán para mí y parece que su padre también.

-Entonces está bien que hablemos, ¿no?

Sus dudas son totalmente comprensibles porque no tiene sentido que no podamos hablar si una parte de mi trabajo es precisamente ayudar a los padres con sus hijos. Pero no puedo decirle que este caso es totalmente diferente sin explicarle la verdadera razón. Y no puedo darle la verdadera razón porque podría malinterpretarla. Y de situaciones incómodas ya vamos servidos para una larga temporada.

-Es complicado – eso sonaba mejor en mi cabeza –. Tú solo hazme el favor.

-¿Y si necesita que alguien la atienda por cualquier cosa?

-Cualquiera de mis compañeras se hará cargo – me duele incluso decirlo porque esa quiero ser yo.

-Sinceramente, no lo entiendo – frunce el ceño de nuevo –, pero si es importante para ti, lo haré. No quiero meterte en problemas.

-Gracias – respiro más tranquila, aunque no me siento tan bien como esperaba.

-¿Puedo pedirte yo un favor a ti? – me pregunta minutos después, descolocándose totalmente.

-Si está en mi mano – contesto con cautela.

-Como habrás visto – sonrío con pena – no tengo ni idea de bebés. De hecho, hasta hace poco ni siquiera sabía que iba a ser padre. Cuando me enteré, Vivian ya estaba de varios meses y no me había dicho nada. No he

tenido suficiente tiempo para asimilarlo y mucho menos para prepararme. Creía que dispondría de cierto margen antes de que naciese, pero ahora ya está aquí y ni siquiera tengo un cuarto para ella. No sé qué debo comprarle. Leche, cierto, pero, ¿de qué tipo?

-Puedo hacerte una lista – empiezo a hablar.

-Nunca en mi vida he preparado un biberón – continúa –. Ni he cambiado un pañal. No sé qué hacer si se enferma ni...

-Poco a poco irás aprendiendo – lo interrumpo antes de que entre en pánico –. Yo te haré una lista de todo lo que debes comprar antes de que salga del hospital. Y hay clases de...

-¿No podrías acompañarme tú a comprar? – ahora es él quien no me deja terminar de hablar. Parece tan perdido que siento cómo mi corazón lucha por compadecerse de él. Debo decirle que no, pero me va a resultar muy difícil –. Te lo agradecería eternamente. Sé que te pido demasiado después de lo que me acabas de pedir tú, pero no lo haría si no estuviese tan desesperado. No tengo a quien acudir. Mi familia vive demasiado lejos y mis amigos tienen tan poca idea como yo.

Esto es precisamente lo que Adelaide me dijo que no debía hacer, sobre lo que me advirtió y sobre lo que me previno. Pero aquí estoy yo, a punto de claudicar. Si me lo pregunta una vez más, estaré perdida.

-¿Ninguno tiene hijos? – no estoy muy ocurrente con mis excusas y me siento una miserable al ver la decepción en sus ojos.

-Sí – me confiesa –. Los primeros días recibía docenas de llamadas e incluso venían a casa para darme consejos sobre Faith y lo que hacer cuando la tuviese en casa. Y no es que les agradezca el gesto, pero hasta ahora lo único que han conseguido es que tenga más dudas y que me asuste el momento de traerla a casa.

Siento el impulso de apretar su mano como hice con Duncan, pero tengo la sensación de que no ha terminado de desahogarse, así que me contengo y guardo silencio.

-El poco tiempo que tenía para descansar, lo pasaba atendiéndolas a ellas y llegó un momento en que no pude más y exploté. No fue agradable de ver, la verdad – admite, un tanto avergonzado. Y yo no puedo imaginarme a alguien

tan correcto como él de ese modo.

-Debes pensar en ti y en Faith. Tienes que descansar o no le serás de mucha ayuda a tu hija. Y ellas deberían haberlo entendido sin necesidad de que tú se lo recordases.

-Me siento impotente, Kath – me mira con desesperación y quiero salir huyendo de nuevo – ¿Qué voy a hacer yo solo con una niña tan pequeña? No sabré cuidar de ella.

-Eres su padre – le digo –. Cuando la tengas en brazos, sabrás lo que hacer. Es el instinto.

-Eso es aplicable a las madres – me sonrío con tristeza.

-Y a los padres. Es la sociedad machista en que vivimos la que se empeña en negarlo.

-Tal vez tengas razón, pero te aseguro que temo el día en que Faith esté en casa conmigo.

-Sabrás cuidar de ella. No te preocupes por eso.

-¿Me ayudarás? – la esperanza en su voz me atraviesa el alma.

¿Quién podría negarse? Si no fuese por las advertencias de Adelaide y mi miedo a perder el trabajo ya le habría dicho que sí la primera vez que me lo pidió.

-Podría meterme en problemas si alguien del hospital nos ve – me siento la mujer más despreciable del planeta ahora mismo.

Siempre me resultó fácil aislarme del mundo, ocupándome solo de mis propios asuntos. Faith ha cambiado eso. Desde que la conocí, he sentido la necesidad de implicarme más en la vida de los demás. Empecé con la cena en casa de Adelaide, luego fue la noche de fiesta con Duncan. Ahora, si no me mantengo firme, será Alec. Su padre.

-Tienes razón, perdona – oculta su rostro entre las manos por un momento y luego se frota los ojos.

Parece tan derrotado en este momento, que finalmente tomo una de sus manos entre las mías. Me mira sorprendido aunque creo que mi expresión no se ha de diferenciar mucho de la suya. Siento un cosquilleo en las manos que

me resulta extraño, pero no lo suelto porque parece que necesita ese contacto. Su cuerpo se relaja al momento y me sonrío. Y yo sé que me arrepentiré de lo que estoy a punto de decir, pero me es imposible detener las palabras.

-Te ayudaré a preparar su cuarto y a comprar todo lo que va a necesitar – siento cómo aprieta mis manos y mi corazón salta en mi pecho. Lo ignoro por el momento –. Te daré algunos consejos sobre bebés que te servirán para cuando la tengas en casa contigo. Pero has de mantener tu promesa de no hablarme en el hospital. Si llegan a saber que nos vemos fuera podría quedarme sin trabajo.

-Te juro que nadie sabrá que nos conocemos – por primera vez, su sonrisa se extiende más allá de sus labios. Parece aliviado y yo sé que me metido en un buen lío.

Cuando llego a casa, mis tripas protestan sonoramente. La aparición de Alec a la salida del trabajo me ha impedido comer y ahora me muero de hambre. Como no tengo ganas de ponerme a cocinar a estas horas, me preparo un bocadillo. Algo rápido y sencillo para saciar mi estómago. Tendré que salir a correr después porque últimamente no estoy cuidando mi alimentación todo lo que debo, pero no me molesta. Me ayuda a despejarme además de mantenerme en forma.

Mientras como, llaman a la puerta. Extrañada de que alguien me visite, ni me muevo y me quedo escuchando mientras termino de masticar el bocado que tengo en la boca. Seguramente sea alguno de esos muchachos que entregan publicidad en las puertas, así que si no abro, la dejará en el buzón. Pero el timbre suena una vez más, insistente, así que termino levantándome.

-¿Quién es? – digo en alto para que quien esté fuera me escuche sin problemas.

-¿Para qué quieres la mirilla, Kat? – la voz de Duncan suena a través de la puerta.

-No me interesa comprar nada – no puedo evitar bromear con él y eso me sorprende.

Últimamente me estoy comportando de un modo tan diferente al habitual que ni yo misma me reconozco en ocasiones. No es que me disguste el cambio, se supone que es lo que yo quería, más sociabilidad, pero temo que me traiga consecuencias no deseadas. Es lo que sucede siempre que me apego

demasiado a alguien. Lo que me recuerda que Alec y yo pasaremos mucho tiempo juntos a partir de ahora y no puedo evitar pensar en que será un gran error. Solo que ahora ya no hay forma de echarme atrás sin parecer la mala del cuento. Además, independientemente de que me guste o no, necesita a alguien que le ayude y me ha elegido a mí, no sé muy bien por qué. Por Faith, haré eso y lo que haga falta, aunque mi mente me prevenga sobre ello.

-Muy graciosa, nena – me dice, riendo –. Ábreme.

-¿Cómo se pide?

-Por favor.

Al abrir la puerta me encuentro con un divertido Duncan apoyado en el marco con una mano. Su sonrisa es contagiosa y le imito. Me aparto para dejarle entrar, pero no se mueve.

-¿Vas a quedarte ahí parado?

-No, vamos a dar una vuelta. Tú y yo.

-Todavía estoy comiendo.

-Tienes que llevarme a un sitio – dice, entrando por fin en casa.

-Y lo dices como si no tuviese nada mejor que hacer que estar disponible para ti cuando te venga en gana – le respondo.

Me golpea el hombro con el suyo de camino a la cocina. Se sienta frente a mi improvisada comida y le da vueltas al plato observándolo con ojo crítico. Se lo arrebató y me siento frente a él, sin decir palabra, para terminar de comer.

-Esta no es una comida muy sana que digamos, Kat.

-Acabo de llegar a casa después de una mañana... intensa. No tengo tiempo ni ganas de prepararme algo mejor – me encojo de hombros.

-Ayer te estuve llamando – me dice de repente.

-El domingo perdí mi teléfono – me mira sorprendido – y acabo de recuperarlo, solo que todavía no lo he mirado.

-Eres cruel – entrecierra los ojos como si estuviese enfadado, pero la sonrisa que intenta ocultar lo delata –. Era importante.

-¿Cómo de importante? – muerdo mi bocadillo después de preguntar.

-Sumamente importante.

-Tengo teléfono en casa – le digo en cuanto trago el bocado.

-He preferido venir en persona – se encoge de hombros –. Así no te puedes negar.

-¿Qué te hace pensar eso? Porque he tenido una mañana agotadora y me vendría bien dormir un poco – lo miro un momento antes de terminar mi comida.

-Porque eres una buena persona y quieres hacerme feliz – responde.

-¿A dónde debería llevarte y por qué? – suspiro de camino al fregadero para dejar el plato allí. Ni siquiera tengo ánimos para lavarlo ahora.

-Quiero ir a comprar una película – me sonrío ampliamente cuando lo miro – a la tienda de Sally.

-¿Y no puedes ir solo?

-No llegó a darme el nombre de la tienda.

-Llámalas por teléfono y le preguntas.

-No llegó a darme su número.

-Dios – me tapo la cara con las manos –. Te diré dónde queda y vas tú solito.

-No puedo – le miro –. No sé si quiere verme de nuevo.

-¿Por qué no querría?

-No llegamos a hablar de eso después de...

-No quiero saber nada más – lo interrumpo –. Te llevaré con ella y arreglaréis vuestros asuntos sin mí. Espérame aquí.

-No pasó nada que...

-Ya, ya – lo interrumpo de nuevo –. No quiero saberlo.

Voy al baño y luego a mi cuarto a cambiarme de ropa. Aunque me haya duchado en el hospital no me siento cómoda llevando la misma ropa que usé para ir al trabajo. Mientras salimos, reviso el teléfono y veo al menos una

docena de llamadas perdidas de Duncan. Al parecer lo de Sally va en serio. O eso creo intuir.

-No pensarás usarla para pasar el rato, ¿verdad? – le digo al subir en su coche –. Es... mi amiga y no quiero que le rompas el corazón.

-No sé qué pasará entre nosotros, Kat – me mira un momento antes de volver la vista al frente –, pero me gusta tu amiga. Quiero ver donde nos lleva todo esto.

-¿Intentas olvidar a tu ex con ella?

-Para nada. Ya te dije que aquello estaba superado.

-Yo no te creí – le confieso.

-Es la verdad – guarda silencio unos segundos antes de seguir hablando –. Tal vez aún me duela el engaño, pero no estoy resentido con todas las mujeres en general. Solo con ella. Sally no corre peligro conmigo.

Lo miro con cara de circunstancia porque esa última frase puede ser malinterpretada y me sonrío antes de continuar hablando.

-No al menos ese peligro que...

-No quiero saberlo – lo interrumpo otra vez –. Te llevaré con ella y, como te dije antes, el resto es cosa vuestra.

-Sabía que podía contar contigo. No hay mejor amiga que tú – lo veo sonreír.

-Exagerado – murmuro.

Nunca me he considerado una buena amiga, mucho menos la mejor. Mi predisposición a aislarme del mundo no es la actitud más adecuada para conservar las amistades, así que tengo muy claro que lo que dice Duncan es mentira. Aunque me encantaría que algún día no lo fuese.

-Lo eres – me dice, provocando que lo mire con asombro –. Es cierto.

-Para nada – aparto la mirada –, pero gracias.

-Guardas con celo tu vida privada, pero cuando dejas que te conozcan, merece la pena. Tal vez no seas la amiga más comunicativa, pero sabes escuchar. Y puede que no quedes con tus amigos tan a menudo como otros lo harían, pero siempre estás ahí si alguien te necesita. Esas son las cosas que

realmente importan, Kat. Lo demás es morralla.

Nunca lo había visto desde ese punto de vista y ahora no sé qué decir. Me cuesta aceptar los halagos con naturalidad, básicamente porque no recibo muchos. Es parte del ostracismo al que me he estado sometiendo voluntariamente y que hasta ahora no me había molestado nunca.

-Gracias – repito finalmente, pero lo he dicho tan bajo que dudo que me haya escuchado.

Llegamos a la calle donde está la tienda de Sally y logra aparcar a la primera. Yo nunca tengo esa suerte y por eso acabo viniendo siempre a pie. Prefiero andar un poco a tener que dar vueltas con el coche hasta encontrar un hueco. Me ahorro tiempo y combustible.

Entramos en la tienda y noto que Duncan está nervioso. No digo nada para no empeorarlo y me acerco a Sally para saludarla. Está de espaldas a nosotros, colocando películas en una estantería y no nos ha visto entrar. Me coloco a su lado mientras que Duncan se queda detrás de mí, dudando. Creo que es la primera vez que lo veo así. Siempre ha sido un hombre decidido.

-Buenas tardes, Sally – le digo al oído.

Sally, que no se lo esperaba, suelta un grito y varias películas salen volando por los aires. Me resulta tan gracioso que no puedo evitar reírme. La veo llevarse una mano al corazón y la cara que me pone provoca nuevas carcajadas en mí.

-Lo siento – me disculpo como puedo, intentando no atragantarme con mi propia risa –. Perdona, Sally. No pretendía asustarte.

-No pasa nada, Kat. Pero la próxima vez intenta... - mira detrás de mí mientras habla y su voz se va apagando poco a poco - hacer más... ruido al entrar... Hola, Duncan.

-Hola, Sally – el aludido le sonrío y sé que es el momento de dejarlos solos.

-Esta vez pídele el número – le susurro a Duncan antes de perderme entre las estanterías.

Ya que estoy aquí, aprovecharé para echar un vistazo. Estoy segura de que encontraré algo que llevarme a casa. Incluso podría tener sesión de cine hoy

porque mañana ya empiezo con los turnos de noche otra vez.

Veinte minutos después, Duncan paga por mí el par de pelis que he elegido y me lleva de regreso a casa, haciendo oídos sordos a mis protestas por ambas cosas.

-Por las molestias – dice al dejarme en casa.

-Vuelve con ella, anda – le digo yo. No he podido evitar oírlos hacer planes para cuando Sally cierre la tienda.

-Te debo una – besa mi mejilla para despedirse.

-Me doy por servida con esto – le enseño las películas, pero niega con la cabeza antes de dirigirse hacia el coche. Se le ve muy ilusionado y yo espero que todo les salga bien. Incluso creo que hacen buena pareja.

Entro en casa, dispuesta a pasar lo que queda de tarde y parte de la madrugada disfrutando de una buena sesión de cine que me ayude a despejar la mente y descansar el cuerpo. Lo necesito. Así que me preparo un bol de palomitas saladas y me lo llevo a la sala junto con una botella de agua fresca. Preparo la primera película y me pongo cómoda en el sofá.

Media hora después, me llega un mensaje al teléfono. Lo abro y me quedo mirándolo fijamente. No me creo que haya recibido esto. Si la foto llama mi atención, el texto que la acompaña es todavía más impactante. Mi corazón late en frenesí y soy incapaz de contener un suspiro. Malo, muy malo para mí, porque ver la mano de Faith apretando el dedo de Alec con fuerza es conmovedor, pero su cara de felicidad es más de lo que puedo soportar después del video que le he grabado. Ni siquiera sé cuando la sacó ni por qué ha decidido enviármela, pero me alegra que lo haya hecho aunque me lleve a implicarme cada vez más con ellos.

Esto es gracias a ti. Jamás podré compensarte por ello.

No ha escrito nada más y yo no me decido a contestarle. Claro que tampoco sabía qué poner. Me ha dejado sin palabras con las tuyas. Miro la foto una vez más y termino escribiendo tres simples palabras. Dudo que sirvan de algo o que sea lo que él está esperando leer de vuelta, pero es lo que pienso.

No es necesario.

Vacilo a la hora de enviarlo porque esto solo sería complicar más las cosas, pero al final lo hago. Se merece una respuesta después de enviarme la foto. Y aunque pensaba que aquí se terminaría la conversación, recibo un nuevo mensaje al momento.

Lo es. Hallaré el modo.

Prefiero no saber nada sobre eso, así que no respondo. Ya es más que suficiente ayudarle con las cosas de Faith, no quiero complicarlo más con conversaciones por teléfono. Cuando nos veamos en persona, le aclararé que todo cuanto hago es por su hija, que verla feliz al lado de su padre será mi recompensa y que no necesito nada más.

Y aunque intento prestar atención a la película, una hora más tarde, me sorprendo a mí misma con el teléfono en la mano para enviar un mensaje a Alec. Tecleo con rapidez para no tener tiempo de arrepentirme y lo envío nada más terminar.

Los próximos tres días trabajo de noche. Si tienes tiempo libre podemos empezar las compras.

Muerdo mi labio inferior mientras mi vista no se separa de la pantalla. Empiezo a ponerme nerviosa al pasar el tiempo y no recibir respuesta. Para cuando llega el mensaje, mi mente ya se ha estado imaginando todo tipo de razones por las que no debí escribirle.

Puedo pasar a recogerte a tu casa a primera hora de la mañana, si quieres. O me dices un sitio donde reunirnos, si prefieres que no sepa dónde vives. No tienes que preocuparte por la moto, iré en el coche. Ya me dirás si necesito llevar algo. Muchas gracias por ayudarme. Te debo mucho y no sé como pagártelo.

De nuevo me quedo sin palabras. Pero no me debe nada porque todo esto lo hago por su hija, no por él, así que se lo hago saber en mi mensaje. También le pido que tome medidas de la habitación de Faith y le doy la dirección de mi casa.

He dudado en hacerlo, lo admito, pero creo que si confío en él para recorrernos media ciudad juntos y preparar una habitación en su casa, también puedo hacerlo en esto. Todavía me siento mal al recordar que lo he comparado con un asesino en serie. Pobre hombre, con lo mal que lo está pasando.

La película ha terminado y no me he enterado del final porque he estado escribiéndome con Alec, justo lo que no quería hacer. Hoy está resultando ser un día demasiado raro así que decido acostarme ya, antes de que cometa más estupideces. Mi sesión de cine hasta la madrugada tendrá que quedarse en una película vista solo a medias. Y a pesar de que me repito a mí misma mientras lavo mis dientes y pongo mi pijama que no lo haga, le envío un mensaje de buenas noches a Alec.

7

Ni siquiera tengo tiempo a ponerme nerviosa antes de que Alec pase a recogerme. Todavía falta al menos una hora para que las tiendas abran, pero él ha insistido en desayunar juntos y yo me he dejado convencer sin saber muy bien cómo. Me recuerdo todo el tiempo que todo esto es por Faith y por su bienestar, pero lo de comer con su padre no suena como algo que pueda beneficiarla a ella en un futuro.

-Buenos días – luce una sonrisa tranquila. No falta de sinceridad, pero sí un poco apagada todavía.

Se me ocurre en este momento que tal vez quería ir a ver a Faith y yo se lo estoy impidiendo, pero desecho el pensamiento en cuanto llega. Fue él quien insistió en vernos tan temprano.

-Buenos días – le sonrío de regreso antes de coger mi bolso y comprobar que no me olvido de nada.

-Bonita casa – me dice de camino a su coche. Parece nervioso de nuevo.

-Gracias. Era de... – me detengo antes de decir más porque no quiero iniciar una conversación sobre mi abuela – mi familia.

No es que con eso lo haya solucionado, pues tampoco quiero hablar de ellos, pero los nervios no me dejan pensar con claridad. Me reprendo mentalmente por haberlos nombrado aunque me alivia comprobar que Alec no

pregunta nada más. Se limita a abrir la puerta del coche para mí.

-He tomado las medidas del cuarto como me pediste – me dice mientras conduce –, pero creo que sería mejor que le echases un vistazo para hacerte una idea de cómo distribuir los muebles porque tiene una forma un tanto... peculiar.

-De acuerdo – vacilo al hablar. No estoy muy segura de lo que está insinuando – ¿Quieres pasarte por allí después de desayunar?

-He pensado que sería más cómodo si comíamos en mi apartamento – me mira por un momento, pero vuelve la vista al frente con rapidez antes de continuar –. Si te parece bien, claro. No quiero obligarte a nada.

Tarde para eso, pienso, porque para empezar, yo no quería nada de esto. Pero ya que he accedido a ayudarlo, aceptaré lo que sea que decida con tal de acabar cuanto antes. Soy consciente de que pasaremos mucho tiempo juntos a partir de ahora, pero intentaré que sea lo más profesional posible porque no debo implicarme con ellos más de lo que ya lo estoy. Si Adelaide se entera de que he quedado con él para ayudarlo, me matará. O peor todavía, me apartará de mi trabajo. Y eso es algo que no podré soportar.

Trabajar en neonatos es mi salvavidas. Comprobar cómo se fortalecen día a día, ver el orgullo en los ojos de sus padres, participar en su total recuperación y verlos irse a casa con sus familias es lo que me mantiene en cierta medida cuerda. Es como si expiase de algún modo mi culpa por la muerte de mis padres y no puedo renunciar a eso. Para mí no es un simple trabajo, es mi vida.

-¿Te parece bien? – su pregunta me trae de vuelta al coche.

-Sí, claro – asiento –. Perdona. Me... perdí en mis pensamientos.

-Puedes confiar en mí – me dice –. No soy ningún psicópata asesino.

De nuevo bromea, pero yo me siento morir de vergüenza. No quiero que piense que no me fío de él aunque tampoco quiero darle detalles sobre lo que estaba pensando. Es demasiado privado.

-Eso ya lo sé – me hundo un poco en el asiento. Si pudiese hacerme invisible en este momento, ni lo dudaría.

-No quiero que te sientas incómoda conmigo – no me mira mientras habla,

algo que agradezco –. Sé que apenas nos conocemos y ya te estoy pidiendo más de lo que debo, pero te aseguro que no lo haría si fuese capaz...

-No te preocupes por eso – lo interrumpo –. Podía haberte dicho que no. Lo hago porque quiero, no por obligación.

Antes de que él diga algo más y de que yo me arrepienta, suspiro y continúo hablando.

-Y no estoy incómoda contigo. Es solo que yo... soy así. Reservada.

-He podido comprobarlo – lo veo sonreír aunque sigue sin mirarme –. Yo soy muy hablador. Espero que eso no suponga un problema para ti.

-Dicen que se me da bien escuchar – me encojo de hombros.

Hemos llegado, su casa no está muy lejos de la mía. Al fondo se ve el castillo de Edimburgo, erigido en la gran roca volcánica que lo eleva por encima de la ciudad. Es una de las mayores atracciones turísticas de Edimburgo, junto con la Milla Real y el Palacio de Holyrood.

Esta zona de la ciudad es bastante exclusiva. Alec debe tener un alto poder adquisitivo si se puede permitir vivir en ella. Tal vez ese trabajo que tanto absorbe su tiempo le reporta grandes beneficios. Eso será bueno para Faith, en parte, porque no le faltará de nada, pero también puede llegar a ser un inconveniente. Un padre ausente es lo último que necesita, sobre todo habiendo perdido ya a su madre.

Me bajo antes de que Alec pueda abrirme la puerta, pero roza mi espalda con su mano cuando me indica el camino hacia su apartamento y me da paso por delante de él. Siento una corriente extraña y sacudo mis hombros ligeramente para eliminarla. Seguramente estoy tan nerviosa que mi cuerpo lo está pagando.

Es un edificio un tanto antiguo y no tiene ascensor. A mí no me molesta subir escaleras, pero mi mente práctica está pensando en todas las veces en que Alec tendrá que cargar con la silla de Faith arriba y abajo. O en cómo haremos para subir los muebles que compremos para su cuarto.

-Será mejor que pidas que te entreguen el dormitorio a domicilio – le digo mientras subimos –, aunque tengas que pagar un extra.

-Pensaba hacerlo.

Aunque hay sitio para ir a la par, permanece un par de escalones por detrás de mí, no sé muy bien por qué. Tal vez para darme mi espacio. Seguramente haya notado lo nerviosa que estoy. De todas formas, no voy a preguntarle. Me limitaré a subir hasta el segundo piso, que es donde me ha dicho que vive.

Se coloca a mi altura en cuanto llegamos al pasillo y ahora soy yo la que ralentiza mis pasos para ir tras él. Con cada paso que doy me siento más inquieta. Cuando accedí a ayudarlo, sabía que entrar en su apartamento era solo cuestión de tiempo, pero no creí que sería tan pronto y mucho menos para desayunar juntos.

Me da paso para que entre yo primero y me muerdo el labio temiendo encontrarme un hogar cálido y acogedor que me recuerde que Faith no podrá conocer a su amorosa madre. No sé si estoy lista para eso. Y sin embargo, lo que ven mis ojos es el piso de un hombre soltero. Totalmente masculino y falto de encanto. Al menos ese encanto que el toque de una mujer sabe proporcionar.

Recorro el lugar con la mirada buscando pros y contras. Es un apartamento de concepto abierto así que el salón y la cocina dominan la vista. Todo aquí está perfectamente distribuido y ordenado. Hay algunos detalles personales, fotos incluidas, pero aún así se siente frío y solitario. Una idea cruza mi mente. ¿Acaso Alec y su esposa no vivían juntos? Novia, me corrijo. Sigo sin ver ningún anillo en su dedo. Entonces recuerdo que dijo que se había enterado del embarazo meses después de que se produjese y mi mente empieza a imaginarse todo tipo de situaciones por las que ellos no estaban juntos para compartir un momento tan increíble como ese. *Déjalo ya*, me reprendo. No es asunto mío.

-Sé que no es gran cosa – me dice –, pero supongo que para los dos será suficiente.

Se ha colocado a mi lado, pero no me atrevo a mirarlo. No todavía. Así que me adelanto unos pasos y sigo observando lo que me rodea. Hay varias puertas a ambos lados del salón, de las que intuyo serán las habitaciones y el baño, pero por ahora no pienso comprobarlo. El silencio que sigue a sus palabras me preocupa así que finalmente hablo.

-A medida que crezca, Faith se apropiará de todo el espacio libre que tengas.

-Quiero cambiar de casa – se coloca a mi lado de nuevo y esta vez lo miro

–, pero por el momento tendrá que servir esta.

Parece inseguro aunque no sé exactamente por qué. Echo un último vistazo al lugar antes de aventurarme a hablar de nuevo.

-Aquí tienes la ventaja de que podrás saber donde está en todo momento.

-Supongo – duda de nuevo.

Está claro que se siente perdido con toda esta situación y me pregunto una vez más qué tipo de relación tenía con la madre de Faith. Aún así me abstengo de preguntar porque yo solo he venido a ayudarlo con Faith. Su vida no es asunto mío.

-¿Vemos el cuarto? – le sugiero.

-Claro, por aquí – vuelve a tocar mi espalda para indicarme el camino y la extraña sensación en mis terminaciones nerviosas regresan. Sacudo los hombros de nuevo por instinto.

Abre una de las puertas que se encuentran a la izquierda y entramos en la habitación. En el mismo momento en que la veo, me imagino cómo podría llegar a ser y me emociono. Mi cabeza bulle de ideas. Una sonrisa sale de mis labios sin que pueda hacer nada para detenerla. Va a ser genial preparar el cuarto de Faith.

-Parece que te gusta – las palabras de Alec me devuelven a la realidad.

-Va a quedar perfecta – le digo con la sonrisa todavía en los labios.

-Tienes una bonita sonrisa – me dice –. Deberías mostrarla más veces.

Oculto mi rostro inclinando la cabeza. Nunca he llevado bien los halagos y mucho menos los que llegan de alguien a quien apenas conozco. Me muevo por la habitación para escapar de su mirada y buscar algo que hacer o decir después de eso.

-Perdona si te ha molestado lo que dije – supongo que es bastante evidente que me incomoda la situación.

-No, tranquilo – intento arreglarlo de la mejor forma que sé –. No pasa nada. Yo...

-¿Te parece si desayunamos ya? – me interrumpe. Algo que le agradezco sinceramente porque no tengo ganas de acabar diciendo cualquier tontería que

me deje en ridículo solo para rellenar el silencio.

-De acuerdo.

En la cocina nos espera un desayuno de lo más variado. Hay tanto donde elegir, que será difícil decidirse por una sola cosa. Nos sentamos en la isla que separa la sala de estar de la cocina. Alec me sirve té. Se lo agradezco con una sonrisa. Finalmente opto por prepararme unas tostadas. Ver tanta comida parece que ya me llena sin necesidad de ingerirla.

-Si prefieres algo más fuerte, puedo prepararte huevos y...

-Esto está bien – lo interrumpo yo ahora –. De hecho, creo que es demasiado. No deberías haberte molestado tanto, cualquier cosa habría servido.

-No sé qué sueles desayunar – se encoge de hombros, como si preparar un buffet libre de desayuno fuese lo más normal del mundo para él –, así que intenté asegurarme de que encontrabas algo que te gustase.

-Gracias – le sonrío de nuevo –, pero me habría adaptado.

-¿Qué sueles tomar?

Espero que no lo pregunte para próximas ocasiones porque no es algo que debamos repetir. Por nuestro propio bien, el contacto ha de ser el estrictamente necesario para dejar todo listo para la llegada de Faith.

-Tostadas – levanto la que tengo en la mano mientras hablo – y té.

-Como yo – sonrío tomando el pan en su mano y untándolo de mantequilla –. Aunque algunas veces llevamos dulces al trabajo para desayunar todos juntos.

-Yo me como una pieza de fruta por el camino si tengo prisa – admito.

Después de ese pequeño intercambio de información, continuamos comiendo en silencio. Aunque apenas nos conozcamos, no se siente incómodo compartir este momento con él, muy al contrario de lo que esperaba. Es más, me sorprende que ya no esté tan nerviosa.

-Entonces – Alec rompe el silencio –, ¿crees que lograremos prepararle un bonito cuarto a Faith?

-Lo he visto nada más entrar – sonrío al recordar todas las ideas que se me vinieron a la cabeza –. Tiene una forma extraña, pero eso nos da ventaja para lo que he pensado.

-¿En qué sentido? – parece genuinamente interesado.

-Podemos poner la cuna cerca de la ventana para que le llegue luz, pero sin que le dé directamente a Faith. Y la esquina tan rara que del fondo será perfecta para colocar la mecedora – me emociono al hablar de todo lo que quiero hacer –. Será increíble darle el biberón sentada en ella y dormirla en brazos.

Me escucha atentamente y yo no dejo de hablar, algo realmente extraño en mí porque suelo ser más bien callada.

-Junto a la puerta, entre el armario y esta creo que encajará perfectamente el cambiador. Y todavía queda espacio para colocar alguna zona de juegos en el otro extremo. No será muy grande, pero a Faith le encantará.

-Nunca se me habría ocurrido una distribución así – dice al final –. Es una habitación pequeña, pero haces que suene como que tendrá todo el espacio del mundo.

-Con la distribución adecuada, el espacio siempre se puede aprovechar mejor – aparto la mirada cohibida.

De repente me he dado cuenta de que he hablado sin parar durante mucho tiempo y Alec ha apoyado los brazos en la mesa y la barbilla en sus manos para observarme mientras tanto. Empiezo a sentirme incómoda porque sigue con su mirada fija en mí incluso ahora que he terminado.

-Me alegro de poder contar contigo para ayudarme – me dice, ajeno a lo que estoy sintiendo.

-Solo quiero que Faith esté bien.

-Yo también. Ella es ahora lo más importante que tengo en la vida.

-Debió ser duro perder a su madre – muerdo el interior de mi mejilla, nerviosa.

No debí decir eso, no quiero entrar en temas tan delicados. Me prometí que sería todo impersonal. Cuanto menos sepa de ellos, más fácil será no involucrarme en sus vidas más de lo que ya lo hago. Pero mi boca me ha

traicionado esta vez.

-Ni siquiera estábamos juntos cuando me enteré de que esperaba un hijo nuestro. Ella pensaba ocultármelo. De hecho, cuando se lo sonsaqué, iba de camino a una clínica abortista – me mira con dolor en los ojos y yo me quedo sin palabras –. Vivian no quería hijos. Estaba empezando a escalar puestos en la empresa donde trabajaba y creía que un bebé le impediría llegar a donde quería en su carrera. La verdad es que yo tampoco me sentía preparado para formar una familia todavía, pero sí esperaba tenerla algún día – mira al infinito mientras habla, pero yo no puedo alejar mis ojos de él –. Discutíamos mucho sobre eso. Y sobre lo de vivir juntos. Decía que estábamos bien así, que no se debía cambiar lo que funciona bien. Pero la verdad es que no funcionaba.

En innumerables ocasiones he sido la confidente de la gente y generalmente me limito a escuchar, más que nada porque no sé qué decir. Pero a medida que Alec habla, me siento cada vez más inquieta. Intento no moverme para no llamar su atención, pero siento de nuevo ese tonto impulso de sujetarle la mano. Aún así, no voy a intervenir hasta que saque fuera todo lo que tiene guardado porque seguramente lo está carcomiendo por dentro.

-Cuando las discusiones fueron en aumento, decidimos darnos un tiempo. No supe nada de ella desde entonces, hasta que me la encontré cerca de la clínica dos meses después. Solo pensar en lo que habría hecho si no la llego a ver – me mira y veo lágrimas contenidas en sus ojos –. Entiendo que sea su cuerpo y que tenga derecho a decidir sobre él, pero no sobre el bebé. No sobre nuestra hija. Iba a deshacerse de ella y no pensaba decirme nada. Para Vivian no era más que un estorbo que debía quitarse de encima. Y cuando le reclamé por ocultármelo, tuvo el descaro de decir que no era asunto mío.

Sigo sin saber qué decir así que permanezco en silencio, dándole tiempo. Su mirada parece perdida, pero puedo ver el dolor y la impotencia oscureciendo el claro azul de sus ojos. Debió ser muy duro descubrir que la mujer que un día amó pretendía ocultarle que un día estuvo embarazada.

-Discutimos mucho ese día, pero logré que no acudiese a la cita. Yo quería tener a nuestra hija y le juré que me haría cargo de ella y que no tendría que volver a verla si no quería. Al principio se negó, pero yo no estaba dispuesto a renunciar a Faith. Finalmente conseguí convencerla, aunque eso solo empeoró las cosas entre nosotros – le veo tragar con dificultad y sé que lo que

viene a continuación será la peor parte de la historia –. La noche que tuvo el accidente, discutimos más que nunca. Había tenido problemas en el trabajo porque descubrieron su embarazo y vino a reclamarme por ello. Nos dijimos cosas horribles. Vivian estaba furiosa y no atendía a razones. Le quité las llaves del coche, temiendo que cometiese una locura, pero cogió las del mío sin que me diese cuenta. Para cuando lo descubrí, era demasiado tarde. Todo esto es culpa mía. Vivian está muerta y la vida de Faith todavía corre peligro. Si le llega a pasar algo...

Su voz se quiebra y sin saber muy bien cómo llegamos a eso, lo estoy abrazando. Me ha recordado tanto a mí en este momento que no he podido contener el impulso de consolarlo. Las palabras no se me dan bien así que me dedico a acariciar su espalda con una mano mientras siento cómo sus brazos rodean mi cintura con fuerza, pero sin llegar a lastimarme.

No está llorando y eso me alivia porque no sabría qué hacer con algo así. Mis propios sentimientos están a flor de piel ahora mismo y si lo veo llorar me romperé en mil pedazos. No quiero que él me vea así porque necesita a alguien fuerte a su lado en este momento.

-Faith va a estar bien – le digo finalmente –. Es una luchadora nata.

Nunca en mi vida he deseado tanto poder encontrar las palabras adecuadas para que alguien se sienta mejor, pero por más que pienso en algo que decirle, todo me parece superfluo y estúpido. Sé lo que es sentirse culpable por la muerte de alguien y no es agradable. Tampoco es fácil de asimilar ni de superar. Es autodestructivo. Yo llevo cargando con ello catorce años.

-Ha mejorado de una forma casi milagrosa – continuó hablando de ella solo para rellenar el silencio –. Estoy segura de que la tendrás en casa contigo antes de lo que crees y dando guerra. Mucha guerra. Y tú te estarás tirando de los pelos por culpa de sus locuras.

Mi cuerpo se estremece contra el suyo cuando comienza a reír. Se separa de mí y aunque todavía tiene los ojos aguados, la sonrisa permanece intacta. Regreso a mi silla para que su proximidad no me afecte tanto. El azul de sus pupilas es demasiado impactante desde esta distancia y más con el brillo de las lágrimas que no llegó a derramar.

-Gracias – me dice despeinando su cabello –. Y perdona por... esto.

-Todos necesitamos desahogarnos en algún momento – empiezo a recoger

los restos del desayuno para no sentirme intimidada por su mirada.

-Te parecerá una locura y probablemente no me creas, pero me siento más tranquilo sabiendo que cuidas de Faith – lo miro en cuanto termina de hablar –. Sé que estará bien mientras tú estés cerca.

-Cualquiera de mis compañeras la cuidará tan bien como yo – sigo recogiendo y Alec me ayuda.

-Puede – dice a mi lado –, pero tú me transmites una confianza que no he sentido con las demás. En mi profesión, he aprendido a fiarme de mi instinto y no suele fallarme. Sé que contigo Faith está en las mejores manos.

Una vez más, no sé qué decirle. Siento que está poniendo demasiada fe en mí y temo defraudarlo. Conmigo es lo que pasa siempre. Logan es el ejemplo más reciente de que las relaciones, sean del tipo que sean, no son lo mío. Estoy segura de que haré algo que lo estropeará.

-¿Te importa si tomo algunas medidas en el cuarto de Faith? – le pregunto en cuanto veo que se dispone a lavar los platos del desayuno.

-Como si estuvieses en tu casa – me mira y me sonrío antes de darme una cinta métrica.

Utilizo mi teléfono para guardar las medidas. Necesito estar segura de que los muebles encajarán en cada hueco porque la habitación no es muy grande y si me equivoco, se verá muy abarrotada. Y mientras mido, me fijo en el horrible color de las paredes. Es tan oscuro, que la habitación parece más pequeña de lo que es en realidad. Lo ideal sería usar tonos más claros para darle una mayor luminosidad. Y tal vez, en la pared tras la cuna, podría pintar el nombre de Faith con bonitas letras. Hay tantas opciones que me volveré loca antes de decidirme. Aunque, en realidad, será Alec quien decida en última instancia. Después de todo es su hija, su casa y su dinero.

-¿Has terminado?

Me sobresalto al oír su voz. Cuando miro hacia él, está apoyado en el marco de la puerta y me sonrío. Por veces sigue luciendo esa mirada triste que le vi el día que nos conocimos, pero parece mucho más relajado ahora. Supongo que saber que Faith está mejorando lo ha tranquilizado. Y preparar su cuarto lo hará más real. Necesita ambas cosas.

-Sí – me acerco a él y le entrego la cinta –. Gracias.

-A ti – nuestros dedos se rozan en el intercambio –. Por todo.

No puedo aguantar su mirada por mucho tiempo porque el azul de sus ojos es hipnotizante. Rompo el contacto visual y él se aparta de la puerta para dejarme pasar. Evito mirarlo, pero le dedico una sonrisa de agradecimiento.

Bajamos en silencio y, tal y como sucedió al subir, nadie se cruza en nuestro camino. Abre la puerta del coche para mí una vez más y yo le presto más atención de la necesaria al cinturón para no tener que mirarlo a él. Necesito serenarme primero.

-¿A dónde, señorita? – me pregunta con una sonrisa en los labios.

-Leith Pram – le contesto, imitándolo.

El viaje hasta la tienda también es silencioso. Alec parece concentrado en el tráfico de la calle y yo no tengo ganas de hablar. Claro que eso no es ninguna novedad en mí.

-¿Por dónde empezamos? - me pregunta una vez en el local.

En el Leith Pram hay de todo. Desde muebles para el dormitorio hasta biberones. ¿Necesitas algo para tu hijo? Aquí seguro que lo tienen. Y con un poco de suerte, nosotros también encontraremos todo lo que necesitamos, aunque dudo que podamos hacerlo todo hoy, así que nos centraremos en lo más importante y dejaremos el resto para otro día.

-El dormitorio. Veamos si hay alguno que se adapte a nuestras necesidades.

-¿Y si no lo hay?

-Compraremos piezas sueltas que combinen – le miro entusiasmada de repente.

Nunca he tenido la oportunidad de decorar el cuarto de un bebé y la idea me atrae mucho. Sé que debería agradecerle a Alec la oportunidad de hacerlo, pero también sé que no querrá escucharlo y que acabará siendo él quien me agradezca, así que me ahorro el mal trago y me dirijo a la sección de muebles.

Durante más de una hora, nos dedicamos a inspeccionar cada pieza de la tienda. Hay algunas que descartamos al momento, pero otras merecen un segundo vistazo más a fondo. Alec ha traído la cinta y la usamos en varias ocasiones para asegurarnos de que las medidas encajan. Voy apuntando la

referencia de los muebles que podrían servir, para una tercera revisión.

-¿Puedo ayudarles en algo? – nos pregunta de repente una de las dependientas.

Aunque ha hablado en plural, su mirada está fija en Alec. Si yo fuese su mujer, me habría sentido ofendida por el indecoroso escrutinio al que lo está sometiendo, pero como no somos nada, me limito a permanecer en silencio, esperando a que Alec intervenga.

-Es usted muy amable, pero no hace falta – se disculpa –. Muchas gracias.

-Tal vez prefieran ver el catálogo – la mujer no parece dispuesta a irse todavía –. Tenemos mucha más variedad y el pedido les llegaría en pocos días.

Me mira unos segundos y luego regresa su atención a Alec. Está siendo tan descarada que me dan ganas de decirle algo, pero muerdo mi labio para no hacerlo.

-Al parecer tienen tiempo. ¿De cuánto está su esposa?

-¿Qué? – parece desconcertado por un momento, pero en cuanto lo capta, juraría que se ruboriza un poco –. No. Ella no... Nosotros no...

-Solo soy una amiga – me hubiese gustado decirle lo contrario solo para molestarla, pero creo que sería un error –. Le estoy ayudando con su hija.

-Un papá soltero – lo mira con renovado interés –. Yo podría ayudarle en cuanto necesite.

¿Qué pasa con las mujeres y los padres solteros? En el caso contrario no sucede lo mismo, más bien huyen de ellas. Eso me cabrea. Y más todavía al ver el modo en que se está comiendo a Alec con los ojos, como si fuese un trofeo o algo por el estilo. Reviso las notas que tengo, solo para no decir lo que pienso.

-Es usted muy amable, pero está bien así. Ya hemos encontrado lo que buscábamos.

-Entonces, ¿les tomo el pedido?

Esto es tan ridículo. Ella intenta obtener toda su atención, pero Alec parece que no se entera. Y yo trato de no reírme de la situación. Entonces mi

teléfono suena. Me están llamando del hospital y, aunque no es la primera vez que lo hacen y no me alarmo, descuelgo intrigada.

-¿Diga? ... Hola, Ade, ¿pasa algo?

Alec me mira nervioso. Probablemente ha reconocido el nombre de mi jefa. ¿Le preocupa lo que pueda estar diciéndome? ¿Por si hablamos de Faith? Pues no debería porque, si le hubiese ocurrido algo, yo sería la última a quien llamasen.

La dependienta no se ha movido del sitio tampoco. Parece que espera su oportunidad para atacar de nuevo. Descarada, pienso una vez más.

-Megan, una compañera, se encuentra indispuesta – le explico a Alec nada más colgar – y necesitan que cubra lo que queda de su turno. Me temo que tengo que irme.

-Lo entiendo – guarda la cinta en su bolsillo y me tiende la mano para hacerme pasar primero –. Te llevaré. Esto podemos hacerlo otro día.

Ni siquiera se despide de la dependienta y no puedo evitar sonreír al ver el disgusto reflejado en su cara. Eso le pasa por desear lo inalcanzable.

-Gracias por traerme – le digo a Alec en cuanto llegamos al hospital –. Y siento que no pudiésemos comprar nada.

-Los niños te necesitan, ellos van siempre primero. Además, tengo las notas – se golpea el bolsillo de la chaqueta donde las guardó cuando se las entregué –. Puedo ir a encargar los muebles yo solo.

-Bien. Cuidado con la dependienta – no puedo evitar soltarlo.

-¿Por qué? – frunce el ceño.

-Por nada. Es... nada. Olvídalo – si él no lo ha visto, no quiero ser yo quien se lo diga.

-Oh, ya – me dice ahora sonriendo –. No me interesa nada de lo que pueda ofrecerme.

Sí que lo ha visto. Bajo la cabeza para que no vea mi sonrisa aunque algo me dice que será inútil el gesto. Si no la ha visto, la ha intuido, porque la suya se amplía.

-¿A qué hora te recojo? – me pregunta cuando ya he abierto la puerta del

coche.

-No es necesario. Tomaré un taxi.

-Nada de eso. Vendré a por ti. Es lo menos que puedo hacer después de todo lo que tú harás por mí.

-No es buena idea. Alguien podría vernos juntos – insisto.

-Te recojo donde quieras, no hay problema. ¿En la cafetería de ayer?

Finalmente asiento antes de salir del coche. A medida que me acerco al hospital, me siento más inquieta por haber aceptado la oferta de Alec. Y por más que lo intento, no soy capaz de sacarme de encima la sensación de que acabaré siempre haciendo lo que él quiere.

8

Solo son unas horas, pero acabo tan cansada como si hubiese estado el turno completo. Con razón Adelaide me pidió ayuda. Ha habido varios ingresos y otras tantas altas y nos han tenido la mañana corriendo de un lado para otro.

Me ha emocionado ver a los que se iban. Algunos de ellos han estado con nosotros durante meses y es inevitable no cogerles cariño. Puedo ver incluso cómo Adelaide sonríe satisfecha al despedirlos. Por más que nos recuerde cada día que debemos ser profesionales, tampoco ella es inmune a los bebés. ¿Quién podría? Si tienes corazón, tienes que amarlos.

Apenas puedo ver a Faith, sobre todo porque Adelaide está conmigo en todo momento, pero me conformo con saber que está bien. El pediatra ha dado orden de retirarle el oxígeno durante unos minutos varias veces al día para ver cómo responde. Es increíble que haya consentido eso porque es muy pequeña, sus pulmones no deberían estar desarrollados todavía. Pero me alegro porque quiere decir que está evolucionando a pasos agigantados. Con un poco de suerte, pronto estará con Alec en su casa. Allí es donde debe estar, recibiendo el amor que su madre quiso negarle.

Pensar en ello me enfurece. Entiendo que hay ocasiones en que un aborto es necesario, ya sea porque peligra la vida de la madre también o porque el bebé no será viable tras el nacimiento. Incluso si ha sido fruto de una

violación o la madre no es más que una niña... Hay muchos casos en los que se puede justificar, aunque yo sigo pensando que, siempre que la vida de ambos no corra peligro, hay otras opciones. La adopción es una de ellas porque hay muchas parejas que desean tener hijos y no pueden.

Pero lo que la madre de Faith pretendía hacer fue egoísta. Alec tenía derecho a saber que iba a ser padre y a decidir si deseaba serlo. Cuando la situación es al revés, cuando una mujer desea tener a su bebé, pero el padre no, hay leyes que la protegen y la defienden. E incluso obliga al padre a hacerse cargo de la manutención. Pero en el caso contrario, si un hombre desea tener a ese bebé y la mujer no, no hay forma de obligarla a tenerlo para él. Es injusto. Y me enfada. Faith podía estar ahora muerta si Alec no se hubiese topado por casualidad con Vivian.

Y eso me reafirma en que es una luchadora y una superviviente. No hay nada que no pueda hacer. Prueba de ello es la forma en que está mejorando cada día. En el poco tiempo que lleva en neonatos ha crecido y ha engordado más de lo esperado. Su piel ahora se ve menos enrojecida y está más lisa. Suele patalear con fuerza y siempre aprieta tu mano cuando la estás manipulando. Rebosa de vida y eso es algo que hace que mi corazón aletee de alegría.

-¿Crees que podrá resistirlo? – al final no puedo evitar preguntarle a Adelaide por ella. Al menos he logrado aguantar hasta el final del turno –. No han pasado ni tres semanas desde que nació. ¿No es un poco pronto para retirarle el respirador?

-Faith es la prueba viviente de que los milagros existen.

-¿En serio, Ade? – la miro con incredulidad.

-Los milagros médicos - me sonrío al aclararlo -. A veces, un paciente entre miles, logra lo imposible. Faith parece ser una de ellas. Si sigue al ritmo que lleva, es probable que en poco tiempo ya pueda alimentarse sin sonda y su padre podrá tomarla en sus brazos durante las visitas.

-Eso seguro que lo anima – mi intento de parecer casual fracasa estrepitosamente porque Adelaide me mira con curiosidad.

-¿Ya habéis coincidido? ¿Le has hablado?

-Solo una vez – me digo a mí misma que debería haberle mentado, pero

Adelaide me conoce bien y sé que acabaría descubriéndome –. Ayer estuvo aquí en mi turno.

-Es un buen hombre – me está estudiando, lo sé –. Se preocupa mucho por Faith.

-Eso me pareció.

-¿Le has hablado?

Dudo en responderle. Sé que se enfadará conmigo si le digo la verdad porque le prometí que no me acercaría a ellos, pero tampoco quiero mentirle, solo para librarme del castigo. Miro hacia Faith inconscientemente mientras decido qué hacer. Es algo que he cogido de costumbre. Durante mi turno puedo llegar a mirarla cientos de veces. Un segundo, dos, pero mi vista siempre acaba posada en ella.

-Cielo – Adelaide me obliga a mirarla –, cuando te dije que no te acercases a él, era por tu bien. Sé lo que esa niña significa para ti y no quiero que tengas problemas por llevarlo a un terreno más personal. Sobre todo si eso incluye al padre de Faith.

-No quiero que me envíes a casa – le pido.

-Sé que eres una profesional y que mantendrás la promesa que me hiciste en su día – me sonrío y acaricia mi mejilla con cariño –, pero si no atender a Faith o no hablar con su padre mientras esté aquí va a influir negativamente en tu rendimiento, tienes mi permiso para hacerlo. Solo te pido que no lo lleves más allá. No por lo que yo pueda opinar de eso, sino por lo que va a implicar en tu vida.

Me mira como si supiese la verdad, como si hubiese averiguado que estoy ayudando a Alec fuera del hospital. Es solo una sensación, pero tan intensa que no puedo evitar pensar en que tal vez nos haya visto juntos en alguna ocasión. Oculto mi mirada de la suya, temerosa de que descubra hasta qué punto estoy ya implicada con ambos.

-No te entiendo – miento.

-Alec es un buen hombre, pero está sufriendo mucho por todo lo que ha sucedido. No quiero que termines involucrada sentimentalmente en todo eso porque tú ya tienes lo tuyo. No necesitas esa carga también.

-Cuidar a Faith no es una carga – mi mirada vuelve a ella.

-Solo prométeme que tendrás cuidado – su mano se apoya en mi hombro y lo aprieta –. No quiero que salgas lastimada con todo este asunto.

-¿Significa eso que puedo seguir atendiendo a Faith aunque esté su padre aquí?

-Significa que lo dejo a tu elección, porque sé...

El monitor de Roger comienza a pitar descontrolado y Adelaide deja de hablar. Está teniendo otra crisis y corremos hacia él para intervenir. Rose ya ha ido a avisar al pediatra, pero Adelaide me pide que le ayude a estabilizarlo mientras no llega. Cuando lo destapa y vemos lo morado que está, nos miramos angustiadas. En la mirada de Adelaide vislumbro la duda y el miedo. Puede que esta vez el pequeño no logre superarlo.

-Tenemos que lograrlo – le susurro suplicante.

Empezamos con las maniobras de reanimación, pero no reacciona. Permanece totalmente inmóvil y sigue sin respirar. Las lágrimas asoman a mis ojos cuando llega el pediatra y solo puede certificar su muerte. Sabíamos que acabaría sucediendo tarde o temprano, pero eso no lo hace más fácil. Ni menos injusto. Adelaide me obliga a marcharme mientras ella se queda para hablar con los padres de Roger. La admiro por su entereza porque dar una noticia así no debe ser nada fácil.

Cuando paso junto a la incubadora de Faith, me paro a su lado para comprobar que está bien. La veo patalear con energía, igual que siempre, y eso me arranca una sonrisa, aunque las lágrimas continúan amenazando con escapar a mi control. La acaricio un momento, solo para sentir su fuerte agarre en mi dedo.

-Lucha, Faith – le digo con la voz descompuesta –. No dejes de hacerlo nunca. Te lo suplico.

Entro en los vestuarios y me cambio lo más rápido que puedo. Necesito salir del hospital, necesito aire fresco para despejar mi mente e intentar no pensar más en Roger. Es muy duro. Cuando cierro mi taquilla y busco las llaves del coche en el bolso, recuerdo que Alec me estará esperando en la cafetería. No puedo verlo, no en el estado en que me encuentro ahora mismo. Saco el teléfono y le envío un mensaje.

Voy andando. Perdona que no te haya avisado antes. Hablamos mañana.

Me dirijo a la salida lo más rápido que puedo, sin mirar a nadie para evitar tener que hablarles. En este momento solo quiero irme a casa. Por el camino choco con alguien, pero ni siquiera miro quién es. Me limito a disculparme y sigo andando. Si me paro, me derrumbaré.

Una vez en la calle, inspiro profundamente y cierro mis ojos para deshacerme de las lágrimas. Hasta que consiga poner bajo control mis pensamientos, las imágenes de Roger seguirán inundando mi mente, recordándome lo efímera que puede ser la vida. Yo misma le di de comer una hora antes y se veía tan vivo, tan feliz. Y ahora ya no está. Su luz se ha apagado.

-Mierda – digo y empiezo a caminar.

No he avanzado ni 500 metros cuando un coche se para de cualquier manera junto a mí. De él sale Alec y lo veo acercarse con rapidez. Intento alejarme para no tener que darle explicaciones, pero me da alcance.

-Kath – me obliga a mirarlo – ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

-Por favor – intento desembarazarme de su agarre –. Ahora no. Necesito estar sola.

-No – me sujeta con más firmeza –. No sé qué ha pasado, pero está claro que no estás bien y no voy a dejarte sola en tu estado.

Lo miro a los ojos impresionada por su vehemencia y veo su intenso azul, cargado de preocupación. No aguanto más y me derrumbo. Las lágrimas empiezan a salir y ya no hay forma de frenarlas. Alec me abraza y permanece en silencio, acariciando mi espalda. Odio que me vean llorar, odio que me vean vulnerable, pero ya no puedo más. Demasiadas cosas han estado ocurriendo en mi vida en las últimas semanas, interfiriendo en mi día a día. Y aunque algunas las busqué yo, otras han estado fuera de mi control desde el principio. La tensión se ha ido acumulando sin apenas darme cuenta y la muerte de Roger has sido la gota que colmó el vaso.

-Ahora lo entiendo todo.

Me separo de Alec al escuchar a Logan. Limpio mis lágrimas mientras pienso en qué decirle. Veo el reproche su mirada. O puede que sea decepción. Lo que sí reconozco es el modo en que aprieta la mandíbula. Está enfadado.

Ya solo me faltaba esto para rematar mi día.

-La próxima vez dime que ya estás con alguien y nos ahorramos las tonterías – me reprocha.

-Logan, no – le suplico, incapaz de hablar más sin que las lágrimas regresen.

-Ten cuidado, tío. En cuanto te enamores de ella, te alejará de su vida como un trapo viejo – le dice a Alec.

-Logan...

-¿A ti qué te pasa? – me interrumpe Alec enfrentándose a él – ¿No ves que lo está pasando mal?

-Es muy buena fingiendo, no te creas nada de lo que te diga – le responde con rabia.

-Creo que no estamos hablando de la misma persona. Pero si lo que pretendes es hacerle daño, te aconsejo que te largues por dónde has venido porque no voy a consentírtelo.

-La calle es libre, amigo.

-Siempre que no te metas con nadie, amigo.

Se han ido acercando el uno al otro. Logan es más alto que Alec, pero apostaría por este último si llegasen a enfrentarse. Pero no es eso lo que quiero, así que me acerco a ellos y toco a Alec en el brazo. Él me mira al momento, olvidándose de Logan. Sigue preocupado por mí.

-Por favor – le ruego.

No necesito decir más. Asiente, se gira hacia el coche llevándome con él e ignora completamente a Logan. Es la primera vez que alguien hace algo por mí sin pedirme explicaciones primero y se lo agradezco. Cuando entro en el coche, mi vista regresa al que un día consideré mi mejor amigo y me arrepiento al momento porque me está mirando con odio. Aparto la mirada y contengo las lágrimas como puedo. Definitivamente hoy no está siendo un buen día.

Alec conduce durante al menos media hora. No sé a dónde me lleva, pero tampoco me importa. Mantengo mi cabeza contra la ventana, para que no me

vea llorar y le agradezco mentalmente que no intente sonsacarme información. Noto su mano tocando mi hombro y me giro hacia él, me está ofreciendo un pañuelo. Lo acepto y le dedico lo que creo que es una sonrisa de agradecimiento. No la siento así, pero cuando me la devuelve supongo que no he debido hacerlo tan mal.

Se adentra en el parque de Holyrood y estaciona en el aparcamiento. Me bajo antes de que pueda abrirme la puerta y camino lejos del coche. Seco mis lágrimas con el pañuelo y para cuando Alec me alcanza, no hay rastro de ellas, salvo por la rojez en mis ojos. Caminamos en silencio por una de las sendas del parque. El aire fresco y la tranquilidad del lugar me ayudan a relajarme. No me atrevo a mirar a Alec en ningún momento por miedo a que la calma se termine. Sé que está deseando saber lo que ha sucedido, pero se mantiene en silencio, esperando a que me decida a hablar sola.

-Me encanta este lugar – dice finalmente –. Suelo venir cuando estoy preocupado por algo. Caminar me ayuda a despejar la mente.

-Es un parque precioso – me sorprende de que mi voz ya no suene rota. Llorar me ha hecho bien, al parecer.

-¿Estás mejor?

-No – eso todavía me sorprende más. Debería haberle mentido para zanjar el asunto.

-¿Quieres contármelo?

Su mano se posa en mi brazo para detener nuestro avance. Me enfrenta a él y nos miramos a los ojos. La preocupación continúa en los suyos y los míos se anegan de nuevo de lágrimas. Sin saber cómo, termino otra vez en sus brazos y me siento reconfortada.

-Uno de los bebés se murió hoy – le confieso. Escondida en su pecho me resulta más fácil.

-Lo siento mucho – su abrazo se aprieta.

-Es algo con lo que contábamos – continúo. Una vez abierto el grifo, el flujo ya es imposible de detener –. Sus pulmones no estaban mejorando, pero es igual de duro. Solo tenía ocho meses de vida. No es justo.

Las lágrimas vuelven a caer por mi rostro, empapando la camiseta de

Alec, pero a él parece no importarle porque continúa abrazándome. Siento su mano acariciando nuevamente mi espalda, tal y como hice yo en su momento con él. Entonces se vienen a mi mente las palabras de Adelaide de que no debo cargar con el dolor de Alec además del mío y no puedo estar más en desacuerdo. No estoy cargando con su dolor, sino que estamos compartiendo el de ambos. Descubrir eso me deja completamente de piedra.

Después de mi nueva crisis de llanto, paseamos por el parque en silencio durante bastante tiempo. Ninguno de los dos mira el reloj, supongo que no tenemos prisa. Vemos pasar por nuestro lado a transeúntes solitarios, corredores, familias enteras, turistas. Holyrood siempre bulle de actividad y aún así, es un lugar tranquilo. Alec tiene razón al decir que puede uno aliviar el estrés aquí. También olvidar las preocupaciones, que es lo que más necesito en este momento.

No volvemos a hablar de Roger y tampoco me pregunta por Logan, algo que me alivia. Necesito tiempo antes de hablarle de él, porque por más que no me apetezca hacerlo, le debo una explicación después del comportamiento de Logan y de las duras acusaciones que ha hecho contra mí. Me duele pensar que hemos llegado a esto porque no ha sabido entender que no puedo ofrecerle lo que quiere. Que nuestra amistad no ha significado nada para él, si ha pasado del amor al odio en tan solo un instante.

Comprendo que ha de ser duro sentirse no correspondido y que la relación que había ya no puede ser la misma desde que uno se declara y el otro lo rechaza, pero creía que podríamos superarlo. Creía que podríamos solucionarlo de algún modo porque, por más que Logan asegure que está enamorado de mí, en el fondo sé que no es verdad. Sé que lo que siente es un capricho y esperaba que con el tiempo acabase abriendo los ojos. Pero después de lo de hoy, está claro que ya no puede haber reconciliación. Logan lo ha llevado demasiado lejos. No va a ver la realidad de la situación por más tiempo que pase. Se ha obsesionado hasta el punto de casi llegar a las manos con Alec.

Ahora le debo una explicación y sé que me va a resultar difícil contarle algo tan privado sobre mi vida. Sobre todo porque eso solo nos unirá más y no estoy segura de que sea una buena idea. Mucho menos ahora que Adelaide me ha dado carta blanca en Neonatos. Sé que no podré resistir la tentación de ayudar a Alec con Faith, en vista de que mis compañeras simplemente se

dedican a observarlo y hablar de él a sus espaldas.

Inspiro profundamente para serenarme porque pensar en todo eso me está poniendo mala y no me ayudará a contarle a Alec el asunto de Logan. Sé que siente curiosidad, puedo notarlo, pero se está conteniendo para darme tiempo a que sea yo quien hable primero. Muy pocas personas han hecho algo así por mí. Al ser tan reservada, la mayoría se dedica a bombardearme con docenas de preguntas creyendo que así lograrán sacarme más información. Pero lo que realmente consiguen es que me cierre más en banda. No me gusta que me presionen.

Tal vez eso fue lo que me pasó con Logan desde que decidió confesarme que le gustaba. Fue tan insistente, se obsesionó tanto con el tema, que no me dio otra opción que alejarme de él. Me sentía presionada a tomar una decisión para la que no estaba preparada y con sus ansias, terminó de estropearlo todo entre nosotros. No tuvo oportunidad conmigo porque no supo darme tiempo. Así de sencillo. Pero aunque intenté explicárselo en la última conversación que mantuvimos, él no quiso atenderme. Desde el momento en que decidió dar un paso más en nuestra relación sin contar conmigo, dejó de escucharme.

-¿Estás bien? – la voz de Alec me devuelve a la realidad.

Solo ahora noto que estoy llorando otra vez. Me limpio con el pañuelo que Alec ha insistido en que me quede y me siento en el césped. Creo que ha llegado el momento de hablar con él. No me siento más preparada que cuando llegamos, pero no quiero retrasarlo más. Está claro que ahora que han empezado las preguntas, seguirán hasta que su curiosidad sea satisfecha.

-Siento mucho lo que pasó con Logan – alza las cejas y añado –. El rubio con el que nos topamos delante del hospital.

-No tienes que decirme nada si no quieres – me sorprende con esa declaración. No me lo esperaba y eso solo me reafirma en mi intención de contárselo porque merece la explicación más que nadie.

-Antes éramos amigos – empiezo, apartando mi mirada. Así me resultará más fácil –. Ya te habrás dado cuenta de que soy bastante reservada, así que los amigos no me abundan. Logan era uno de los pocos que tengo. Uno de los mejores.

No sé cómo seguir y muerdo la cara interna de mi mejilla buscando las palabras adecuadas para que Alec entienda la situación sin tener que alargar

demasiado la explicación. Se me ocurren mil maneras de decirlo, pero ninguna me convence. La historia no es agradable, se mire por donde se mire. Y el final, bueno, ese ya lo sabe. Al menos podré ahorrármelo.

-Se enamoró de ti y tú no le correspondes – lo miro en cuanto termina de hablar. Lo ha hecho tan sencillo que se me escapa una sonrisa de incredulidad. Desde luego tiene el don de palabra que a mí me falta.

-Dicho por ti suena mejor de lo que lo hace en mi cabeza. ¿Tan obvio es?

-He atado cabos – se encoge de hombros –. Por lo que él dijo y por cómo reaccionaste tú ante eso.

-Se estropeó todo – suspiro.

-Nadie manda en el corazón. Suele ir por libre – sonrío, pero hay tristeza en su gesto –. No podemos controlar de quien nos enamoramos, solo aceptarlo y vivir con ello. Tanto si es correspondido como si no.

-Pero Logan no aceptó mi negativa – frunzo el ceño y aparto de nuevo la mirada.

-¿Te acosaba? – lo miro de nuevo sorprendida de su intuición –. No me extrañaría que hiciese, por cómo se comportó. ¿Lo denunciaste?

-Nunca llegó a ese extremo – niego –. Simplemente era muy insistente.

-Pero te molestaba – sentencia –. Eso es más que suficiente para denunciarlo. O para amenazarlo con ello para que bajase la intensidad. Un no es un no se mire por donde se mire. Debería haberte respetado. Más todavía si dices que antes erais muy amigos.

-Se suponía que me conocía bien – me siento un poco incómoda ahora con la conversación así que intento terminarla cuanto antes –. No sé cómo no vio que lo que estaba haciendo acabaría mal para nosotros. Para nuestra amistad. Nos alejó.

-A veces no vemos lo que no queremos ver – me dice, antes de cambiar de tema – ¿Has comido? Por supuesto que no. ¡Qué pregunta! Vamos, te invito.

Se levanta y me tiende la mano. No sé si ha notado mi malestar o simplemente se ha cansado de hablar de Logan, pero sea cual sea la razón para cambiar de tema, me parece bien. Tomo su mano y me ayuda a ponerme en pie. La sonrisa ha vuelto a sus labios y lo imito. Es tan fácil hablar con él. Sabe

cuando escuchar, cuando preguntar y cuando dejarlo estar. Me pregunto si tendrá algo que ver con ese trabajo suyo en el que se guía por su instinto. Cada día me intriga más, pero no voy a preguntarle. No es de mi incumbencia. Además, eso solo nos acercaría más.

El restaurante al que quiere llevarme está justo al lado del parque, así que dejamos el coche en el aparcamiento y vamos andando. Conoce la zona mucho mejor que yo, algo comprensible pues vive en ella, por lo que me dejo guiar por él. Cuando cruzamos la calle, su mano se apoya en mi espalda por unos segundos para darme paso. He notado en varias ocasiones ya esas muestras de atención y aunque al principio me incomodaban, estoy empezando a acostumbrarme a ellas.

El lugar no es nada impresionante por fuera, pero los camareros son muy atentos y la comida está deliciosa. Aunque puede que el hambre me permita apreciarla más. Últimamente estoy comiendo a deshora y mi cuerpo empieza a notarlo. Necesito ponerle solución cuanto antes.

-He encargado los muebles mientras esperaba a que salieses del trabajo – me dice después de que nos traigan la comida –. Espero no haberme equivocado porque teníamos anotados varios de los que dudaba. Me decidí por los que más se parecían al resto.

-¿Todavía tienes la nota?

Rebusca en sus bolsillos y la encuentra. La reviso y veo que hay nuevas marcas sobre las que yo había hecho. Supongo que son los muebles que ha encargado, pero antes de que pueda preguntar, él mismo me lo dice. Por suerte, ha sabido cuales eran.

-Está bien – se la devuelvo y la guarda de nuevo –. Has acertado.

-Me siento aliviado – sonrío –. No quería meter la pata.

-Siempre podríamos haberlos cambiado cuando llegasen. Tenemos tiempo – en cuanto lo digo, me arrepiento. El tiempo que tenemos es porque Faith está hospitalizada.

-Cierto – sonrío de nuevo para que no me sienta mal por el comentario. Otro gesto caballeroso por su parte. Cada día me sorprende con uno nuevo.

-Tengo buenas noticias para ti – le digo entusiasmada en cuanto lo recuerdo –. Vamos a empezar a retirarle el oxígeno a Faith para ver cómo

responde. Creen que sus pulmones podrán soportarlo.

-Eso es... increíble – sus ojos se llenan de lágrimas de emoción, pero no derrama ninguna. Lo veo parpadear varias veces para apartarlas.

Está casi tan emocionado como cuando tocó a Faith por primera vez y mi corazón responde de igual modo que entonces. Ni siquiera soy consciente de lo que hago hasta que veo mi mano extenderse en la mesa hacia él. Cuando Alec la toma, aprieto la suya. No sé qué mi impulsó a hacerlo, pero no me siento tan incómoda como creía.

-No sabes cuánto te agradezco que me hayas dicho eso – me sonrío ahora –. Hoy todavía no he ido a verla y es bueno saber de ella.

-Por mi culpa – retiro mi mano.

-No, para nada. Voy a ir a verla después, en la última visita. Ya lo tenía planeado así. No te sientas mal por esto, por favor.

-Yo...

-Lo digo en serio – me interrumpe –. Solo me permito ir una vez al día y voy alternando las horas de visita. Quisiera ir en cada una de ellas, pero no soporto verla tan vulnerable. Y tampoco creo que le haga ningún bien a ella tenerme por allí a todas horas.

-A ella le ayuda tu presencia – le digo –. Cuanto más tiempo pase contigo, más se fortalecerá. Eres su padre, te necesita.

-¿Crees que debería ir más veces? – frunce el ceño.

-Tantas como puedas – asiento –. Y recuerda que debes hablarle y acariciarla en cada ocasión para que sepa que estás con ella. Es muy importante. Piensa que si todo hubiese ido como debería, Faith estaría todavía en el vientre de su madre, en constante contacto con ella. La incubadora le da lo que necesita fisiológicamente para terminar de desarrollarse, pero no puede proporcionarle la parte emocional de ese proceso. La única forma de que se sienta protegida y querida como lo haría en el vientre es tu contacto. Nosotras también ayudamos, por supuesto, pero está demostrado que responden mejor ante sus padres. Son capaces de reconoceros entre todos los demás.

-No sabía nada de eso. No tenía ni idea.

-Supongo que eso tampoco te lo dijo nadie – mi rabia hacia mis

compañeras regresa –. Esas...

Guardo silencio al momento porque no quiero que Alec sepa lo que dicen de él. Suficiente tiene ya con ser ignorado en lugar de que lo aconsejen.

-Creo que deberíamos irnos ya – digo, en cambio, levantándome –. Tú tienes que ir a ver a Faith y yo necesito descansar un poco antes de entrar a trabajar.

No replica ni intenta que termine la frase. No estoy acostumbrada a que respeten mis silencios y me gusta que él lo haga. Por primera vez en mucho tiempo, no estoy pensando en todo momento en proteger mi privacidad y eso hace que estar con Alec sea cómodo. Teniendo en cuenta que pasaremos mucho tiempo juntos a partir de ahora, creo que eso es importante.

-¿Estarás bien? – me pregunta una vez en la puerta de mi casa.

Ha insistido en acompañarme y no he podido resistirme. Ahora me mira con preocupación y sé que está pensando en Roger aunque no lo diga. Por unas horas ha logrado que me olvide de él.

-Sobreviviré – le prometo, intentando sonreír –. Ve con tu hija. Ella te necesita más que yo.

-Te llamaré mañana – parece dudar por un momento –. Si te apetece seguir de compras.

-Claro. Hazlo.

-De acuerdo – asiente –. Hasta mañana, entonces.

-Hasta mañana.

Lo veo dirigirse al coche y la tranquilidad que he sentido durante toda la tarde parece irse con él. Cuando entro en casa, las lágrimas han regresado y lloro. Por Roger. Por Logan. Por mi abuela. Por mis padres. Una vez que empiezo, no puedo parar.

9

Nunca me cansaré de decirlo porque es la pura verdad. Me encanta trabajar en el turno de noche. Y sobre todo cuando mis compañeras son Eleanor y Anna. Ambas son voluntariosas y disfrutan tanto como yo de nuestro trabajo. De esa forma, estamos más relajadas y las horas se pasan más rápido. Además, los niños lo notan y están más tranquilos, por lo que nos dan menos trabajo.

Y hoy es algo bueno que me haya tocado con ellas porque la pérdida de Roger todavía pende sobre nosotras. A pesar de las risas y la buena charla, en ciertas ocasiones nos puede la pena. Sobre todo porque la incubadora donde solía estar permanece vacía. Es imposible no mirar hacia ella y esperar verlo allí, tan vivo como esta mañana.

-Esta tarde me encontré con Logan – Anna nos habla en un momento de calma –. Coincidimos en el centro comercial. Bueno, prácticamente chocamos.

-¿En serio? – Eleanor parece entusiasmada.

A varias de las enfermeras de Neonatos les gusta Logan. Solía meterme bastante con él por eso cuando éramos amigos. En más de una ocasión, desde que me confesó que le gustaba, deseé que se hubiese fijado en cualquiera de ellas. Hubiese sido lo mejor para ambos.

-Puede que yo ayudase un poco para que eso sucediese – se le escapa una

risa nerviosa –. No pude resistirme. Se veía triste que pensé que podría intentar animarlo.

Me mira disimuladamente, como si estuviese recordando la conversación que tuvimos en aquella ocasión en los vestuarios. Yo sí la recuerdo y me alegro de que decidiese hacerme caso, aunque me preocupa la reacción de Logan. Después de lo de esta tarde, ya no sé qué pensar de él.

-¿Qué te dijo? – Eleanor hace la pregunta por mí.

-Al principio ni me reconoció. Creo que se disculpó sin mirarme siquiera.

-Vaya. Que corte.

-Cuando lo llamé y se giró hacia mí fue cuando me vio de verdad – sonrío –. Al final terminamos en el Starbucks tomando algo juntos y hablando. Es tan divertido.

-¡Qué suerte tienes! – Eleanor suspira.

-Intercambiamos números para quedar otro día – le responde emocionada.

Me encantaría que Logan le diese una oportunidad real a Anna. Es una chica encantadora y sé que podría ayudarle a olvidarse de esa insana obsesión que tiene conmigo. Pero también tengo miedo de que intente aprovecharse de ella para hacerme daño solo porque trabajamos juntas. Todavía recuerdo la mirada de odio que me lanzó cuando me encontró con Alec. Aún así, no diré nada. No seré yo quien meta ideas locas en la cabeza de Anna y menos aún cuando parece tan ilusionada. Mejor me mantengo al margen.

-Voy a quitarle la sonda a Faith. Ya es la hora – les informo, antes de acercarme a su incubadora y permitirle que apriete mi dedo mientras le hablo –. Hola, hermosa. Vamos a liberar tu naricita de esa sonda tan incómoda. Queremos que tus pulmones se vuelvan más fuertes, tanto como tú lo eres, porque queremos que tu papá esté todavía más orgulloso de ti. Está haciendo todo lo posible para convertir vuestro hogar en un lugar acogedor y familiar para ti. Serás su princesa guerrera.

Le retiro la sonda con cuidado de no lastimarla y vigilo que siga respirando sin dificultad. Por ahora no puede permanecer mucho tiempo sin ella, pero a medida que pase el tiempo y sus pulmones se fuercen un poco a trabajar, irá aguantando más. Permanece tranquila y feliz de verse libre de la sonda. Patalea con tanta energía como siempre y eso es bueno. Mi sonrisa se

ensancha al verla tan activa. Faith está llena de vida. Me aferro a eso para no sucumbir al llanto cada vez que pienso en Roger. Como siempre, la supervivencia de unos hace un poco más soportable la pérdida de los otros. Y muy reconfortante el trabajo.

Después de cinco minutos sin sonda, Faith parece que empieza a fatigarse, por lo que se la coloco de nuevo, a pesar de sus protestas. Más tarde lo intentaremos otra vez, pero no conviene abusar. Aunque el médico dice que es viable, yo creo que todavía es pronto. Anoto la hora y el tiempo que permaneció respirando por su cuenta en su historial y observo los otros registros. En esta ocasión ha aguantado más que otras veces, lo que me alegra mucho.

-¿Te importa si nos vamos juntas al descanso? – Eleanor está junto a mí mientras Anna la espera ya en la puerta.

A la mayoría de mis compañeras no les gusta ir solas al descanso, aunque la mayoría de las veces no les queda otra que hacerlo. Pero cuando coinciden conmigo en el turno, aprovechan porque saben que no me importa que me dejen sola, aunque siempre preguntan primero. Y no tardan más de los diez minutos estipulados. Las únicas que se lo toman con calma son Christine y Becka.

-Adelante – le digo –. Sin problema.

En cuanto me quedo sola, aprovecho para reordenar el material y comprobar que no haya ninguna falta. Repongo lo que tenemos almacenado y anoto en la lista de pedido lo que se está terminando. Cuando acabo, recorro cada incubadora para comprobar que los niños siguen bien.

Dejo a Faith para el final, como siempre que estoy sola porque así puedo permanecer más tiempo con ella. Nunca me cansaré de observarla. Tan inquieta, incluso cuando duerme. Me temo que será una niña revoltosa y que volverá loco a su padre.

Agarra mi dedo cuando se lo ofrezco y tira de él con fuerza. De repente estornuda y yo rio. Están tan simpáticos cuando hacen eso. Pero se le ha movido la sonda así que se la coloco bien. Se nota bastante el aumento de peso y su piel ya ha adquirido un tono más natural. Un milagro médico, la llamó Adelaide. Y puede que tenga razón. Nunca antes había visto una evolución como la suya. Es impresionante lo que ha cambiado en tan solo

veinte días.

Aprovecho que mis compañeras todavía no han llegado, para cantarle la nana que mi madre me cantaba a mí de pequeña. Su recuerdo ya no duele tanto desde que es a Faith quien la escucha. Sobre todo porque parece que la disfruta. Al menos eso quiero creer porque, mientras lo hago, es el único momento en que se está quieta.

Baloo baleerie,

Baloo baleerie

Baloo baleerie,

Baloo balee.

Gang awa' peerie faeries,

Gang awa' peerie faeries,

Gang awa' peerie faeries,

Frae oor ben noo.

Doon come the bonny angels,

Doon come the bonny angels,

Doon come the bonny angels,

Tae oor ben noo.

Sleep saft my baby,

Sleep saft my baby,

Sleep saft my baby,

In oor ben noo.^[1]

Su mano continúa apretando mi dedo y casi ni pestañea. Al menos la primera vez que se la canto porque a la segunda, sus ojitos se cierran y termina dormida. Es tan dulce que resulta imposible no quererla. Nadie con corazón podría quedar indiferente ante ella.

-Ya hemos vuelto – me informa Anna segundos después de que abandone la

incubadora de Faith –. Gracias, Kat.

-No tiene importancia – le sonrío –. Al menos vosotras regresáis rápido.

No necesita que le diga nada más porque sabe a quién me refiero. Estoy segura de que a ella y a todas las demás, también les hacen lo mismo cuando coinciden en el mismo turno, pero ninguna va a protestar. De hecho, hace año y medio que entraron en Neonatos y nadie ha dicho nada sobre lo que hacen mal aunque todas protestan a espaldas de Adelaide. Creo que están esperando a que lo haga yo. Tal vez porque soy la encargada cuando Adelaide no está o tal vez porque somos amigas fuera del hospital, pero no me interesa meterme en líos. Puede que si me enfadan lo suficiente...

-Tómame el tiempo que quieras, Kat - me dice Eleanor –. Has de estar agotada después de venir también por la mañana.

-Regresaré en quince minutos – les informo –. No necesito más tiempo.

Mientras me tomo el té, reviso mi teléfono, sorprendida de tener tantos mensajes. Parece que mi vida social ha resucitado. Dos de ellos son de Duncan, que me recuerda que este sábado volvemos a salir todos juntos. En cuanto supo que libraba el fin de semana, lo ha organizado todo. Un tercer mensaje es de Sally, que me pide perdón por haber cogido de mi ficha el número, pero que quiere saber si saldré con ellos. Sonrío al pensar que tal vez ninguno de los dos sabe que el otro me ha escrito por el mismo motivo. Les contesto a ambos del mismo modo, aceptando la invitación.

El cuarto mensaje que tengo es de Megan. Eso sí que me extraña, porque mis compañeras no suelen llamarme nunca. Me dice que sigue muy mal y que necesita hablar conmigo. Que la llame en cuanto lea el mensaje, sea la hora que sea. Aunque imagino de qué se trata, me preocupa lo suficiente como para llamarla incluso siendo de madrugada. No tarda ni dos tonos en contestar y lo hace con voz pastosa.

-Kat, perdona que te moleste – me dice –. Pero necesito pedirte un favor. Uno enorme.

-Tú dirás.

-Sigo fatal – vacila antes de continuar –. Dudo que pueda ir a trabajar por la mañana. He intentado contactar con Adelaide esta tarde para decírselo, pero no he sido capaz. Y sé que te voy a pedir demasiado, después de un turno de

noche, pero no sé a quién más acudir.

-No te preocupes – le digo con calma –. Yo te cubro.

-Se lo pediría a otra, pero no creo que ninguna de la tarde acepte. Y...

-Tranquila - la interrumpo -. Yo me encargo. Tú intenta descansar.

-¿Segura? Vas a doblar turno.

-No sería la primera vez – sonrío aunque no pueda verme –. Tú relájate y descansa. Tienes que cuidarte para ponerte bien. Eso es lo importante.

-Te compensaré – parece aliviada.

-Preocúpate de ti misma ahora. Ya hablaremos de eso cuando estés bien.

-Muchísimas gracias, Kat. Sabía que podía contar contigo. Eres una amiga como pocas.

Sus últimas palabras me dejan un poco descolocada y solo acierto a despedirme de ella con un simple adiós. Nunca pensé que mis compañeras de trabajo me considerasen una amiga porque no hemos tenido ninguna clase de trato más allá del hospital, pero supongo que compartir tantas horas aquí ya es suficiente. No me había parado a pensarlo, la verdad.

-Va a resultar que tengo más amigos de los que creía – me digo antes de regresar a Neonatos.

Anna y Eleanor han empezado con los biberones cuando llego. Con la llamada me he retrasado más de lo que tenía planeado, pero ninguna protesta. Simplemente ocupamos las siguientes horas en atender a los bebés en un silencio roto tan solo por el ruido de las máquinas. Con ellas se trabaja bien. Es relajado.

Al finalizar el turno, me despido de mis compañeras después de explicarles que me quedaré para cubrir a Megan. Hemos estado tan entretenidas que se me olvidó comentárselo antes. Me conocen tan bien en ese sentido, que no les extraña que haya aceptado hacer su turno también. Y con eso me planteo de nuevo la idea de que realmente sí somos amigas. No de las íntimas, pero sí de esas con las que puedes contar en algún momento de tu vida.

-¿Qué haces todavía aquí, Kat? – me pregunta Adelaide en cuanto me ve.

-Cubrir a Megan. Hablamos durante mi descanso. Sigue enferma.

-Vi sus llamadas demasiado tarde – me dice asintiendo –. No he estado muy pendiente del teléfono ayer.

-¿Algún problema?

-Ninguno – me sonrío –. Duncan se ha mudado a la casa que visitasteis el otro día y le estuvimos ayudando.

-¿No le convencían las otras?

-No miró ninguna más – río –. Llamó al agente el lunes por la mañana para arreglarlo todo.

-No me extraña, la verdad. Era preciosa. Y perfecta para él.

-Creo que estaba ansioso por irse de casa – suspira con algo de pena –. Me hubiese gustado tenerlo un poco más con nosotros, pero entiendo sus razones para irse. Lleva demasiado tiempo viviendo por su cuenta, volver con los padres no ha de ser agradable.

-Vosotros sois agradables – la abrazo en un impulso y solo después de unos segundos me responde, rodeándome con sus brazos –. Y Duncan solo quiere daros vuestro espacio.

-Kat – me mira sorprendida al separarnos –, no te reconozco.

-¿Por qué?

-Es la primera vez desde que nos conocemos que me abrazas por iniciativa propia.

-Estoy intentando mejorar mi relación con el mundo – me encojo de hombros, de repente cohibida –. Como tú siempre me aconsejas.

-Y no sabes cuánto me alegro – ahora es ella la que me abraza –. Ya era hora de que decidieses darle al mundo un poco de la Kat que yo conozco. La que todos amarán.

-Tampoco quiero que todos me amen – intento bromear porque la situación me incomoda un poco.

-Ya sabes a lo que me refiero, cariño – me sonrío –. Pero, no creas que con todo esto de tu nueva actitud ante la vida vas a hacerme olvidar mis responsabilidades. Te irás a las doce.

-¿Qué? ¿Por qué? – mi desconcierto la hace reír.

-Ayer trabajaste tres horas por la mañana y ahora pretendes doblar turno – me explica –. Te quiero fuera a las doce.

-¿Y qué haréis con una menos las últimas tres horas?

-Eso no es asunto tuyo. Te irás y no hay más que hablar.

-Pero...

-Nada de peros. Te debo esas tres horas por lo de ayer y te las voy a devolver hoy.

Está usando su tono de no me lleves la contraria, así que lo dejo estar. Tampoco me voy a quejar por poder irme antes. Las noches siempre son más largas y estoy deseando irme a casa a descansar. Aunque, en el fondo agradezco el poder doblar turno para mantenerme mi mente ocupada. De ese modo he logrado no pensar tanto en Roger.

-Ve a desayunar – añade Adelaide.

-No – me niego –. Esperaré a que terminen las visitas de los padres. Encima de que me voy antes, no os voy a dejar solas con ellos.

-Está bien – asiente al ver que empiezan a aparecer los primeros padres –. Pero después te tomas un descanso de al menos media hora.

No le contesto porque no pienso hacer eso y no quiero que insista. Ahora tenemos que ocuparnos de los padres, no es momento para discutir. Me acerco a una pareja joven que parece perdida y les guio hasta su hijo en cuanto me dan el nombre. Es uno de los niños que ingresó ayer por la mañana. La madre todavía está en el hospital y ha venido en camisón y bata. Se la ve agotada. Además, es su primer hijo y encima prematuro, así que está más nerviosa de lo habitual. Les explico un poco cómo funciona Neonatales y cómo han de interactuar con el niño. Me escuchan con atención y casi puedo imaginármelos anotando todo en una libreta, si la tuviesen a mano.

He conocido a muchos como ellos. Padres primerizos, ansiosos y temerosos de todo lo relacionado con sus hijos. Deseosos de asimilar y seguir al pie de la letra cada consejo que les den. Y eso no es lo más adecuado porque cada niño es un mundo y cada padre ha de encontrar su ritmo y su forma de hacer las cosas. Por eso siempre intento que mis consejos sean un

tanto ambiguos y muy generales, para que no puedan seguirlos como si de una guía se tratase.

En cuanto termina la ronda de preguntas, los dejo solos con el niño para que empiecen a conocerse mutuamente y me voy en busca de alguien más a quien ayudar. Paseo mi mirada por la sala y me topo con la intensidad azul de unos ojos que me observan en la distancia.

Sin embargo, Alec aparta la mirada con rapidez en cuanto lo descubro y se concentra en Faith. No vuelve a mirarme en ningún momento y tengo la sensación de que me está evitando a toda costa. Por un momento me siento desconcertada, buscando en mi cabeza algún motivo por el que actúe de ese modo conmigo porque no creo haber hecho nada malo. Claro que, conociéndome, no me extrañaría que lo hubiese ofendido de algún modo sin darme cuenta.

Y de repente, como si una bombilla se encendiese sobre mi cabeza, tal y como pasa en los dibujos animados, comprendo que está intentando mantener la promesa que me hizo el domingo pasado en el Starbucks. Está fingiendo que no me conoce.

Siento la tentación de ir junto a él para decirle que ya no es necesario, pero en cuanto doy un par de pasos en su dirección, veo que Adelaide se me adelanta. Lo saluda de esa forma maternal que suele usar con todos y empiezan a hablar. Seguramente le esté comentando los avances de Faith, así que busco otra cosa que hacer. Aquí lo que sobra es trabajo y más cuando los padres están por aquí.

Durante la hora que duran las visitas, ayudo a todo aquel que me lo solicita. Algunos simplemente me piden consejo o quieren que les resuelva alguna duda. Otros necesitan de mi intervención para tomar en brazos a sus hijos o de darles el biberón porque creen que no lo hacen bien. Me vuelco con ellos, olvidándome de todo lo demás. Me encanta esta parte de mi trabajo.

Cuando los padres empiezan a irse, Adelaide me envía al descanso casi sin darme cuenta. Tiene una habilidad innata para obligarte a hacer lo que quiere, pero que parezca que tienes elección. Aunque en realidad nunca la tienes, por supuesto. De todas formas, necesito ese descanso para comer algo porque no he desayunado todavía. Me recuerda lo de no regresar hasta dentro de media hora y aunque asiento para que crea que lo haré, tengo intención de

volver mucho antes. Se van a quedar con una enfermera menos a mediodía, así que no voy a desperdiciar el tiempo que esté con ellas en sentarme ociosa en una silla de la cafetería viendo pasar los minutos. Eso no va conmigo.

Paso por el vestuario para coger mi cartera y aprovecho para refrescar mi cara con agua. Me miro al espejo y veo cómo la falta de descanso y la preocupación de las últimas horas han dejado su huella en mí. Doy gracias de que solo sean un rostro ojeroso y una expresión de cansancio. Ambas cosas se pueden solucionar con unas cuantas horas de sueño.

Cuando salgo de los vestuarios, me encuentro con Alec en el pasillo. Nos separan varios pasos, pero me sonrío y lo imito. Vacila a la hora de acercarse a mí, seguramente porque todavía está pensando en que debe fingir que no me conoce, y al final señala la salida con un gesto de su cabeza y me mira como esperando una respuesta. Supongo que quiere hablar conmigo fuera y, aunque asiento para decirle que iré, le muestro la cartera para que sepa que pasaré primero por la cafetería. Sonrío de nuevo y asiento de vuelta. Me ha entendido y yo no puedo evitar sonreír cuando lo veo salir. Es la primera vez que me comunico con alguien por señas y ha sido raro. Divertido, pero raro. Entro en la cafetería para comprarme un té y un bocadillo, con la sonrisa todavía en la cara. Tendré que decirle que ya no es necesario mantener las distancias.

Al salir, Alec me espera apoyado en la pared, mirando su teléfono. Se ha alejado unos metros de la entrada, supongo que por precaución. Se lo está tomando muy en serio y eso es loable.

-Buenos días – lo saludo en cuanto llego a él.

-Buenos días – me sonrío y guarda el teléfono – ¿Está bien aquí o nos alejamos más?

-Está bien – asiento.

En cuanto voy a decirle que ya no es necesario ocultarnos, extiende una mano hacia mí para que le dé el té y pueda sujetar el bocadillo con ambas manos. Se lo agradezco con una sonrisa, aunque su gesto me haya interrumpido. Es muy atento, todo un caballero.

-Creía que tenías turno de noche.

Termino de masticar y trago antes de contestarle. Me siento un poco ridícula comiendo delante de él mientras me observa, pero tengo mucha

hambre y poco tiempo antes de volver al trabajo. No es momento de remilgos.

-Megan sigue enferma – le explico –. La estoy sustituyendo otra vez.

-Entonces hoy te toca descansar toda la tarde. Estarás agotada cuando salgas – mueve su cabeza de un lado a otro y añade –. Ya quedaremos en otra ocasión.

-¿Qué tenías pensado? – doy otro mordisco a mi bocadillo.

-No te preocupes. Tú descansa, ya iremos otro día – sonrío para hacerme ver que no hay problema –. No creo que tengas muchas ganas de pasar la tarde de tienda en tienda.

-Antes de comprar nada más – le digo limpiando mi boca con la servilleta que me entregaron con el bocadillo – deberíamos pintar la habitación. Ese color que tiene es horrible.

-La verdad es que no es muy bonito – sonrío –. Pero no te preocupes, yo me encargo. Compraré la pintura esta tarde.

-¿Qué color vas a elegir? – sonrío anticipando su respuesta. No quiero generalizar, pero la mayoría de los hombres son muy simples para esas cosas.

-¿Rosa? – alza una ceja divertido.

-Salgo a las 12 – le digo riendo –. Quedamos a las 4. Iré a casa a comer y descansar hasta esa hora. Con suerte podré dormir una hora antes de reunirnos.

-Eso es muy poco – niega –. Sobre todo después de pasar la noche trabajando.

-Estoy acostumbrada – encojo mis hombros con indiferencia –. Podré con ello.

Se queda pensativo, con sus ojos fijos en mí. Intento beber mi té como si no me afectase su mirada, pero después de varios sorbos empiezo a sentirme incómoda. Cuando estoy a punto de pedirle que deje de mirarme de ese modo, empieza a hablar y yo me siento aliviada.

-Haremos algo – dice, decidido –. Te vienes directamente a mi piso en cuanto salgas del hospital y yo tendré la comida lista para ti. Así podrás dormir algo más antes de irnos.

-No es necesario – el alivio dura poco después de sus palabras –. De

verdad.

-¿Vas a dormir solo una hora y después pasar la tarde comprando conmigo? – parece molesto con la idea –. E imagino que todavía tendrás turno de noche. No me gusta eso, Kath. Necesitas dormir más horas.

-No es la primera vez que lo hago – muerdo mi labio para no seguir hablando porque no quiero que Alec descubra lo que hice por Faith sus primeros días de vida. Eso solo haría más incómoda nuestra situación actual. Mejor que no lo sepa nunca.

-Eso no es sano – insiste –. Vienes a mi casa en cuanto salgas del hospital. Tendré la comida lista para ti y así podrás dormir unas cuantas horas antes de que vayamos a por la pintura. Si no te sirve, entonces iré solo.

-No quiero que el cuarto de Faith sea rosa – sonrío, cediendo una vez más –. Está bien, iré.

-Perfecto. Entonces me voy ya – mira su reloj –. Supongo que tu descanso también se ha acabado.

-Sí – ni siquiera necesito comprobar qué hora es porque pienso regresar a Neonatos en cuanto Alec se vaya. Haya pasado la media hora o no.

-Nos vemos después – toca mi brazo con su mano para despedirme y sonrío de nuevo.

-Nos vemos después – repito, mientras lo veo alejarse a toda prisa.

Mi mano viaja inconscientemente al lugar donde ha estado la suya. Cada vez que me toca, noto esa extraña sensación electrizante y no consigo decidir si me resulta agradable o no. Nunca antes me ha pasado algo así y no sé cómo tomármelo. Supongo que desde que conocí a Faith me he vuelto más receptiva en muchos sentidos. Ahora hay muchas cosas que no me resultan tan indiferentes como antes. Los muros que he construido a mi alrededor para protegerme del dolor tras la muerte de mis padres, se han ido resquebrajando poco a poco. Por primera vez en catorce años, siento que los cambios no siempre son malos. Y que me merezco algo más que la vida solitaria que me estaba obligando a llevar.

-Te dije media hora, Kat – Adelaide me asalta nada más verme.

-No llevo reloj – le respondo con tranquilidad.

-Vaya una excusa – pone sus ojos en blanco y yo sonrío.

-He comido y he descansado un poco – de lo otro mejor no hablarle –. Más que suficiente para mí. Además, en poco más de dos horas me voy. Os ayudaré a adelantar todo el trabajo que sea posible.

-Solo porque te vas antes, lo dejaré estar – me sonrío, con la dulzura que la caracteriza ya de vuelta.

Las siguientes horas se me pasan con rapidez y cuando quiero darme cuenta, es hora de irme. Si Adelaide no me lo hubiese recordado, seguiría trabajando sin problemas hasta terminar el turno. Sin embargo, en cuanto me siento frente a mi taquilla antes de cambiarme de ropa, el cansancio se apodera de mí. Realmente necesito dormir un poco.

Mientras me dirijo al aparcamiento a por el coche, envío un mensaje a Alec para informarle de que me retrasaré. Quiero ir a casa a ducharme y cambiarme de ropa antes de ir a la suya. Después de tantas horas trabajando, me siento algo incómoda.

Al llegar a casa, me cruzo con el hijo de Tom y sus amigos. Son una pandilla muy unida desde siempre. Los recuerdo juntos ya a los cinco años, cuando me vine a vivir con la abuela a los 10 años. Pasaban todas las tardes en el jardín y podía escuchar sus risas desde mi ventana. Si me asomaba, los veía jugar y bromear entre ellos. Fueron mi única diversión durante unos cuantos años. Todavía vienen muy a menudo, sobre todo cuando no tienen clases en la universidad, pero yo ya no tengo tiempo para espiarlos. Ni edad tampoco.

Nuestras miradas se cruzan y me guiña un ojo. La sonrisa que me dedica me recuerda que está pensando en el sábado. Otra vez. Ahora ya no dice nada, como al principio, pero no es necesario porque con la sonrisa le basta. Le sacó la lengua y se ríe. Cuando sus amigos me miran, apresuro el paso y entro en casa. Conociendo a mi vecino, es capaz de avergonzarme delante de ellos. Y aunque los haya espiado en mi infancia y adolescencia, no tengo trato con ninguno de ellos. No quiero que me conozcan precisamente por mi peor noche en años.

La ducha me sienta de maravilla y salgo relajada y fresca de ella. Tampoco tengo tanto sueño como cuando salí del hospital así que creo que podré comer sin que mi cabeza caiga sobre el plato. Me siento tentada de cancelar la cita o

lo que sea esto de que Alec cocine para mí, pero me sabe mal por él. Seguramente ya tenga todo preparado y no quiero que piense que soy una desagradecida.

Aparcar en la zona donde vive Alec no es tarea fácil. Al menos para mí y mi mala suerte buscando huecos libres donde meter el coche. Pierdo como mínimo otros diez minutos dando vueltas hasta que lo consigo. Cuando ya estoy cerrándolo, mi teléfono me avisa de la llegada de un mensaje. Creo que no ha trabajado nunca tanto como en las últimas semanas. Lo miro y descubro que es Alec avisándome de que ya casi termina. No le contesto porque estoy llegando a su casa.

Las escaleras aceleran mi respiración o eso quiero creer, porque la idea de comer con Alec en su casa me pone un tanto nerviosa. Sobre todo lo de dormir en ella. Dudo que pueda hacerlo. Debería haberle dicho que no, pero ya es tarde para retractarse, así que sigo caminando hasta llegar a su piso.

Permanezco frente a la puerta unos minutos hasta que mi corazón se tranquiliza y hasta que reúno el valor suficiente para llamar. Muerdo mi labio y sujeto el bolso con ambas manos mientras espero a que abra. Cuando lo hace, me encuentro con una deslumbrante sonrisa y esos increíbles ojos azules que tiene observándome fijamente. Aparto la mirada cohibida por su intensidad y descubro que lleva sobre su ropa un delantal negro con unas grandes letras impresas en rojo que dicen *Para comérselo*. Un intenso rubor cubre mi rostro.

10

ALEC

Kath está frente a mí con el rostro colorado y la mirada en cualquier parte menos en mí. Puedo imaginar por qué. He olvidado sacarme el delantal que mis compañeros de trabajo me regalaron por mi cumpleaños antes de abrir la puerta. La sugerente frase que aparece en él y ese provocativo dibujo de los huevos fritos y la salchicha en un lugar un tanto comprometido, no son precisamente el mejor mensaje que enviarle ahora que ha accedido a comer conmigo. Lo retiro de inmediato, sonriendo todavía más cuando noto que se relaja. Aunque en realidad cada vez que la veo, se me pone esta tonta sonrisa en mi cara y no soy capaz de borrarla. No sé qué me pasa con ella. Nunca antes me había sucedido algo así con nadie. Me siento bien cuando está cerca.

El día que chocamos, tenía el peso del mundo encima y sentía cómo me aplastaba a cada paso que daba en dirección al hospital. Después de tres días ayudando a los padres de Vivian a arreglar lo de su entierro, de verlos destrozados por su muerte sin que yo pudiese ofrecerles el consuelo que se merecían, me sentía ansioso, agotado y frustrado. Ellos ni siquiera sabían que su hija estaba en estado y yo no me vi capaz de decírselo, lo que me deja como un maldito egoísta que quiere a Faith para mí solo. Otro remordimiento que

sumar a todos los que ya tengo. Pero Kath aligeró todo mi pesar con una simple mirada de sus bellos ojos verdes. Tienen un efecto calmante, al menos en mí. Cuando me mira, siento que puedo con todo. Y eso es precisamente lo que necesito ahora mismo porque toda esta situación me supera por veces.

Las visitas y las llamadas continuas de las esposas de mis compañeros tampoco ayudaban. Sé que tenían buena intención, pero llegué a sentirme un poco acosado por ellas. Y muy abrumado por los cientos de consejos que me daban y que en realidad no me sirven de nada porque, según Adelaide, Faith necesitará cuidados especiales. Pero Kath ha sabido decirme justo lo que necesitaba oír en cada ocasión en que nos hemos visto. Es una persona muy reservada, pero cuando habla, todo lo que dice es simple y sencillo. Útil.

A su manera, silenciosa y pausada, te invita a compartir tus penas con ella. Y de la misma manera, consigue aligerarlas. Aún sin conocernos, me escuchó cuando necesité desahogarme. Y no solo me dejó hablar, sino que puso toda su atención en mis palabras. De algún modo me hizo sentir que me comprendía y fue por eso que me atreví a confiarle mis miedos. Y la culpa que siento por la muerte de Vivian. Nadie, salvo ella, sabe eso.

Kath fue también la primera que me animó acariciar a Faith y me explicó la importancia de que lo haga y de que le hable. No tenía ni idea de que debía hacer eso, nadie me lo dijo. Durante más de una semana, estuve visitando a mi hija a diario, deseando poder tocarla y no haciéndolo por miedo a lastimarla. Si no hubiese coincidido con Kath aquel día, probablemente seguiría mirándola en la distancia. Sin embargo ahora, gracias a ella, no solo puedo acercarme a mi hija sino que tengo grabado en video el momento más emotivo de toda mi vida y puedo revivirlo cada vez que necesito recordar por qué no debo derrumbarme. Mi hija me necesita. Soy lo único que tiene.

Todo eso se lo debo a Kath. No sé cómo haré para pagárselo, pero hallaré el modo. Esta comida es un ínfimo detalle después de cuanto ha hecho y cuánto hará a partir de ahora. Pero como siempre dice mi madre, por algo se empieza.

Me hago a un lado y la dejo pasar. Me gusta el modo en que camina, tan tímida y aún así con una seguridad que no sé ni de dónde le viene. Kath es toda una contradicción en sí misma y eso es algo que me atrae mucho. Me encantaría poder atravesar esa barrera que se ha impuesto a sí misma para conocerla mejor, pero tengo la sensación de que no es fácil. Cuando se trata de ella, se cierra en banda y no hay forma de hacerla hablar. Aunque no voy a

desistir, me interesa mucho saber.

La sigo hasta la cocina después de cerrar la puerta. Se ha detenido frente a la barra, donde ya tengo todo un festín esperándonos. Estaba tan nervioso por cocinar para ella, que cuando quise darme cuenta había doblado todas las cantidades, cuando ya lo había hecho antes. Así que he terminado haciendo comida para cuatro. Con el desayuno me sucedió algo similar. No conocer sus gustos me hizo vacilar y compré un poco de todo para asegurarme de que había algo que le gustase. Tal vez exageré, pero quiero que se sienta cómoda conmigo.

-Espero que tengas hambre – le digo colocándome a su lado para mirarla –. Creo que me he pasado con la cantidad. Hace tiempo que no cocino para dos.

No me dice nada, pero sus ojos están abiertos con asombro al ver todo lo que he preparado. La animo a acercarse a la isla y a sentarse. Estoy seguro de que se muere de sueño. Después de tantas horas trabajando y sin dormir tiene que estar agotada.

-Esto es demasiado – dice todavía atónita.

-Lo sé – sonrío sin dejar de mirarla –. Tendré comida para varios días.

-Ya lo creo – me sonrío.

En cuanto me mira, los nervios parecen abandonarme totalmente. Estar con Kath es relajante, pero obtener una mirada suya podría considerarse el paraíso. No lo comprendo, aunque tampoco quiero hacerlo, por ahora me basta con disfrutarlo. Ya tendremos tiempo para ahondar en eso mientras me ayuda con el cuarto de Faith. Parece entusiasmada con la idea y yo me alegro. El día que aceptó, sentí que otro peso se me quitaba de encima. No podría pensar en nadie más adecuado que ella para hacerlo porque, aunque siempre lo ha desmentido, sé que ha creado algún tipo de vínculo con mi hija.

La he visto interactuar con otros niños esta mañana, pero en ninguna de esas ocasiones los miró del modo en que lo hizo con Faith el día que supe que trabajaba en Neonatos. Definitivamente mi hija es especial para ella. No sé hasta qué punto, pero pienso averiguarlo. Que haya aceptado ayudarme aún sabiendo las consecuencias que le acarrearía en su trabajo si la descubren es una prueba más de ello.

-¿Empezamos? – la insto a sentarse una vez más porque parece que no se decide –. Cuanto antes acabemos, antes podrás dormir.

Se muerde el labio, indecisa, pero se sienta igualmente. No sé si se siente cohibida por la comida o por dormir en mi cama, aunque yo me inclino más por lo segundo. No creí que aceptase, la verdad. Me sorprendió mucho cuando dijo que sí. Mentiría si dijese que no me siento un poco inquieto por ello, pero no me arrepiento de habérselo propuesto.

-¿Qué tal el resto de la mañana?

Sé que no es dada a hablar y precisamente por eso insisto en preguntarle. Es una forma sutil de presionarla para que se abra a mí. La confianza es la base de una relación, sea del tipo que sea. Solo debo controlar el no sobrepasar su límite de tolerancia, que por ahora es más bien poco. Pero sé que puedo hacer que eso cambie, se me dan bien las personas.

-Bien.

-¿Cómo estuvo Faith después de que me fui? – parca en palabras como siempre, decido atacar por otro lado.

-Faith es un sol de niña – sonrío y yo intento no hacerlo, pero me resulta imposible –. Siempre está feliz y tiene mucha energía.

-Adelaide, me ha dicho que le sorprende la rapidez con que mejora día a día – no quiero que deje de hablar y cuando se trata de mi hija se vuelve más parlanchina.

-La llamó pequeño milagro médico. Es una niña afortunada.

-¿Tú crees? – la esperanza tiñe mi voz. Realmente quiero pensar que lo es.

-Por supuesto – me sonrío de nuevo –. Y no solo por lo rápido que se está recuperando, sino porque tiene a un padre que se preocupa mucho por ella.

-Pero no una madre – siento que tengo que decirlo. El rechazo de Vivian todavía me duele.

-No eres el primero que cría solo a su hijo – sus impresionantes ojos me miran fijamente. Pocas veces logro que haga eso, siempre suele rehuir mi mirada –. Dale el amor que necesita y no notará su ausencia. Y cuando te pregunte por ella, dile solo cosas buenas. Tiene derecho a creer que tenía una madre que la quería.

-¿Aunque no sea cierto?

-Aunque no sea cierto – baja la mirada, pero puedo ver el dolor que eso le causa y mi corazón late con rapidez. Sé que Faith le importa mucho. Necesito saber hasta dónde llega su preocupación por ella, pero no me animo a preguntarle todavía. Se cerrará en banda.

Parece triste ahora y no creo que sea por Faith, pero no quiero presionarla más. Su límite está cerca y prefiero no sobrepasarlo, así que me abstengo de preguntar. Sin embargo, no lo voy a desistir. Encontraré el momento para retomar la conversación y averiguar qué oculta. La curiosidad puede conmigo. Tal vez por mi trabajo o tal vez por mi propia naturaleza, pero necesito saber mucho más de Kath.

-Ya me encargo yo de esto – le digo en cuanto la veo empezar a recoger la mesa –. Tú ve a dormir un poco. Te he dejado encima de la cama una camiseta mía por si no quieres acostarte con la ropa. Creo que será lo suficientemente amplia para... para que no... bueno, la tienes allí por si la quieres.

Me he puesto nervioso a medida que hablaba y ahora me siento estúpido por lo que he estado a punto de decir. Sus mejillas vuelven a estar rojas y muerdo mi labio para no sonreír y avergonzarla más de lo que ya está. Si le incomodaba dormir en mi casa, con mi comentario estará deseando encontrar una excusa para huir y eso es lo último que quiero.

-Gracias – dice en un susurro inclinando la cabeza un poco hacia otro lado.

La acompaño hasta mi cuarto porque, aunque habría sido más fácil indicarle qué puerta es, prefiero ir con ella. ¿Para asegurarme de que no escapa? Más bien para saber que todo va bien. Sigue igual de colorada y evita mirarme a los ojos. Me muero por decirle algo que la relaje, pero no se me ocurre nada. Kath es muy difícil de descifrar.

-Te despertaré cuando sea la hora de irnos – digo al fin, a falta de otra cosa.

-Puedo poner la alarma en el teléfono – me mira de refilón. Una tímida sonrisa asoma a sus labios.

-No te preocupes. La semana que viene debo reincorporarme al trabajo – le explico – y tendré que ponerme al día con ciertos asuntos antes del lunes.

Seguramente esté ocupado unas cuantas horas, así que puedes dormir tranquila. Yo te llamo cuando termine.

Parece dudar, pero finalmente asiente y entra en la habitación. En cuanto cierra la puerta tras ella, suelto un suspiro. ¿De alivio? ¿De frustración? No podría decirlo. En este momento siento que he metido la pata con ella, pero ha sonreído. Y no sé qué diablos significa eso.

-Con paciencia, Alec – me digo mientras regreso a la cocina –. Roma no se construyó en dos días.

Sé que puedo lograrlo y que merecerá la pena traspasar sus defensas. Algo me dice que la Kath confiada es muy diferente a como se muestra ahora conmigo. Pude comprobarlo el sábado pasado, cuando el alcohol no le permitía mantener bajo control su lengua. Ese día pude vislumbrar a la joven divertida que sé que se esconde detrás de su fachada de inalcanzable. Y el cariño con que su vecino hablaba de ella me lo confirmó. Yo quiero conocer a esa Kath.

Después de limpiar todo, me acerco a la mesa del salón, donde dejé mi ordenador portátil. No he mentido al decir que necesito ponerme al día en mi trabajo. El lunes regreso a la rutina, dentro de lo posible, y aunque Rory me ha estado informando de los avances, hay muchas cosas que necesito comprobar por mí mismo.

Abro mi correo y veo varios mensajes nuevos de mi compañero. Los compruebo uno a uno. La mayoría son solo notas sobre la investigación. Por desgracia no hay demasiadas novedades, lo que nos tiene frustrados a todos. También descargo los archivos adjuntos que traen algunos correos. Seguramente sean los informes que debo leerme antes del lunes. El último de ellos contiene varios links a páginas web y en el asunto reza *Fíjate bien en ellos, a ver si ves lo que yo*. La curiosidad me insta a abrirlos, aunque sé que no me va a gustar lo que vea en ellos. Rory ha de haber encontrado algo bueno para enviármelos hoy y no esperar a que me reincorpore. Ambos sabemos que internet no es seguro.

Las primeras veces no logro concentrarme en las imágenes, solo puedo intentar que mis tripas no se revuelvan. Si antes odiaba esta parte de mi trabajo, desde que Faith llegó a mi vida, me resulta más difícil todavía permanecer impasible ante lo que veo. Cierro los ojos con fuerza e inspiro. Si

me encuentro cara a cara con quienes hicieron los videos, creo que podría llegar a matarlos a todos. *Concentración*, pienso. Necesito controlar la ira que siento ahora mismo para poder hacer bien mi trabajo. Cuando abro los ojos de nuevo, mi cerebro ha desconectado de la imagen principal y busca lo que Rory dice haber encontrado.

-Maldita sea – exclamo en cuanto lo veo.

Marco el número de Rory casi sin mirar el teclado del teléfono, pues mi vista sigue fija en lo que acabo de descubrir. Estoy exultante y mi pierna comienza a moverse impaciente, esperando a que mi amigo conteste. No tarda ni dos tonos en hacerlo.

-Lo he visto, Rory – le digo sin saludarlo siquiera. No necesita que le explique a qué me refiero –. Es el mismo local en todos ellos.

-Es el mismo cabrón – dice él y puedo imaginarlo con una amplia sonrisa de satisfacción en su cara.

Me paso la siguiente hora y media al teléfono, indicándole a Rory lo que debe hacer a continuación. El experto en informática soy yo, pero hasta el lunes nuestro jefe me ha prohibido pasarme por las oficinas, así que Rory tiene que hacer mi trabajo mientras tanto. Si Thomas se entera de que me he estado comunicando con él a diario, ambos nos llevaremos una buena bronca. Aunque merecerá la pena después de lo que acabamos de descubrir.

-Tengo que dejarte ya, Rory – miro el reloj –. Hay algo que debo hacer.

-De acuerdo. Te mantendré informado.

No me animo a hablarle de Kath todavía. Sé que empezará a ver cosas donde no las hay y no quiero que se meta en esto. Además de mi compañero es mi mejor amigo, pero en cuanto a mujeres se refiere, no es el más indicado para dar consejos. Solo piensa en una cosa y esa no es para nada mi prioridad. Además, Kath no es de las que te llevas a la cama una noche, se nota a simple vista. Ella es más del tipo que deseas conservar a tu lado por mucho tiempo. Y Rory vería una amenaza en ella después de lo que me pasó con Vivian y lo mal que estuve por su culpa. Terminaría desquiciándome con el tema si se llega a enterar de que me está ayudando con Faith.

Faith. Me tienta ir a verla en la primera visita de la tarde, sobre todo porque me salté la de media mañana por preparar una gran comida para Kath.

Desde que me hizo ver lo importante que es que esté con ella tanto como pueda, no dejo de lamentarme por no haberlo hecho desde el principio. Solo tengo lo que resta de esta semana para ir en cada visita porque, una vez regrese al trabajo, no me sobrará el tiempo precisamente y tendré que volver a una por día. Miro mi reloj de nuevo y me decido. Así dejo dormir a Kath más tiempo. Sé que lo necesita, aunque ella se empeñe en decir que no. Conozco los síntomas de la falta de sueño, en mi trabajo lo he vivido en demasiadas ocasiones.

Decido dejarle una nota por si se despierta antes de que regrese y espero fervientemente que no decida marcharse en cuanto la lea. Con ella nunca se sabe, aunque tengo que admitir que me gusta ese misterio que la envuelve. La incertidumbre de qué será lo siguiente que haga me atrae mucho. Mi lado curioso está expectante en todo momento y disfrutando del desafío que supone anticipar sus movimientos.

Kathleen,

He pensado que te vendría bien dormir un poco más, te veías muy cansada. Aprovecharé para ir a ver a Faith. Regreso a las 17h y después podemos ir a comprar la pintura. Tendremos tiempo de sobra incluso saliendo a esa hora. No dudes en usar lo que quieras, mi casa es tu casa.

Alec.

He tenido que escribirla varias veces antes de darme por satisfecho. No quiero que parezca que le ordeno que me espere, pero tampoco pretendo dejarle la libertad de decidir irse. Me apetece pasar la tarde con ella porque en cuanto empiece a trabajar, no podremos vernos en tantas ocasiones. Va a ser complicado hacer coincidir nuestros horarios para preparar juntos el cuarto de Faith y mi ceño se frunce por tal pensamiento. No había caído en ello hasta ahora. Salgo del edificio, todavía con eso en mente. Algo tendremos que idear para poder vernos, porque no quiero cargarle con todo el trabajo a ella. Ni hacerlo por separado.

La calle está desierta a esta hora, así que no tardo nada en llegar al hospital. Ya casi se siente como una segunda casa para mí y no llevo ni dos semanas yendo. Sé, por Adelaide, que probablemente me queden al menos un par de meses de viajes al hospital y eso me desanima por momentos. Es duro, mucho, aunque cada vez que Faith aprieta mi dedo con fuerza, siento renovar

mis energías. Es como si venir a verla me recargase las pilas para un nuevo asalto.

Paso más de media hora observándola casi sin pestañear. Le hablo de cualquier cosa que se me ocurre, tal y como me aconsejó Kath. Al principio me sentía un poco ridículo, pero he descubierto que me relaja. Y Faith parece escucharme con atención, lo que me anima a seguir. Como siempre, las enfermeras se mantienen lejos de mí, aunque las veo mirarme y hablar entre ellas. Me molesta un poco su actitud, pero no vengo a ver a Faith para crear conflictos con sus cuidadoras. Me limito a ignorarlas, como hago siempre. Echo en falta a Adelaide o a Kath, ellas son las únicas que se han acercado a hablarme y a ayudarme. Una sonrisa cruza mi cara cuando pienso donde está Kath ahora y eso también me recuerda que debo irme ya. Me despido de mi hija y me marcho sin decir nada a nadie. Tampoco es que lo merezcan, aunque me fastidia irme sin más. Me parece muy poco educado.

Mientras conduzco de regreso a casa, la ansiedad se apodera de mí. La urgencia de saber si Kath sigue allí es bastante fuerte y me hace acelerar más de la cuenta. Tengo que obligarme a levantar el pie del pedal en varias ocasiones porque lo último que necesito ahora es una multa por exceso de velocidad. El coche se va directo al garaje al llegar a mi edificio, no tengo tiempo ni ánimos para buscar un hueco en la calle. Si lo necesito después, ya lo sacaré de nuevo. Tampoco es que me lleve tanto tiempo hacerlo.

Al llegar a mi piso, mis manos parecen gelatina intentando meter la llave en la cerradura. Entonces caigo en la cuenta de que Kath no habría podido irse aunque quisiese, la he encerrado en casa. Mis nervios cambian de motivo y aumentan por momentos. Solo espero que no haya intentado salir y se haya topado con que no podía. Eso, definitivamente, sería lo peor de todo. Ahora mismo podría estar muy enfadada conmigo. Y con razón.

Abro la puerta esperando encontrármela todavía durmiendo, pero lo que veo es algo totalmente diferente. Inesperado. Me paralizó con la mano en el pomo y medio cuerpo fuera. Kath está junto al sofá, con mi nota en la mano y vistiendo tan solo mi camiseta. Aún no me ha visto, pero yo no soy capaz de dejar de mirarla a ella. Tiene unas bonitas piernas, bien torneadas. Su cabello suelto cae por su espalda alcanzando su cintura. El bajo de la camiseta apenas tapa su ropa interior y puedo adivinar una braguitas de color rosa bajo ella. Sé que debería apartar la mirada, pero no puedo. Mi cuerpo no responde a mis

señales. Mi respiración se acelera a medida que mis ojos la recorren de arriba a abajo. Es una mujer impresionante y voy a tardar en borrar esta imagen suya de mi mente.

Mi garganta está seca y trato de tragar sin demasiado éxito. Aclaro mi garganta y cierro la puerta. Ella da un salto y se lleva la mano al corazón. Mis ojos siguen ese movimiento como hipnotizados. Cuando logro que hagan lo que les ordeno, buscan su mirada. Está de nuevo sonrojada y se ve más cohibida que nunca, sin embargo, no parece molesta porque la haya estado observando con tanto detenimiento, lo que me hace pensar que tal vez no me haya visto hacerlo.

-Acabo de leer la nota – dice con voz débil. Sus manos tiran de la camiseta hacia abajo y algo me dice que sí que sabe que me la estaba comiendo con los ojos. Me siento mal por eso –. Yo... creo que... mejor voy a... prepararme ya.

-No deberías andar descalza – mientras hablo, me voy acercando a ella. Ni siquiera lo pienso. Mis pies parecen tener vida propia y solo se paran al tenerla frente a mí.

-El suelo no está tan frío – no me mira directamente, pero tampoco se aleja.

Nos quedamos así por un tiempo, observándonos, hasta que ella da un paso hacia la habitación. No la detengo aunque las ganas no me faltan. Mejor dejarlo estar, lo sé, aún así, no me pierdo detalle de sus movimientos. En cuanto cierra la puerta, me apoyo contra el respaldo del sofá y suspiro. Ciertamente Kath es una mujer muy tentadora y solo ahora me he dado cuenta de ello, preocupado como estaba con todo lo que me está pasando. Pero me temo que después de esto, ya no podré verla del mismo modo. Ahora, no solo es la mujer que calma mis males con su mirada, la mujer que me está ayudando con mi hija, por la que siento un apego especial, la mujer a la que le debo mucho y quiero devolverle el favor de algún modo; ahora es también la mujer que acaba de despertar en mí sentimientos que había creído muertos cuando Vivian se fue.

-Maldita sea – murmuro. Esto no va a traer nada bueno, lo presiento. Sabiendo lo que sé de Kath, si se entera de lo que he sentido al verla con mi camiseta, se encerrará todavía más en su burbuja de protección. Entonces sí

será inalcanzable y eso es lo último que quiero. Yo sigo deseando conocerla mejor.

-Maldita sea – repito.

Mi teléfono suena, sacándome de mi penoso estado de frustración, y contesto por inercia, sin mirar quién llama. La voz al otro lado me pone alerta. Es la mujer de Thomas, otra vez. Maldigo una tercera vez por no haber comprobado antes quién era. Después de mi arrebatado de locura, en el que eché fuera a todas las mujeres de mis compañeros, Evelyn fue la única que se quedó. Y no sería un problema, si no fuese tan insistente en ciertos asuntos. Como por ejemplo, la idea de que sea padre soltero. No le parece correcto y se empeña en prepararme citas a ciegas que no me apetecen, con mujeres a las que ni siquiera conozco. Es muy estresante tener que buscar excusas para ella a todas horas.

-Buenas tardes, Evelyn – aún así, siempre intento ser cortés con ella. Sé que no lo hace con mala intención.

-Alec, hijo. ¿Cómo vas? – siento que hemos tenido esta conversación docenas de veces ya. Es como si siguiese un guión.

-Perfectamente – contesto automáticamente.

-No tienes que hacerte el duro conmigo.

-Es la verdad. Estoy bien – Kath sale de la habitación y le sonrío. Me acaba de dar la excusa perfecta para finalizar la llamada –. Tengo que colgar, Evelyn. Me están esperando.

-Está bien, Alec – no insiste y siento alivio -. Llámame si necesitas hablar. No tienes que pasar por esto solo, ya lo sabes.

-Lo sé, Evelyn. Gracias.

-Yo puedo presentarte...

-Tengo que dejarte ya, Evelyn – la interrumpo –. Hablaremos en otro momento.

Kath me observa con curiosidad disimulada. Estoy seguro de que le intriga saber quién es Evelyn y por un momento pienso en decírselo, pero finalmente lo dejo estar. Esperaré a que me pregunte. Esa es otra forma de derribar sus barreras. Si pregunta da pie a que se le pregunte y si respondo debe

responderme. Otro truco que aprendí en el trabajo.

-¿Vamos? – me dice en cuanto guardo el teléfono.

Parece más decidida que cuando se fue a vestir y me mira de frente, sin censura. Esa es buena señal y siento alivio por ello. Le indico con la mano que se adelante y camino un par de pasos por detrás de ella para darme un momento, porque aunque se ha recogido el pelo en una coleta, en mi mente todavía está fresca la imagen de la cascada que formaba por su espalda. Sacudo la cabeza como si eso pudiese borrar el recuerdo, aunque sé que no será así.

Insiste en llevar su coche en esta ocasión y no me opongo. Suelo viajar de copiloto con Rory, así que no me molesta. Al volante, Kath es tan prudente como en su manera de ser, tan correcta que no puedo evitar sonreír. Creo que hacerla perder los estribos no es tarea fácil. Por un momento me pierdo en mis pensamientos, imaginando cómo será verla enfadada, eufórica o, incluso, excitada. Y me reprendo mentalmente cuando las imágenes se escapan a mi control. Tengo que dejar de pensar en ella de ese modo, antes de que cometa alguna estupidez que lo estropee todo. Maldigo mi estúpida idea de dejarle una camiseta para dormir. Si no fuese por eso, yo no la habría visto como la bella mujer que es y todo resultaría más sencillo. Tal y como había sido hasta ahora.

-Hemos llegado – su voz me hace reaccionar.

Abro la puerta y salgo rápidamente. El aire en la cara me ayuda a despejarme y para cuando Kath me alcanza, ya me siento mejor. Entramos en una pequeña tienda de decoración que no había visto nunca. La dueña, una mujer entrada ya en años, la saluda con tanta familiaridad que deduzco que se conocen. Me mantengo aparte, viéndolas interactuar. Estoy descubriendo una parte de Kath que había estado oculta hasta ahora. El cariño y la dulzura con que trata a la mujer me tienen con una sonrisa en los labios.

-Este es Alec – me acerco cuando me presenta –. Ella es Beatrix, una gran amiga de mi abuela.

-Un gusto, Beatrix – la saludo inclinando la cabeza hacia ella.

-Que muchacho tan guapo – dice ella, claramente encantada conmigo –. Ya iba siendo hora de que buscaras novio, Kathleen. Tu abuela lo aprobaría.

-No es mi novio, Bea – un intenso rojo carmesí cubre las mejillas de Kath.

-No lo soy – digo yo, sonriendo.

En Leith Pram, la insinuación de la dependienta me pilló desprevenido y reaccioné titubeando como un colegial, pero ahora solo puedo reír ante lo que parece una segunda equivocación sobre lo que somos Kath y yo. Y aunque no lo había pensado hasta el momento, debo admitir que la idea no me disgusta en absoluto. Como he dicho, Kath es de esas mujeres que querrías conservar a tu lado por mucho tiempo. Aunque sé que lo mejor es dejarlo todo como está. Con ella, no se deben precipitar las cosas.

-Una pena – suspira. Luego presta toda su atención a Kath – ¿Y qué os trae por mi tienda, querida?

-Estoy ayudando a Alec a decorar la habitación de su hija. He pensado que quedaría bien un dibujo en una de las paredes. ¿Todavía tienes de esas plantillas que tanto me gustan?

-Las tengo – nos dice mientras nos insta a seguirla –. Y hay unas cuantas donde elegir porque se han puesto de moda otra vez y he tenido que nuevos modelos.

-Estupendo.

El entusiasmo de Kath es contagioso y durante más de media hora nos dedicamos a estudiar cada plantilla, descartando las que no nos gustan y reservando algunas que podrían servir. Después de discutir por varias de ellas, finalmente dejo que se salga con la suya y elegimos la que le gusta a ella. Su sonrisa emocionada es suficiente recompensa para mí. Y la idea que tiene para la pared es muy buena. Salgo ganando por partida doble.

Después de comprar también los colores que mejor se adapten a lo que tiene pensado hacer, nos despedimos de Beatrix y salimos cargados de botes y papeles. La sonrisa de Kath no desaparece en ningún momento y yo me siento pletórico. No podría pedir a nadie mejor que ella para ayudarme a pasar por todo esto.

Después de salir de casa de Alec, me voy directamente al hospital. Al final he tenido que cenar con él. La excusa que usó esta vez fue que se le estropearía la comida. Dudé mucho en aceptar porque todavía tengo fresco en mi mente el momento en que me encontró leyendo su nota, vestida únicamente con su camiseta. Por un momento, mientras se acercaba a mí, creí que me iba a besar. Pero lo peor de todo es que no me habría disgustado que lo hiciese.

Tras de ese descubrimiento, no supe cómo reaccionar salvo huyendo. Por suerte, cuando salí de su habitación, todo seguía igual entre nosotros. Temía que lo hubiese estropeado por mi espantada, pero estoy empezando a entender que Alec no se parece en nada a ninguno de los hombres que he conocido a lo largo de mi vida. Con él todo es diferente, más pausado. Sabe cómo hacerme hablar sin que me dé cuenta, pero también respeta mis silencios. Sabe cuándo puede insistir y cuando no. Y desde luego, sabe cuándo debe dejarlo estar.

Mientras me acerco a Neonatos, veo a Christine hablando con un hombre frente a la puerta. Parece que estuviese coqueteando con él y eso no deja de exasperarme. Su turno todavía no ha acabado y debería estar con los bebés. Me acerco a ellos dispuesta a enviarla de regreso a la sala, pero me detengo al escucharlos.

-¿No podrías hacer una excepción conmigo por esta vez? – le dice él en tono suave y persuasivo –. He venido desde muy lejos para poder verla. No

tenía ni idea de que la última hora de visita era a las 8.

-No sé – Christine enreda un mechón de pelo en su dedo y yo blanqueo mis ojos –. Podría meterme en problemas por eso.

-Pero nadie tiene por qué enterarse, bonita – se acerca a ella y le roba el mismo mechón que ha estado manoseando. Y yo decido que es el momento de intervenir.

-No se puede ver a ningún niño fuera del horario de visitas – digo con mi voz más profesional –. Eso alteraría su rutina y no es bueno para ellos. Lo lamento, pero tendrá que venir en otra ocasión.

-¿Tú eres? – alza una ceja y me mira con curiosidad. Su sonrisa pretende cautivarme como ha hecho con Christine, pero no funciona.

-Christine, vuelve dentro – le digo a ella –. Tu turno no ha terminado y estoy segura de que todavía hay trabajo que hacer. Y ruega para que Adelaide no se entere de que has estado fuera en lugar de atendiendo a los bebés.

Me mira con rabia, pero no replica. Estoy segura de que habría dado un portazo si hubiese podido, pero, por suerte, las puertas se abren y cierran solas. Regreso mi atención al hombre, que sigue esperando a que responda a su pregunta. Lo miro con detenimiento intentando averiguar quién es su hijo. Tengo buen ojo para recordar las caras, no así los nombres, y no lo reconozco.

Va vestido con traje negro y camisa blanca, aunque no lleva corbata. Sus zapatos, negros también, brillan de lo limpios que están. Probablemente ronde los cuarenta, pero su cabello, perfectamente peinado, no muestra todavía ni una sola cana. Tiene un rostro atractivo, aunque hay algo en él que no acaba de gustarme.

-¿Quién es su hijo? – le pregunto ahora. Tal vez haya habido un nuevo ingreso esta tarde y por eso no lo reconozco.

-He venido a ver a mi sobrina.

Su voz es pausada y habla con seguridad, pero no llego a creérmelo del todo. Aún así, me acaba de dar la excusa perfecta para no permitirle el paso a Neonatos porque nadie salvo los padres puede pasar.

-No me has dicho todavía tu nombre, bella – añade, regalándome una sonrisa como la que dedicó antes a Christine.

-Lamento comunicarle – lo ignoro porque necesito deshacerme de él rápido. Mi turno está a punto de empezar – que los familiares de los niños no pueden hacerles visitas mientras permanecen aquí. Solo los padres tienen permiso para entrar.

-¿Y no podrías hacer una excepción conmigo, bella?

-Sin excepciones.

-Solo quiero verla para saber que está bien. Será un momento.

-Dígame su nombre y yo le informaré.

-El caso es que... no sé su nombre – vacila y yo entrecierro los ojos –. Su padre y yo no tenemos una buena relación en este momento. Preferiría que no supiese que he estado aquí.

-¿Quién es el padre?

-Alexander MacNeil.

Maldición. ¿Este hombre es familia de Alec? No puede ser, no se parecen en nada.

-El señor MacNeil no nos ha informado de ningún hermano.

-Soy hermano de la madre – me aclara, pero de igual modo, no acabo de créermelo, así que decido que tampoco le hablaré de Faith.

-En ese caso, me temo que debo hablar antes con el señor MacNeil – trato de eludir el tema usando lo primero que se me viene a la cabeza –. Al no ser familiar directo suyo, no puedo hacer nada sin su permiso.

-Entiendo – su sonrisa se ve muy forzada ahora. Debe haberse dado cuenta de que no soy tan fácil de convencer como Christine –. Pero tal vez, podríamos dejarlo pasar por esta vez. ¿Qué mal podría hacer echarle un vistazo rápido? Cinco minutos. Me encantaría ver a la hija de mi hermana.

-No puedo. Lo siento – me mantengo firme y veo cómo aprieta la mandíbula.

Se está enfadando. Siento un escalofrío cuando se acerca a mí y me siento amenazada mucho antes de que hable. Su mirada se me clava hondo y empequeñece mi corazón. Peligro. Es la palabra que mejor describiría lo que veo en ella. Aún así, no me muevo. No voy a dejarle ver lo asustada que estoy

ahora mismo.

-Tal vez no entiendes lo que te estoy pidiendo – me dice muy lentamente –. Solo quiero verla.

-El que no lo entiende es usted – insisto –. No puedo dejarle entrar sin permiso del padre.

-No hace falta molestarlo por unos minutos.

-He dicho que no – repito con firmeza y él me fulmina con la mirada.

En este momento, un hombre corpulento se acerca a él. Impone casi tanto como la mirada del otro. Le susurra algo al oído y luego se va de nuevo. El moreno me mira una última vez antes de sonreír. Más escalofríos me atraviesan. No es una sonrisa agradable.

-Has tenido suerte, bella. Debo irme – se acerca de nuevo y esta vez retrocedo un paso –. Esto no quedará así, te lo prometo.

Todavía tiemblo cuando me meto en los vestuarios. Creo que no podré olvidar esa mirada en lo que me resta de vida. Nunca antes me había asustado tanto, ni siquiera cuando me atacaron en la universidad. Froto mis brazos para tratar de calmar los nervios y cierro los ojos para visualizar algo que me relaje. No sé cómo, pero los ojos de Alec son la primera cosa que veo en mi mente. Tan azules, tan cálidos. Sonrío y siento que mi cuerpo se relaja.

Más tranquila, me cambio de ropa y entro en la sala. Me cruzo con las compañeras del turno de la tarde. Christine ni me mira, aunque era de esperar. Tampoco me molesto en despedirla cuando lo hago con el resto. Después saludo a Eleanor y a Anna, que ya están empezando las tareas. Por culpa de mi enfrentamiento con ese hombre, me he retrasado.

Lo primero que hago es comprobar que Faith está bien. La veo patear con energía y sonrío, es un bálsamo para mí. Mientras la observo, no hay nada que me parezca imposible. Si ella es capaz de sobrevivir cuando nadie tenía esperanzas, yo bien puedo hacer todo lo que me proponga. Se lleva una mano a la boca y emite un sonido que me hace reír. Ya no podría seguir con mi vida tal y como la conocía, Faith ha marcado un antes y un después en ella.

-¿Te encargas tú? – Anna está a mi lado y cuando la miro, continúa –. Le toca estar sin la respiración asistida.

-Yo lo hago – asiento.

-Lo suponía – me sonrío.

Imagino que ya todas saben que siento un especial cariño por ella. Después de todo, en mis turnos nadie más se le acerca porque yo me hago cargo de todo. Antes me habría preocupado, pero desde que Adelaide me ha dado carta blanca, ya no tengo que aparentar que no me importa. Y eso es bueno porque cada día me resulta mucho más difícil mantenerme lejos de ella. Definitivamente se ha ganado mi corazón. Si compartiésemos sangre, no podría quererla más.

-Logan me ha invitado a cenar este sábado – me dice Anna. Parece que me esté pidiendo permiso y la miro.

-Eso está bien – le sonrío antes de regresar mi atención a Faith –. Te gusta, ¿verdad?

-Y a ti no – no pregunta.

-¿Qué? – la miro de nuevo.

-Antes erais inseparables – se encoge de hombros – y ahora ni os miráis. Se nota la tensión entre vosotros incluso en la distancia. Supuse que esa mujer que le gustaba del hospital eres tú y que las cosas no salieron bien entre vosotros.

-Hay cosas que no pueden ser por más que uno quiera – es mi turno para encoger los hombros.

-Creo que me ha invitado para intentar olvidarte – noto la duda en su voz.

-No sé qué decirte. Yo nunca le di esperanzas – es la primera vez que hablo del tema con alguien del hospital que no sea Adelaide y me siento extraña.

-Me gusta mucho – admite – y tengo miedo de salir herida si seguimos adelante con esto y resulta que solo me está utilizando.

-No soy la más adecuada para decirte lo que debes hacer – la miro –, pero si te gusta tanto, tal vez debas pensarlo bien antes de aceptar su invitación.

-¿Y si lo hace porque también le gusta?

-Me encantaría que fuese así, hacéis una bonita pareja – se merece saber la

verdad sobre lo que siente Logan por mí, para que tome la mejor decisión –. Logan y yo nos hicimos grandes amigos. No soy de las que confían en cualquiera y me temo que eso lo confundió. Creyó ver más de lo que había en realidad e intentó llevarlo más lejos. Mis continuos rechazos solo consiguieron que se obsesionase conmigo. Solo soy un capricho, Anna, aunque él crea otra cosa.

-No va a olvidarte – tampoco pregunta en esta ocasión.

-Yo espero que sí – le sonrío y me imita –. Con tiempo y, tal vez tu ayuda, podría abrir los ojos al fin. Pero es decisión tuya intentarlo, así como lo es decidir si merece la pena o no hacerlo. Solo puedo decirte que por mi parte, no tendrás ningún problema.

-Gracias por ser tan sincera conmigo, Kat – me sonrío –. Ahora voy a seguir con las tareas, ya te he robado mucho tiempo.

-De acuerdo.

Yo le coloco el respirador a Faith. Ha estado más tiempo del que debería sin él, pero lo ha llevado bien. Ni siquiera he notado que se fatigase. Lo anoto en su historial para que el pediatra lo tenga en cuenta, tal vez podamos retirárselo de manera definitiva. Eso sería una magnífica noticia porque la posibilidad de que Alec pueda tomarla en brazos por primera vez estaría más cerca.

Durante mi descanso me topo con Logan, pero me ignora. Aunque agradezco que no me hable después de lo que pasó con Alec, sigo lamentando haber perdido definitivamente su amistad. Ya no veo el modo de solucionarlo porque hay cosas que no se pueden olvidar. El modo en que me acusó de haber jugado con sus sentimientos me dolió. Fui sincera con él desde el principio, incluso a riesgo de lastimarlo, porque no quería que las mentiras nos separasen. Jamás le di esperanzas, pero él llegó demasiado lejos, traspasó la línea y lo estropeó todo.

Me siento tan incómoda desde que llegó, que me bebo el té a toda prisa y salgo de la cafetería sin mirar atrás. Prefiero terminar mi descanso en el vestuario y, así de paso, aprovecho para mirar mi teléfono. Y resulta que tengo mensajes, otra vez. Esto se está convirtiendo en algo habitual, tendré que estar más pendiente de él a partir de ahora. El primero es de Duncan.

Mañana por la mañana. Tú y yo. Té en mi casa nueva.

Sonrío al leerlo. Así que ya está instalado del todo. Me encantará ver cómo ha quedado la casa con su toque porque siempre ha tenido buen gusto para decorar. Le contesto confirmando la hora y miro el otro. Es de Alec.

Mañana no podremos vernos. Tengo asuntos que atender.

Ni que se pusieran de acuerdo, pienso. Lo tranquilizo asegurándole que yo también tengo planes y, cuando ya estoy guardando el teléfono en la taquilla recuerdo el asunto del supuesto tío de Faith por lo que decido contárselo. Al menos, que esté informado, después ya será cosa suya hacer algo al respecto o no.

El resto del turno lo paso trabajando sin descanso y para cuando termina, estoy agotada. Ha sido un día muy largo y me cuesta llegar a casa sin quedarme dormida al volante. Debería haber llamado a Tom, pero lo pensé demasiado tarde. Siento alivio al divisar mi calle y aparco delante de casa porque no tengo ánimo para guardar el coche en el garaje. Salgo de él emitiendo un sonoro suspiro. Necesito mi cama con urgencia.

Mientras rodeo el coche para entrar en casa, voy buscando las llaves en mi bolso para ahorrarme tiempo. De repente, un todoterreno negro pasa muy cerca de mí y yo me pego al coche por el susto que me da. Por un momento creí que me atropellaría y mi corazón ha comenzado a latir a mil por hora. Por desgracia, no he podido verle la cara al conductor ni tampoco la matrícula, de lo rápido que iba. *Maldito loco*, pienso mientras entro en la casa.

Después de dormir unas cuantas horas, me levanto despejada y con ganas de disfrutar de mi fin de semana libre. Me preparo para ir a la nueva casa de Duncan y decido arreglarme un poco, ya que se supone que por la noche saldremos a tomar algo con sus amigos. Conociendo a Duncan, acabaré cenando en su casa y nos iremos directamente desde allí.

-Bienvenida a mi hogar – me dice en cuanto abre la puerta.

Hace una reverencia tan exagerada que termino riendo. Nada más entrar puedo ver ya los cambios en la casa. Desde luego, no parece la misma que el sábado pasado. Lo que ha hecho Duncan en una semana es impresionante. No solo se ve acogedora, sino que parece más moderna y fresca que antes. Me recreo en cada detalle y todos me recuerdan a Duncan en cierto modo. También admiro las fotos que ha ido colocando en las paredes. Son todas suyas. Es realmente bueno en su trabajo.

-Si la hubiese visto así el sábado pasado – le digo sin mirarlo todavía –, me la habría quedado yo. Está genial.

-No me digas que estás pensando en vender tu casa.

-Debería hacerlo – ahora sí lo miro –. Es muy grande para mí sola, pero tengo tan buenos recuerdos en ella que no me animo.

-Algunos no son tan buenos – me recuerda.

-Tú sí que sabes animar a la gente – golpeo su brazo con mi codo.

-Lo siento – se muerde el labio.

-Buenos o malos, son recuerdos igualmente – continúo –. La vida está llena de ellos y son los que te dan la experiencia para afrontar nuevos retos y te aportan lecciones de vida que de otra forma no podrías obtener nunca. Supongo que por el momento seguiré como estoy. Además, ahora mismo tengo demasiadas cosas en la cabeza como para ponerme a pensar en vender la casa.

-Hablas muy pocas veces – me rodea los hombros con un brazo y me arrastra con él hacia el salón –, pero cuando lo haces, dices grandes verdades.

-No te rías de mí.

-No lo hago – aprieta su abrazo antes de ponerse serio –. Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, ¿verdad?

-Ya lo sé, Duncan.

-Lo digo en serio – me señala con un dedo, que yo atrapo con mi mano –. Tienes tendencia a olvidarte de tus amigos cuando se trata de pedir ayuda.

-Si puedo sola – me encojo de hombros mientras me siento –. Oye, qué cómodo es este sofá.

-Y ahí va la experta en cambiar de tema – ríe, sentándose a mi lado –. Sí que es cómodo.

Río con él. Pasa un brazo por mis hombros de nuevo y atrae mi cabeza hacia su pecho. Sigo riendo cuando no me deja apartarla. Finalmente le golpeo en el estómago con el codo y me suelta. Cuando miro hacia él, sigue riéndose.

-¿A qué ha venido eso? – le pregunto.

-Tengo mucho que agradecerte y se me ocurrió darte un abrazo de consuelo

– me sonrío.

-¿Crees que necesito consuelo?

-Lo parece – ahora está serio de nuevo –. Te he notado un poco serio al llegar. Y después de ese discurso sobre lo bueno y lo malo en la vida...

Ni siquiera necesita terminar la frase y, por un momento, no sé qué decirle. Es cierto que he tenido una semana un tanto estresante, con muchos altibajos, pero no me veo distinta que las otras veces que nos hemos visto. Sin embargo, él parece convencido de ello y sigue esperando una respuesta a esa pregunta no formulada.

Me gustaría hablarle de Alec y de Faith, pero no me siento preparada para hacerlo todavía. Aún no sé muy bien qué clase de relación tenemos o cómo definirla, así que tampoco podría explicárselo a Duncan. Estoy segura de que lo malinterpretaría.

-Será por el trabajo – le digo finalmente –. Hemos tenido una semana dura.

-¿Quieres hablar de ello? – continúa rodeándome con su brazo y me atrae nuevamente hacia él. Esta vez me dejo.

-Preferiría que no hubiese sucedido – no quiero recordarlo y mucho menos hablar de ello, pero sé que Duncan lo entenderá aunque no le dé demasiados detalles –. Es parte de nuestro trabajo y hay que seguir adelante.

-Por los que aún viven – asiento hacia él. Siendo hijo de la enfermera jefe de Neonatos, sabe bien de lo que estoy hablando. Cuántas veces habrá escuchado a su madre hablar de ello.

Se levanta y da una palmada fuerte que me hace saltar en el sitio. No me lo esperaba para nada. Cuando me mira, está sonriendo maliciosamente. Tengo la certeza de que lo ha hecho a propósito. Hago un mohín, pero luego grito cuando tira de mí para levantarme.

-Ayúdame – me dice mientras continúa tirando de mí hasta la cocina –. Tenemos que preparar una suculenta comida-merienda-cena para tres. Espero que no te importe que haya invitado a Sally.

-Vaya, la cosa va en serio – sonrío al ver cómo intenta disimular que no le afecta el tema –. Pues me alegro mucho por los dos. Hacéis una bonita pareja.

-No sé si llegaremos muy lejos – se encoge de hombros –, pero lo vamos a

intentar. Sally merece la pena.

-Cuídamela – lo señalo con el dedo y me lo atrapa, tal y como hice yo con el suyo antes –. Que no me entere de que le haces daño o patearé tu trasero.

-¿Y si me lo hace ella a mí? – intenta bromear, pero lo conozco y sé que está preocupado de verdad.

-Le patearé su bonito trasero a ella – le digo.

Empezamos a prepararlo todo entre bromas y risas. Cocinar con Duncan es muy divertido, aunque siempre termino dirigiéndolo yo a él. La cocina no es su fuerte, desde luego. Recuerdo todas las veces en que me decía que sabía lo suficiente como para no morir de hambre. Y al parecer, sigue siendo así.

-Ella no es la neoyorquina – le digo después de unos minutos –. Lo sabes, ¿no?

-Lo sé – me sonrío –. Tranquila, Kat. Sally está a salvo conmigo.

-Ya lo habías dicho – le doy un toque en el brazo con el mío –. Te recuerdo que no quiero detalles.

Se ríe y me golpea de vuelta, pero con más fuerza que la que usé yo. Me desplaza un par de pasos y su risa se hace más sonora al ver mi cara de sorpresa. Había olvidado lo increíble que es pasar el tiempo con Duncan. Incluso después de romper nuestra efímera relación, jamás hubo momentos incómodos entre nosotros. Duncan es como su madre, sabe sacar lo mejor de la gente.

Hora y media más tarde, suena el timbre y por la sonrisa de Duncan supongo que es Sally. Sí que parece ir en serio con ella. Al menos, se le ve muy ilusionado. Me deja en la cocina sola para ir a abrirle la puerta. Y yo termino de colocarlo todo en la mesa antes de que vengan.

-Kat – Sally me abraza entusiasmada – ¡Qué ganas tenía de verte! No has pasado por la tienda en toda la semana.

-He estado un poco ocupada.

-No importa – abraza a Duncan y le sonrío –. Alguien me ha ido a ver cada día a la hora del cierre.

-No necesito detalles – río, recordando que no hace tanto que le dije lo

mismo a Duncan.

-Nuestra Kat se hace la beata – se burla él –, pero no lo es para nada. Si yo te contara...

-No me hagas hablar a mí, Duncan – lo amenazo –. Conozco muchos de tus secretos. De esos que te avergonzarían delante de Sally.

-¡Oh, sí! – Sally aplaude con entusiasmo –. Cuéntame, Kat. Por favor.

-Ni en broma, Kat – me reta Duncan.

-Primero comamos – les digo –. Y luego ya veremos.

Al final, con todas las copas que nos hemos ido tomando a lo largo de la tarde, tenemos que llamar a un taxi para que nos lleve al centro porque ninguno está en condiciones de conducir. Mi promesa de no volver a excederme con el alcohol se ha quedado olvidada en la cuarta copa, creo, algo que lamentaré con la resaca de mañana. Por suerte, el domingo puedo dormir todo el día si me apetece porque no trabajo.

-Nos están esperando en el Kenilworth – nos dice Duncan después de mirar su teléfono –. Ya están todos juntos. Somos los últimos.

Hemos quedado con los amigos de Duncan y las amigas de Sally. En otras circunstancias me habría sentido mal por no aportar amigos al grupo, pero estoy lo suficientemente borracha como para no importarme nada. Sally se engancha en mi brazo y camina conmigo por delante de Duncan. Mueve sus caderas de manera provocativa y se ríe.

-¿Crees que me esté mirando el culo? – me pregunta.

-Supongo que sí – rio con ella –. De la forma en que lo mueves, lo estarán mirando todos.

Mi lengua está de nuevo suelta, hace rato ya, pero esta vez ni siquiera me molesta. Quiero pasarlo bien. He tenido una semana difícil y quiero disfrutar un poco del sábado. Aunque después me vaya a estallar la cabeza, habrá merecido la pena si consigo olvidar todo lo malo por unas horas.

-Hoy nuestro objetivo es encontrarte un novio, Kat – Sally tira de mí hacia el interior del pub.

-No hace falta – le grito, el volumen de la música está muy alto –. Estoy

bien así.

-Nada de eso – me mira y sonrío –. Te lo debo.

-¿Qué?

-Vamos.

Tira otra vez de mí sin contestarme. En realidad, la he escuchado perfectamente, pero preferiría no haberlo hecho. No quiero que se sienta obligada a nada solo porque gracias a mí conoció a Duncan, aunque algo me dice que quien ha hablado es el alcohol y no ella. Como no me suelta, me dejo llevar hasta donde nos están esperando.

-¿Quién de vosotros va a invitar a mi amiga a una copa? – dice en alto mirando a los amigos de Duncan. Mi sonrojo es espectacular, incluso con todo lo borracha que estoy.

-Sally – protesto, tirando de su brazo para que me mire -. Pero que...

-Yo mismo – antes de que pueda decir más, ya me está ofreciendo el brazo para que lo acompañe.

Dudo, más de lo que debería. Entonces Sally me empuja contra él sin contemplaciones y si no me caigo es porque él me sujeta. La fulmino con la mirada, pero ya está abrazada a Duncan y no me ve.

-Soy Jack – se presenta en cuanto llegamos a la barra.

-Kathleen – digo –. Kat, para los amigos.

-Entonces serás Kat – me guiña un ojo y sonrío.

Tal vez, si se hubiese acordado de mí, me habría impresionado un poco porque tiene una bonita sonrisa, pero Duncan nos presentó el sábado pasado y él ni siquiera me ha reconocido. Se apoya en la barra y coquetea con la camarera al pedir las copas. Mis ojos se blanquean y suelto un gran suspiro. Algunos no tienen remedio. Mientras Jack habla con la chica, yo hecho un vistazo a todos los que están en el pub. Hay grupos por doquier, también algunas personas solas o en parejas. Todos beben y hablan. Muchos ríen y otros se besan. El pub bulle de actividad.

Entonces, mis ojos tropiezan con otros que he llegado a conocer bien. Nunca he visto un azul igual a ese, imposible confundirlos. Alec me sonrío y

alza la copa hacia mí. A su lado, uno de los hombres con el que lo vi el sábado pasado está hablándole, pero no lo escucha. O eso creo, porque sigue mirándome. Me encojo de hombros, muestro mis manos vacías porque todavía no tengo copa y él sonrío nuevo.

-Toma, Katherine – Jack me entrega un vaso.

-Es Kath.. – empiezo, pero luego me lo pienso mejor –. Es igual. Oye, voy a saludar a alguien.

Ni siquiera espero a saber si me ha oído. Un hombre que no recuerda mi nombre, no merece ni un minuto de mi tiempo. Así que, antes de arrepentirme, me acerco a Alec y su amigo. Me tomo parte de mi copa por el camino para encontrar el valor para hablarle porque a cada paso que doy parece que me mis ganas de dar la vuelta crecen. No sé si seré bien recibida.

-Hola – me saluda y se levanta de la silla para ofrecerme la que está a su lado. Yo respiro más tranquila.

-Hola – me tiemblan las piernas, así que agradezco el poder sentarme. No hay alcohol suficiente en el mundo que consiga relajarme ahora mismo.

-Hola – dice su amigo, mirándome de arriba a abajo.

-Ella es Kath – Alec nos presenta –. Él es Rory.

-Un gusto – le digo. Él me imita.

-¿De qué os conocéis? – pregunta luego –. No me suena tu cara.

-Del hospital – dice Alec.

-¿Doctora o enfermera? – parece interesado.

-Enfermera.

-Creo que tu... amigo se va sin ti – nos interrumpe Alec.

Miro hacia donde señala y veo a Jack alejándose de la barra. Seguramente regrese a la mesa donde están los demás y yo debería ir también porque estoy muy borracha y tener a Alec al lado me está afectando mucho. No quiero hacer algo que no deba o que me avergüence delante de él. Solo me faltaba eso. La última vez lo acusé de seguirme, pero esta vez podría ser algo peor. Temo que se me escape lo que tengo ahora mismo en mente.

-No es mi amigo – digo –. Es amigo de Duncan.

-¿Quién es Duncan?

-Mi amigo – cuando Alec sonrío, lo imito –. Uff, mierda. Ya estoy diciendo tonterías otra vez. No debería beber, no me hace ningún bien.

-Te vuelve más habladora – sonrío de nuevo.

-Si al menos dijese algo interesante – suspiro y antes de decir lo que estoy pensando, bebo otra vez.

-Tú ya eres interesante incluso sin decir nada – dice Rory y lo miro con incredulidad.

-¿Por qué los hombres tenéis que decir esas cosas? – le pregunto, con mi filtro olvidado en una de las primeras copas que bebí - ¿Sabes lo ridículos que sonáis? Tú ya eres interesante sin decir nada.

Esto último lo digo imitando su voz, algo que no hago nada bien, pero que a Alec parece divertirle porque se ríe. Rory me mira con la misma cara que yo le puse cuando me dijo eso mismo. Tal vez sea la primera vez que una mujer le contesta de ese modo y sé que mañana me arrepentiré, pero ahora me ha sentado de maravilla soltarlo. Después de lo de Jack, ya no podía dejarlo pasar.

-Trataba de hacerte un cumplido – se defiende.

-Eso no era un cumplido. ¿Era un cumplido, Alec? – lo miro a él y sigue con esa bonita sonrisa suya en los labios. Cuando quiero darme cuenta, ya estoy hablando de nuevo –. Me encanta tu sonrisa.

-Eso sí es un cumplido – dice él sonriendo todavía más –. Aprende, Rory.

-Creo que me voy a ir – me levanto de golpe y Alec tiene que sujetarme para evitar que me caiga –. Con cuidado, Kat, que estás borracha.

-¿Estás bien? – me pregunta. Parece preocupado, igual que la otra vez.

-No. Digo, sí – le respondo confusa.

-¿Por qué no te sientas de nuevo? – me ayuda –. Te traeré algo de beber.

-¿Más? – creo que he gritado demasiado, pero no he podido impedirlo.

-Algo sin alcohol – sonrío.

-Ya voy yo – se ofrece Rory.

-¿De qué os conocéis? – mierda, debería callarme, pero no puedo.

-Trabajamos juntos.

-¿En qué trabajas? – la pregunta ha estado rondando mi cabeza desde que nos conocimos, pero nunca me he atrevido a hacerla. Ahora puedo echarle la culpa al alcohol, si por un casual no quiere contestarme. Y no estaría mintiendo del todo.

-Trabajamos en Aduanas.

-¿Controlando la mercancía que entra y sale en Edimburgo? – abro los ojos sorprendida. Nunca me lo habría imaginado haciendo algo así.

-Un agente de Aduanas hace mucho más que eso – sonrío –. Es... muy largo de contar. Y para nada interesante.

-A mí me parece interesante.

-¿Por qué en ti suena más sexy que cuando lo digo yo? – Rory se sienta a mi lado y me ofrece una botella de agua.

-Tal vez porque yo me lo creo – me encojo de hombros antes de mirar a Alec de nuevo –. Sois los que impedís que entre la droga en el país, ¿verdad?

-Entre otras cosas.

-Colaboramos con la policía en muchos de sus casos – interviene Rory de nuevo –. Todos aquellos que implican la entrada o salida de cualquier tipo de mercancía en el país. No es un trabajo que pueda hacer cualquiera.

-¿Te estás vendiendo? – en cuanto lo digo, me arrepiento –. Maldita sea. Tengo que irme antes de decir más tonterías. Encantada de hablar con vosotros.

Me levanto y esta vez logro mantener el equilibrio. Alec me imita, como el caballero que es, para asegurarse de que estoy bien. Le sonrío y me alejo de ellos sin que esta vez me lo impida.

-Te desapareciste antes, Katherine.

Jack se coloca a mi lado en cuanto me reúno con ellos y me enseña la sonrisa con la que cree que las enamora a todas. Pero se ha vuelto a equivocar de nombre así que lo fulmino con la mirada. Si no fuese porque sé que mañana no se acordará de nada, le diría lo que se me está pasando por la mente en este

momento, pero no merece la pena. Sería perder el tiempo.

-Es Kathleen – digo aún así.

-Katherine, Kathleen – se encoge de hombros – ¿Qué diferencia hay? Son prácticamente iguales.

-Ya – ahora tengo muchas ganas de ser grosera con él, pero mejor lo ignoro. *No merece la pena*, me repito mentalmente hasta creérmelo.

Aunque me prometí a mí misma que no lo haría, mi mirada se posa en Alec a los pocos minutos. Sigue hablando con Rory y parecen mantener una animada conversación porque están totalmente ausentes de lo que les rodea. No lo he visto apartar la vista de su amigo ni una sola vez, salvo para beber. Y no es alcohol. *Chico listo*, pienso. Al menos mañana no tendrá el dolor de cabeza que me tocará soportar a mí.

-Katherine – me llama Jack con fastidio.

-Es Kathleen – le digo de mala manera.

-Vamos a bailar – me ignora e intenta arrastrarme con él.

El pub no tiene pista de baile propiamente dicha, pero frente al escenario donde toca el grupo en directo, hay un rincón que las parejas utilizan para eso. No me apetece para nada bailar con él, así que intento soltarme. Estar borracha no me ayuda demasiado en la tarea porque mis fuerzas están bajo mínimos, así que tira de mí sin dificultad.

-No quiero bailar – pruebo a decírselo aunque dudo que le importe lo que yo piense. No sé cómo Duncan puede ser amigo de alguien como Jack.

-No seas aguafiestas, Katherine.

-Eres insoportable – le grito –. Suéltame de una vez.

-Será mejor que le hagas caso – me sorprende al encontrarme a Alec a mi lado –. Te ha dicho que no quiere bailar contigo.

-¿Y tú quien coño eres?

-Es mi novio – digo sin pensar, rodeando el brazo de Alec con los míos.

-Anda ya – bufá Jack –. No te lo crees ni tú. ¿Sino por qué habrías de estar de golfa conmigo?

-Repite eso – Alec da un paso hacia él, amenazante.

Viendo que la cosa se puede complicar y animada por el alcohol, hago lo único que se me ocurre para evitar que se peleen por mí. Ni siquiera pienso en las consecuencias de ello hasta que es demasiado tarde.

-Olvidalo, cariño – digo. Entonces tomo el rostro de Alec con mis manos para que me mire de frente y lo beso.

En cuanto siento sus labios inmóviles sobre los míos, sé que no debería haberlo hecho, que acabo de cometer un terrible error, impulsada por el alcohol, y que no podré mirar a Alec a la cara nunca más. Pero cuando voy a separarme de él y disculparme, reacciona. Responde al beso y consigue que se me olvide incluso el motivo por el que lo he iniciado.

Sus manos se presionan contra mi espalda para acercarme más y mis brazos le rodean el cuello. No soy capaz de pensar con claridad o me sentiría totalmente abochornada por estar besando a Alec. En cambio, lo disfruto sin pensar en lo que pasará después, porque sus labios se sienten tan bien como creía. Puede que incluso mejor.

-Gracias por seguirme el juego – le digo, un tanto sofocada, cuando nos separamos –. Los hay que no entienden un no por respuesta.

-Siempre que quieras – me sonrío. Su respiración también está agitada y tiene los labios inflamados por el beso. Y es entonces cuando asimilo realmente lo que hemos hecho y la vergüenza se apodera de mí.

-Oh, Dios. Cuando se me pase la borrachera no podré volver a mirarte a la cara – oculto el rostro entre mis manos.

-Claro que podrás – aparta mis manos y lo veo sonreírme –. Tampoco es el fin del mundo. Hay cosas peores que besarnos, ¿no crees?

-Lo que creo es que me voy a ir a casa – inspiro profundamente –. Antes de cometer más locuras.

-Te llevo – se ofrece.

-No – sé que he respondido con demasiado énfasis, así que intento arreglarlo –. Tú disfruta de tu noche. Yo llamaré a Tom.

-Ya me iba, en realidad – insiste –. Y tu casa me queda de camino.

Tiene esa mirada que me deja desarmada ante él y como siempre, acabo aceptando. Creo que podría conseguir cualquier cosa de mí cuando me mira de ese modo y eso, desde luego, no es bueno para mí. Le pido que me espere fuera mientras me despido de mis amigos y recojo mi abrigo porque no quiero tener que dar explicaciones sobre él a Duncan. Y sé que las pediría si lo viese.

-Duncan, yo ya me voy.

-¿Estás bien? – me mira preocupado.

-Sí, solo estoy un poco cansada – le sonrío para que me crea –. Los turnos de noche son agotadores. Siempre necesito un tiempo para reponerme.

-¿Quieres que te acompañe mientras no llega el taxi? – se ofrece –. Sally ha ido al baño. Si esperas a que regrese...

-No hace falta – le interrumpo –. Tú sigue divirtiéndote. Te llamaré mañana para ir a por mi coche.

-¿Segura? No quiero que estés sola ahí fuera.

-Ya tuvimos esta conversación el sábado pasado – lo señalo – y te recuerdo que llegué a casa sana y salva. No me hagas repetir todo lo que te dije hace una semana.

-¿Pero lo recuerdas? – se burla de mí ahora.

-Lo recuerdo todo – entrecierro los ojos fingiendo enfado. Cuando Duncan se ríe, lo imito -. En serio, quédate tranquilo. Estaré bien.

-Envíame un mensaje cuando llegues a casa – besa mi mejilla.

-Despídeme de Sally. Y no hagas nada que yo no haría – se ríe de mi último comentario.

En cuanto salgo fuera me siento aliviada. El ambiente en el pub está muy cargado, demasiada gente en un espacio cerrado. Respiro hondo para que el aire fresco llene mis pulmones y disfruto de la brisa. Me ayuda a despejarme.

-¿Lista?

-¡Qué susto! – me llevo la mano al corazón – ¿No sabes hacer más ruido al acercarte a la gente?

-Perdona – sonrío.

-¿Y tu amigo? – le pregunto, cuando caminamos solos hasta su coche.

-Se ha encontrado con... una vieja amiga.

-¿De esas que se creen sus cumplidos?

Alec ríe y yo termino haciéndolo también. El alcohol todavía no ha desaparecido de mi organismo y estoy en esa fase en la que no me importa bromear con todos y de todo. O hablar de ciertas cosas que de cualquier otro modo me guardaría para mí misma. Esto último resulta peligroso al lado de Alec porque sé que siente curiosidad por mí aunque siempre respeta mis silencios. Espero que no se le ocurra preguntarme nada porque no creo que pueda mantenerme callada esta vez.

Conduce en silencio, algo que me agrada. Miro por la ventanilla, aunque no hay mucho que ver. Todavía es de noche y las calles están cada vez más desiertas en tanto nos vamos alejando de la calle Rose. Para cuando llegamos a mi barrio, no hay ni un alma. Alec me acompaña hasta la puerta a pesar de insistirle en que no es necesario.

-Gracias por traerme – le digo con las llaves ya en la mano.

-Ha sido un placer – me sonrío.

-¿Quieres... tomar algo? ¿Refresco? ¿Té? ¿Agua? – estoy divagando y me he puesto muy nerviosa –. Me temo que no tengo alcohol. Es... bueno, es lo menos que puedo hacer ya que te has molestado en traerme.

-No ha sido una molestia, Kath, pero aceptaré con gusto. Nada de alcohol, tengo que conducir.

-Cierto – me siento tonta por haberlo sugerido después de verlo beber toda la noche sin ingerir ni una gota de alcohol.

Abro la puerta y entramos. Lo acompaño al salón y cuando estoy por preguntarle qué quiere beber, se acerca a las fotos que tengo en la estantería. La mayoría son mías y de mi abuela. De mis padres solo hay una, que se sacaron una semana antes de su muerte. Me acerco a él y las miro también. Hace mucho que no me paro a verlas.

-¿Tu familia? – me pregunta.

-Mis padres – señalo la foto –. Y ella es mi abuela.

-¿Creciste con tu abuela? Veo muchas fotos de las dos – se explica –, pero solo una de tus padres.

-Esta era su casa – me muerdo el interior de la mejilla –. Mis padres y yo vivíamos en Glasgow.

Me observa mientras tomo su foto en mis manos. Los recuerdos se agolpan en mi mente y trato de quedarme solo con los buenos. Sé que Alec está intentando averiguar algo más sobre mi historia y eso me inquieta. Casi puedo sentirlo indagando en el interior de mi mente cuando me mira de ese modo. Creo que sería capaz de descubrir cualquier cosa incluso aunque yo no diga nada. No debería haberlo invitado a pasar, pero ahora ya es tarde para arrepentimientos.

-¿Tus padres siguen viviendo en Glasgow? – pregunta después de que coloque la foto en su sitio.

-Ellos – vacilo de nuevo – murieron.

No quiero hablar de ellos, pero cuando Alec me mira de ese modo, no puedo negarle nada. Mucho menos si el alcohol desarma mis defensas. No controlo lo que digo y solo espero poder controlar lo que hago. Ya he tenido suficiente con el beso de antes. Lección aprendida.

-Eso pensé – asiente –. Pero no tienes que hablar de ello si no quieres. Perdóname. A veces me pierde mi curiosidad.

-No pasa nada – intento sonreír, pero no me sale del todo bien –. Es... me resulta difícil hablar de mí misma. Supongo que lo has notado.

-No tienes que hacerlo – repite.

Lo miro antes de pasear mi vista por las fotos una vez más. Me debato entre contarle parte de la historia o dejarlo estar. Sé que no insistiré, pero también siento que se lo debo porque él me habló de Vivian cuando apenas me conocía. Y yo puedo decir que ahora confío en él. Eso es algo que no me ha pasado con nadie en tan poco tiempo. Se merece saber algo más de mí, aunque sea una parte no muy agradable. Y sé que si no lo hago hoy, probablemente no lo haga nunca.

-Murieron en un accidente de tráfico a mis diez años – le digo finalmente –. Yo iba con ellos.

Guarda silencio, dándome tiempo para ordenar mis recuerdos. Es duro hacerlo, sobre todo porque siento la necesidad de contarle la versión larga, la verdadera. La que solo yo conozco. Alec tiene algo que me incita a ser totalmente sincera con él. No me gustaría mentirle. No se lo merece.

-La mañana del accidente me dijeron que nos mudaríamos a Edimburgo para estar más cerca de mi abuela – no lo miro porque así me resulta más fácil hablar –. Me explicaron que estaba enferma y que nos necesitaba a su lado, pero yo no pensaba en ella, sino en mí misma. Me enfadé muchísimo con ellos porque no quería irme. Todos mis amigos estaban en Glasgow y creía que mi vida acabaría si me separaba de ellos. Esa tarde, quedé con mis amigos para contarles lo que mis padres querían hacer. Con su ayuda, mi enfado empeoró y acabé dejándome convencer para no regresar a casa.

Hago una pausa y cierro los ojos para intentar que las lágrimas se queden dentro. No quiero llorar delante de Alec, no quiero su compasión. Eso sería lo peor después de abrirle mi corazón. Es uno de los motivos por los que decidí fingir que no recuerdo lo que pasó aquella noche. Suficiente es que me miren con pena cuando se enteran de que perdí a mis padres siendo todavía una niña, como para que les explique cómo sucedió.

-Mis padres me buscaron por horas, hasta que dieron conmigo cerca del parque donde solía quedar con mis amigos – continúo –. Nunca en mi vida los había visto tan enfadados. Durante el viaje de regreso a casa, mi padre me estuvo gritando todo el tiempo, mientras mi madre me miraba con reproche en silencio. No sé cuál de las dos cosas me dolía más. Supongo que mi padre no prestaba demasiada atención a la carretera porque se saltó un semáforo en rojo y chocamos contra otro coche. Yo fui la única superviviente. Todos ellos murieron por mi culpa.

-No fue culpa tuya – me abraza y se lo permito.

-Si hubiese regresado a casa en lugar de hacer caso a mis amigos, ellos no habrían tenido que salir a buscarme y...

-No – me interrumpe –. No te culpes por eso. Tenías diez años. Eras solo una niña.

-No intentes justificarme, Alec – las lágrimas nublan mi vista ahora.

-No te justifico, Kath. Solo resalto un hecho – limpia una de mis lágrimas con su dedo –. Eras una niña que veía cómo su mundo estaba a punto de

cambiar. Hiciste lo que cualquiera en tu lugar. No eres peor o mejor por eso.

-Pero ellos están muertos – se me escapan nuevas lágrimas y Alec las limpia otra vez.

-Eso no fue culpa tuya.

-¿Y me lo dices tú? – le replico – ¿Que te culpas de la muerte de Vivian?

Me arrepiento al momento y cubro mi boca con las manos. He sido muy impulsiva y ahora que veo el dolor en sus ojos, daría lo que fuera por no haber dicho nada. Me siento peor que antes y parece que él lo nota porque me sonrío. Yo ni siquiera lo intento, soy una bocazas.

-Lo siento, Alec. No debí decir eso.

-Pero tienes razón – admite –. Debería ser consecuente con mis propias palabras.

-Cada vez que hablo, no hago más que empeorar las cosas – me aparto de él –. No sé ni para que lo hago. Estaba mucho más guapa callada.

-No, Kath – se coloca detrás de mí y me giro para enfrentarlo –. Hablar siempre es bueno. Todo el mundo necesita desahogarse de vez en cuando.

Ha repetido exactamente lo que yo le dije aquel día en su casa, después de que me habló de Vivian. Esa ha sido una buena jugada, lo admito, así que le sonrío y él me imita. Sin embargo, ha llegado el momento de cambiar de tema.

-¿Un té? – le pregunto, provocando que su sonrisa se amplíe.

-De acuerdo – asiente –. Se acabaron las confidencias por hoy.

Cuando regreso con el té y algunas galletas, Alec me espera sentado en el sofá. Parece entretenido mirando algo en su teléfono, pero lo guarda en cuanto me ve. Me ayuda a dejar la bandeja en la mesa y se encarga de llenar las tazas. Nunca antes he conocido a una persona tan atenta como él.

-Vivian no tiene hermanos – me dice de repente.

-¿Qué?

-Mientras revisaba los mensajes, he visto el tuyo de nuevo – se explica –. Vivian no tiene hermanos.

-Entonces, ¿quién era ese hombre?

-Le he estado dando vueltas y... bueno, me dijo que se estaba viendo con alguien y que no quería que supiese que estaba embarazada de mí – parece pensativo –. Fue una de las razones que me dio para justificar el aborto.

-Ese es un motivo muy egoísta – no puedo evitar decirlo con rabia.

-Lo mismo le dije yo. El caso es que solo se me ocurre que él se haya enterado.

-¿Pero por qué querría ver a Faith? No tiene ningún derecho sobre ella.

-No lo sé. ¿Sentimentalismo? Hay parte de Vivian en Faith.

-No tiene sentido – un escalofrío me recorre al recordar la dura mirada del hombre.

-¿Estás bien?

-Sí. Es que... no me gustó su actitud – no sé cómo explicarle lo que sentí. Tampoco quiero que se preocupe por algo que seguramente no haya sido más que una impresión mía.

-¿Qué pasó? – se acerca más a mí.

-Nada, en realidad – niego restándole importancia –. Es solo que fue muy insistente. Pero cuando vio que no lograría convencerme, se fue. Aunque parecía enfadado.

-Esto no me gusta nada. Si lo vuelves a ver, llámame. No importa la hora que sea. Quiero hablar con él para saber qué busca.

-No creo que vuelva, pero si lo hace, no le dejaré ver a Faith. Y avisé a Adelaide para que informe a las demás enfermeras de la situación. De todas formas, la política del hospital es clara en estos casos. Solo los padres pueden acceder a Neonatales.

-Sé que Faith estará bien. Pero quiero que me llames si aparece de nuevo para intercambiar unas cuantas palabras con él.

-No creo que lo haga, pero te avisaré.

-Es tarde – mira su reloj y se bebe el resto del té de un sorbo –. Debo irme.

-Gracias por todo.

-Gracias a ti – lo acompaño hasta la puerta – ¿Qué harás mañana? Es mi último día libre. Tal vez te apetezca pintar un poco.

-Tengo que ir por la mañana a por mi coche a casa de Duncan. Después de eso estoy libre.

-Yo te llevo – se ofrece nuevamente – ¿Paso por ti a las 10?

-De acuerdo – le sonrío –. Eres todo un caballero, Alec.

Y antes de que me arrepienta lo beso en la mejilla.

ALEC

Kath es muy difícil de descifrar. Hay ocasiones en que es frustrante intentar adivinar lo que piensa, aunque no negaré que ese es uno de los motivos por los que me siento tan atraído por ella. A su lado, es como si estuviese en un campo de minas. Cualquier paso en falso podría hacernos estallar a ambos. Y aún así, lo disfruto. Es todo un reto.

Cuando vi que aquel hombre la estaba molestando, no lo dudé y acudí en su ayuda, pero ni en mis pensamientos más locos imaginé que ella me besaría para zanjar el asunto. Sabía que intentaría impedir la pelea como había hecho con Logan, aunque esta vez tenía muchas ganas de partirle la cara al idiota que la había llamado golfa. Estaba dispuesto a dejarme convencer por ella si accedía a irse conmigo, pero ni siquiera pude proponérselo, porque me besó.

Me quedé bloqueado porque no me lo esperaba, pero sentir que se alejaba, me hizo reaccionar. Llevaba deseando besarla desde que la vi con mi camiseta en mi piso y no iba a desaprovechar la ocasión, sobre todo porque fue ella quien dio el primer paso. Tal vez no del modo en que querría, pero no importa demasiado ya. Lo disfruté tanto como me lo permitió. Ahora me tocará lidiar con las ganas de repetir, pero no me arrepiento de haberlo hecho.

Que me invitase a entrar en su casa fue otra sorpresa más. Si no me sintiese un miserable después por ello, la emborracharía más veces. Aunque debo admitir que verla tan vulnerable cuando me habló de sus padres me ha dejado totalmente desarmado ante ella. Sabía que llevaba una gran carga a sus espaldas pero nunca creí que sería algo tan duro. Ha pasado por mucho desde muy joven y nunca ha tenido el apoyo que necesitaba. Y descubrí, a medida que hablaba, que yo quiero ser ese apoyo ahora. Quiero ser quien la consuele y quien la anime cada vez que lo necesite. Solo tengo que encontrar el modo de demostrarle, sin asustarla, que puede contar conmigo para lo que sea y que puede confiar en mí. Aunque después de lo que le ocurrió con ese tal Logan sé que será difícil conseguirlo.

Lo que más lamento es no poder pasar más tiempo con ella a partir de ahora. En cuanto vuelva al trabajo, estaré tan ocupado que no nos veremos tanto como me gustaría, pero hallaré el modo de hacerlo. Me lo tomaré como una prueba, porque cuando Faith esté en casa, no voy a separarme de ella más de lo estrictamente necesario. Mi hija va a estar siempre por encima de todo lo demás, así que tendré que encontrar el modo de compaginar el trabajo con mi nueva vida familiar. Intentar sacar tiempo para Kath ahora, será como hacerlo luego para Faith.

Por ahora, solo consigo levantarme tan cansado como me he acostado porque no he podido dejar de pensar en ellas. Me doy una ducha para despejarme y me preparo. He quedado con Kath a las 10 y no quiero retrasarme. Será el último día que podremos pasar juntos. Después, tendremos que robarle horas a nuestro tiempo libre para seguir decorando el cuarto de Faith. Aunque unas pocas horas nunca van a ser suficientes para mí.

-Buenos días – le sonrío cuando me abre la puerta –. He traído donuts para desayunar.

-Azúcar para la resaca – dice con voz ronca –. No sé si servirá.

-Tal vez debería haber traído caramelos para la garganta – bromeo.

-Estoy un poco afónica – parece avergonzada, aunque no tiene por qué –. No estoy acostumbrada a hablar a gritos.

Se hace a un lado para dejarme pasar y me acompaña hasta la cocina. Huelo el té incluso antes de verlo. También tostadas y zumo para dos. Es una agradable sorpresa y le sonrío cuando me mira dudando de si me gusta. Me

pregunto cuánto le habrá costado decidirse a prepararlo. Que haya salido de ella lo convierte en un gesto mucho más significativo para mí. Está empezando a tenerme en cuenta en su vida, aunque sea solo un poco. Creo que vamos por buen camino, sobre todo porque todavía me habla después del beso. Creí que al pasársele la borrachera, se inventaría alguna excusa para no verme hoy.

-Me llamó Duncan hace un momento – me informa mientras desayunamos –. No está en casa, pero me ha dicho donde esconde una copia de la llave para emergencias.

-Eso no es muy inteligente.

-Te aseguro que lo es – sonrío –. Creo que no voy a ser capaz de encontrarla aunque me ha dado instrucciones precisas de donde está guardada.

-Yo te ayudo – me ofrezco y ella asiente.

Continuamos comiendo en silencio mientras la observo con disimulo. Lleva vaqueros claros y una camiseta básica blanca. Su cabello está recogido en una coleta y no lleva maquillaje. Admito que anoche estaba impresionante, pero a mí me gusta al natural. Es más como la Kath que conocí aquel día frente al hospital. La que aligeró mi carga con una simple mirada de sus ojos verdes.

Aunque me ofrezco a ayudarla a recoger, no me lo permite, así que me dedico a verla moverse por la cocina, relajada y cómoda. Esta es su casa, su territorio. El lugar donde mantiene baja la guardia. Me siento tentado a preguntarle sobre su abuela, el único eslabón de la historia familiar que todavía me queda por descubrir, pero temo estropear el buen ambiente que hay entre nosotros hoy.

-Tienes una casa increíble – pruebo dando un rodeo.

-Gracias. Era de mi abuela – me mira fugazmente mientras seca los cubiertos – aunque creo que ya te lo había dicho.

-Cierto.

-Se me hace un poco grande ahora que vivo sola – la pena tiñe su voz –, pero no me siento capaz de deshacerme de ella por ahora.

-¿Quieres venderla?

-Debería – suspira –, pero no me decido. Este ha sido mi hogar desde que era una niña.

-Resulta difícil renunciar a los recuerdos.

-Incluso si no son los mejores.

Solo es un murmullo, pero puedo oírlo perfectamente. Está claro que lo que sucedió con su abuela tampoco fue bueno. Recuerdo que dijo que estaba enferma y puedo imaginarme que le tocó cuidar de ella. Todo eso desde los diez años y con la culpa por la muerte de sus padres sobre ella. Desde luego, la vida de Kath no ha sido fácil. Aún así, ha encontrado su forma de compensarlo. El trabajo que hace con los bebés prematuros es impresionante; la forma que tiene de tratarlos es única. Ninguna de sus compañeras les dedica la misma atención que ella, ni los cuida con tanto mimo. Y eso que solo la he visto trabajando en una ocasión, pero me ha bastado para notar la diferencia con las demás.

-¿Nos vamos? – me mira con esos ojos verdes que me traen loco y le sonrío.

-Claro – me levanto y la sigo hasta la salida.

Después de darme la dirección de su amigo, me dirijo a las afueras. Aunque está lejos, ha sabido elegir bien el barrio. Es tranquilo, pero está bien comunicado con el centro. Y estoy seguro de que los precios han de ser inmejorables. Si no te importa desplazarte cada día para ir a trabajar es un buen lugar para vivir.

Pasamos cerca de diez minutos buscando el escondite de la llave. Ciertamente, no será fácil para un ladrón encontrarla por casualidad. Al final terminamos riendo, creo que más de impotencia que de lo graciosa que pueda ser la situación, y Kath decide llamar a su amigo para que le repita dónde la guarda. Cuando entramos, no puedo evitar echar un vistazo rápido. Las fotos de las paredes llaman mi atención.

-Son buenas – digo sin darme cuenta de que he pensado en alto.

-Duncan es fotógrafo – me explica –. Son todas suyas.

Aunque no creo que debamos hacerlo, Kath me hace un tour por la casa para mostrármelas todas. Parece estar muy orgullosa de él y no duda en demostrarlo. Y no es para menos porque su amigo es muy bueno en lo que hace.

-Debéis tener mucha confianza entre vosotros – le digo – para que te deje

entrar en su casa cuando no está.

-Es un buen amigo – cierra con llave y la esconde de nuevo –. Uno de los pocos que se ha quedado a mi lado a pesar del tiempo y la distancia.

-Los amigos se cuentan por calidad, no por cantidad – recito la frase que tantas veces me repitió mi madre durante mi adolescencia.

Nunca he sido un hombre afortunado. En nada. Me han fallado cientos de veces a lo largo de mi vida. Y me han utilizado para luego desecharme cuando ya no me necesitaban. Mi madre ha sufrido todos mis desengaños junto a mí y siempre me ha apoyado y animado a no rendirme. Sin ella, no sería quien soy. Gracias a sus consejos, sigo siendo una persona confiada y optimista, a pesar de todo lo malo que he vivido. Y aunque algunas veces decaiga, siempre logro seguir adelante. Ella me lo ha enseñado. Viendo cómo Kath ha tenido que luchar sola por superar sus problemas, me hace sentir más afortunado que nunca por haber contado con mi madre en todo momento.

-Muy bueno eso – me dice.

-Mi madre es una mujer sabia – le sonrío.

-Ya veo.

-¿Te sigo o me sigues? – decido cambiar de tema porque tiene esa mirada triste que no me gusta verle.

-Te sigo.

No tardamos en llegar a mi barrio y llevo el coche directamente al garaje. Al ser domingo es prácticamente imposible aparcar por la zona. Cuando salgo fuera, Kath me está esperando en el portal, apoyada en la pared y con los ojos cerrados. Supongo que le duele la cabeza por la resaca. Ahora me siento mal por haberla hecho madrugar. Y encima para trabajar.

-Tal vez debí dejarte descansar hoy – le digo al llegar a su lado.

-Un día de estos me matarás de un susto – dice llevándose la mano al pecho como ayer –. Eres muy silencioso.

-Lo siento – sonrío –. Es la costumbre.

Abro el portal y la dejo entrar en primer lugar. Subimos en silencio y sin cruzarnos con nadie. No es algo que me extrañe, porque muy pocas veces veo

a mis vecinos. Es un edificio tranquilo a pesar de estar en una zona tan concurrida. El alquiler es caro, pero hasta ahora no he tenido problemas para pagarlo. No sé si funcionará cuando Faith esté en casa porque los gastos aumentarán y el espacio escaseará. Supongo que al final tendré que mudarme a una zona menos exclusiva y a una casa más grande.

-Toma – le doy una copia de la llave de mi casa en cuanto entremos para no olvidarme después.

-¿Qué es?

-La llave de mi piso.

-¿Qué? No – intenta devolvérmela.

-Mañana empiezo a trabajar y no podremos quedar tan a menudo como hasta ahora. Si esperamos a que nuestros días libres coincidan, no acabaremos nunca el cuarto de Faith. Quédate la llave, por favor.

-No voy a venir a tu casa si no estás tú, Alec. Eso no es...

-Vas adelantando todo lo que puedas hacer sin mi ayuda – la interrumpo porque no quiero darle tiempo para que se lo piense o no aceptará – y dejas lo demás para cuando podamos quedar. Por favor, Kath.

-¿Cómo puedes darme una llave de tu casa? Apenas me conoces.

-Confío en ti – no vacilo al decirlo porque necesito que entienda que es cierto. Y trato de decirle con la mirada que también ella puede confiar en mí.

-Está bien – asiente después de un rato. Creí que se negaría, pero me alegra ver que acepta. Es un gran paso adelante.

-¿Qué tenías pensado hacer? – le pregunto una vez en la habitación. Todavía no se va la sonrisa de mis labios. Me siento eufórico, como si hubiese ganado un premio.

-Quería dibujar un paisaje en esta pared – me explica. Veo de nuevo el entusiasmo que pone en ello y me alegro de que quiera ayudarme con todo esto –. Y pintar las otras tres con nubes y césped para que den continuidad al dibujo, pero sin recargar demasiado la vista.

-Bien – froto las manos exageradamente y ella sonríe –. Manos a la obra.

Lo primero que hacemos es despejar del todo la habitación, aunque ya

poco queda en ella, y cubrir el suelo con plástico. También protegemos el techo y las luces con cinta para no pintarlos por error. Las únicas palabras que intercambiamos durante el proceso están relacionadas con el trabajo que estamos haciendo, pero se nos pasa lo poco que queda de la mañana de una manera agradable y tranquila.

-¿Te parece si paramos ahora para comer algo? – le sugiero en cuanto colocamos el último trozo de cinta.

-De acuerdo.

En esta ocasión no tengo nada preparado, así que encargo la comida y descubro que tenemos mucho más en común que las tostadas al desayuno. Poco a poco, voy averiguando nuevas cosas sobre Kath y cada una, me acerca un poco más a ella. Estoy deseando que llegue el día en que no necesite medir cada palabra que le digo por miedo a que refuerce sus murallas. *La paciencia es una virtud*, dice también mi madre. Y tiene razón, aunque a veces me desespero por no ver resultados tan rápido como me gustaría.

-¿Qué dibujo quieres poner en la pared del fondo? – necesito que hable conmigo y si la única forma de conseguirlo es con la habitación de Faith, lo utilizaré.

-Un jardín – me dice sin dudar –. Con las plantillas que hemos elegido, quedará muy bonito. Y el resto de las paredes, como te dije antes, serán como una prolongación del jardín, solo que sin flores ni árboles. Bueno, si te parece bien.

-Me parece perfecto – le sonrío –. Tú eres la de las buenas ideas. ¿O debo recordarte que yo quería pintarlo de rosa?

-Cierto – ríe.

Después de comer, comenzamos destapando todos los botes de pintura verde. Incluso para eso, Kath es muy minuciosa. Con la excusa de que no se ven igual en la muestra que puestos en la pared, hemos tenido que traer botes en distintos tonos para decidir cuál de ellos se ajusta más a lo que busca. Y yo la he dejado hacer a ella porque parece que sabe de lo que habla. Además, me gusta que tome la iniciativa en esto. Le dará más confianza a la hora de estar conmigo. O de venir a casa cuando yo no esté.

Cuando tenemos la pared llena de pinceladas de cada uno de los tonos, nos

apartamos un poco para verlas en perspectiva. Kath inclina la cabeza hacia un lado y no puedo evitar hacer lo mismo. Cuando repite el movimiento, pero hacia el lado contrario, la imito y sonrío.

-¿Qué miramos? – le digo.

-Creo que me gusta el segundo verde – me dice sin mirarme –. Es más suave y le dará luminosidad a la habitación.

-¿El segundo por la derecha o por la izquierda? – sé a cual se refiere, pero quiero hacerla reír y lo consigo.

-¿Tú cuál crees? – me pregunta después.

Hace un gesto con su mano hacia donde estoy, sin recordar que todavía sujeta la brocha y me golpea en la mejilla, dejando una mancha de pintura en ella. Me han fallado los reflejos por estar mirándola embobado. En cuanto se da cuenta de lo que ha hecho, se lleva la mano libre a la boca y abre los ojos sorprendida y avergonzada al mismo tiempo. Si no fuese tan genuina su reacción, habría creído que lo hizo a propósito.

-¿Con que esas tenemos, eh? – alzo una ceja con diversión.

-Lo siento – dice, totalmente colorada –. Ay, Dios. Qué he hecho. Lo siento muchísimo.

-Esto clama por venganza – le respondo.

-No fue a propósito – se justifica, pero ya está retrocediendo. Se ríe, aunque intenta no hacerlo.

-No estoy tan seguro – rio, mientras tomo en mi mano la brocha que he estado usando yo.

-Ni se te ocurra – coloca sus manos al frente como si con eso pudiese impedir que me acerque.

Lo que empezó como una broma, termina en una guerra de pintura. El plástico que colocamos en el suelo es muy traicionero y resbalamos en más de una ocasión, pero eso no nos impide seguir intentando pintar al otro. No sé quién ganará, pero la risa de Kath es suficiente recompensa para mí.

-Ya vale – me dice, entre risas incontroladas –, por favor.

-Ah, no – intento acercarme a ella de nuevo –. Tu cara todavía está muy

limpia.

Tiene buenos reflejos y ha logrado esquivarme cada vez que intento pintarle el rostro. Su ropa no ha tenido tanta suerte y su camiseta ahora es más verde que blanca. Claro que la mía no se queda atrás, pero no voy a quejarme por ello. Ni a rendirme hasta que sus mejillas luzcan de verde.

-Te tengo – río cuando consigo atraparla –. Ahora no te me escapas.

Kath oculta su rostro con las manos para que no pueda mancharla mientras yo intento separárselas. En el forcejeo, acabamos los dos en el suelo por culpa, una vez más, del plástico. Solo que esta vez nos hemos caído al mismo tiempo y Kath está ahora tendida sobre mí. La tentación de besarla se vuelve completamente irresistible.

Y aunque estoy seguro de que traerá problemas después, no puedo dejar pasar la ocasión. Atrapo su cara con mis manos y la atraigo hacia mí hasta que mis labios se unen a los suyos. El peso de su cuerpo contra el mío, esas hebras de cabello que se escapan de su coleta y rozan mi cara, el dulce olor que desprende siempre y los suaves gemidos que emite mientras la beso son más de lo que puedo resistir. Me dejo llevar por el momento y la beso como quise hacerlo anoche. Deleitándome con su sabor, bebiendo de su esencia, barriendo su control con mi deseo por ella. Porque ahora me sigue el ritmo aunque he sentido su vacilación en un principio.

Ruedo con ella para quedar encima, sin llegar a separar nuestras bocas en ningún momento. Parece casi irreal, como un sueño demasiado vivo, pero que se puede acabar en cuanto abra los ojos. Solo sus manos enredadas en mi pelo atrayéndome hacia su boca, me dicen que está sucediendo de verdad. Solo mis manos acariciando su suave y cálida piel bajo la camiseta me demuestran que no es producto de mi imaginación. Solo sentir que no va a detenerlo me da esperanzas de que esto pueda llegar a ser algo más que una ilusión.

-Nos mancharemos más de pintura – logra decir entre besos y noto una sonrisa bailando en sus labios aunque no llegue a verla. Me sigue asombrando que no esté intentando apartarme, y todavía más que intente bromear conmigo. No parece ella, la mujer reservada y tímida que conocí el primer día.

-Eso tiene fácil solución – le digo levantándola conmigo sin previo aviso. Sonrío al escuchar su grito de sorpresa y la alzo, pegándola a mi cuerpo para evitar que se caiga. Me gusta sentirla así de cerca. Casi puedo escuchar los

latidos de su corazón. O tal vez sean los del mío.

Enreda sus piernas en mi cintura y la beso con ansia renovada, caminando hacia mi dormitorio con ella todavía en brazos. No necesito ver por dónde voy, aunque llevo una de mis manos al frente para no chocar, por si he calculado mal las distancias, y no me detengo hasta meternos a los dos directamente en la ducha. Abro el grifo a tuestas y dejo que el agua barra la pintura de nuestros cuerpos. La ropa cae desordenada a nuestros pies, completamente abandonada en la urgencia de sentirnos piel contra piel. Y siento por un momento que tal vez lo estemos llevando demasiado lejos o vayamos demasiado rápido, pero no veo el modo de detenerlo. Desde el beso de anoche, he estado deseando que este momento llegase. Incluso antes, en realidad. Su cuerpo enfundado en mi camiseta será una imagen que me acompañará para siempre, pase lo que pase después de hoy.

Recorro cada rincón de su cuerpo con mis manos y muchos de ellos con la boca también. Quiero conocerla de todos los modos posibles y saber qué le gusta y qué no. Me enloquecen sus gemidos cada vez que toco una zona especialmente sensible para ella, pero también lo hacen sus certeras caricias. Ella sabe dónde debe tocar para encenderme. Me deleito con el roce de nuestros cuerpos bajo el chorro de agua. Estoy descubriendo que Kath es muy apasionada, algo que no me esperaba, pero que me encanta.

Los besos se vuelven más audaces, más cargados de necesidad a medida que la pasión despierta en nosotros. Las manos no pueden parar quietas, ansiosas por tocar, por explorar. No consigo pensar con claridad, solo siento. A Kath besándome, acariciándome, devorándome con igual deseo que yo a ella. A Kath aferrada a mí, con sus piernas rodeando mi cintura, mientras entro en ella.

No hay nada comparable a recibir su cálida acogida, a sentir cómo se mueve al mismo compás que yo le marco e incluso a exigirme más cuando está a punto de llegar. Apenas logro contenerme antes de que Kath lo consiga, de lo loco que me trae con sus movimientos. Cuando grita mi nombre, me dejo llevar y alcanzo mi liberación. Ha sido intenso y perfecto, pero estoy totalmente agotado.

Cargo con Kath hasta la cama sin importarme el reguero de agua que dejo a nuestro paso y la deposito en ella antes de que me derrumbe. Regreso al baño en busca de toallas y le tiendo una, después de cubrirme yo con otra.

Puedo ver un rastro de vergüenza en su rostro ahora que todo ha terminado. Supongo que nos tocará hablar de lo que ha sucedido y habrá que decidir cómo afrontarlo. Yo solo espero que no se distancie de nuevo de mí. Eso es lo último que quiero ahora mismo.

La dejo sola un momento para que se seque tranquila, y me visto con lo primero que encuentro. Después busco algo para Kath que le pueda servir porque su ropa está totalmente empapada, en el fondo de la ducha. Sonrío tontamente al recordar lo que ha pasado y es entonces cuando caigo en la cuenta de que no hemos usado protección. Con el calor del momento, se me ha olvidado por completo. Me maldigo por ello porque, solo falta que con ese despiste, la situación se complique más de lo que ya parece estar.

-Espero que te sirva – le tiendo la ropa.

-Gracias – sonrío, pero evita mi mirada.

Salgo de la habitación para que pueda vestirse con tranquilidad y empiezo a pasear por el salón, repasando mentalmente lo que le voy a decir en cuanto se reúna conmigo. El problema es que cada cosa que se me ocurre me suena más ridícula que la anterior y los nervios se van apoderando de mí a medida que pasa el tiempo. En cuanto siento abrirse la puerta, me giro hacia ella y la veo. A pesar de que la camiseta y el pantalón le quedan grandes, está increíble. Lleva el cabello suelto y siento el impulso de acercarme y acariciarlo, olvidando por un momento que tenemos que hablar. Claro que ahora mismo ya no recuerdo nada de lo que tenía pensado decirle.

-Esto no va a funcionar.

-Deberíamos hablar.

Lo hemos dicho al mismo tiempo y nuestras reacciones no podrían haber sido más dispares. La miro sorprendido por un momento por lo que ha insinuado. Parece dispuesta a rendirse antes incluso de que intentar descubrir qué es lo que está pasando entre nosotros. Aunque no debería extrañarme después de todo lo que me ha contado sobre su vida. Cuando se sienta en el sofá, la sigo.

-No soy buena para las relaciones, sean del tipo que sean – evita mi mirada en todo momento –. Siempre acabo alejando a todo el mundo de mi lado. En eso Logan no se equivocaba.

-Logan no tiene ni idea de lo que dice.

En cuanto pronuncio esas palabras, me mira. Esa era mi intención al decirlo, aunque no he mentado. Logan es un hombre inseguro, que ha vertido sobre Kath sus propios miedos. Y yo no voy a permitir que eso me impida llegar hasta Kath. Ni mucho menos que levante de nuevo los muros que hemos logrado derribar hace unos minutos. No la dejaré recular ahora.

-Pero es cierto – insiste.

-Quien no sepa quedarse a tu lado incluso cuando tú te cierras en banda, no merece conservarte en su vida. Y, desde luego – añadido –, no te conoce en absoluto.

-¿Acaso tú me conoces? – pregunta incrédula.

-Mejor de lo que lo hace él, al parecer – respondo con seguridad.

-Esto va a ser un desastre – aparta la mirada y suspira –. Lo hemos complicado todo.

-Me gusta estar contigo, Kath – le confieso –. A tu lado me siento bien y confío plenamente en ti. Entiendo que hay muchas cosas de las que todavía no puedes hablar conmigo. O no quieres. Soy un hombre paciente y no voy a presionarte con eso, pero tampoco voy a irme. Me quedaré a tu lado quieras o no.

Guarda silencio, con su mirada perdida en algún lugar donde no puedo alcanzarla, pero al menos sé que me está escuchando. Noto cómo se muerde el interior de la mejilla, como cada vez que está pensando o se siente insegura. También juega con sus dedos, nerviosa. Son esos pequeños detalles los que me dicen más sobre ella que las propias palabras. La voy conociendo poco a poco. No tanto como querría, pero para eso solo necesito más tiempo a su lado. Paso a paso, lograré entrar en su mundo. Solo tengo que convencerla de que me dé una oportunidad.

-Siempre lo estropeo – repite –. De un modo u otro.

-Creo que no es necesario que te diga que mis relaciones tampoco han sido las más ideales – he logrado captar su atención y cuando nos miramos, sé que entiende a lo que me refiero –. Pero hay química entre nosotros, Kath. Y no hablo solo de lo que ha pasado en la ducha hace un momento.

-Eso ha sido más que química – sonrío, aunque está completamente roja.

Me encanta cuando deja salir un poco de la Kath divertida y despreocupada, esa que solo he podido ver en pleno apogeo en dos ocasiones, con el alcohol de protagonista. Me atrevo a sentarme más cerca de ella y me permito sentir esperanzas de que todo se solucionará, al ver que no se aleja.

-¿Qué podría pasar si lo intentamos? – le pregunto – ¿Qué funcione?

-Que termines odiándome – aventura la peor de todas las posibilidades.

-Mientras termines de decorar el cuarto de Faith – bromeo con ella – podrás desaparecer cuando quieras si no funciona. Y prometo no echarte de la casa hasta que todo esté listo, aunque te odie.

Se ríe con mis comentarios y yo me siento aliviado porque parece que he logrado capear el primer temporal. Sé que habrá más, pero ahora solo me importa saber que no va a huir en cuanto me dé la vuelta. Ya es algo. Tomo una de sus manos y no solo me lo permite, sino que enreda sus dedos con los míos. Cuando nuestros ojos se encuentran, sé que ha tomado una decisión.

-Luego no digas que no te lo advertí – me dice antes de apoyar su rostro contra mi pecho –. Esto va a ser un auténtico desastre.

Lo ha dicho de nuevo, pero algo ha cambiado. Ya no suena fatalista, sino que parece resignada. La abrazo y me deleito en el contacto. Podría permanecer así durante horas y no cansarme nunca, pero mi teléfono decide interrumpir el momento.

-MacNeil – sigo rodeando a Kath con un brazo al contestar porque me gusta sentirla tan cerca y voy a aprovechar al máximo cada momento que tengamos para hacerlo.

-Tenemos que vernos, Alec – Rory parece tan preocupado que ni saluda primero –. Ahora mismo. Hemos descubierto algo grande y tienes que venir a verlo.

-Thomas no me quiere por ahí hasta mañana – parece importante, pero no quiero tener problemas con el jefe por saltarnos sus normas el último día.

-Ha sido él quien me ha pedido que te avise.

-Dame quince minutos – no necesito que diga más. Cuelgo y miro a Kath –. Debo irme.

-Está bien – se levanta –. Yo también me iré.

-Puedes quedarte – la rodeo con mis brazos –. No creo que tarde y podríamos cenar juntos. A partir de ahora voy a tener menos tiempo libre y me encantaría pasar contigo todo el que pueda.

-No voy a quedarme en tu casa si tú no estás. No... – le tapo la boca con un dedo.

-Ya lo habíamos hablado, Kath. Tienes la llave. Puedes venir siempre que quieras y puedes quedarte siempre que te apetezca. Mi casa es tu casa. Y me encantaría encontrarte aquí cuando regrese – añado al ver que vacila.

-No es justo – se queja, suspirando –. Me resulta imposible negarte nada. No sé cómo lo haces.

-Tengo un encanto irresistible – sonrío, feliz de que se quede –. No tardaré.

La beso antes de que cambie de opinión y decida marcharse. Es un beso destinado a recordarle que esto es el principio de algo y no el final. Espero poder demostrarle que puede funcionar si ambos ponemos de nuestra parte. Sé que con ella no será fácil, pero la recompensa merecerá la pena, estoy completamente seguro.

-Vete ya – me dice, empujándome con suavidad hacia la puerta –. Te están esperando. Yo intentaré adelantar algo en el cuarto de Faith.

-No te fuerces – le pido –. Hay tiempo y quiero ayudarte.

-¿Cómo hace un rato? – a pesar de lo cohibida que se ve al decirlo, sonrío.

-Del modo en que tú quieras – la beso de nuevo, solo por el placer de poder hacerlo –. Lo hablamos cuando regrese. No te vayas, por favor. Volveré tan rápido como pueda.

-De acuerdo.

Cuando salgo por la puerta, la sonrisa me acompaña y no la abandono a pesar de que sé que lo que Rory me vaya a mostrar será cualquier cosa menos agradable. Pero saber que Kath estará en casa cuando regrese, lo hace más llevadero. Con ella a mi lado, siento que puedo con todo. Solo espero que ella lo vea también porque no quiero que desaparezca de mi vida.

Mientras conduzco, no puedo evitar que la imagen de Kath con Faith en brazos se materialice en mi mente. Sé que no tengo derecho a pensar en eso, pero sería una estupenda madre para mi hija. De hecho, no podría pensar en otra mejor que ella.

-Esto va rápido – pienso en alto.

Y aunque debería sentirme asustado, la verdad es que estoy entusiasmado con la idea.

En cuanto me quedo sola, siento la necesidad urgente de salir de aquí, porque mi antiguo yo me está gritando que huya, que me esconda donde Alec no pueda encontrarme nunca. Me dice que he cometido el mayor error de mi vida y que pagaré las consecuencias de ello tarde o temprano. Que si no quiero salir herida, me vaya ahora mismo y no mire atrás. Sin embargo, una parte de mí que no sabía ni que existía y que al parecer Alec ha despertado, me insta a darle una oportunidad a lo que estoy sintiendo por él. Porque él es muy distinto a todos los demás. Me lo ha demostrado día a día.

No sé como lo consigue, pero Alec siempre sabe qué hacer o decir en todo momento para desarmarme completamente. No puedo luchar contra lo que remueve en mi interior. No puedo mantenerme lejos de él por más que quiera. Y desde que lo besé por primera vez, me resulta imposible tenerlo al lado y no desear hacerlo de nuevo. Y eso me asusta. Muchísimo. Porque nunca antes había sentido nada tan intenso por nadie. Mucho menos por alguien a quien acabo de conocer. Porque hay muchas cosas que todavía no sé de Alec y sin embargo, me encanta tenerlo cerca.

Tengo miedo a salir lastimada o a verme obligada a hacer algo que no quiera por conservarlo a mi lado. En mis anteriores relaciones siempre he sentido que me daban más de lo que yo entregaba y eso me forzaba a ceder o a alejarme. Y por supuesto, terminaba haciendo lo segundo. Pero con Alec creo que mi primera opción será siempre darle más. Así ha sido desde que nos

conocimos. Cedí en verlo fuera del hospital aunque sabía que no debía, en hablarle en Neonatos a pesar de la prohibición de Adelaide, en ayudarlo con Faith sabiendo que eso me implicaría más con ellos, en confesarle la verdadera historia del accidente de mis padres incluso cuando el alcohol ya no me hacía tanto efecto y pude haberme decidido por la versión oficial que doy a todos.

Alec me hace tener esperanza y todavía no sé si eso es bueno o malo. No sé qué va a pasar a partir de ahora. No sé si saldrá bien o si tendremos futuro como pareja. No sé cómo podré comportarme con naturalidad cuando Alec vaya a ver a Faith en mi turno para que nadie sospeche. No sé si podré dejarle entrar en mi vida de manera plena y sin ningún tipo de condiciones. Pero por primera vez en mi vida, quiero acallar mis dudas e intentarlo. No va a ser fácil, pero Alec merece la pena. Eso lo he descubierto en cada encuentro que hemos tenido, en cada silencio que ha respetado, en cada momento de debilidad que ha sabido comprender, en cada confesión que hemos compartido. Alec me da serenidad. A su lado, siento que puedo llegar a ser yo misma algún día.

Y por ese mismo motivo, decido quedarme en su casa hasta que regrese y adelantar trabajo en el cuarto de Faith. Me meto en la habitación de Faith e intento decidir cómo colocar las plantillas en la pared, mientras mi mente no deja de torturarme con imágenes de lo que se inició no hace tanto allí mismo. Y lo que continuó en la ducha. Recuerdo mi patético intento de detenerlo con la excusa de la pintura, pero eso solo lo precipitó. No me arrepiento ahora, aunque hubo un momento en que sí dudé. Cuando la pasión se consumió y me quedé sola en la habitación de Alec, sentí que me había equivocado al permitir que sucediese. Pero como siempre, él supo tranquilizarme.

Sabe cómo hacer que todo fluya entre nosotros con naturalidad y eso está derribando mis barreras de manera fulminante. No hay forma de mantener la distancia con él cuando me mira como si fuese alguien valioso para él, como si lo que le digo sea lo más importante, como si estar a mi lado fuese un privilegio. Así me siento con él y es algo que nunca he tenido. Nadie se ha preocupado por mí desde los diez años. Siempre he sido yo la que ha tenido que hacerlo, por mí y por mi abuela. Dejé de ser una niña y me volví una adulta seria y distante. Alec está logrando que parte de mi pasado se quede en un simple recuerdo. Me da lo que siempre he ansiado y que ni siquiera sabía que quería. Sin apenas esforzarse, ha logrado que le hable de mi pasado más

doloroso y sé que cuando quiera darme cuenta, estaré hablándole también de mi vida, de mis temores, de mis preocupaciones, de mis ilusiones, de mis esperanzas. Veo esos intensos ojos azules que tiene, esa dulce sonrisa en sus labios, ese gesto de concentración cuando le hablo y las palabras salen de mi boca sin que pueda detenerlas. Sabe escuchar. Ese es su secreto.

Me paso más de dos horas colocando plantillas sin llegar a sentirme conforme del todo. Mi cabeza está dispersa por más que intento concentrarme. No sé qué me pasa, pero soy incapaz de dejar de pensar en Alec y en el momento en que regrese. Estoy ansiosa y expectante. No sé qué debo hacer cuando lo vea y mucho menos cuál será mi reacción. No sé si el daré un beso de bienvenida o me esconderé bajo la cama. Ambas son buenas opciones, teniendo en cuenta como me siento ahora mismo.

En cuanto creo tener el jardín perfecto para Faith en la pared, decido que ha llegado el momento de dejarlo. Antes de seguir, quiero que lo vea Alec y me diga si le gusta o no, porque después no se podrá cambiar. Además, es la habitación de su hija, así que él debe tener la última palabra, por más que lo haya dejado todo en mis manos. Aunque no puedo evitar sonreír al imaginarlo con Faith en brazos, sentado en la mecedora. Es una imagen tan tierna que hace que mi corazón palpite rápido en mi pecho. No me importaría presenciar ese momento.

No he sabido nada de Alec desde que se fue. No es que tenga prisa por irme, pues mañana trabajo de tarde, pero sí me gustaría saber cuánto más tardará para decidir si esperarlo más o no. Porque si regresase de madrugada, daría pie a que me pida que me quede a pasar la noche y no sé si estoy preparada para eso todavía.

Ahora que ya no tengo nada en lo que entretenerme, mi ansiedad crece y me paseo por el apartamento intentando no pensar en lo que pasará cuando Alec llegue. Cuando mi mirada se posa en la cocina, decido preparar algo de cena para mantener la mente ocupada. Tal vez así consiga no salir corriendo. Y aunque dudo un momento si debo hacerlo, recuerdo que dijo que su casa es mi casa y que seguramente no le moleste que revuelva sus cosas en la cocina.

Encontrar lo que necesito en la cocina es un reto para mí porque no conozco el lugar, pero me ayuda a relajarme y en poco más de una hora lo tengo todo listo. Justo cuando empiezo a poner la mesa, mi teléfono suena. Cuando consigo encontrarlo, contesto sin mirar por si cuelgan.

-Hola, Kath – es Alec y mi corazón late rápido al escuchar su voz –. Solo llamaba para decirte que tardaré al menos otra hora en volver. No quería que te preocupases.

-Tal vez sea mejor que me vaya a casa, entonces. Ya será tarde cuando...

-No – me interrumpe –. Por favor, espérame. Intentaré llegar antes, si puedo.

-Haz lo que debas, Alec. No descuides tu trabajo por mí. Yo estaré bien.

-¿Me esperarás? – casi puedo ver esa mirada que me da para convencerme de cualquier cosa y se me escapa una sonrisa. Lo ha vuelto a hacer y sin vernos.

-De acuerdo, te esperaré.

-Gracias, Kath. Prometo ir lo antes posible.

-Sin prisa – digo, resignada a esperarlo.

-¿Todo bien?

-Todo bien. Ve a trabajar, Alec. Cuanto antes termines, antes volverás.

-Gracias – repite –. Nos vemos pronto.

-Hasta después.

Miro hacia la cena y mi entusiasmo por darle la sorpresa se desinfla al pensar en que estará fría para cuando regrese. Meto la comida en el horno para intentar que conserve el calor el máximo tiempo posible, y me siento en el sofá para entretenerme con la televisión mientras lo espero. Si no lo hago así, acabaré por irme. Debería haberlo hecho, pero soy incapaz de negarle nada. No sé por qué me pasa esto con Alec. Apenas lo conozco y aún así siento que necesito tenerlo a mi lado. Es la primera vez que me sucede algo así con alguien, pues soy una persona más bien reservada a la que le cuesta entregar su confianza y Alec parece habérsela ganado en apenas unos días. Tal vez sea porque, con él, todo parece más sencillo, más suave. Sabe cómo soy y lo acepta. Me siento bien a su lado.

Poco a poco, el cansancio se va apoderando de mí y me cuesta mantener los ojos abiertos. Entre la resaca del día anterior, las pocas horas de sueño y el día tan intenso que he tenido, mi cuerpo se va rindiendo y, aunque lo intento,

no consigo mantenerme despierta. Y aunque no podría decir cuánto tiempo he dormido, me despierto despejada cuando siento unos dedos que recorren con suavidad mi mejilla. Al abrir los ojos me encuentro con los de Alec, que me observan con ese brillo que me hace sentir especial.

-Buenas noches, bella durmiente – me dice, con una bonita sonrisa bailando en sus labios.

-¿Cuándo has llegado? – me levanto mientras peino como puedo con los dedos mi pelo, que debe estar totalmente desordenado.

-Ahora mismo.

Sujeta mi rostro con sus manos, deteniendo mis movimientos, y me besa con suavidad en los labios. Siento un cosquilleo en mi estómago y apoyo mis manos en sus hombros. Como si eso fuese una invitación, Alec profundiza el beso. Me pierdo en la sensación de ingravidez que me provoca y me apoyo en él cuando mis piernas quieren ceder. Los recuerdos de lo que hemos hecho antes regresan a mí y mi respiración se acelera incluso más de lo que ya está. Cuando las manos de Alec acarician mi espalda, se me escapa un jadeo, pero el estómago de Alec decide interrumpirnos, provocando nuestra risa.

-Me temo que necesito alimentarlo – me dice.

-Será mejor apurarnos o la cena se enfriará del todo – le digo mientras lo arrastro conmigo a la cocina –. Me he pasado una hora cocinando, sería una pena que se echase a perder ahora.

-¿Has cocinado para mí? – sonrío, al parecer encantado con la idea.

Llegamos a la cocina con nuestras manos unidas, algo que se siente extraño, pero familiar al mismo tiempo. Y aunque yo he preparado la cena para los dos, me obliga a sentarme y no me da opción a ayudarlo a servir la comida. No deja de sonreír, pero noto cierta rigidez en sus movimientos que me dice que algo malo está pasando. Cuando cree que no lo veo, su expresión cambia por segundos y veo la preocupación reflejada en él.

-¿Estás bien? – me atrevo a preguntar cuando se sienta junto a mí.

-Perfectamente – amplía su sonrisa, pero de nuevo sus ojos no lo reflejan.

-No lo parece – se me hace raro insistir y me sorprende a mí misma al ver que no lo hago por cortesía, sino porque realmente quiero saber qué le pasa.

-Son cosas del trabajo – suspira y deja caer la máscara. Su rostro muestra la preocupación real que siente ahora.

-No tienes que decirme nada si no quieres.

-No es que no quiera – me mira –. Es que no es agradable.

-¿Has tenido que revisar el recto de algún hombre grande y fuerte? – bromeo con él y sonrío al ver su cara de asombro –. También puedo ser divertida sin alcohol de por medio.

-Eres increíble – me dice, llevándose mi mano a los labios –. Siempre logras sorprenderme.

-Gracias, supongo – libero mi mano y continuamos comiendo.

-Estamos colaborando con la policía en un caso – dice después de unos minutos en silencio –. Hay ciertas cosas en él que me afectan bastante. No solo ya por lo de que se trata, sino por Faith.

-¿Por Faith? – lo miro nerviosa – ¿Qué tiene que ver ella con tu trabajo?

-Nada – toma mi mano de nuevo –. Pero desde que forma parte de mi vida, hay temas que me resultan más difíciles de soportar. Se me está haciendo cuesta arriba seguir con este caso. Quisiera terminar con él cuanto antes, pero me temo que tenemos mucho trabajo por delante todavía. He estado más de tres horas tratando de localizar el servidor desde el que opera el cabrón que lleva las páginas web, porque Rory sospecha que puede estar en Edimburgo, pero es muy escurridizo. Sabe cómo ocultar su rastro. Es frustrante.

-¿Páginas web? – frunzo el ceño – ¿No eres agente de Aduanas?

-Lo soy – me mira –. Pero también soy informático.

-¡Oh, Dios! – llevo mis manos a la boca cuando creo comprender lo que está sucediendo –. No me digas que estáis detrás de un pederasta.

-Es más complicado que eso – ahora es él quien frunce su ceño. Sus siguientes palabras suenan vacilantes –. No sé si deba... Las páginas son... como un medio para contactar con posibles clientes... Se les muestra la mercancía y... bueno... se les proporciona un código con el que pueden contratar los servicios. Todavía no hemos logrado descifrar ese código, pero estamos en ello... Lo necesitamos para...

-¿Qué clase de servicios? – lo interrumpo, mi corazón late a mil por hora –
¿Qué ofrecen?

-Sexo con mujeres – veo la duda en sus ojos pero continúa – y con niños.

He perdido el apetito de golpe. De hecho, ahora siento incluso náuseas. Me levanto y me alejo de la mesa pensando en si debo sentarme de nuevo o correr al baño, pero antes de que pueda decidirlo, Alec ya se ha levantado y se coloca a mi lado mirándome con preocupación. Debo tener muy mala cara porque rodea mis hombros con un brazo y me sujeta con cuidado por el codo con la otra mano. Y se lo agradezco porque me siento un poco mareada ahora mismo. Me ayuda a llegar al sofá y nos sentamos los dos en él. Su rostro está surcado de arrugas de preocupación y la necesidad de tranquilizarlo es tal, que llevo una mano a su mejilla para acariciarlo. Su mano cubre la mía al momento mientras besa mi palma con los ojos cerrados. Después los abre de nuevo para mirarme fijamente.

-¿Estás bien? – me pregunta. Creo que podría contestarse a sí mismo, porque cuando me mira de ese modo, siento que puede ver en lo más hondo de mi consciencia. Si algún día me dice que puede leer las mentes, lo creeré sin dudar.

-Solo un poco impresionada – trato de restarle importancia, aunque en realidad mis tripas siguen revueltas. Ha sido muy impactante saber lo que está investigando. Mucho más para mí, que trabajo con niños.

Sé que esas cosas suceden con bastante frecuencia, pero la mente humana tiende a evadirse de las noticias que la disgustan o contrarían como mecanismo de defensa. Cuando oyes hablar de algo así, tu mente te hace ver que ha sucedido en algún remoto lugar del mundo, a gente a la que nunca pondrás rostro, como si eso no pudiese llegar a afectarte igualmente. Pero en esta ocasión ha sonado muy real. Alec lo ha hecho más tangible, más cercano. No hay forma de abstraerse de esto.

-Yo diría que más que un poco – sonrío sin ganas. Sigue preocupado, puedo verlo en sus ojos. Y no sé cómo hacer para que deje de estarlo, porque ni siquiera me creo capaz de fingir que no me ha afectado. Además, Alec tiene ese sexto sentido que le ayuda a saber cuando estoy bien y cuando no. De nada me serviría mentirle.

-Entiendo por qué te afecta todo eso – nuestras manos continúan unidas,

ahora colocadas en mi regazo –. Solo pensar en que alguien pueda pagar para...

No soy capaz de terminar la frase, pero sé que Alec me ha entendido perfectamente. De nuevo siento esas horribles ganas de vomitar y cierro los ojos con fuerza para desechar las imágenes que se van formando en mi cabeza. Visualizarlo no me va a ayudar a olvidarlo precisamente. No puedo entender cómo hay gente que siente placer en un acto tan vil y que está dispuesta a pagar para obtenerlo. Supongo que hay demasiadas mentes perturbadas en este mundo a las que les sobra el dinero. De cualquier otro modo, ese negocio ya se habría ido a pique hace tiempo.

-Lo siento – me dice, arrepentido, y yo lo miro –. No debí contarte nada.

-Yo pregunté, Alec – me niego a que se sienta culpable por esto.

-No importa. Debí negarme a contestar. No es un buen tema para tratar durante la cena. Bueno, en ningún momento, en realidad.

-Si vamos a hacer que esto funcione – nos señalo a ambos – no podemos empezar con mentiras o secretos.

-Es trabajo, Kath. No tiene nada que ver con esto – nos señala a ambos, haciéndome sonreír por un momento.

-Es tu trabajo. Forma parte de tu vida – aprieto su mano –. Quiero saber sobre él. Tú conoces mi trabajo y lo que hago. Es exactamente lo mismo.

-No es lo mismo. Además, tu trabajo es mucho más agradable que el mío.

-No siempre – un gesto de disgusto cruza mi cara al pensar en los peores momentos que he vivido en él.

-Ven – me atrae hacia él y me sienta en su regazo. Oculto mi rostro en el hueco de su cuello y siento sus brazos rodeando mi cintura en un abrazo protector. Ciertamente, Alec hace que me sienta bien incluso sin hablar.

-¿Qué te parece si dejamos de pensar en el trabajo y nos entretenemos con algo más agradable?

-¿Cómo qué? – levanto mi rostro y lo miro con curiosidad.

-Como esto – atrapa mi nuca con una mano y acerca mi rostro al suyo hasta que nuestros labios se tocan.

Cuando le devuelvo el beso, se recuesta contra el respaldo del sofá llevándome con él. Me muevo despacio, sin romper en ningún momento el contacto de nuestras bocas y termino a horcajadas sobre él. Sus manos viajan directamente a mi culo. En cuanto siento que sus manos lo aprietan y escucho su gruñido, me río contra su boca. Al separarnos, Alec me mira con una sonrisa pícaro en la cara. Sé que lo ha hecho a propósito por mí y se lo agradezco con otra de vuelta. Una vez más, sabe lo que debe hacer para relajarme. En un arrebato, beso la punta de su nariz.

-¿Quieres ver lo que he hecho en el cuarto de Faith? – le pregunto levantándome de su regazo e ignorando su fingida protesta. Ahora es mi turno para borrar su preocupación y creo que ver lo que he preparado es una buena forma de empezar.

-Claro.

Comienzo a caminar hacia el cuarto y Alec me abraza por la espalda acompasando sus movimientos a los míos. No resulta muy cómodo andar así, pero no protestaré porque algo me dice que no va a servir de nada. Desde que ha llegado, no ha parado de tocarme, abrazarme y besarme en cada ocasión que ha tenido. Y tengo la sensación de que esto solo es el principio. Me temo que tendré que acostumbrarme, aunque después de toda una vida sin recibir ningún gesto de cariño, no me resultará fácil aceptarlos sin más.

A medida que nos acercamos al cuarto, me siento más ansiosa. Quiero creer que le gustará, pero no estoy muy segura de ello. No conozco sus gustos. En realidad, conozco muy poco de él. Pero por una vez, estoy dispuesta a solucionarlo. Y aunque sé que ha de ser mutuo, que si pregunto sobre él, tendré que contarle sobre mí, hablar con Alec es muy fácil, así que creo que podré hacerlo.

-¿Qué te parece?

Nos hemos separado al entrar y ahora permanezco a su lado, observando su rostro atentamente en busca de su reacción. Cuando lo veo sonreír, mis nervios se esfuman.

-No tenía muy claro lo que querías hacer – me dice sin llegar a mirarme en ningún momento – pero tengo que admitir que esto está muy bien. Cuando esté pintado todo de rosa, será perfecto.

-¿Rosa? – sé que bromea, pero aunque no lo supiese, me habría bastado

con ver su sonrisa para averiguarlo –. Si lo que quieres es rosa, me temo que tengo malas noticias para ti. No compramos pintura rosa.

-¿En serio? – se gira hacia mí, todavía sonriendo –. Pues es una pena porque quedaría estupendo. Supongo que tendré que fiarme de tu criterio. Y... tu buen gusto.

Mientras habla, se acerca a mí y me rodea por la cintura. Sus últimas palabras han sido tan solo un susurro y me dejan con la sensación de que se refieren a él y no a la pintura, pero no me paro a analizarlo porque su boca está en mi cuello y no me deja pensar con claridad.

-Es tarde y mañana empiezas a trabajar – digo –. Debería irme ya.

A pesar de mis palabras, no me muevo, simplemente disfruto del contacto de sus labios con mi piel. Su aliento cerca de mi oreja, me provoca escalofríos. Mis ojos se cierran por inercia.

-Quédate – me susurra.

Aunque ha logrado bajar mis defensas en muy poco tiempo, no puedo evitar tensarme al escuchar su petición. Sabía que algo así podría ocurrir si esperaba por él y por eso no estaba segura cuando acepté hacerlo; porque a pesar de la intimidad que ya hemos compartido, todavía no me siento preparada para pasar la noche con él.

-Perdona – lo ha notado y ahora me mira con cautela –. Tal vez estoy yendo demasiado rápido para ti.

-Yo... no sé si estoy preparada – me siento ridícula diciendo esto, pero no puedo frenar mi lengua –. Sé que suena estúpido después de lo que ha pasado entre nosotros, pero...

-No tienes que justificarte ante mí, Kath – me interrumpe –. Me encantaría que te quedases, pero si quieres irte, lo entenderé.

-¿Por qué eres así?

-¿Así, cómo? – me mira extrañado.

-Así, tan comprensivo, tan atento, tan caballeroso, tan... tú.

-¿Todo eso es malo? – me sonrío y sé que si no me voy ahora mismo, acabaré cediendo ante él una vez más.

-No, no lo es. Es demasiado bueno.

-Y lo demasiado bueno te asusta.

Nunca unas palabras han sonado tan certeras. Me asusta todo lo bueno porque en mi vida lo bueno siempre ha durado poco. Mis padres murieron a mis diez años. Mi abuela, nueve años después, aunque su mente se fue mucho antes. Mis amigos, esos a los que no quería abandonar y que me convencieron para rebelarme, se olvidaron de mí en cuestión de semanas. Y podría seguir así, enumerando todo lo bueno de mi vida que desapareció en poco tiempo.

-No voy a alejarme de ti – me dice, como si pudiese leer mi mente –. Te lo dije antes y te lo repito ahora. No vas a librarte de mí tan fácilmente.

Sonrío al escuchar sus últimas palabras. Una vez más, hace que las cosas fluyan entre nosotros lejos de las incomodidades. Alec es único y me siento afortunada de tenerlo a mi lado, pero sigo decidida a marcharme esta vez y él lo sabe.

-Te acompañaré a la puerta – dice rodeándome con sus brazos y caminando conmigo delante de él, igual que antes.

-Lo siento – me disculpo una vez preparada para marcharme.

Mi ropa todavía está húmeda por lo que me llevo la de Alec. Por suerte, el abrigo oculta gran parte de ella y no se nota que no es mía y que me queda un poco grande. Alec sujeta mi abrigo a la altura del cuello y me acerca tirando de él, hasta que nuestros cuerpos se funden en un abrazo.

-Nada de disculpas, Kath. Estoy dispuesto a darte el tiempo y el espacio que necesites. Conduce con cuidado y avísame en cuanto llegues a casa.

-Lo haré – esta vez soy yo la que inicia el beso.

Pretendo que sea un beso de despedida, pero Alec lo profundiza y lo convierte en una promesa de futuros encuentros. Me deja sin aliento y deseando más.

-Buenas noches, Kath.

-Buenas noches, Alec.

Bajo las escaleras en una nube y con el corazón bombeando a toda máquina. Con cada paso que doy, siento que estoy caminando en dirección

contraria y para cuando llego al coche ni siquiera me apetece abrirlo.

-Vamos, Kat – me digo –. Tú puedes hacerlo.

Me giro hacia el edificio donde vive Alec y camino con decisión de regreso a su piso. No sé qué me hace Alec, pero no me reconozco. Subo las escaleras casi de dos en dos y cuando llego arriba, estoy tan sofocada que necesito pararme un momento para recuperar el aliento. Y para calmar los latidos de mi corazón, que no solo se han acelerado por la subida.

Recorro los últimos metros que me separan del piso y golpeo la puerta antes de que me flaqueen las fuerzas. Inspiro varias veces en profundidad mientras espero a que abra. No sirve para relajarme como se empeñan en decir, pero me mantiene concentrada en mi respiración y así no pienso en lo que estoy a punto de hacer.

-Kath.

Alec está frente a mí, vistiendo tan solo el pantalón del pijama, y me mira sorprendido. Lleva el pelo revuelto, como a mí me gusta y una de sus manos lo está despeinando todavía más.

-¿Te has olvidado de algo? – me pregunta, al ver que no reacciono.

-En cierto modo – le respondo.

-¿En cierto modo? – repite – ¿Están bien, Kath?

-Creo que me he vuelto loca – le digo dando un paso hacia él –. O que tú me has vuelto loca.

-¿Yo? – ha visto mi movimiento y ahora sonrío. Seguramente ya intuya por qué estoy de regreso en su piso.

-Sí – me armo de valor y hablo de nuevo –. Has puesto del revés todo mi mundo. Yo tenía una vida sencilla, dedicada en exclusiva a mi trabajo. Me sentía plena y feliz. Realizada. Pero llegaste tú y me hiciste anhelar más. Más de la vida, más de ti y de mí, más de Faith. Lo tenía todo calculado y tú desbarataste mis planes. No sé cómo lo has hecho, pero ahora ya no puedo ver mi futuro sin que aparezcas en él y eso me aterra. Muchísimo. Así que tendrás que soportar mis cambios de humor y mis silencios. Mis inseguridades y mis miedos, justificados o no. Porque te aseguro que saldrán a la luz en el momento más inesperado y por la tontería más grande. Y...

No puedo terminar de hablar porque Alec me besa. Me arrastra dentro de la casa y me sigue besa. Cierra la puerta detrás de nosotros y me besa. Me lleva a su dormitorio y me besa. Me mete en su cama y me hace el amor, de la manera más dulce y apasionada. Finalmente nos dormimos el uno en brazos del otro y no se siente mal.

Noto cosquillas en la cara y me la toco para eliminar la sensación. En cuanto se repite, abro los ojos y me encuentro la sonrisa de Alec y sus impresionantes ojos observándome divertido. Está sentado en el borde de la cama. Su cabello húmedo me dice que se ha dado una ducha y su ropa, que ya está preparado para irse a trabajar. Me da un beso rápido antes de levantarse y regresar con una bandeja donde hay tostadas y té para mí.

-¿Cuándo has hecho todo esto? – le digo sentándome en la cama y colocando la almohada contra el cabecero, para recostarme sobre ella –. Ni siquiera oí el despertador.

-No lo dejé sonar. Quería darte una sorpresa – deposita un nuevo beso, esta vez en mi frente antes de sentarse en la cama para ponerse los zapatos –. Tengo que irme ya. El trabajo me reclama.

-Yo me iré también.

-Desayuna primero – me mira –. Sabes que no tienes que irte, ¿verdad?

-Tu casa es mi casa – sonrío al repetir sus palabras –, pero esta vez sí que tengo que irme. Necesito ducharme y cambiarme de ropa. Y debo hacer algunos recados antes de entrar a trabajar.

-De acuerdo.

Intento beber mi té con calma, pero se me queda mirando tanto tiempo, que empiezo a sentirme un poco incómoda.

-¿Qué? – pregunto en cuanto lo acabo.

-Nada – sonrío antes de continuar con lo que estaba haciendo –. Por la tarde iré a ver a Faith. Nos veremos allí, pero tranquila que haré como que no te conozco.

-Con respecto a eso – aclaro la voz –. Ya no es necesario.

-¿Ah, no? – me observa de ese modo en que creo que puede ver en mi interior y finjo acomodar la bandeja en mi regazo para evitar mirarlo.

-No.

-¿Qué ha cambiado? Porque no creo que sea por esto – nos señala y me rio. Parece que no va a olvidarse de eso. Y que tampoco se conformará sin una explicación.

-En realidad, Adelaide – decido contarle la verdad, aunque me va a costar hacerlo. Pero ayer le dije que no debería haber ni mentiras ni secretos entre nosotros y ahora tengo que ser consecuente con ello – me había prohibido acercarme a Faith cuando estuvieses con ella. No tiene nada que ver con las normas del hospital como te dije.

-¿Te lo prohibió? ¿Por qué?

-Porque hice una tontería por ella – muerdo mi labio, vacilando.

Alec aguarda en silencio. Sé que tiene que irse, pero aún así no me presiona, por lo que lo hago yo misma. Inspiro profundamente antes de hablar atropelladamente. Tal vez me resulte más fácil de ese modo. Anoche me funcionó.

-Faith ingresó en Neonatos en mi turno. Suelo encariñarme con todos los niños que cuidamos a medida que los voy conociendo, pero con ella resultó mucho más rápido. Fue tan raro. En cuanto su manita se aferró a la mía, sentí una conexión más profunda entre nosotras. Me tocó el corazón con ese gesto – tomo aire de nuevo –. Mis compañeras decidieron pensar que Faith no lograría salir adelante solo porque era muy pequeña y parecía demasiado débil. Estaban dispuestas a darla por perdida antes incluso de ver si podía lograrlo. Me enfadé tanto... estaba dispuesta a demostrarles lo equivocadas que estaban y por eso decidí intercambiar turnos con algunas de mis compañeras y estuve prácticamente tres días seguidos trabajando para no perderla de vista. Cuando Adelaide se enteró, me envió a casa y me prohibió acercarme a vosotros porque no quería que...

No puedo seguir hablando porque Alec me besa. Mi desayuno se desparrama por la cama, pero parece no importarle porque no se detiene. El beso es intenso y acelera mis pulsaciones. Me atrapa entre sus brazos y me alza sin dificultad hasta dejarme de rodillas en la cama, justo frente a él. Pego mi cuerpo al suyo tanto como puedo y revuelvo su cabello con mis manos mientras mi boca devora la suya. Sus manos recorren mi espalda y se meten bajo la camiseta. Mi piel reacciona a su contacto y se me escapa un gemido

que lo hace detenerse.

-Tengo que ir a trabajar – gime, ocultando su cabeza en el hueco de mi cuello y respirando contra él. Mi corazón parece a punto de explotar por su frenético latir, pero no me alejo de él. Me gustan sus abrazos, me hacen sentir segura –. Pero hablaremos de eso más tarde. Quiero saberlo todo.

-No hay mucho más que decir.

Me mira y parece que sus ojos son más azules que nunca. Hay emoción en ellos, mezclada con el deseo. Podría vivir solo de mirarlos.

-Yo creo que sí lo hay – me da un beso rápido antes de separarse y mirar el desastre que es ahora la cama –. Creo que he estropeado tu desayuno sorpresa.

-No importa – salgo de la cama de un salto –. Yo lo recojo, tú ve a trabajar.

-Nos vemos después – me abraza una vez más y deposita un tierno beso en mis labios –. Quédate el tiempo que quieras.

-Llegarás tarde – sonrío antes de darle la vuelta y empujarlo hacia la salida.

Se resiste un poco y tengo que hacer más fuerza. Está tan apoyado en mis manos, que si las aparto, probablemente se caerá al suelo. Me abruma la confianza que deposita en mí. Y también despierta mi lado juguetón, porque la tentación de soltarlo es grande. Sin embargo, no lo hago porque siento que eso sería provocarlo. Sé que Alec no iba a dejarlo estar y acabaría llegando tarde al trabajo en su primer día de su reincorporación.

Cuando alcanzamos la puerta, me besa una última vez y se va. Me deja con una tonta sonrisa en los labios y la sensación de que realmente podría funcionar lo que estamos iniciando. Mi confesión de anoche ha sido como una liberación para mí. Un punto de inflexión. Ahora me siento más relajada a su lado y aunque tendré que obligarme a ser más abierta con él al principio, creo que llegaremos al día en que me salga de forma natural. Alec también sabe cómo hacer que desee hablar con él de cualquier tema sin presionarme y eso es una gran ventaja porque no siento que deba protegerme de él.

Antes de ir a mi casa, limpio los restos del desayuno, arreglo la cama y me pongo mi ropa, ya seca. Cuando salgo por el portal, me cruzo con un hombre

que me resulta conocido. Vuelvo mi mirada hacia él después de unos pasos vacilantes, pero ya está lejos y no puedo verle la cara de nuevo para comprobar si estoy en lo cierto. Entro en el coche, todavía con la sensación de que lo he visto en alguna parte no hace mucho, pero no consigo recordar dónde. Soy muy despistada para eso. Suelo acordarme de las caras de la gente, pero no sus nombres o dónde nos conocimos.

Después de dos años trabajando en el hospital, he coincidido con tanta gente que sería incapaz de recordarlos a todos. Muchas veces, yendo por la calle, me han saludado como si me conociesen desde siempre y yo he tenido que responder como si también lo hiciese, aunque no tuviese idea de quienes eran. La mayoría son padres agradecidos por los cuidados que di a sus hijos en algún momento de su estancia en el hospital y después de hablar con ellos por un rato, acabo recordando a los niños. A ellos es imposible olvidarlos.

Cuando llego a casa, la siento especialmente grande y vacía. Y los recuerdos parecen estar más presentes que en otras ocasiones. Casi puedo ver a mi abuela sentada en su butaca, frente a la ventana, con la mirada perdida allí donde su mente se fue mucho antes que su cuerpo. Al menos fue una enferma fácil de cuidar, salvo en las ocasiones en que su consciencia despertaba y no me conocía. Era muy duro tener que pelear con ella para que se tranquilizase y ver el pánico en sus ojos al no reconocermela. Tantas noches lloré, en la soledad de mi habitación, por ella y por su maldita enfermedad. Me la arrebató demasiado pronto y me quedé sin familia.

Apuro todo lo que tengo que hacer en ella y salgo fuera en cuanto termino. Hoy no soporto estar sola en la casa y, para hacer tiempo antes de ir al hospital, decido ir a visitar a Sally en su tienda. Llevo unos cuantos días sin ir a verla y estoy segura de que se alegrará de verme. Además, me envió un mensaje el domingo por la tarde para quedar, pero no quise irme de casa de Alec y me inventé una excusa para ella. Ahora me siento mal por mentirle y espero que una charla en su tienda sea suficiente para calmar esa ansiedad.

Me sorprende lo que he cambiado en las últimas semanas. Antes no me habría importado si la ofendía. En realidad, ni siquiera habría alimentado su amistad, mucho menos habría salido de fiesta con ella. Faith inició la transformación, que luego se convirtió fue una cascada descontrolada de nuevos cambios. Uno pedía al otro y no puedo frenarlos ahora.

-Buenos días, tortolitos – saludo en cuanto entro por la puerta.

Ni siquiera me sorprende encontrarme a Duncan allí. Todavía está disfrutando de sus vacaciones y tiene mucho tiempo libre, así que entiendo que quiera pasarlo con Sally. Me acerco a ellos y Duncan me besa en la mejilla, como cada vez que me ve. Lo de ser tan cariñoso lo aprendió de Adelaide. Eso siempre me incomodaba al principio, ahora ya me he acostumbrado a ambos. Cuando Sally me abraza, tampoco protesto y se lo devuelvo.

-Justo hablábamos de ti – me dice con una sonrisa en los labios.

-Espero que algo bueno.

-Nos preguntábamos qué era eso tan importante que tenías que hacer – contesta Duncan – para no poder quedar con nosotros ayer.

-Sois una pareja recién estrenada – prefiero no dar detalles, así que intento que la atención recaiga en ellos y no en mí –. Merecéis tiempo a solas.

-Menuda excusa más tonta – protesta –. No molestas, Kat.

-No he dicho eso – sonrío –. Pero seguro que no me extrañasteis demasiado.

Sally se ríe y nos mira divertida. El sábado en casa de Duncan se sorprendió mucho con mi actitud y la forma en que les hablaba, tan distinta a la que suelo mostrar con ella en la tienda. Tal y como dijo, no se esperaba que fuese tan bromista. Comentarios como ese son los que me hacen ver que estaba otra vez tan aislada del mundo, que daba una imagen de mí bastante penosa. Y no puedo evitar preguntarme cómo Alec pudo ver más allá de esa fachada, porque al parecer siempre fui bastante convincente en mi faceta de mujer distante.

-¿Y tú a nosotros? – me pregunta Duncan.

-Mucho – contesto, tomando en mis manos una de las películas que hay en el mostrador y mirando la contraportada con indiferencia –. Me pasé la tarde llorando, pero aún así quería daros espacio.

-Fingiré que me lo creo – dice él riendo y me da un abrazo –. Esta tarde iremos de ruta, ¿te animas?

Después de comprobar que hay ciertos días al mes en que las ventas bajan drásticamente, Sally decidió cerrar esos días por las tardes para contrarrestar el gasto que le supone estar aquí sin hacer nada. Aunque muchos decían que

saldría perdiendo, se comprobó que en realidad había sido todo lo contrario. Los beneficios aumentaron y ella ahora disfruta de más tiempo libre, bien merecido.

-Algunas trabajamos, Duncan – lo miro y le hago burla.

-Tienes que darme un croquis con tus horarios – me pide – para poder planear algo juntos.

-Tal vez Jack se anime a venir – sugiere Sally mirándome directamente a mí.

-Preferiría que no – la imito –. Ni siquiera es capaz de recordar mi nombre.

-¿En serio? – abre mucho los ojos –. Pues parecía muy interesado en ti.

-Tanto como en la camarera que nos sirvió las copas. O en cualquier otra que se le pusiese a tiro – miro ahora a Duncan –. No sé cómo podéis ser amigos.

-En realidad es el primo de uno de mis amigos – se justifica.

-Ahora lo entiendo todo – rio.

-Nada de Jack – interviene Sally –. Habrá que pensar en otro, entonces.

Y nos pasamos la siguiente hora y media discutiendo sobre eso. Ella insiste en buscarme a alguien y yo trato de convencerla de que no es necesario, sin nombrar a Alec en ningún momento. Encuentro pegas a cada uno de los hombres que nombra, pero parece que tienen todo un harén del que sacar más y más hombres para mí, así que la desesperación, que es mala consejera, y la paciencia, que tiene un límite, consiguen que hable de más.

-Déjalo Sally – digo sin pensarlo –. En realidad ya tengo novio.

No estoy segura de si puedo llamarlo así porque apenas hemos empezado la relación, pero no soy consciente de lo que digo porque solo intento quitarme a Sally de encima.

-¿Qué? – preguntan al unísono y yo cubro mi boca con las manos, aunque ya es demasiado tarde para arrepentirse.

-No he dicho nada – intento en vano retirar mis palabras.

-Claro que lo has dicho – insiste Sally –. Y ahora tienes que contármelo

todo.

Y aunque intento ser muy vaga en mis respuestas, acabo contándoles toda la historia, omitiendo la parte en la que sale Faith. Todavía no quiero hablarles de ella. Cuando se dan por satisfechos, me despido de ellos y me voy directamente al hospital. Hemos pasado tanto tiempo hablando, que me queda solo una hora para entrar y así que voy a comer en la cafetería.

Llegando a Neonatos, veo frente a la puerta al supuesto novio de Vivian hablando, en esta ocasión con Becka. Desde luego sabe a quién acercarse para intentar obtener información. Me acerco a ellos, dispuesta a aclararle una vez más, que no puede estar aquí y que nadie le dirá nada.

-Becka, entra ya – le digo a ella aunque miro directamente al hombre.

-Tú otra vez – dice él.

-Eso mismo podría decir yo – cruzo los brazos en el pecho –. Me mintió. Vivian no tiene hermanos. No sé quien es ni lo que está buscando, pero le aseguro que no conseguirá acercarse a la niña. Así que le sugiero que se marche por donde ha venido o tendré que llamar a seguridad. Y, por su bien, no vuelva.

-¿Me estás amenazando, bella?

-Le estoy advirtiéndole que lo que intenta hacer es ilegal y puedo denunciarlo si insiste en volver.

-No deberías meterte donde no te llaman – se ha acercado tanto a mí, que noto su aliento en mi cara. Curiosamente, huele a menta.

-Ni usted tampoco – me ha puesto nerviosa, pero no reculo porque sé que eso es lo que busca.

-Ten cuidado, bella. Algún día tu lengua podría meterte en problemas.

Intenta acariciar mi mejilla, pero la aparto para que no me toque. Lejos de molestarle, se ríe. Inclina la cabeza hacia mí a modo de saludo y se va sin decir una sola palabra más. Cuando lo pierdo de vista, mis piernas empiezan a temblar y necesito apoyarme en la pared para no caerme. Ha sido intenso y amenazante. Ese hombre es peligroso y ahora sé que tengo que hablar con Alec sobre lo que ha ocurrido, por el bien de Faith. Siento que está en peligro.

Hoy todo va con retraso y encima, los bebés se han puesto de acuerdo para no dejarnos descansar en ningún momento. En esta ocasión, hasta Becka tiene que trabajar duro y no puede ni quejarse por interrumpirla cuando hablaba con el supuesto novio de Vivian. Sé que está muy molesta, así que le asigno el trabajo sin dejarle hablar siquiera porque no estoy de humor para ninguna de sus tonterías hoy y podría descuartizarla verbalmente si me busca. Sobre todo después de lo que me pasó con el falso tío de Faith. Mis nervios siguen alterados y podría estallar en cualquier momento.

Cuando consigo enviarlas al descanso ya hemos rebasado la hora del mismo con creces, pero no he podido prescindir de ellas antes. Ahora que todo está más tranquilo, disfruto paseando entre las incubadoras y observando al os bebés. Muchos duermen y parecen angelitos. Angelitos con buenos pulmones, pienso al recordar el alboroto que formaron no hace tanto. Nadie lo diría, viéndolos ahora.

Me acerco a Faith. Está pataleando con fuerza, como casi siempre. La energía que tiene, siendo tan pequeña todavía, es impresionante. Alec no ha aparecido en la visita de primera hora de la tarde, supongo que por el trabajo. Espero que pueda sacar más tiempo para Faith una vez la tenga en casa con él, porque lo va a necesitar a su lado. Los bebés prematuros necesitan más cuidados que los otros niños durante el primer año de vida y no me gusta pensar que Alec no estará ahí para hacerlo. Él es la única familia que le queda

y se merece tenerlo a su lado y compartir momentos inolvidables e irrepetibles juntos.

Para cuando regresan mis compañeras, empiezan a llegar los padres para la última visita del día. No me gusta dejarlas solas en un momento como este, pero me temo que si no me siento al menos por diez minutos, caeré rendida en el suelo en cuanto me descuide. Les informo de que regresaré lo antes posible y Eleanor me mira con cara de agonía. Sé que dejarla sola con Becka no es el mejor de los planes y le pido disculpas con la mirada.

Me tomo el té lo más rápido que puedo mientras miro el reloj de la cafetería cada pocos minutos. Me temo que voy a estresarme todavía más por querer apurar, pero no puedo hacer otra cosa. Durante las visitas, tenemos más trabajo y Becka no es precisamente una ayuda. Sobre todo si no hay nadie controlándola. Conozco a Eleanor y no le diré nada si se escaquea. En realidad, yo soy la única que le dice algo tanto a ella como a Christine. Adelaide también lo haría si alguien le contase lo que pasa con ellas, pero en eso se han puesto todas de acuerdo y hay un silencio absoluto. Nadie quiere ser la que dé el primer paso. Supongo que esperan a que lo haga yo, como siempre.

Cuando regreso, ya han llegado todos los padres. Eleanor me mira con desesperación y se acerca a mí. Parece agobiada y yo me preocupo por si ha sucedido algo grave en mi ausencia. Me lleva hacia un lateral de la sala, donde quedamos parcialmente ocultas de los demás. Suspira profundamente antes de hablar.

-Tienes que alejar a Becka del padre de Faith.

-¿Qué? – automáticamente mi vista se desvía hasta la incubadora de Faith.

-Desde que ha llegado, no se ha despegado de él – me explica –. Antes ni le saludaba y ahora parece que quiera tirársele encima. Está mostrando pecho frente a él. Literalmente.

-¿Qué? – repito, pero lo estoy viendo con mis propios ojos.

Becka se inclina peligrosamente hacia Alec, mientras él intenta atender a lo que le dice y mantener las distancias al mismo tiempo. Su mano está en la incubadora, por lo que supongo que Faith lo tiene agarrado o ya se habría alejado más de ella. Se le ve incómodo y no es para menos. Parece como si Becka se lo quisiera comer.

-¿Vas a hacer algo? El pobre hombre parece agobiado.

-Claro que voy a hacer algo – digo en cuanto veo a Becka acariciando el brazo de Alec. Eso ya es demasiado descarado incluso para ella.

Me acerco a ellos sin dejar de mirar hacia Becka, que aparta la mano y se separa un par de pasos en cuanto me ve a mí. Evita mi mirada, pero no podrá evitarme a mí. Puedo tolerar que hablen de él a sus espaldas, ya que él no se entera de las estupideces que dicen, pero acosarlo cuando viene a ver a su hija, eso no lo consentiré. Ni a Alec ni a ningún otro padre.

-¿Es que no tienes nada que hacer, Becka? – le digo sin mirar a Alec en ningún momento –. Hasta donde yo sé, todavía no has terminado las tareas que te encomendé hace ya más de una hora. Te recuerdo que estamos aquí para cuidar a los bebés, no para coquetear con los padres. Para eso, te vas a un bar en tus días libres o cuando te dé la gana, pero mientras estés aquí compórtate como la profesional que se supone que eres. Estoy harta de tu comportamiento, Becka. He intentado tener paciencia contigo, pero no me lo pones nada fácil. Si todavía no le he dicho nada a Adelaide es porque no quiero causarte problemas, pero te juro que como sigas con esta actitud, hablaré con ella. Y no va a ser tan comprensiva como lo he sido yo hasta ahora.

No me dice nada porque sabe que tengo razón. Adelaide es un encanto de mujer, pero muy dura y recta como jefa. Nadie querría enfadarla. Baja la cabeza, murmura algo que no logro entender y que tal vez sea mejor que no averigüe, y se va sin mirarnos a ninguno de los dos. La sigo con la mirada hasta que compruebo que está haciendo lo que le pedí antes de irme a mi descanso. Solo entonces, me atrevo a enfrentar a Alec.

-Menudo genio – me dice, pero sonrío.

-Lo siento. Debí llevármela a la oficina para que nadie lo viese – me acerco a la incubadora y mis ojos se empapan de la visión de una Faith aferrada con fuerza al dedo de su padre. Está intentando llevárselo a la boca y sonrío al verla pelear para lograrlo.

-Yo te agradezco que hayas intervenido – Alec llama mi atención con sus palabras –. No quería ser grosero con ella y no sabía cómo decirle que no me interesa nada de lo que me estaba ofreciendo.

-¿Qué te ofrecía? No, déjalo. Prefiero no saberlo.

Alec sonríe y lo imito. Entonces comprendo que lo he echado de menos. Y eso que nos vimos por la mañana. Se está introduciendo en mi vida poco a poco, casi sin que lo perciba. Me temo que acabaré por no poder vivir sin él y eso me aterra. Con mi historial de fracasos, no debería desear un vínculo de ese calibre. Sin embargo, no es algo que pueda controlar. Estoy empezando a entender que cuando se trata de Faith y Alec, nunca tengo opción. Siempre los elegiré a ellos.

- Qu e tal en el trabajo? – le pregunto mientras me ocupo de Faith. Ya que estoy aquí, aprovecharé para adelantar mis tareas.

-Estresado – observa como manipulo a su hija –. Es mi primer día y ya necesito vacaciones.

-Eso sí parece malo.

-Pero al menos estamos avanzando en la investigación.

- Ya has descubierto d n de se esconde ese hijo de...? – me paro antes de terminar el insulto. No me parece correcto hacerlo en un lugar como este.

-Todavía no – se acerca a mí y observa a Faith con embeleso –. Aunque hemos descubierto algo interesante. Si se confirma, podríamos desbaratar los planes de ese cabr n.

-Alec – lo miro con reproche y sonríe.

-Faith es muy pequeña todavía para saber lo que digo – me roza el brazo con disimulo –.  Vendr as a mi casa cuando termines el turno?

-No lo sé. Ser a tarde ya y estar as durmiendo. Mejor voy a mi casa y no te molesto.

-No molestas, Kath. Además, tienes llave y puedes entrar sin despertarme. He descubierto que me encanta despertar a tu lado – susurra las últimas palabras y siento un cosquilleo en mi estómago al escucharlas.

-Lo pensaré – le digo, aunque ambos sabemos que acabaré yendo. No puedo negarle nada.

En cuanto las visitas finalizan, la noche se tranquiliza milagrosamente. Los bebés deciden dormir y nosotras podemos relajarnos por primera vez en todo el turno. Becka sigue evit ndome, pero sé que está rabiosa por haberla avergonzado delante de Alec. Espero que no se le ocurra inventarse nada para

perjudicarme porque la conozco lo suficientemente bien como para saber de lo que es capaz. Por suerte, esta noche está Eleanor con nosotras. Si hubiese sido Christine, podrían meterme en líos entre las dos.

-¿Vas a hablar con Adelaide? – me pregunta Eleanor cuando nos quedamos solas en el vestuario al finalizar el turno.

-¿Sobre Becka? No.

-Deberías hacerlo. Ella seguro que lo hará y le contará su versión de los hechos. Todo inventado, por supuesto.

-Becka guardará silencio porque sabe que tú me ayudarás a desmentir lo que diga. Y yo no quiero crear conflictos en la plantilla. Si empezamos con los reproches, esto se va a poner muy tenso.

-¿Más de lo que ya está? Imposible – suspira –. Pero supongo que tienes razón, no merece la pena. Becka no aprenderá nada y lo único que conseguiremos es que nos haga la vida imposible cuando coincidamos en el turno.

-Cierto – cierro mi taquilla –. Hasta mañana, Eleanor.

-Hasta mañana, Kat.

Salgo del hospital con la clara intención de irme a mi casa, pero finalmente acabo en la de Alec. Aunque he pasado primero por la mía para coger un pijama y ropa para mañana. No me apetece seguir robándole las camisetas para dormir y esta vez tengo intención de aprovechar la mañana en el cuarto de Faith. Abro con cuidado de no despertarlo y cierro de igual manera. Por supuesto, todo está a oscuras porque Alec ya estará durmiendo. No sé donde están los interruptores de la luz, así que los busco a tientas por la pared.

Cambio a la pared del otro lado al no encontrarlos y avanzo lentamente hasta que mi cuerpo se encuentra con un obstáculo. Paso mis manos por él intentando descubrir lo que es, pero se topan con un objeto que se me escapa de las manos y termina en el suelo. Siento el ruido que provoca al hacerse añicos y me maldigo por ser tan torpe. La luz se enciende cuando estoy intentando recoger los pedazos y veo llegar a Alec con un arma en la mano. Instintivamente me levanto con las manos en alto y aunque me veo ridícula, no he podido evitarlo.

-Kath – deja el arma en la estantería que tiene al lado y se acerca a mí –. Estás sangrando.

-¿Qué? – me miro todo el cuerpo buscando la herida, pero no encuentro ninguna.

Alec toma mi mano y me muestra un pequeño corte que tengo en el antebrazo. No es gran cosa, pero sangra bastante. Antes de que pueda impedirselo, se saca la camiseta y lo envuelve con ella, me lleva al baño y me hace las curas.

-Podía sola – digo mientras le veo vendarme el brazo.

-No me molesta hacerlo – me mira sonriendo.

Está arrodillado frente a mí, yo sentada en el inodoro. Ha terminado ya, pero continúa sosteniendo mi mano y ninguno de los dos se mueve. Simplemente nos miramos. Entonces se incorpora y me besa antes de tomarme en sus brazos. Rodeo con los míos su cuello para evitar caerme.

-¿Qué haces?

-Llevarte a la cama.

- Me corté en un brazo. Mis piernas están bien. Puedo andar.

-Lo sé – sonrío –, pero me gusta más así.

-Si vas a hacer esto a menudo, acabarás con tu espalda destrozada – río.

-¿Qué tal se te da dar masajes? – alza una ceja, divertido.

-De fábula – creo que lo había dicho en broma porque ahora parece sorprendido por mi respuesta –. Te haría una demostración, pero es tarde y mañana madrugamos.

-Estoy seguro de que me ayudaría a dormir.

Me deposita con cuidado en la cama y me obliga a recostarme en ella al colocarse encima de mí. Me da un beso de esos que seducen y convencen al mismo tiempo y estoy segura de que pretende conseguir ese masaje.

-Acostarte y cerrar los ojos te ayudará a dormir – bromeo cuando su boca recorre mi mandíbula.

-No puedes tentarme de ese modo y pretender que me duerma sin más,

Kath – habla contra mi piel y esta reacciona allí donde su aliento la roza –. Quiero mi masaje.

-¿Te tiente un masaje?

-¿Dado por ti? – me mira –. Desde luego. Más de lo que puedas imaginar.

-Levanta, anda – lo empujo y se deja mover.

Voy a por mi bolso en la entrada y busco dentro. Creo recordar que tengo crema por algún lado. En cuanto la encuentro, regreso a la habitación y Alec está esperándome donde lo dejé, pero tiene una amplia sonrisa en los labios. Me resulta imposible negarle nada y lo sabe.

-Recuéstate – le pido mientras unto mis manos con la crema. La dejo a mi lado porque se absorberá muy rápido y necesitaré más; después de todo, es crema para manos no para masajes.

Me coloco sobre él, sentada en sus muslos y comienzo el masaje. Hace tiempo que no practico, pero todavía recuerdo los movimientos. Alec me hace reír todo el tiempo con gruñidos, gemidos, exclamaciones y toda suerte de ruidos. No sé si él se relajará, como se supone que debería ser, pero yo me divierto mucho. Necesitaba eso, disfrutar de su compañía y olvidar el horrible turno que he tenido. Desde luego, compartir tu vida con alguien siempre es más entretenido que llegar a una casa vacía al final del día.

Alec se queda en silencio de repente y noto un ligero cambio en su postura. Ahora está totalmente relajado. Me inclino hacia él para mirarlo a la cara y compruebo que se ha dormido. Limpio mis manos y lo arropo. Me coloco el pijama y me recuesto a su lado intentando no despertarlo. Cuando me siente cerca, se remueve en sueños y me atrapa con sus brazos. Dormir con alguien también es mucho mejor que hacerlo sola, pienso instantes antes de acompañar a Alec en el mundo de los sueños hasta la mañana siguiente.

Esta vez me despierto antes que Alec y lo observo mientras duerme porque todavía es temprano. Veo ese gesto dulce en su rostro que tanto me gusta y no puedo evitar acariciarlo. Hace una semana ni siquiera me quería acercar a él y ahora estoy deseando que esto no acabe nunca. La vida puede resultar tediosa y monótona, pero también puede cambiar muy rápido de un momento a otro. Desde que Faith entró en la mía, he vivido un sinfín de cambios y transformaciones que me han hecho verlo todo desde otra perspectiva. Y desde que Alec se tropezó conmigo, he descubierto un torbellino de emociones que

no recuerdo haber sentido jamás con anterioridad. Él provoca en mí sentimientos que creía muertos, me hace querer aprovechar la vida que estaba desperdiciando hasta el momento. No puedo explicarlo, pero siento que me ha salvado de mí misma.

Salgo de mi estado de trance cuando el brazo de Alec tira de mí pegándome a él. Mi vena pícaro me dice que tal vez sea mi turno para despertarlo como hizo ayer conmigo. Acercó mi boca a su cara y soplo con suavidad en su oreja. Contengo la risa que amenaza con escapar cuando su mano pasa rozando mi cabeza en su camino hacia la oreja. Vuelvo a soplar en cuanto se calma y lo hace de nuevo, pero no despierta. La siguiente vez en que me acerco, deposito un beso en su cuello. Repito la operación varias veces antes de sentir su brazo apretándose contra su cuerpo. Entonces y antes de que pueda procesar lo que hace, ya me tiene atrapada bajo él y me mira con intensidad.

-¿Jugando un poco? – me dice con voz ronca y ojos nublados por la pasión antes de besarme. Tiene un despertar intenso. O tal vez haya sido yo con mis provocaciones. Pero me importa demasiado el porqué, simplemente le devuelvo el beso.

Sus manos ya están bajo mi pijama cuando suena su teléfono. Lo ignoramos al principio, pero ante su insistencia, Alec se separa de mí a desgana y contesta. A medida que le hablan, su expresión va cambiando a una más seria. Sea lo que sea, parece grave. Me incorporo en la cama y lo observo en silencio, esperando pacientemente a que finalice la llamada.

-De acuerdo – es lo único que dice –. Ya voy. Dame veinte minutos.

En cuanto cuelga, toma una de mis manos y me acerca a él para depositar un beso tierno en mis labios. Noto la tensión en su cuerpo y lo abrazo con fuerza para intentar transmitirle tranquilidad. Aunque dudo que funcione porque yo también estoy ansiosa. Permanecemos abrazados por un tiempo indefinido. Él parece necesitarlo y yo intento reunir el valor para preguntarle sobre la llamada. Siempre tendré la duda de si debo o no meterme en ciertos asuntos.

-¿Todo bien? – finalmente decido preguntar.

-La policía ha confirmado la llegada a puerto de un barco para esta noche – me dice sin soltarme –. Sospechan que trae mujeres a bordo.

-¿De las que salen en esa página? – pregunto, aunque ya sé la respuesta. Me separo de él para mirarlo porque necesito verle los ojos.

-Sí – conserva mis manos entre las suyas y las besa antes de continuar –. Aduanas colaborará con la policía para interceptar el barco antes de que llegue a puerto porque una vez desembarquen, será más difícil seguirles la pista. Edimburgo es solo un lugar de paso, la puerta de entrada a Europa. Debemos impedir que puedan llegar al continente.

-¿Qué pasará con ellas después?

-Serán deportadas a sus países de origen.

-Eso no garantizará que estén a salvo – frunzo el ceño.

-Lo sé, pero no podemos hacer más por ellas. La ley es estricta en cuanto a aquellos que intentan entrar en el país de manera ilegal. No hace distinciones entre los que vienen porque quieren y los que traen obligados. Nosotros tenemos que devolverlos a todos ellos a sus lugares de origen, una vez comprobado que están bien de salud.

-No es justo.

-No, no lo es – me abraza de nuevo –. Tengo que irme. No sé cuando volveré porque la operación se llevará a cabo por la noche, pero me encantaría que estuvieses aquí cuando lo haga.

-Está bien – esta vez no voy a protestar. Me preocupa que pueda pasarle algo y prefiero estar en su casa esperándolo, que en la mía sola y sin saber cuando regresa.

Mientras se ducha, yo preparo el desayuno. Se bebe el té a toda prisa, sin sentarse siquiera, y se lleva un par de tostadas para comer por el camino porque se le ha hecho tarde. Se despide de mí con un beso que me deja sin aliento y es así como comprendo que está nervioso. Supongo que es normal, después de todo se juegan la vida cada vez que intervienen en operaciones de ese tipo. Yo siempre creí que un agente de aduanas se dedicaba a controlar la mercancía que entraba o salía del país en los puertos y aeropuertos, pero estoy empezando a comprender que su trabajo es mucho más complejo que eso.

Para evitar pensar en todo lo malo que puede suceder, decido seguir con mis planes iniciales y empezar a pintar la pared donde irá el jardín para Faith. Si mantengo mi mente ocupada, mi imaginación no me jugará malas pasadas.

Después de más de una hora trabajando en el proyecto, recuerdo que no le he hablado a Alec de lo que sucedió anoche con el supuesto tío de Faith. Mi preocupación es tal, que decido llamarlo aún si saber si puedo.

-McNeil – supongo que ha contestado sin mirar quien lo llama.

-Alec, soy Kat.

-¿Estás bien? – me pregunta antes de que pueda decir nada más – ¿Te ha pasado algo?

-Estoy bien – lo tranquilizo –. Bueno, más o menos. Es que ayer ocurrió algo en el hospital que me preocupa y necesito contártelo ya. Pero si estás ocupado, puedo esperar.

-Para ti siempre tengo tiempo – puedo imaginármelo sonriendo –. Dime.

-Regresó el hombre que quería ver a Faith. Su supuesto tío. Cuando llegué, estaba hablando con una de mis compañeras. Me enfrenté a él y me amenazó. Tengo miedo por Faith porque podría...

-¿Te amenazó? – me interrumpe –. No debiste exponerte así, Kath. Debiste llamar a seguridad. O a mí. Te dije que quería hablar con él.

-En aquel momento no me acordé, lo siento. Yo solo quería que se fuese, así que le dije que no podría ver a Faith bajo ningún concepto. Le dije que sabía que no era su tío y que lo que intentaba hacer era ilegal y que podría tener problemas por ello. Entonces fue cuando me amenazó.

-¿Cómo te amenazó? ¿Te tocó? ¿Qué te dijo exactamente?

-Solo me dijo que mi lengua podría meterme en líos alguna vez. Ni siquiera me tocó, pero el tono que usó me puso los pelos de punta. Lo hizo sonar como una amenaza. Cuando se fue, estaba muy asustada.

-No quiero que te vuelvas a acercar a él, Kath. Prométeme que me llamarás si vuelves a verlo. O a seguridad.

-No creo que se atreva a hacerme algo. Me preocupa más Faith. No sé por qué le interesa tanto verla ni cuáles son sus intenciones si lo logra. Tengo miedo de que convenza a alguien para que le deje pasar. Si algo le ocurre...

-Yo me encargo, Kath. Gracias por contármelo ahora, pero la próxima vez, llámame en cuanto lo veas. No se te ocurra enfrentarlo de nuevo, por favor. O

llama a seguridad y que ellos se encarguen de echarlo. No quiero que te expongas porque no sabemos quién es ni de lo que es capaz. Hasta que lo investigue, mejor mantente lejos.

-Está bien. Yo solo quiero que Faith esté a salvo.

-Lo estará, no te preocupes. Y tú también, te lo prometo – se oyen voces de fondo y alguien lo llama –. Tengo que colgar ya. Me reclaman.

-Ten cuidado, Alec.

-Lo tendré. Nos vemos por la noche en casa.

-Hasta después.

Me alegra saber que Alec hará algo al respecto sobre el hombre del hospital, pero sigo preocupada. No solo por Faith, sino también por él. Hasta que esté en casa a salvo, no podré tranquilizarme. Y eso me hace plantearme hasta qué punto estoy dispuesta a soportar esta angustia, porque habrá muchas otras ocasiones en las que se ponga en peligro. Su trabajo se lo exigirá. Si seguimos juntos, tendré que vivir las largas esperas sin saber de él, la incertidumbre de si está bien, el miedo a que pueda pasarle algo malo y nunca regrese a casa. Ya he perdido a suficientes personas en mi vida y no sé si podré soportar algo así de nuevo.

Empiezo a agobiarme por el tema, por lo que prefiero irme. Estar en la casa de Alec, aunque sea pintando la habitación de Faith, no me permitirá despejar la mente para no pensar en lo que puede suceder esta noche. Y como mi propia casa no es mucho mejor, nada más llegar, me preparo para correr. Tengo tiempo todavía antes de entrar a trabajar y hace días que no lo hago. Mi cuerpo ya lo está pidiendo y, ahora mismo, mi mente también.

Corro por más de una hora y llego a casa agotada, pero más relajada. Me doy un largo baño, de vez en cuando viene bien y mis músculos lo agradecen después del ejercicio, en lugar de una ducha. Para cuando acabo, ya me siento mucho mejor. No sabía cuánto echaba de menos todo este ritual, hasta que lo he hecho y me prometo a mí misma que lo repetiré con mayor frecuencia.

Después de comer, estoy lista para enfrentar una nueva jornada de trabajo. En cuanto veo a Becka, sé no se le ha pasado el enfado de ayer. No necesito que diga nada, con su mirada airada me basta. Eleanor también me mira y solo me saluda inclinando la cabeza hacia mí. Tampoco hace falta que hable porque

sé perfectamente lo que está pensando. Me temo que nos espera una tarde de caras largas y silencios incómodos. Justo lo que necesito para rematar mi día.

A medida que se acerca la hora de salir, mi ansiedad va creciendo, pues hoy la noche implica peligro para Alec. Y es todavía peor porque no sé a qué hora interceptarán el barco, ni cuantos efectivos se llevarán, ni si encontrarán demasiada resistencia. No sé si bastará con que amenacen con sus armas o si se verán obligados a disparar. No sé si alguien saldrá herido o, incluso, muerto. Y por más que intento borrar esas imágenes de mi mente, no soy capaz. Se me va a hacer eterna la espera hasta que Alec llegue a casa.

A la salida, reviso mi teléfono y descubro que me ha enviado un mensaje hace al menos un par de horas. En mi fuero interno sé que no puede ser nada malo todavía, pero el latido de mi corazón se acelera igualmente y mis manos tiemblan. Ni siquiera soy consciente de que he detenido mis pasos en medio del aparcamiento para leerlo, pero la bocina de un coche me lo recuerda de la peor de las maneras, asustándome. Me aparto de un salto, con el corazón en un puño, escucho la bocina una última vez mientras el conductor da voces de protesta. No me molesto en responderle porque en este momento es más importante para mí saber qué dice el mensaje.

Kath, ya he informado sobre el hombre del hospital. Alguien de la policía se encargará de averiguar quién es y de investigarlo después. Si aparece de nuevo por el hospital, ponte en contacto con ellos o directamente conmigo. No te enfrentes a él bajo ningún concepto.

Estamos ultimando detalles para salir así que ya no podré escribirte otra vez, pero prometo enviarte un mensaje en cuanto todo haya acabado para que no te preocupes más de lo necesario. Sé que lo estás haciendo, lo noté cuando hablamos por teléfono. Esto es rutina, estamos preparados para cualquier situación. Además, somos muchos y estaremos protegidos. No pasará nada.

Ya tengo ganas de verte. Hasta después.

Una vez más, Alec sabe cómo tranquilizarme, aunque ya no debería sorprenderme a estas alturas. De todas formas, hasta que no lo tenga delante seré incapaz de relajarme, incluso sabiendo ahora que está bien. O todo lo bien que se puede en una situación como esa. Por ese motivo, al llegar a su piso, me dedico a colocar las últimas plantillas en la pared y así mantener la

mente ocupada. Tener el estómago vacío me ayudará también a no pensar tanto.

Dos horas después, preparo algo de cena y me siento frente al televisor intentando entretenerme. Porque aunque ya es de madrugada, me resisto a acostarme todavía. Las horas pasan tan despacio que me desespero. Ni siquiera la noche que permanecí sola en la sala de espera del hospital cuando mi abuela ingresó por última vez, se me hizo tan larga. Ni las horas de después, mientras veía cómo consumía sus últimas fuerzas antes de abandonar este mundo para siempre en mis brazos. A mis 24 años, he visto demasiadas muertes, no solo en mi familia y desearía no tener que hacerlo de nuevo, aunque sé que es algo inevitable. Sobre todo con mi trabajo.

Me despierto con el ruido de la puerta al abrirse. Ni siquiera sé en qué momento me dormí. Reviso mi teléfono para comprobar qué hora es y veo la notificación de un nuevo mensaje, que ni escuché. Pero Alec ya está entrando por la puerta, así que ni lo leo. No necesito hacerlo para saber que es suyo porque Alec siempre cumple sus promesas. Me acerco a recibirlo y en cuanto me sonríe, sé que por más que sufra cuando esté en su trabajo, podré soportarlo siempre que regrese a mí sano y salvo.

ALEC

Llegar a casa y encontrarme con Kath despierta es todo cuanto necesito para sentirme mejor. Ha sido una noche dura y complicada. A pesar de todos los efectivos desplegados, en el barco iban bien armados y no pudimos evitar el tiroteo. Hubo algunos muertos, pero por suerte no de nuestro bando. Es la parte que menos disfruto de mi trabajo. La parte en que la muerte nos acecha. A veces preferiría quedarme en los aeropuertos revisando el equipaje de los viajeros, por más aburrido que sea, solo para no tener que lidiar con situaciones como esta, pero luego recuerdo todo el bien que hago, limpiando de basura humana este mundo, y eso me impide abandonar la división. Aunque mi vida corra peligro de vez en cuando, merece la pena por llevar ante la justicia a hombres como los que hemos capturado esta noche.

-Creí que estarías dormida – le digo dejando la bolsa en el suelo.

Kath se ha acercado a mí mientras tanto y la abrazo. No hay nada comparable a la sensación de tranquilidad que me invade cada vez que la tengo en mis brazos. O cada vez que me mira. Desde el primer momento en que nuestras vidas se cruzaron, supe que quería tenerla en la mía. De un modo o de otro. En las siguientes ocasiones en que nos vimos, ha tratado de mantenerse a distancia cada vez que he hecho el intento de acercarme a ella,

pero ahora me sorprende a cada momento. Se ha vuelto más abierta, más receptiva. Más comunicativa. Bromea conmigo y siempre tiene la sonrisa en los labios. Me ha hablado de su pasado y me consta que eso es todo un avance con ella. El cambio ha sido más que notable.

No negaré que me gusta eso, siempre quiero más de ella, pero temo que en algún momento se vea superada por todo lo que está pasando y quiera alejarse de mí de nuevo. Porque siento que se está forzando a sí misma a actuar de ese modo y temo que al final salgamos perjudicados. Yo estoy dispuesto a esperar por ella el tiempo que haga falta, pero no sé cómo hacérselo saber sin que crea que no me siento a gusto con ella.

-Lo estaba – dice contra mi pecho mientras sus brazos rodean mi cintura –, pero me desperté con el ruido de la puerta.

Cuando su brazo roza mis costillas, me contraigo de dolor. Kath se aparta de mí y me mira con ojos profesionales. La enfermera que lleva dentro ha tomado el control y noto que me está estudiando, así que intento que mi rostro no denote lo que me ha hecho sentir porque no quiero preocuparla.

-¿Te han herido? – me dice sin dejar de observarme. Juraría que puede ver bajo mi ropa y eso me excita. *Mal momento para despertarte, amigo*, pienso porque Kath no lo agradecerá si lo descubre, está más preocupada por mi bienestar en este momento.

-Recibí un golpe en un costado – trato de restarle importancia y me acerco a la cocina para tomar algo de la nevera. Estoy famélico –. No es nada.

-¿Nada? – se acerca a mí –. Con un simple abrazo ya has protestado. Eso no es nada. Déjame ver.

-Tengo hambre, Kath – le sonrío para que borre su ceño fruncido, pero consigo justo lo contrario –. Está bien.

Suspiro sonoramente para que sepa que preferiría no hacerlo y me quito la camiseta. Incluso ese movimiento me provoca malestar. Para mi desgracia, ella lo nota y sus ojos se entrecierran todavía más a modo de silenciosa protesta. Su rictus serio me dice que tendré problemas por mentirle. Y sé que se enfadará cuando lo vea porque en realidad ha sido más que un simple golpe. Me dejó sin aliento durante sus buenos segundos y me costó volver a respirar con normalidad. Cuando sus ojos se abren al mirar mi costado, intento hacer lo mismo para saber qué le ha provocado semejante reacción. Resulta

que tengo un morado impresionante que no luce nada bien.

-Así que no es nada – repite cruzando los brazos –. Podrías tener una costilla rota, Alec.

Después comienza a palpar mis costillas y aunque trata de ser delicada, me duele horrores. No protesto porque ya está lo suficientemente enfadada conmigo, pero las ganas de alejarme de ella son grandes. Aprieto la mandíbula con fuerza para contener mis quejas y suspiro aliviado cuando se da por satisfecha y deja de tocarme.

-Por suerte no parece que haya nada roto – me dice –, pero será mejor prevenir. ¿Tienes vendas?

-En el baño.

-Vamos – me toma de la mano y nos dirige hasta allí.

Me dejo llevar por ella, encantado de que quiera cuidar de mí. Después de mi madre, nadie más lo ha hecho hasta ahora. Ni siquiera Vivian se preocupaba tanto. Sé que no debería hacerlo, pero no puedo evitar compararlas en ciertas ocasiones y, en la mayoría, Kath gana. Ahora que está en mi vida, empiezo a entender que mi relación con Vivian nunca ha sido del todo sana. Intentamos que funcionase, pero en realidad estaba destinada al fracaso desde el inicio porque cada uno esperaba diferentes cosas de ella. Aunque cuando nos juntamos íbamos de la mano, en algún momento del camino nos separamos sin que ninguno lo viese venir.

O tal vez fui yo el único ciego porque ella siempre supo lo que quería. Que me ocultase que íbamos a ser padres después de abandonarme solo me confirma que dejó de contar conmigo hace mucho. En aquel momento la creí simplemente una egoísta por querer acabar con la vida de nuestra hija, pero ahora pienso que solo estaba actuando en consecuencia al futuro que había planificado para sí misma. ¿Cruel? Por supuesto, pues se trataba de arrebatarse una vida inocente, pero supongo que solo yo lo vi de ese modo porque ella nunca quiso ser madre.

A Rory nunca le gustó ella y trató de persuadirme en innumerables ocasiones para que la dejase. Siempre decía que no era buena para mí, pero yo estaba tan enamorado que no quería escucharlo. Me repetía a todas horas que acabaría haciéndome daño y que él se reiría en mi cara después. Sin embargo, cuando Vivian rompió conmigo, no se recreó en ello. En realidad, fue mi

salvavidas.

-Levanta los brazos – la voz de Kath me regresa al presente.

Sigue dándome indicaciones con su voz más profesional, seria, concisa y directa, y aún así afectuosa y las sigo todas al pie de la letra. Nadie podría resistirse a hacer lo que te pide cuando usa ese tono. Al apretar las vendas siento de nuevo dolor, pero no afloja la presión ni me permite protestar.

-Necesitas que esté bien sujeto por si hubiese una fisura – me mira fugazmente cuando escucha mi pequeño quejido –. Lo ideal sería que fueses al hospital para que te hiciesen unas placas.

-Sería lo ideal, sí – le doy la razón.

-Pero supongo que no irás – me mira en cuanto termina de sujetar la venda, con las manos en las caderas y el desafío en sus ojos. Mi ganas de besarla van en aumento y recuerdo que todavía no lo he hecho desde que llegué.

-Si no deja de molestar – le digo atrayéndola con mis brazos – iré. Prometido.

-No prometas algo que no vas a cumplir, Alec – me abraza con cuidado esta vez.

-Lo cumpliré – le digo con mis labios ya sobre los suyos. Besarla me calma. Se siente como estar en casa.

Sin embargo, mi estómago se encarga de interrumpirnos una vez más. El hambre de alimentos ha aumentado al mismo ritmo que el hambre por Kath y me temo que hoy solo podré saciar a uno de los dos. Debo admitir que mis costillas empiezan a molestar cada vez más, aunque jamás lo haré en voz alta.

-¿Tienes algún calmante que puedas tomarte ahora?

Hemos regresado a la cocina y Kath está sirviendo comida en un plato para mí. No me ha dejado hacer nada con la excusa de que no debo hacer esfuerzos. Creo que le preocupa el golpe más de lo que quiere admitir, así que le dejo hacer a su manera. Me observa en todo momento y con cada mueca que hago al moverme, parece tensarse.

-No creo.

-De acuerdo – deja el plato frente a mí –. Creo que tengo alguno en el

coche. Ve comiendo mientras yo voy a mirar.

-Es tarde, Kath – la detengo sujetando su mano –. No quiero que bajes sola a la calle.

-Venga ya, Alec. Tengo el coche cerca y estamos en un barrio pudiente – sonrío y se suelta – ¿Qué podría pasar? Además, sé cuidar de mí misma. Fui a clases de defensa personal en la universidad.

-Aún así, preferiría que no fueses sola – insisto.

-Pues yo preferiría que tú fueses al hospital.

-Touché – me resigno, mientras la veo tomar su abrigo para salir fuera.

-Vuelvo en un minuto – me señala con el dedo –. Tú a comer.

Devoro mi cena mientras espero impaciente a que regrese. Mi mirada no deja de desviarse hacia la puerta en todo momento porque, aunque sé que tiene razón, nunca me ha gustado que la gente ande sola por las calles de noche. Ya no hablo de las mujeres, sino cualquier persona en general. La mayoría de los delitos se comenten al amparo de la oscuridad y ese es un hecho más que probado. Cuando ya me dispongo a salir a buscarla, entra en casa. Tiene las mejillas sonrosadas y el pelo revuelto. En cuanto me ve cerca de la puerta, la cierra con cuidado, me mira fijamente y finalmente habla.

-¿Te puedes creer que me acaban de atracar?

-¿Qué? – me acerco a ella y empiezo a registrarla ignorando el dolor en mi costado – ¿Te han hecho daño? ¿Qué se han llevado? ¿Cuántos eran? Ahora mismo llamamos a la policía y los denuncias...

Mis palabras van perdiendo fuerza a medida que hablo al ver cómo contiene a duras penas la risa. En cuanto nota que la he descubierto, se aleja un poco de mí.

-Me estás tomado el pelo – la acuso.

-Tenías que verte la cara – se ríe al fin.

-A mí no me hace gracia, Kath. Estaba preocupado por ti.

-Lo siento – intenta dejar de reír, sin mucho éxito –. Es que... lo siento. Lo siento de veras. Ya paro.

La miro con dureza, aunque en realidad no estoy enfadado porque me gusta

la Kath divertida. Me encanta verla feliz. Su risa se sofoca al momento y se muerde el labio, en sus ojos se refleja el arrepentimiento. Está tan bonita que no puedo dejar de mirarla. Me acerco a ella y le acaricio la mejilla. Se inclina hacia mi mano y me sonrío con timidez.

-Lo siento – dice –. En mi mente parecía más divertido.

-Te perdono – le digo acercándola a mí – si me das un beso.

-Primero el calmante – responde con voz autoritaria.

-Primero el beso.

-Alec, cuanto más esperes para tomarlo más te dolerá antes de que te haga efecto. A saber cuándo te...

La beso para acallar sus protestas. En este momento necesito mucho más sus besos que cualquier medicamento porque, por un momento, creí que realmente la habían asaltado y me asusté. No sabía que se hubiese vuelto alguien tan importante para mí. Me temo que ya no podré vivir sin ella a mi lado y solo ahora lo he comprendido del todo.

-Vamos a tomar esa pastilla, enfermera mía – le digo en cuanto me sacio de ella.

-Y a dormir – añade totalmente ruborizada por haberla llamado de ese modo –. Estarás agotado.

-Seguramente tú también lo estés.

-No he sido yo la que ha estado abordando barcos por la noche cual aguerrido pirata – bromea mientras me entrega un vaso con agua y el calmante. Cuando habla de nuevo, ya no hay rastro de diversión en su voz – ¿Lograsteis recuperar a las mujeres?

-Sí – le sonrío para tranquilizarla –. Están todas a salvo en una casa de acogida hasta que puedan ser deportadas a su país.

-Sigo diciendo que eso es injusto.

-Lo sé – la acerco a mí –, pero no podemos hacer nada más por ellas. Al menos las hemos salvado de una vida peor.

-¿Atrapasteis a todos los malos? – me pregunta una vez en cama.

-No solo eso – le digo entusiasmado –. Atrapamos al cabrón que se

encargaba de las páginas web.

-¿En serio? Eso es bueno, ¿verdad?

-Es perfecto. Ni en mis mejores sueños habría imaginado que estuviese en el barco para supervisar personalmente la llegada de las mujeres – me remuevo porque no encuentro la postura adecuada. Mis costillas duelen en cualquiera de ellas –. Fue tan malditamente descuidado. Su jefe no ha de estar muy contento en este momento.

-Creí que él era el jefe – me mira extrañada mientras acomoda la almohada de modo que ya no siento tanta presión en el pecho y el dolor disminuye. Tener enfermera en casa es una gran ventaja. La beso en agradecimiento.

-No – le digo después –. Hay alguien más poderoso detrás, con más influencia que este tipejo. Pero ahora que lo hemos capturado, podremos sacarle toda la información que necesitamos. Mañana empezarán con los interrogatorios.

-¿No lo harás tú? – me pregunta alarmada.

-Se encargará Rory, yo no sirvo para eso – sonrío –. Lo mío es la informática, así que estaré mirando tras el cristal. En cuanto Rory le saque la información que necesito sobre las páginas, las eliminaré. No quiero que sigan en la red todas esas fotos y esos videos.

Siento cómo se estremece y la aprieto contra mí. No me importa si me hago daño, como se ha empeñado en decirme cada vez que he intentado abrazarla. Soportaría mucho más dolor si con ello consigo conservarla a mi lado. Y esa certeza me demuestra que lo que estoy sintiendo por ella es más que un enamoramiento.

-¿Te sigue doliendo?

-Para nada – le miento para que no se aparte.

-Soy enfermera, Alec – me mira –. No me engañas.

-¿Para qué preguntas entonces? – rio.

-Duérmete – se acomoda mejor contra mí.

Al parecer ha desistido de alejarme y yo me alegro. Me gusta tenerla

cerca. Permanezco despierto hasta que noto que Kath se ha dormido ya. Su respiración pausada me trae la tranquilidad que necesito después de una noche tan intensa como la que he vivido. Entonces comprendo que nada me resultará demasiado duro en mi trabajo, si ella está en casa para recibirme tal y como lo ha hecho hoy.

...

-¿Seguro que no quieres entrar? – Rory parece decidido a hacerme participar más activamente en el interrogatorio, pero no tengo intención de hacerlo. Ni me gusta, ni quiero. Eso no es para mí.

-Dame un ordenador y le saco la información que quieras – bromeo, aunque en realidad, es verdad –, pero no con una persona.

-También sabes cómo hacer eso – apoya su mano en mi hombro y sonrío –, solo que tus métodos son más lentos y sutiles.

-Pues ahora lo que necesitamos es rapidez y esa es tu especialidad.

-Podría enseñarte – sonrío.

-No, gracias. Estoy más cómodo tras el cristal. Ahora ve ahí y haz tu trabajo – lo empujo hacia la sala de interrogatorios antes de que insista más.

Siempre intenta convencerme para que lo acompañe, pero es algo que no haré nunca. Conozco mis limitaciones. Prefiero observar al sujeto oculto tras el cristal y tratar de encontrar algún punto débil en su declaración estudiando su comportamiento. Soy una persona muy intuitiva y se me da bien. Pero más allá de los gestos faciales y corporales, no sirvo. No soy capaz de sacar información a las personas si no quieren colaborar conmigo.

Me reúno con Thomas en la sala contigua para observar el interrogatorio. Está sentado en una silla frente al cristal y sostiene un café en una mano, mientras que con la otra tamborilea en la mesa. Está ansioso y no es para menos. Necesitamos toda la información que posee para continuar con la investigación y nos consta que este hombre sabe mucho. Si conseguimos hacerle hablar, podríamos capturar a su jefe en breve y terminar con toda la red de contrabando de personas que tienen montada. Nunca hemos estado tan

cerca como ahora mismo.

Me apoyo en la mesa a su lado, incapaz de sentarme en una silla, y cruzo las piernas y los brazos. Me preparo para escuchar el interrogatorio, mientras trato de ignorar el incesante ruido que hace Thomas con los dedos. Necesito concentrarme o no seré capaz de ayudar a Rory.

-Buenos días, Gavin.

Finge mirar los papeles que tiene en la mesa, pero estoy seguro de que se los ha estudiado bien antes de enfrentarlo. Se toma su tiempo para socavar la paciencia del hombre. Si lo pone nervioso, será más fácil que cometa algún error que podamos usar en su contra.

-Menudo historial el tuyo – silba –. Hay aquí tantos cargos como para mantenerte en la cárcel por el resto de tus días y unos cuantos más después de tu muerte.

-No me preocupa.

-Tenencia ilícita de armas, venta de estupefacientes, tráfico de personas, inmigrantes ilegales para más inri, venta de pornografía infantil – pasa una hoja como si realmente estuviese leyendo –. Y si nos remontamos unos cuantos años atrás, fuiste acusado de abuso sexual y violencia machista. Hay también denuncias por robo y filtración de información confidencial de grandes empresas... Podría seguir, pero creo ya te vas haciendo una idea de por dónde van los tiros.

-Si pretendes asustarme, no lo estás consiguiendo – parece tranquilo todavía y su postura corporal también lo dice –. Saldré de aquí antes de que puedas acabar de leer todos esos estúpidos papeles. Siempre lo hago.

-¿Tú crees? – lo mira fijamente durante unos segundos, antes de inclinarse sobre la mesa hacia él –. Puede que antes te hayas librado, Gavin. Desde luego, no sé cómo puedes estar fuera con tantas denuncias a tus costas, pero yo de ti, no estaría tan tranquilo esta vez. Tu jefe ha de estar muy enfadado contigo por haberte dejado atrapar de una manera tan estúpida. Imagina lo que pasará cuando vea que su... preciada mercancía se ha perdido. O que sus páginas web desaparecen de la noche a la mañana.

-Eso no sucederá – lo interrumpe con socarronería –. Si elimináis las páginas, perderéis la única vía de contacto que tenéis con él. No os conviene.

-La única vía – se recuesta en la silla –. Lo dudo. Una cosa está clara, Gavin, sabes mucho más de lo que dices, pero te diré algo que no sabes: con o sin colaboración, antes de que acabe el día me habrás dicho todo lo que escondes. Esas páginas serán historia de una vez por todas y, después de cerrarlas, me entregarás a tu jefe.

-No te diré una mierda.

-No me lo dirás sin más, cierto – se acerca a él tanto como la mesa se lo permite para amenazarlo –. Suplicarás por hacerlo.

Thomas se remueve en su silla sin cesar y mira su reloj cada pocos minutos. Parece más intranquilo de lo habitual y algo me dice que no es por el interrogatorio. Lo observo con disimulo, hasta que mis nervios empiezan a resentirse y dejo de prestar atención a lo que está haciendo Rory.

-¿Pasa algo? – le pregunto finalmente.

-La policía está haciendo presión para que se lo entreguemos.

-¿Qué? ¿Por qué?

-Quieren interrogarlo ellos mismos.

-Teníamos un trato – le digo mirándolo ahora con más atención.

-Me han dicho que las condiciones han cambiado ahora y me han exigido que se lo entregue. Me he negado, por supuesto, y me han amenazado con venir con una orden judicial.

-No puedes estar hablando en serio.

-A estas alturas ya estarán esperando a que el juez les entregue al orden.

-Fueron ellos los que nos pidieron ayuda porque no eran capaces de avanzar en la investigación. Se supone que lo llevaríamos a nuestra manera y hasta el final – protesto, a sabiendas que él no puede hacer nada –. Esto todavía no ha acabado, Thomas. En realidad, apenas ha empezado. No pueden simplemente apartarnos ahora.

-Al parecer sí.

-En las páginas contabilicé al menos 100 personas, entre mujeres y niños, con esa horrible etiqueta de nueva adquisición. En ese barco no iban ni la mitad de las mujeres. Y ningún niño. Ningún niño, Thomas. Habrá más barcos,

estoy seguro de ello. Ese hombre – lo señalo a través del cristal – es el único que nos puede decir cuándo y dónde desembarcarán. Él no es más que la punta del iceberg.

-¿Crees que no lo sé? ¿Que no lo saben ellos? Querrán encargarse personalmente de capturar al resto. Ahora que lo tienen a él, ya no nos necesitan.

-Por supuesto que nos necesitan, maldita sea – lo interrumpo –. Nadie conoce mejor que nosotros estas costas...

-Y ninguno de sus informáticos es tan bueno como tú – me interrumpo él a mí –, pero creen que podrán con ello igualmente. Tal vez esperan que su maldito jefe esté en uno de esos barcos. O qué se yo.

-El jefe desaparecerá en cuanto huela los problemas – bufo, frustrado por las malas decisiones que está tomando el departamento de policía en esta ocasión –. Todos estos meses de investigación tirados por la borda. Y nunca mejor dicho.

Me paseo inquieto por el cuarto mientras despeino mi pelo una y otra vez. Eso suele ayudarme a pensar, pero estoy bloqueado. No puedo creer que vayan a quitarnos el caso ahora que estamos tan cerca de resolverlo. Lo van a estropear todo con sus prisas.

-No importa lo que hayan dicho o hecho en el pasado – Thomas intenta tranquilizarme, aunque él está tan cabreado como yo –. Es su caso, Alec. Siempre lo fue. Harán lo que crean conveniente.

-¿Y les conviene meter la pata de esta forma? – le digo sin dejar de moverme.

-No podemos hacer nada, Alec. Sabes que están en su derecho, aunque no nos guste.

Y eso es lo que más me molesta porque Thomas tiene razón. Siempre fue su caso y nosotros unos simples colaboradores. En cada caso en el que hemos trabajado con ellos, nos hemos apartado en cuanto nuestra ayuda ya no era necesaria, pero en esta ocasión, nos hemos implicado demasiado y estábamos deseando ayudarles a dismantelar toda la red de tráfico de personas. No debí olvidar que tendríamos que abandonar a medio camino.

-¿Cuánto tiempo nos queda? – me paro frente a Thomas y lo miro

fijamente.

-Es cuestión de horas, supongo – se encoge de hombros –. Depende de la rapidez con que consigan la colaboración del juez.

-Maldita sea. Eso es malo – miro hacia el interior de la sala donde Rory sigue interrogando a Gavin – ¿Lo sabe Rory?

-No me atrevo a decírselo. Sé que forzará las cosas todavía más y se le puede ir de las manos. Ya lo conoces.

-Que se le vaya – cada vez estoy más furioso y ya no me importa nada –. Necesitamos saber quién está detrás de todo esto. Estamos tan cerca. Joder, no es justo.

Me acerco a la puerta, dispuesto a ser yo mismo quien se lo diga. Si debe presionarlo más, que lo haga. Hemos invertido muchas más horas en este caso que en cualquier otro y me siento impotente ahora que la policía quiere apartarnos. Sé que es lo habitual, pero no tan pronto. No cuando hay mucho que descubrir todavía. Lo van a estropear.

-Creo que no entiendes... – Rory se detiene al verme entrar – ¿Qué pasa?

-Tenemos que hablar un momento – mantengo la calma para que Gavin no sospeche nada o estoy seguro de que lo usará en su beneficio.

-Piénsatelo, Gavin – le dice antes de levantarse y salir conmigo de la sala – ¿Qué sucede?

-La policía quiere hacerse cargo del caso ahora – le digo sin rodeos.

-Acordamos que no intervendrían en esto hasta que hubiésemos descubierto algo gordo.

-Pues han cambiado de opinión.

-¿Cuánto tiempo me queda?

-Horas.

-Maldita sea – golpea la pared con el puño –. Les hemos hecho todo el trabajo duro y ahora que se quieren llevar la gloria. Cabrones.

-Creo que detrás de esto hay mucho más – le confieso. No quise decírselo a Thomas, pero Rory es mi compañero y necesito que lo sepa –. Y creo que no quieren que nosotros lo descubramos.

-Yo también lo creo – asiente –. Ayer al registrar el barco, lo vi claro. Estos no solo sirven de puente entre América y Europa. Quiero saber qué más se traen entre manos.

-Pero no nos dejarán.

-No podrán impedírmelo. ¿Quieren al tipejo este? Bien – dice decidido –. En cuanto vengan a por él, lo tendrán. Pero antes obtendré de él todo lo que necesito saber. Ha intentado ingresar personas en el país ilegalmente y eso nos concierne a nosotros. Si debemos continuar el caso por ese lado, que así sea, pero no pienso retirarme así sin más.

-Estoy contigo – asiento – ¿Qué vas a hacer?

-Asustarlo – sonrío –. Como nunca lo ha estado en su vida. Me confesará todo cuanto sepa antes de que llegue esa orden judicial.

-Ten cuidado, Rory. No quiero que te vayas a meter en líos por esto.

Me guiña un ojo y sé que no va a gustarme lo que está a punto de hacer. Aún así, no pienso impedirlo esta vez. Necesitamos la información para seguir por nuestra cuenta con el caso. Si para ello debe saltarse algunas normas, que lo haga. Solo debe ser rápido para que no descubran lo que va a hacer y no dejar pruebas que Gavin pueda usar en nuestra contra.

-Tal vez deberías ir a dar una vuelta, Thomas – le digo en cuanto regreso a la sala –. Si no lo ves, no tienes que impedirlo.

En alguna otra ocasión Rory ha usado métodos poco ortodoxos que aprendió en el ejército para hacer hablar a alguien y Thomas siempre ha desaparecido convenientemente es el momento justo. Sin testigos, será la palabra del preso contra la del agente. Y aunque me pese admitirlo, el agente siempre gana en esos casos, por más que el preso tenga algunos golpes y magulladuras.

-Iré a comprobar cómo va lo de la orden – se levanta lentamente –. Os avisaré en cuanto sepa algo.

Se gira hacia mí, con el pomo de la puerta ya en la mano y me mira con preocupación. Sé lo que está pensando incluso antes de que me lo diga con palabras. Yo también lo pienso cada vez que Rory entra en acción porque su entrenamiento militar le puede en algunas ocasiones.

-No dejes que traspase el límite, Alec.

-No lo haré – le prometo.

En parte, dejó el ejército precisamente porque se había vuelto demasiado bueno en su trabajo y lo disfrutaba demasiado mientras la adrenalina corría por sus venas, pero luego los remordimientos por lo que había hecho no le dejaban dormir por las noches. No había nadie mejor que él en su campo y no le resultó fácil dejarlo. Sus superiores hicieron lo posible y lo imposible por mantenerlo bajo su control.

Ahora, después de seis años de haber abandonado el ejército, todavía lo acosan las pesadillas de vez en cuando. No me lo dice, pero sé cuando sucede. Sus gestos, su postura, su tono forzado me lo indican. Y aunque no quiere hablar de ello, estoy convencido de que desahogarse de vez en cuando le ayudaría mucho. El hecho de que se tome la vida siempre a broma, sin llegar a comprometerse realmente con nadie, es solo un mecanismo de defensa.

-Cambio de planes, Gavin – lo escucho decir y presto atención, olvidando mis pensamientos por completo. Necesito concentrarme en lo que va a pasar ahora por si debo intervenir –. He decidido que te sacaré las respuestas a golpes si es necesario.

-No puedes hacer eso – ríe seguro –. Te denunciaré por brutalidad policial y te encerrarán de por vida en la cárcel.

-He aquí una sorpresa para ti – le dice mientras se acerca peligrosamente a él –. No soy policía. No me rijo por sus normas. Y otra sorpresa, estamos solos. Tú y yo. Nadie vendrá a detenerme, así que prepárate para decirme todo lo que quiero saber o lamentate después cuando haya roto hasta el último de tus huesos.

A medida que habla, el rostro de Gavin se va tornando cada vez más pálido. Cuando Rory sujeta su mano esposada y retuerce uno de sus dedos hasta el límite, el grito de espanto del hombre me eriza todo el vello del cuerpo. El espectáculo ha empezado y por más que me disguste, me tocará presenciarlo entero.

16

Al llegar al trabajo, lo primero que me dicen mis compañeras del turno de la mañana es que la policía ha estado haciendo preguntas sobre Faith y sobre el hombre que intenta conocerla. Parecen asustadas así que intento tranquilizarlas antes de que se vayan, restándole importancia al asunto, aunque le agradezco mentalmente a Alec que se haya dado tanta prisa. Es un hombre de palabra y una vez más lo demuestra.

Esta mañana no lo oí marcharse y eso es extraño en mí porque no suelo ser de las que duermen profundamente. Claro que con él al lado, parece que sí lo hago. Dejó una nota de buenos días y el desayuno listo para mí. No sé si es algo habitual en él o solo estamos pasando por la etapa más bonita de una relación, pero no puedo evitar sonreír cada vez que pienso en lo atento que es conmigo. Y aunque mi instinto me dice que no debería fiarme de una actitud tan servicial, siento que no está fingiendo ni intentando impresionarme.

Cuando entro en la oficina de Adelaide para mirar la lista de tareas, me la encuentro a ella. No la esperaba porque está en turno de noche hasta mañana. Me saluda y me insta a sentarme junto a ella. Empiezo a preocuparme por lo que vaya a decirme. Si ha venido a propósito para ello, no ha de ser nada bueno. Mi mente empieza a imaginar toda suerte de situaciones y ninguna es halagüeña.

-Becka ha hablado conmigo – me dice sin rodeos.

-Becka – digo, sin llegar a sorprenderme del todo, pero aliviada de que no tenga nada que ver con Faith. La verdad es que debí esperarme algo así por su parte, aunque no la creía con tantas agallas. Ni tanto descaro.

-Dice que sobrepasaste tus competencias de enfermera con ella y me ha pedido que no os ponga en el mismo turno nunca más – habla con calma, pero la conozco muy bien y sé que está bastante alterada.

-¿Mis competencias de enfermera? – y ahora soy yo la que intenta mantener la calma – ¿Sabe al menos lo que significa eso? Porque ella sí que estaba sobrepasando las tuyas.

-¿Me cuentas tu versión?

-Estaba molestando al padre de Faith. No, perdona, déjame ser más explícita. Estaba literalmente encima de él – a medida que hablo, el enfado se hace cargo de la situación –. Si la hubieses visto, Adelaide. Solo le faltó levantarse la camiseta y enseñarle los pechos. Estaba siendo tan descarada. Y lo peor de todo es que había más padres en la sala. Menuda falta de respeto hacia todos ellos. Y menuda imagen que proyectaba sobre nosotras. Llegué de mi descanso y Eleanor me suplicó que hiciese algo y siento si me excedí en mis competencias, pero no podía dejarlo estar. Todas hemos estado aguantando mucho por no meterla en problemas, pero se ha pasado de la raya. No debería trabajar con niños, Adelaide.

-Imaginaba que sería algo así – suspira –. Aunque no haya dicho nada, no estoy ciega y veo lo que pasa con ella y con Christine. Por desgracia, tengo las manos atadas y no puedo hacer nada salvo reprenderlas. Les he repetido hasta la saciedad la importancia de su trabajo y que han de ser más responsables porque tratar con niños prematuros es más delicado que hacerlo con adultos, pero con ellas no hay manera. No ven el daño que puede causar su dejadez. Por suerte, las demás suplís sus faltas en la mayoría de los casos. Sé que no es justo para vosotras, pero no sé qué otra cosa hacer.

-¿Y tienes que ponerlas en el mismo turno? Eso es lo más desesperante.

-Las junto por la noche porque hay menos carga de trabajo. Y porque no hay visitas. Tal vez no sea la decisión más acertada, lo sé, pero intento que molesten lo menos posible.

-Yo las mantendría bien lejos la una de la otra. Juntas son incluso peor.

-Sé que te cargo con demasiado, Kat – toma mis manos – y te agradezco que nunca protestes. No sé qué haría sin ti. Aunque no lo creas, me liberas de mucho trabajo.

-Yo solo cumplo con mi deber.

-Haces más que eso y lo sabes – en cuanto ve que me empiezo a incomodar, cambia de tema –. Tengo buenas noticias para ti.

-Eso es estupendo – sonrío –. Las necesito.

-El doctor Harris ha decidido que es hora de sacar a Faith de la incubadora cada vez que su padre venga a verla.

-¿Va a poder cogerla en brazos? – mi voz me delata e intento controlarme, aunque creo que no lo hago del todo bien –. Eso será bueno para los dos.

-Tú tampoco me engañas, Kat – sonrío –. Sé lo que significa para ti la niña. Y el padre.

-No sé a qué te refieres – odio mentirle.

-Sí que lo sabes – se levanta –. Pero no importa, Kath. Eres una gran profesional y sé que actuarás conforme a las normas mientras estés en el hospital. Intenté advertirte de que podía ocurrir esto, pero en el corazón nadie manda. Está demostrado.

-Adelaide, yo no...

-No tienes que decirme nada, cariño – me abraza –. Sea lo que sea lo que pasa entre vosotros, te está haciendo mucho bien y no afecta a tu trabajo, así que no podría reprenderte por eso. Alec es un buen hombre y si a su lado eres feliz, bien por ambos.

-¿Desde cuándo lo sabes?

-Desde el día en que coincidisteis aquí y él fingió que no te conocía – acaricia mi mejilla y sonrío –. Deberías haber visto cómo te miraba cuando creía que no lo veía nadie. Empecé a sospecharlo ahí, pero Duncan me lo confirmó después.

-¿Duncan?

-Me dijo que estabas saliendo con alguien – ríe –. En cuanto me dio el nombre, supe quien era.

-Está claro que es imposible tener secretos contigo – me siento aliviada de que no me censure por esto. Temía que si se enteraba, repercutiese en mi trabajo.

-Si hubiese sido cualquier otra, estaría dándole la charla – engancha su brazo en el mío –. Pero te conozco bien, Kat. No dejarás que tu relación influya en tu criterio aquí dentro porque para ti este trabajo es muy importante. Solo ten cuidado. No todos lo verán como yo y después del incidente con Becka, podrías tener problemas si se supiese.

-Nadie sabrá nada – le aseguro.

-Confío en ti. Y ahora a trabajar. No quiero que Becka encuentre más motivos para quejarse de ti.

-¿No hay forma de que la trasladen a otra planta?

-Tendría que pedir ella el cambio – me explica –. O que vosotras os decidáis a denunciar sus faltas.

-Me temo que ambas cosas son difíciles de conseguir.

-Lo sé – sonrío con pesar –. Me voy. Nos vemos por la noche, en el cambio.

-Gracias por todo, Adelaide. Y lamento que tuvieses que venir por mi culpa.

-Por culpa de Becka – matiza –. Fue ella la que me llamó para darme las quejas.

En cuanto se va, comienzo mi ronda. Eleanor y Becka están ya en ello y la segunda me mira mal. Ha visto cómo nos despedimos Adelaide y yo y sabe que no ha conseguido lo que se proponía al contarle nuestro enfrentamiento. Siento ganas de decirle unas cuantas cosas, pero eso solo serviría para complicarlo todo, así que desisto. Me gusta mi trabajo y quiero disfrutarlo sin tensiones de por medio. Si debo ignorar a Becka para lograrlo, lo haré. No tengo problemas con eso.

-Te lo dije – Eleanor me ataja en cuanto nos quedamos solas –. Becka no ha tardado nada en irle con el cuento a Adelaide.

-Adelaide no es tonta – le sonrío para tranquilizarla – y nos conoce bien a todas. Sabe de qué pie cojeamos cada una de nosotras, así que le conté la

verdad y me creyó.

-No ha logrado lo que pretendía acusándote y ahora estará rabiosa. Ten cuidado con ella.

-No me asusta, Eleanor. Estoy harta de callar y tragar con todo. Si se le ocurre enfrentarme otra vez, saldrá perdiendo, te lo aseguro. Se acabó ser la tonta que hace todo el trabajo sin protestar. Ya me cansé.

-¿Qué vas a hacer?

-Nada, mientras se mantenga lejos de mí y haga su trabajo. Pero si me toca las narices, tendré unas cuantas palabras con ella. Ya me cansé de tapar sus fallos.

-Cuenta conmigo, Kat – se ofrece –. Tal vez si nos unimos todas, logremos lo imposible.

Aunque no pretendía iniciar una guerra contra ella, me temo que es precisamente eso lo que acabo de hacer. Y por más que le pido a Eleanor que no intervenga, ya está decidida a enfrentarla también y a hablar con el resto de nuestras compañeras para que hagan lo mismo. No era eso lo que quería, aunque admito que no me disgusta la idea de que Becka acabe pidiendo el traslado si empieza a ver hostilidades en torno a ella.

En mi descanso, un hombre trajeado se acerca con decisión a mí y se sienta en mi mesa sin pedir permiso. Intento ignorarlo, pero la curiosidad me puede al verlo sacar una libreta y un bolígrafo del interior de su chaqueta. Cuando me mira, creo saber quién puede ser. Sus primeras palabras me lo confirman.

-Buenas tardes, señorita Donne. Soy el agente Gordon. ¿Podría hacerle unas preguntas?

-Claro – ni siquiera le pregunto cómo sabe quién soy. Supongo que mi aspecto me delata porque no hay muchas pelirrojas por aquí –. Pero debo regresar al trabajo en diez minutos.

-Seré breve – revisa sus notas –. Solo necesito que me confirme algunos datos.

-De acuerdo.

-Me consta que se ha enfrentado al sujeto en más de una ocasión – va

directo al grano.

-En realidad fueron solo dos.

-Dos, sí – asiente – ¿Qué le dijo exactamente?

-En la primera ocasión intentó convencerme de que era el tío de la niña y que solo quería saber si estaba bien. Dijo que Alec y él no estaban en buenos términos, pero que le gustaría conocerla.

-¿No lo creyó?

-En realidad, no importa. Nadie salvo los padres pueden entrar en Neonatos. Pero no, no lo creí.

-¿Por qué?

-Había algo en su actitud que no me gustaba. Cuando se lo comenté a Alec, él me aseguró que Faith no tenía tíos.

-Sí – asiente de nuevo –. Hablé con él sobre eso. ¿Y la segunda ocasión?

-En la segunda ocasión lo descubrí cuando intentaba convencer a otra de mis compañeras. Cuando le dije que sabía que no era tío de Faith y que llamaría a la policía si no se iba, me amenazó – frunzo el ceño –. O al menos yo lo sentí así.

-Hizo bien en advertir a Alec – me señala –. Aunque no debería haberse enfrentado a él. Podría ser peligroso.

-Estamos en un hospital. No creo que se atreva a hacer nada aquí.

-Esa es una posibilidad que no debemos descartar. Algunas mentes funcionan de diferente manera a la esperada – estudia de nuevo sus notas antes de continuar – ¿Sería capaz de reconocerlo si lo ve de nuevo? Hemos estado revisando los videos de seguridad del hospital, pero no hay ningún plano en el que se le vea bien el rostro.

-No podré olvidar su cara en mucho tiempo – me estremezco al pensar en su fría mirada.

-Perfecto – lo anota en su libreta –. Necesitaría que se pase por comisaría en cuanto le sea posible para hacer un retrato robot. No tenemos mucho con lo que trabajar ahora mismo para averiguar su identidad y eso nos ayudaría.

-Está bien. Mañana iré.

-Si vuelve a aparecer por el hospital, llámenos inmediatamente – me recuerda, levantándose –. No se le ocurra enfrentarlo de nuevo. No sabemos de lo que es capaz ese hombre y es mejor prevenir.

-Los llamaré.

-Muchas gracias por su tiempo, señorita Donne. Nos veremos mañana en comisaría – me entrega una tarjeta –. Este es mi número. Si recuerda algo más, llámeme.

-Gracias a usted.

Sus advertencias me dejan un sabor amargo en la boca. Si las cámaras no captaron su rostro, me consta que ha podido hacerlo a propósito, y cuando alguien se oculta, no es buena señal. Un nuevo escalofrío recorre mi espina dorsal. Otra vez esa sensación de peligro me invade al pensar en él. Espero no volver a cruzármelo en la vida.

-Buenas noches, Kat – se despide de mí Eleanor en el aparcamiento una vez termina nuestro turno.

-Hasta mañana – le sonrío.

Mientras revuelvo mi bolso en busca de las llaves, un coche pasa por mi lado. No me fijo en él hasta que siento un fuerte frenazo seguido de un bocinazo. Alzo la vista a tiempo de ver cómo Eleanor ha tenido que parar de golpe por culpa de un todoterreno negro que se le ha metido delante. Mientras me acerco a ella para comprobar que no le ha pasado nada, no dejo de pensar que ese es el mismo coche que casi me atropella el otro día frente a mi casa. ¿Cuántas posibilidades hay de que existan dos coches como ese en Edimburgo? Hasta ahora no lo había visto nunca y llevo diez años viviendo aquí.

-¿Estás bien? – le pregunto cuando la veo salir del coche. Parece agitada y no es para menos.

El todoterreno continúa su marcha como si no hubiese estado a punto de colisionar con ella, pero no consigo ver su matrícula porque desaparece tras una curva. Me quedo con la sensación de que de algún modo he vuelto a fallar.

-Está loco – dice Eleanor, con voz alterada –. Apenas conseguí parar a tiempo.

-Hay quien no sabe conducir – digo, sin dejar de mirar el lugar por donde ha desaparecido el coche.

-Menudo susto me ha dado. Se me saldrá el corazón del pecho en cualquier momento.

-¿Seguro que estás bien? – repito, mirándola ahora a ella.

-Sí, sí. Al final no ha pasado nada, pero me tiembla todo el cuerpo.

-¿Puedes conducir? ¿Te llevo?

-No, tranquila – sonrío -. Estoy bien.

-¿Segura?

-Sí. Vete a casa ya, Kat. No te preocupes por mí.

-De acuerdo.

Todo el camino hasta mi casa me siento inquieta. Me parece ver el todoterreno en cada cruce y empiezo a creer que me estoy volviendo loca. Lo que tengo claro es que de ser el mismo del otro día, no se trata de un vecino como había creído en un principio. Si lo hubiese visto solo en el hospital, podría pensar que es el hombre que quiere ver a Faith, pero no entiendo por qué habría de seguirme hasta mi casa aquella primera vez. Eso no tiene ningún sentido.

Al entrar, siento la casa extrañamente silenciosa. Después de pasar varios días con Alec, estar aquí de nuevo se me hace raro. Enciando las luces a mi paso, es una manía que tengo desde que estoy sola, y entro en la cocina dispuesta a cenar algo antes de acostarme. A pesar de las ganas que tengo de decirle a Alec que ya puede tomar en brazos a Faith, probablemente ya esté durmiendo a esta hora, así que hoy no iré a verlo.

Me encantaría estar presente en un momento tan importante como ese para ellos. La primera vez que un padre sostiene a su hijo en brazos es especial. Ahí es donde se crea el verdadero vínculo entre ellos; esa sensación de pertenencia, de que forman una familia, un todo indivisible. Ya lo he visto cientos de veces con otros padres, pero en este caso será un momento único para mí también.

Pensar en Alec trae a mi mente, de alguna manera, la imagen del todoterreno negro. No le había dado importancia hasta el momento, pero

después del susto que se llevó Eleanor, tal vez deba contárselo. Puede que solo sean paranoias mías, pero me sentiré más tranquila si él lo sabe porque sé que lo investigará. Aunque me preocupa no poder aportar demasiada información. Ni siquiera he sido capaz de verle la matrícula, mucho menos al conductor. Tampoco estoy segura de que sea el mismo coche, pero necesito sacarme de la cabeza la idea de que es el falso tío de Faith.

Doy un respingo cuando mi teléfono comienza a sonar. Estaba tan metida en mis pensamientos, que me ha dado un susto tremendo. Me rio de mi reacción mientras limpio mis manos y miro quién me está llamando. Veo el nombre de Alec en la pantalla y la sonrisa se queda en mi cara. Lo que estamos iniciando me tiene idiotizada, pero ya no me importa porque Adelaide tiene razón, me hace bien tenerlo cerca.

-¿Todavía en el trabajo? – me dice después de saludarnos.

-No estaba segura de aún estuvieses despierto a estas horas, así que me he venido directamente a casa. Tal vez debí enviarte un mensaje para que no te preocupases por mí. Perdona – me disculpo.

-No pasa nada. Llegué hace una hora, en realidad – suspira -. Estoy agotado.

-Descansa esta noche – pongo el altavoz para poder seguir cocinando – ¿Qué tal tus costillas?

-Duelen un poco – admite.

-Deberías ir al médico.

-Debería – suspira de nuevo – ¿Qué tal Faith? Hoy no he podido ir a verla y la echo de menos.

-Deberías ir mañana – sonrío aunque no pueda verme -. El pediatra ha dicho que podrás cogerla en brazos un ratito.

-¿En serio? – noto ansiedad en su voz y puedo imaginarme su rostro sorprendido -. Eso sería... No puedo creerlo. ¿Es seguro? ¿No le pasará nada?

-Estará bien y puedo asegurarte que la beneficiará. En cuanto puedas sostenerla todos los días, su mejoría será más rápida. Pronto podrás tenerla en casa contigo.

-Estoy deseándolo – se queda callado un momento antes de hablar de nuevo –. También me asusta.

-¿Por qué?

-Porque no sé nada de bebés.

-Yo te ayudaré, ¿recuerdas?

-Sí, eso me tranquiliza.

-Mañana tengo que ir a comisaría – le digo al recordar la visita del policía –. Me han pedido que les ayude a hacer un retrato robot del hombre que frecuenta el hospital.

-Tenía la esperanza de que las cámaras fuesen suficientes para identificarlo.

-Creo que hoy... – vacilo –. Seguramente sea una tontería. Me da vergüenza hasta contártelo.

-¿Qué ocurre?

-Hace unos días, un todoterreno estuvo a punto de arrollarme. Creo que no era esa su intención, solo que se acercó demasiado a mí. No le di demasiada importancia, pero hoy... – vacilo de nuevo.

-¿Hoy, qué?

-Hoy Eleanor estuvo a punto de chocar con otro todoterreno en el aparcamiento del hospital y juraría que era el mismo, pero no estoy segura porque no pude ver la matrícula en ninguna de las ocasiones y además ambos tenían los cristales tintados. No sé. Tal vez sea solo imaginación mía.

-¿Un todoterreno con los cristales tintados? No es algo común. Y mucho menos dos. No me gusta – dice después de pensar en ello –. Mañana te acompaño a la comisaría y hablo con Gordon para que lo investigue. No quiero correr ningún riesgo.

-Ni siquiera sabemos si es el mismo coche.

-Eso es lo que vamos a averiguar – escucho ruidos a través del teléfono, como si Alec se estuviese moviendo –. Estaré ahí en quince minutos.

-¿Qué? – le digo –. Alec, no. Tú descansa. No...

-Nos vemos ahora – me interrumpe.

Cuelga para que no pueda decirle nada más. No sé cómo tomarme el que decida venirse en plena noche a mi casa después de contarle lo del coche. En ningún momento creí que fuese realmente peligroso porque hasta ahora solo lo he visto de pasada y nunca se ha parado ni ha bajado nadie de él. Solo me preocupa que me esté siguiendo si es el hombre del hospital porque él sí me asusta, no el coche.

El timbre suena justo en el momento en que termino de preparar mi cena. Mi corazón late muy rápido a medida que me acerco a la puerta. Aunque imagino que es Alec, con los nervios alterados, mi mente empieza a divagar sobre lo que puede haber tras la puerta. Uso la mirilla y casi espero ver al hombre del hospital apuntándome con un arma. Loca imaginación, pienso.

-Hola – digo después de abrir –. No hacía falta que vinieses.

-Estaba deseando verte – me dice Alec entrando en la casa.

Me abraza y me besa, mientras cierra la puerta con el pie. Es un beso intenso y apasionado, pero sabe un poco a preocupación. Me aferro a él y lo disfruto hasta que la necesidad de aire nos obliga a separarnos. Sujeta mis mejillas con sus manos y las acaricia con los pulgares mientras me mira con esos ojos tan azules que tiene y me sonrío. Es un gesto muy tierno y me siento conquistada por él. Ahora no voy a protestar porque haya venido.

-¿Quieres cenar? – le pregunto para escapar de su intensidad. A veces siento que podría perderme en su mirada –. No es mucho, pero puedo compartirlo contigo.

-Cualquier cosa que me des, será suficiente para mí – tengo la sensación de que no habla de comida precisamente, pero no me siento preparada para pensar en algo más profundo por ahora, así que lo ignoro con sutileza.

Mientras cenamos, me habla de su trabajo. Me cuenta cómo la policía pretende alejarlos del caso ahora que tienen un detenido y cómo Rory ha logrado sacarle información valiosa antes de que se lo llevaran. Aunque ha dudado en un principio, al final me habló también sobre el pasado militar de su compañero y de cómo eso le sirvió para que Gavin hablase. Me horroriza pensar en lo que habría podido hacer Rory si ese hombre no hubiese sido un cobarde y no lo hubiese soltado todo cuando comprobó que la amenaza de romper sus huesos iba en serio. Tengo la sensación de que si hubiese sido de

otro modo, Alec no me lo habría contado. Tampoco yo hubiese querido saberlo.

Después de la cena, reviso sus costillas y renuevo el vendaje. Sigo pensando que no hay nada roto, pero prefiero asegurarme, así que después de mucho insistirle, consigo convencerlo de que vaya al hospital. Su condición es que vaya con él y aunque no creo que sea buena idea que nos vean juntos, lo acompañaré igualmente. Hace tiempo que asumí que no puedo negarle nada.

Nos levantamos temprano, dispuestos a aprovechar bien la mañana. Alec ha pedido unas horas en su trabajo con la excusa de sus costillas y se las han concedido, aunque tendrá que reincorporarse por la tarde. Con todo lo que han averiguado, estarán muy ocupados en las próximas semanas. Aún así, me prometo sacar tiempo de donde sea para ver todos los días a Faith. El brillo en sus ojos al pensar en tenerla en brazos, derrite mi corazón. Y aunque yo quiero presenciar cada ocasión en que se vean, sé que será imposible.

Después una media hora larga en la comisaría con el agente que se encarga del retrato, me doy por satisfecha. Se parece bastante al hombre al que me he enfrentado en el hospital. Mientras tanto, Alec ha aprovechado para hablar con Gordon y ahora se acercan para verlo también. La expresión de Alec cambia y sé que lo ha reconocido. Ni siquiera me sorprende cuando da un nombre.

-Brock Neville – dice –. No puede ser.

-¿Lo conoces? – pregunta Gordon.

Parece salir del trance en que se ha sumido por unos segundos y recompone su semblante. Cuando habla de nuevo, tengo la intuición de que no está diciendo toda la verdad, pero me abstengo de decir nada. Él sabrá por qué quiere ocultar esa información.

-He oído hablar de él – aclara la garganta –. Tiene varios clubs de alterne aquí en Edimburgo.

-¿Qué hace un tío como éste interesándose por tu hija?

-Eso mismo me pregunto yo – dice.

-Nos encargaremos de averiguarlo, Alec. No te preocupes.

-No me importan sus motivos. No quiero que ese hombre se acerque a mi hija, Gordon.

-Procuraremos que eso no suceda – le asegura –. Pondremos inmediatamente a alguien vigilando en la planta. Nadie podrá entrar o salir sin ser registrado. Tu hija estará a salvo.

-Bien – me toma del brazo para que me levante –. Nosotros nos vamos ya. Mantenme informado, Gordon.

-Lo haré.

En cuanto salimos de la comisaría, me lleva casi a rastras hasta el coche. Parece muy apurado y yo empiezo a preocuparme. Al llegar, me enfrenta y esa expresión de preocupación que le vi al reconocer al hombre del hospital está de nuevo ahí. Ahora estoy segura de que no ha dicho todo lo que sabe sobre él.

-Kath, esto es más peligroso de lo que creía – me dice –. No me gusta nada. No entiendo por qué está interesado en mi hija, pero no voy a quedarme de brazos cruzados esperando a que intente acercarse a ella otra vez.

-Pero dijiste que...

-Sé lo que dije – me interrumpe –. Pero no podía decirle a Gordon lo que sé porque comprometería nuestra investigación.

-¿Vuestra investigación? ¿De qué estás hablando, Alec?

-Ese hombre – señala en dirección a la comisaría – es el hombre al que Gavin delató ayer. Es su jefe. Su maldito jefe, Kath.

-¿Qué? – sé que mi rostro ha perdido el color porque Alec me sujeta temiendo que me desmaye. Yo también creo que podría hacerlo en cualquier momento y me apoyo en el coche para no caerme.

-Brock Neville es el intermediario entre América y Europa que estamos buscando – me explica, una vez me recupero de la impresión –. Por ahora tenemos solo la confesión de Gavin, que no nos sirve porque lo negará todo ahora que está en manos de la policía, pero es él y es peligroso.

-Deberías decírselo a la policía. Ellos podrían capturarlo.

-No, Kath – niega –. No se puede acusar a una persona tan poderosa como él sin pruebas.

-¿Qué vas a hacer?

-Seguir con la investigación hasta encontrar pruebas contra él. Gordon lo

mantendrá vigilado para que no se acerque al hospital, así que Faith estará a salvo. Pero tú te mudarás a casa conmigo – me obliga a mirarlo a los ojos –. No te vas a quedar sola ni un solo minuto.

-¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué tengo yo que ver con eso?

-Te amenazó, Kath.

-No creo que se tome tantas molestias por una simple enfermera.

-Has visto ya en dos ocasiones un todoterreno sospechoso desde que lo enfrentaste. Mientras no sepamos si se trata de él, no te quedarás sola nunca.

-No podrás estar conmigo las 24 horas del día.

-En el hospital estarás a salvo. Y fuera de él, yo te protegeré.

-Trabajo a turnos, Alec. Es imposible que...

-Podrías quedarte con alguien esas horas en que yo estoy trabajando. ¿Tienes algún amigo al que puedas recurrir? Tal vez Duncan – casi puedo ver a su mente trabajando e inexplicablemente siento ganas de besarlo –. Su casa está lejos del centro y sería un lugar perfecto para esperarme. Yo iría a por ti en cuanto saliese del trabajo.

-¿No crees que estás exagerando, Alec? – me mira con reproche y cedo una vez más –. De acuerdo, hablaré con él. Ya me inventaré algo que decirle porque no quiero preocuparlo sin necesidad.

-No me importa cómo lo hagas, mientras puedas estar con él hasta que yo vaya a por ti. No quiero que te quedes sola en ningún momento mientras no averigüemos si el todoterreno tiene algo que ver con Brock – me abraza –. No soportaría que te pasase algo malo.

-No me pasará nada – digo contra su pecho, segura de que ese hombre ya ni se acuerda de mí.

-No lo permitiré – me mira –. Yo tampoco veo mi futuro sin ti. Te has vuelto muy importante para mí, Kath, más de lo que jamás lo fue nadie. Faith y tú sois mi vida ahora.

Me besa antes de que pueda decirle nada, aunque tampoco es que supiese qué contestar porque me ha dejado sin palabras. Y por eso intento demostrarle en este beso todo lo que con palabras no me veo capaz de decirle. Cuando

aprieta su abrazo, sé que me ha entendido.

ALEC

Por suerte, después de hacerme las placas, han comprobado que mis costillas están bien. Ni rotura ni fisura. El dolor se debe simplemente al fuerte golpe que me he llevado en el costado y dicen que se me pasará en unos días. Por el momento, me toca tomarme gran cantidad de calmantes y por la mirada que Kath me echó en su momento, sé que no tendré más opción que hacerlo. Cuando saca a la enfermera que lleva dentro, no puedes hacer otra cosa que obedecerla. Aunque debo admitir que me gusta que lo haga porque significa que se preocupa por mí. Y esa es toda una novedad en mi vida desde que dejé atrás la adolescencia.

Al entrar en el hospital Kath se veía muy nerviosa, seguramente porque íbamos juntos y eso podría acarrearle problemas en su trabajo, aunque ahora haya dicho que no pasa nada. Sin embargo, se mostró como toda una profesional en cuanto le dijeron que no podrían atenderme hoy. Reclamó algún favor que le debían y prometió otros para el futuro hasta que consiguió un hueco para mí. Yo solo tuve que disfrutar del momento, viéndola a una Kath totalmente diferente a la que me tiene acostumbrado. Y he descubierto que me gustan ambas.

Aunque no hemos vuelto a hablar de ello, sé que le preocupa el asunto de

Neville, pero también creo que no le está dando la importancia que realmente tiene. Mientras no pueda demostrarle que ese todoterreno que se ha cruzado ya en dos ocasiones es suyo, seguirá pensando que todo esto no va con ella. Y puede que incluso sabiendo que le pertenece, no se tome sus amenazas en serio. Pero yo sé que la posibilidad de que esté en peligro es muy real. Neville no es un hombre cualquiera, ni se olvida fácilmente de las ofensas. Haberle negado la información que pedía sobre mi hija no ha debido sentarle nada bien y dudo que lo olvide tan fácilmente, sobre todo porque ya ha amenazado a Kath. No sé qué intenciones tiene hacia Faith, ni si decidirá cumplir las amenazas, pero yo, desde luego, pienso hacer todo lo posible por evitar que se acerque a cualquiera de ellas. Y si para mantener a Kath a salvo debo hablar con Duncan y contarle lo que está sucediendo, lo haré. Incluso a sabiendas de que se lo va a tomar como una traición a su confianza. Ya lidiaré con eso si llegase a suceder. Prefiero a una Kath enfadada y no muerta.

Después de darnos los resultados, decidimos ir fuera del hospital a comer para no llamar más de lo necesario la atención sobre nosotros y en cuanto terminamos, Kath regresa sola para incorporarse al trabajo. A mí aún me queda una hora antes de poder ver a Faith y ya me siento ansioso. Desde el primer momento en que la vi, deseé poder tomarla en brazos. Aunque debo admitir que me asusta también, porque temo hacerle daño con mi inexperiencia. Saber que Kath va a estar a mi lado y va a ayudarme con ello me tranquiliza lo suficiente como para que mi ansiedad no se dispare. No podría pensar en nadie mejor que ella para que me acompañe en un momento como este. Aún cuando no estuviésemos juntos, seguiría siendo la adecuada solo por la forma en que trata a los padres y a los niños.

Esta hora se me hará eterna así que la aprovecho para investigar los alrededores del hospital. Solo quiero asegurarme de que todo está correcto y de que Kath y Faith estarán a salvo aquí. También hablo con el agente que Gordon ha enviado. Aunque viste de paisano para no llamar demasiado la atención, se mantiene en la planta de Neonatos todo el tiempo, vigilando a cada persona que entra o sale del lugar. Ahora que sabemos que es Neville quien intentó ver a mi hija, le han mostrado una foto suya para que pueda identificarlo si se atreve a regresar al hospital y le han dado instrucciones específicas sobre cómo actuar en caso de que eso suceda. Gordon es muy eficiente, no hay duda de ello, y me siento más tranquilo sabiendo que alguien cuida de las dos personas más importantes de mi vida. Puede que esté siendo

un tanto paranoico con todo esto de la seguridad, pero cuando se trata de Neville es mejor no arriesgarse.

He puesto sobre aviso a Rory para que investigue lo del coche mientras no llego al trabajo. Será fácil averiguar si pertenece a Neville porque dudo que haya muchos todoterrenos negros en la ciudad con los cristales tintados.

En cuanto llega la hora de visitas, soy uno de los primeros en pasar. Entrar en la sala de Neonatos es como traspasar una frontera. El ambiente aquí siempre parece más pausado y ajeno a todo lo que hay fuera. Aquí todo tiene su propio ritmo. Aunque se escucha de vez en cuando algún llanto y las máquinas siempre están sonando, se respira paz en este lugar. Mientras permaneces aquí es como si se suspendiese el tiempo. Parece casi mágico. Pero en este momento no es paz lo que siento, hoy estoy tan nervioso que ni por esas me puedo relajar.

Kath se acerca a mí casi veinte minutos después de mi llegada. Ha estado hablando con una pareja y no he podido dejar de observarla mientras lo hacía. Está claro que le encanta su trabajo y que lo vive de una manera muy distinta a como lo hacen sus compañeras. Todas ellas son correctas en su trato con los padres, pero Kath es más que eso. Ella es atenta y dulce. Ha contestado a cada una de las preguntas que le han hecho, que han sido muchas, con paciencia infinita y una perenne sonrisa en los labios. Les ha mostrado el modo en que deben interactuar con su hijo e incluso ha aceptado un abrazo de la madre, aún cuando puedo ver que eso la incómoda un poco. Es única. Especial. Y yo tengo el privilegio de ser su novio.

-¿Preparado? – me dice en cuanto la tengo delante. Su sonrisa me anima a imitarla y parte de mis nervios desaparecen.

-Preparado – admito con algo de reticencia porque creo que nunca estaré preparado del todo, pero eso es algo que no quiero confesar en voz alta ni siquiera a ella. Faith es mi hija y no debería dudar.

Me indica que me siente en una silla que han colocado al lado de la incubadora y que desabroche la camisa. Mis dedos tiemblan mientras lo hago. Solo mirar cómo Kath saca a Faith de la incubadora con tanto cariño, me ayuda para terminar sin que acabe reventando los botones para acabar antes. Limpio las manos en el pantalón porque me sudan un poco de lo ansioso que estoy. Deseo tener a Faith en brazos, pero también temo dañarla. Soy un mar

de contradicciones en este momento.

-Vamos a allá – me dice mientras se acerca a mí con Faith en brazos –. Lo primero es que te pongas cómodo. Recuéstate contra el respaldo si quieres. Estarás un buen rato con ella en brazos y aunque la veas tan pequeña, pesa ya bastante.

Hago lo que me dice, dudando de que pueda sentirme totalmente cómodo sosteniéndola en brazos por temor a apretarla de más o a que se me caiga o a que le suceda cualquiera de las locuras que se me están pasando ahora mismo por la cabeza. Se ve tan frágil, que me tenso en cuanto Kath me la acerca. Mi miedo crece con cada paso que da ella y siento la tentación de pedirle que la regrese a la incubadora.

-Es más fuerte de lo que crees, Alec – parece que me lee el pensamiento, aunque supongo que es más la experiencia quien habla por ella. Habrá vivido esto con cientos de padres, solo que en esta ocasión el padre soy yo y estoy aterrado –. Ahora voy a colocarla en tu pecho. Sujeta las sondas con cuidado mientras lo hago y yo me encargaré del resto. No pasará nada.

En cuanto la sitúa sobre mí, su carita se apoya contra mi corazón y sus piernecitas se encogen sobre mi abdomen como si fuese una pequeña rana. Mi ranita. Y de repente siento su cuerpo contra el mío, su peso en mi pecho, su respiración en mi piel y todo lo demás deja de tener importancia. Ni siquiera soy consciente de cómo Kath la cubre para que no pierda el calor corporal, ni de cómo le pone un gorro en su pequeña cabeza, ni de cómo recoloca las sondas para que no nos molesten, ni de cómo me enseña la posición exacta en que debo poner mis brazos. Yo solo puedo sentir a mi hija y la emoción que me embarga al tenerla por fin en brazos. Mi corazón quiere explotar dentro de mí, tan inmenso es el amor que estoy sintiendo ahora mismo por ella. Y ahora tengo la certeza de que nada podrá salir mal si la tengo a ella en mi vida. Ya nunca más seré desafortunado en nada, porque la tendré a ella. Faith me basta para ser feliz el resto de mis días.

-¿Alec? – la voz de Kath me devuelve a la realidad y la miro – ¿Todo bien? ¿Estás cómodo?

Asiento, incapaz de hablar. Me sonrío en respuesta y cubre mejor a Faith con la manta. Aprieto su mano un segundo antes de volver a colocarla donde me indicó y su sonrisa se amplía. Entonces sé que también la quiero a ella en

mi vida desde ahora y para siempre. Y solo espero que sea posible porque, por desgracia, su presencia a mi lado no es tan segura como lo es la de Faith.

-Vuelvo ahora mismo – me dice –. Disfruta de tu pequeño milagro.

En cuanto se aleja, mi mirada regresa a Faith. Me cuesta creer que la esté sosteniendo en brazos al fin. Sus manos rozan mi pecho cada vez que las mueve y el orgullo me invade con cada caricia. Mi hija ahora es más real que nunca y noto a mi corazón palpitar al compás de su respiración. Si sentir su mano en mi dedo fue espectacular, tenerla en brazos es indescriptible. El miedo a lastimarla se ha esfumado tan pronto como Kath me la entregó. Faith forma parte de mí y ahora sé que jamás podría hacerle daño. Tal y como me dijo Kath en una ocasión, el instinto no es solo cosa de madres. Acabo de comprobarlo.

Kath me pasa un pañuelo y es entonces cuando siento las lágrimas rodar por mis mejillas. La miro y descubro que tiene el teléfono en la mano y nos ha estado grabando, tal y como hizo la primera vez que Faith me cogió el dedo. Tal vez debería avergonzarme de salir llorando, pero no es así porque son lágrimas de felicidad. De la más absoluta y completa felicidad.

-Este es sin duda el momento que más me gusta de todos – me dice Kath –. El primer contacto real entre padre e hijo. Nada se le puede comparar. He visto cientos de ellos y siempre me emociono como si fuese la primera vez.

La observo detenidamente y puedo ver sus ojos aguados. Está tratando de contener las lágrimas y tengo la sensación de que eso no le sucede en todas esas ocasiones de las que me acaba de hablar. Siento un deseo irrefrenable de besarla, pero ni debo ni estoy en condiciones de hacerlo. Ese beso tendrá que esperar.

-Si necesitas cualquier cosa, solo tienes que avisarme – continúa –. Estaré cerca.

Toma una foto y sonrío antes de dejarnos solos. Me centro en Faith de nuevo y vuelvo a acompañar mi respiración a la suya. Hay paz en el acto de sostenerla contra mi pecho y cerraría mis ojos para disfrutarlo, pero no quiero perderme ni un solo detalle de este momento. Muevo una de mis manos con cuidado para acariciarla y sonrío cuando mueve sus piernas. Incluso en esa posición pretende patear. Es una luchadora, no hay duda de eso.

La siguiente media hora se me pasa en un suspiro y siento la pérdida

cuando Kath se lleva a Faith. Estoy deseando sostenerla de nuevo. Después de abotonar la camisa, sintiendo todavía el calor de mi hija en el pecho, me acerco a la incubadora. Kath la está colocando dentro y le habla con cariño para tranquilizarla, cuando parece que quiere empezar a llorar. Supongo que ella también echa de menos mi contacto. O eso quiero creer.

-Pasaré a buscarte al finalizar tu turno – le digo a Kath en un susurro –. No salgas sola.

-Está bien – no me mira.

-Habla con Duncan en cuanto puedas para que sepa que mañana te llevaré a su casa por la mañana.

-Mañana cambio de turno – ahora me mira porque Faith ya está tranquila –. Entro a primera hora.

-Pues para que se quede por la tarde contigo – tengo ganas de tocarla, pero me resisto –. Espérame en la cafetería.

-Lo haré, no te preocupes.

Nos miramos a los ojos por un tiempo indeterminado hasta que finalmente me despido de ella de una manera demasiado impersonal. Odio no poder abrazarla o darle un beso antes de irme. Tendré que conformarme con pensar que va a estar bien mientras no salga del hospital.

Antes de marcharme, hablo de nuevo con el agente de policía para asegurarme de que se toma en serio su cometido. Faith y Kath son mi prioridad ahora y nada me importa más que su seguridad. En cuanto me siento conforme, salgo del hospital dispuesto a encontrar las pruebas que necesito para encarcelar a Brock Neville. Me repito una y otra vez que no debo mezclar lo personal con el trabajo, pero me temo que ya es tarde para eso. Mucho más cuando ese hombre tiene su diana fijada en las personas que más quiero. Hasta que esté entre rejas, no descansaré tranquilo.

-McNeil – respondo al teléfono sin mirar de camino a mi coche.

-Ha salido de la cárcel – es Rory.

-¿Quién?

-Gavin.

-¿Qué? – me paro en medio de la calle – ¿Cómo es posible?

-Alguien pagó su fianza. En cuanto pasó a disposición policial, apareció su abogado y se ocupó de todo. Ni 24 horas han podido mantenerlo en prisión los muy idiotas – está furioso y no me extraña – ¿Se puede saber a qué coño están jugando? Han dejado escapar a la mejor baza que tenían para llegar hasta el origen de toda esta mierda.

-Por suerte, nosotros somos más listos y sabemos dónde seguir buscando – le recuerdo, caminando de nuevo hacia mi coche –. Desmantelaremos la red y los detendremos a todos.

-La policía ha solicitado los informes que tenemos del caso. Los informes originales.

-No pueden hacer eso.

-Al parecer sí, pero Thomas es previsor y mandó hacer copias en cuanto supo que se vendrían a por Gavin. No van a poder impedirnos seguir con la investigación.

-Ya voy para ahí – le digo entrando en el coche – ¿Has averiguado algo sobre el todoterreno?

-Sí y no te va a gustar.

-Neville tiene uno – aventuro apretando el volante con la mano que tengo libre.

-Neville tiene el único – matiza.

-Maldita sea – golpeo el volante con rabia.

El resto de la tarde transcurre apacible y relajada, si no contamos las miradas matadoras que Becka me lanza. Estoy segura de que habría querido ser ella quien ayudase a Alec y quien lo grabase en video. No puedo entender su repentino interés porque hasta ahora se había limitado a mirarlo de lejos y a hablar a sus espaldas sobre él. Ninguna de ellas se dignó a explicarle lo que debía hacer con Faith hasta que llegué yo. Si no hubiésemos coincidido aquel día, Alec todavía estaría observando a su hija tras el cristal, sin atreverse ni a sacarle una foto de recuerdo o para presumir de hija. Y esa es una de las razones por las que no permitiré que Becka se acerque a Alec ahora.

La ducha me sienta bien y despeja mi mente. Demasiadas cosas están sucediendo al mismo tiempo en mi vida ahora mismo y todo es un completo caos a mi alrededor. La Kathleen del pasado, la que no conocía a Faith ni a Alec, ya habría huido lejos. Se habría encerrado en su burbuja de seguridad, alejando a todos de su lado para no tener que sentir. Pero ya no puedo hacer eso. No sé cómo lo ha logrado, pero Alec ha despertado una parte de mí que creía perdida tras la muerte de mis padres. Por primera vez en mucho tiempo, confío ciegamente en alguien. Sé que Alec cumplirá cada una de las promesas que me haga y que jamás me ocultará nada, así como yo no lo he hecho con él. Por él, me siento capaz de cualquier cosa, incluso a enfrentarme a mi mayor miedo: perderlo. Y esa es la diferencia entre Alec y los otros novios que he tenido. Ninguno de ellos logró derribar mis murallas como lo hizo él. Llegó a

mi vida como un huracán y barrió todo pensamiento negativo de mi mente.

Al principio creí que lo que nos unía eran Faith y el amor que sentimos por ella, pero ahora sé que habría caído igualmente por él aunque su hija no estuviese de por medio porque Alec es único. Y aunque me asusta lo rápido que va todo esto, estoy dispuesta a arriesgarme porque, por primera vez, creo que podría llegar a compartir mi vida con alguien. Con él. Con ambos.

Alec no tarda en enviarme un mensaje avisándome de que me está esperando fuera. Ni siquiera he tenido tiempo de salir del vestuario. En cuanto abandono el hospital, me lo encuentro apoyado en el coche. Se ve agotado, lo que me hace pensar en que ha tenido una tarde intensa, algo que no me extraña después de todo lo que me ha contado. Me sonrío al alcanzarlo y abre la puerta del coche para mí. Siento su mano acariciar mi espalda mientras entro. También parece nervioso, mirando a un lado y al otro todo el tiempo. Rodea el coche para meterse en él y nada más cerrar la puerta, toma mi rostro entre sus manos y me besa lentamente, saboreando el momento. Yo cierro mis ojos y hago lo mismo. Nunca me cansaré de sus besos.

-Pasaremos primero por tu casa para recoger tus cosas – me dice mientras arranca.

-De acuerdo – permanezco en silencio tanto como puedo, pero la tensión que se siente en el coche es demasiada y necesito preguntar – ¿Estás bien?

-El todoterreno es de Neville – no dice nada más y yo guardo silencio mientras lo asimilo.

-Habrá sido coincidencia – le digo después de pensar en ello –. No creo que me estuviese siguiendo.

-Pasó por tu calle – me mira un segundo –. Si solo lo hubieses visto en el hospital, podría haber sido una simple coincidencia. Pero no frente a tu casa, Kath.

-¿Por qué habría de seguirme? – la idea de ese hombre interesado en mí, me provoca escalofríos –. No tiene sentido.

-Porque lo enfrentaste, imagino.

-Pero ese no es motivo suficiente para seguir a una persona. Quiero decir, podría haber puesto una reclamación en el hospital. O haber hablado directamente con Adelaide para intentar conseguir la información que buscaba

– mi mente trabaja frenética –. Aunque no serviría de nada. La política del hospital en esos casos es muy clara.

-Precisamente por eso, Kath. Sabe perfectamente que no puede acercarse a Faith por la vía legal y lo intentó a través de tus compañeras, pero llegaste tú y se lo impediste.

-¿Y qué gana con seguirme?

-Tengo unas cuantas teorías – admite –, pero no pienso darle la oportunidad de acercarse a ti para saber cuál de ellas es la acertada. Os mantendré lejos de él a ambas mientras buscamos las pruebas necesarias para encarcelarlo.

-¿Qué querrá de Faith? – los nervios me impiden mantenerme callada –
¿Es por la investigación?

-No creo – permanece en silencio después, como si pensase en esa posibilidad.

-¿Por Vivian? – aventuro, recordando su teoría al hablarle de Neville por primera vez – ¿Crees que tal vez ella le contó lo del embarazo y ahora él quiere ver a Faith por eso? No me parecía del tipo sentimental, pero quien sabe.

-Esa es la teoría más probable – dice –. Aunque no acaba de convencerme tampoco.

-La mente humana es un misterio y nadie sabe cómo puede reaccionar ante una pérdida – ahora no hablo de Neville y Alec debe notarlo porque toma mi mano y la besa.

Permanecemos en silencio el resto del camino, aunque mi mente no deja de pensar en docenas de posibilidades, tratando de entender porqué un hombre como Neville está interesado en una niña que no es nada suyo, por más que hubiese estado con su madre. La idea del sentimentalismo no acaba de convencerme. Tiene una mirada demasiado dura y calculadora y un temperamento frío y distante. No lo creo capaz de sentir algo por nadie, mucho menos amor. Me parece surrealista.

-¿Y si realmente es por vuestra investigación? – no logro quitarme esa idea de la cabeza.

Pensar en que alguien pueda dañar a un bebé para amenazar a su padre es inconcebible para mí. Y aterrador, muy aterrador. Pero es una posibilidad más creíble que la del sentimentalismo, teniendo en cuenta los negocios que posee, como esa red de prostitución en la que incluyen niños. No creo que le importe añadir uno más a la larga lista que ya tendrá. Un escalofrío recorre mi cuerpo y me abrazo para quitarme esa horrible sensación de encima. Faith no debe estar jamás al alcance de semejante individuo.

-Esa no es la razón – Alec intenta tranquilizarme, aunque no funciona –. Hasta el momento Neville no sabía nada de nuestra unidad ni de que estamos investigándolo.

-Hasta el momento – repito mirándolo fijamente. No es una pregunta en sí, pero necesito saber a qué se refiere con eso.

-Gavin, el de las páginas web, ha salido bajo fianza – su voz suena tranquila, pero veo cómo aprieta las manos en el volante –. A estas alturas ya habrá puesto sobre aviso a Neville.

-Entonces Faith está en peligro – mi corazón se encoge de miedo.

-Neville no busca a Faith por eso, aunque no descarto que lo haga ahora, en cuanto descubra quien soy. Pero no te preocupes – su mano toma la mía otra vez y la aprieta –, mientras permanezca en el hospital estará a salvo. De todas formas, contamos con cierta ventaja porque Gavin cree que nos han apartado del caso. Con suerte, los atraparemos antes de que se interesen por nosotros.

-¿Y si no es así? – insisto – ¿Qué pasará si le dan el alta a Faith antes de que los encarceléis? O si encuentra el modo de llegar hasta ella. No es más que un bebé indefenso.

-Os protegeré a ambas, Kath – me mira –. Lo juro. No os pasará nada.

-Esto se complica – murmuro para que no me oiga porque no quiero añadir más preocupaciones a las que ya tiene. Y aunque él se empeña en incluirme todo el tiempo en la ecuación, yo solo puedo pensar en Faith y en lo peligroso que es que un hombre como Neville tenga el ojo puesto en ella.

Llegamos a mi casa en silencio y subo las escaleras casi de dos en dos. Empiezo a guardar mis cosas lo más rápido que puedo, lo que me ayuda a mantener la mente ocupada y a no pensar en nuestra conversación porque si lo hago, acabaré teniendo una crisis de ansiedad que no nos beneficiará a ninguno

de los dos. Con ayuda de Alec, voy empaquetando todo lo que creo que necesitaré. Como no sé el tiempo que tendré que quedarme en su casa, me llevo un poco de todo y aunque sé que puedo regresar cualquier otro día a por más cosas, en menos de media hora ya tengo un par de maletas llenas con mis pertenencias. Tengo la sensación de que me he pasado, pero como Alec no protesta, no digo nada. Algo me dice que él está encantado con la idea de mi mudanza temporal.

En cuanto creo que ya lo tengo todo, reviso mi habitación una última vez con la mirada por si me olvido de algo importante. Mi corazón va a mil y respiro profundamente para intentar calmar los nervios. Alec, que parece ser consciente de cada cosa que me sucede incluso sin esforzarse, lo nota y se acerca a mí para abrazarme.

-Todo saldrá bien, Kath – me dice sin soltarme todavía –. Esto solo son precauciones que prefiero tomar. No tienes nada que temer.

-No intentes suavizar las cosas, Alec – me aparto un poco para mirarlo a los ojos –. Tú mismo has dicho que es peligroso. No voy a estar tranquila hasta que deje de ser una amenaza para Faith.

-No lo será – acaricia mi rostro y coloca algunos mechones de mi cabello detrás de mis orejas sin dejar de mirarme –. Ni para ella ni para ti. No dejaré que os pase nada malo. Confía en mí, Kath, os protegeré.

Antes de que pueda responderle, me besa. No hay nada pausado en sus movimientos y me abrumba la pasión que está poniendo en ellos. Siento la necesidad de corresponderle en igual medida y mis brazos rodean su cintura mientras mis manos buscan con ansia su piel bajo la camisa. Cuando noto la venda recuerdo que está lesionado e intento detenerme, pero Alec no me lo permite. Se aprieta contra mí y me mueve con él hasta la cama sin dejar de besarme.

Se quita la camisa, con su mirada siempre fija en la mía y después nos recuesta en la cama mientras nos besamos de nuevo. Mi ropa desaparece a medida que su boca recorre cada porción de piel que queda al descubierto. El calor en mi cuerpo aumenta y mis latidos se aceleran con cada caricia. Alec me enloquece y hace que me olvide de todo. No hay preocupaciones ni miedos cuando sus manos me tocan y su cuerpo se roza contra el mío. Solo estamos él y yo. Y lo que sentimos.

-Espera – le pido al ver una mueca de dolor en su rostro después de un mal movimiento.

Le obligo a levantarse despacio y luego lo hago yo. Le ayudo a recostarse nuevamente en la cama y retiro la ropa que todavía lleva puesta. Admiro su cuerpo desnudo antes de colocarme a horcajadas sobre él y besarlo. Hasta el momento ha sido siempre él quien me ha hecho perder el sentido a mí, así que ahora es mi turno. Recorro su cuerpo con mi boca y mis manos, mientras las suyas no dejan de acariciar el mío. La temperatura aumenta con cada beso y siento la necesidad de una unión más profunda.

-En el pantalón – dice contra mi boca, lo que me asegura que también él lo está deseando.

La primera vez se nos olvidó tomar precauciones, pero desde entonces hemos sido más cuidadosos. Regreso a la cama con el preservativo y lo encuentro sentado en el borde, observándome. El azul de sus ojos se ha oscurecido por la pasión compartida, pero sigue siendo impresionante. Jamás me cansaré de mirarlo.

-Ven a aquí – me pide, extendiendo las manos hacia mí y esgrimiendo esa sonrisa con la que me ha ido conquistado poco a poco.

-Esta vez me toca a mí – le digo devolviéndole una sonrisa pícaro y acercándome lentamente a él –. Tú no debes hacer esfuerzos, ¿recuerdas?

Cuando abre la boca para protestar, lo acallo con un beso. Después le coloco el preservativo bajo su atenta mirada y me subo a su regazo, besándolo de nuevo. Mientras desciendo lentamente sobre él, me deleito con la sensación de plenitud que me embarga. Alec me completa en muchos sentidos y el físico solo es uno de ellos.

-Kath – jadea contra mi cuello cuando comienzo a moverme y un escalofrío placentero recorre mi espina dorsal.

Sus manos en mis caderas me ayudan a marcar el ritmo y su boca se apodera de la mía una vez más para beber de nuestro deseo hasta saciarnos. El ritmo aumenta y me dejo llevar por las sensaciones que me provoca hasta alcanzar mi liberación. Alec no tarda en seguirme y caemos agotados en la cama. Aunque me fallan las fuerzas, intento separarme de él para no lastimarlo en las costillas, pero me lo impide.

-Te haré daño – protesto.

-Merecerá la pena – susurra en mi oído mientras me acaricia un costado con una de sus manos.

-Eres imposible.

-Y tú maravillosa – lo miro sorprendida y me besa.

No sé qué decir después de semejante cumplido, pero Alec tampoco me presiona para obtener una respuesta. Así de fácil es todo con él. Nunca fuerza una situación. Dice todo lo que siente, sin miedo al rechazo, pero jamás intenta conseguir la misma confesión de mí porque sabe que hablaré con él cuando me sienta preparada para ello. Y es precisamente por eso que ya le he hablado tanto de mi pasado y que nunca le he ocultado mis preocupaciones, por más descabelladas que me pareciesen. No quiero que haya secretos entre nosotros.

Se ha hecho tarde, así que nos vestimos para irnos a su casa. A nuestra casa. Ni si quiera sé cómo llamarla. Aunque me ha dicho en más de una ocasión que su casa es mi casa, pensar en que, por un tiempo, lo será literalmente, se siente un tanto extraño.

-No lo pienses más y vámonos a casa, Kath – me dice sonriendo como si hubiese leído mi mente. No sé cómo lo hace.

...

Duncan me está esperando en la entrada de su casa cuando llego. Por más que Alec ha insistido en llevarme en su coche al hospital y en que Duncan fuese a buscarme a la salida, en esta ocasión gané yo, no sin esfuerzo y me llevé el mío. Se está tomando muy en serio eso de no dejarme estar sola en ningún momento, pero me siento un poco asfixiada con tanta preocupación. Sobre todo cuando a quien debería proteger es a Faith.

La sonrisa que me dedica mi amigo me obliga a imitarlo incluso antes de llegar hasta él. Puedo decir con total seguridad que es una de las pocas personas a las que considero un amigo de verdad. Por un tiempo creí que la distancia había acabado con nuestra relación, pero desde su regreso ha sido un gran apoyo en mi proceso de cambio. Uno de los precursores, más bien.

-Hola, preciosa – me besa en la mejilla y entramos en casa – ¿Todo bien?

-Perfecto – le digo sin querer entrar en más detalles.

-Te he preparado algo de comer – me acompaña hasta la cocina –. Tendrás hambre.

-Mucha – le sonrío de nuevo.

Me sorprende que todavía recuerde cual es mi comida favorita, pero ahí la tengo, esperándome en una mesa perfectamente colocada y con una inmejorable presentación. Ni en un restaurante de cinco tenedores lo habrían hecho tan bien.

-Impresionante – digo al sentarme en la silla que él aparta para mí educadamente.

-Lo mejor para la mujer que me ha presentado a Sally.

Cuando lo llamé esta mañana, le dije que me apetecía pasar la tarde juntos para hablar y ponernos al día. La ruta que hizo con Sally me sirvió de excusa para que no me preguntase por mi repentino interés en quedar. Aunque en realidad no me preguntó nada, simplemente dijo que fuese cuando quisiese, que para vernos no tenía por qué haber un motivo especial.

Mientras como, empieza a enumerarme los lugares que visitaron. Me sorprende que Sally no haya visitado algunos de ellos porque son realmente conocidos, pero al parecer, no ha salido mucho de Edimburgo. Sin embargo, en lugar de hablar de ello, me fijo más en los ojos de Duncan, que brillan cada vez que habla de ella y en su sonrisa, que no desaparece en ningún momento de sus labios. Me encanta ver que dos de mis amigos han encontrado en el otro a alguien con quien compartir su tiempo. Y tal vez, algo más. Casi seguro que mucho más, por lo que estoy viendo.

-¿Qué miras? – me pregunta de repente.

-A ti – sonrío –. Te ves... radiante.

-Creo que es la primera vez que me dicen algo así – ríe.

-No conozco otra palabra para definirlo – vacilo –. Tal vez una, pero es quizá un poco fuerte.

-¿Enamorado? – propone y yo abro los ojos sorprendida –. Sí que es

fuerte, pero tal vez sea la más adecuada.

-Y tal vez sea demasiado pronto para pronunciarla – sugiero.

-¿Quién lo dice? El amor no entiende de tiempos, Kat.

-¿Y cómo puedes estar seguro de que es amor?

-No lo estás – se encoge de hombros –. Simplemente te arriesgas.

-Aunque salgas herido – me sorprende ahora a mí misma al afirmar eso porque precisamente es lo que estoy haciendo con Alec. Arriesgarme sin pensar en que las consecuencias puedan dañarme. O dañarnos a ambos.

-Exacto – sonrío y se levanta para recoger mi plato –. Ya sabes cómo va esto. Quien no arriesga, no gana. Como todo en la vida, nunca puedes saber si algo saldrá bien, pero si no lo intentas, entonces ya estás perdiendo. Y si lo intentas y fallas, pues será una experiencia más que te ayudará a hacerlo mejor la próxima vez.

Le ayudo a lavar los platos entre risas y bromas. Además de terminar antes, es divertido y me relaja. Toda distracción es poca para mí en estos momentos. Aunque creo que las precauciones que está tomando Alec son exageradas porque estoy segura de que Neville ni se acuerda de mí, debo admitir que me preocupa que él tenga razón y que esté siguiéndome realmente. Ni siquiera me atrevo a imaginar las razones que tiene para hacer algo así, habida cuenta del mundo en el que se mueve.

-Cuéntame – me dice Duncan en cuanto nos sentamos a descansar en el sofá del salón, ambos con una taza de té caliente en las manos – ¿Qué tal con ese novio tuyo? ¿Podemos hablar de riesgos o sigues tan cauta como siempre?

Sonrío al escucharlo. Me conoce lo suficiente como para saber que no es fácil que yo deje entrar a nadie en mi vida. Creo que él fue una de las pocas excepciones y probablemente porque era el hijo de Adelaide. La confianza y el cariño que le tengo a su madre se proyectaron en él en cuanto lo conocí.

-Supongo que ha sabido sortear mis barreras.

-Eso tiene mérito. Aunque si solo lo supones, es que no lo ha hecho tan bien como debería – sonrío.

-Lo ha hecho mejor que bien – suspiro, resignada a sincerarme con él. Aunque en el fondo, creo que lo necesito –. Con Alec todo ha sido tan fácil

que casi estoy esperando despertarme y descubrir que es un sueño. O que suceda algo que lo estropee.

-Así que te estás arriesgando también.

-Más de lo que debería.

-Uno nunca se arriesga lo suficiente, Kat. No importa si sale bien o es un completo fracaso, de todo se aprende. Con Alec, por lo que dices, has aprendido a confiar en las personas desde el principio. Aunque vuestra relación fracase, habrás ganado una experiencia única que te ha hecho cambiar tu forma de pensar con respecto a los demás. Eso ya es ganar.

-Ya me conoces – soplo mi té –. Soy capaz de regresar a los viejos tiempos si todo se arruina.

-No lo harás – me mira fijamente –. Has cambiado mucho, Kat. Tal vez tú no lo notes, pero yo sí. Y sé también que es un cambio permanente. Incluso Sally lo ha visto. Ella más que nadie, en realidad. Ha intentado muchas veces ahondar en vuestra amistad, pero tú no se lo permitías. Sabía que no era intencionado, creo que ni tú misma te enterabas cuando la gente intentaba entrar en tu círculo de confort. Simplemente te escondías de la gente. Ahora ya no lo haces ni creo que lo vayas a hacer más.

-Pero eso no ha sido cosa de Alec, sino Faith – en cuanto pronuncio su nombre, me arrepiento. No quería hablar de ella con nadie todavía.

-Su hija.

-¿Cómo sabes eso? – frunzo el ceño.

-Te lo habré escuchado en alguna ocasión.

-Nunca la he mencionado, Duncan. De eso estoy completamente segura.

-Pues habrá sido a mi madre – sugiere entonces.

No me convence demasiado, sobre todo porque está tocándose la oreja, señal inequívoca de que se ha puesto nervioso, pero no insisto más porque es una posibilidad bastante real, ya que Adelaide ha hablado con él sobre algunos de los bebés en otras ocasiones.

-Deja la oreja, Duncan – le digo, no obstante, por molestarlo un poco –, o acabarás arrancándotela.

-Solo me picaba – aleja sus dedos de ella y trata de desviar la atención – ¿Y qué tiene de especial esa niña? Porque si ha conseguido cambiarte, deber tener algo excepcional.

-No lo sé – me encojo de hombros –. Creo que el primer día que llegó creamos un vínculo que no sé cómo romper.

-O no quieres romperlo.

-Puede que tengas razón. Tal vez estaba necesitando un cambio en mi vida y ella fue ese soplo de aire fresco que lo trajo – froto mis sienes –. O tal vez estoy sonando como una tonta ahora mismo.

-Para nada – sonrío –. Sea lo que sea lo que haya hecho, me alegro. Se te ve muy feliz ahora y eso es lo que realmente importa. Incluso me atrevería a decir... radiante.

-Ni se te ocurra ir por ahí, Duncan – lo freno.

-Solo es una apreciación – alza las manos sonriendo –. Además, tengo la sensación de que él siente lo mismo. Desde luego, se preocupa mucho por ti o no habría ideado todo esto.

-¿Qué? – mis ojos se abren y su mano va directa a su oreja – ¿De qué estás hablando, Duncan?

Rehúye mi mirada porque sabe que acaba de meter la pata. La excusa de que su madre le habló de Faith acaba de caer por su propio peso y ahora estoy esperando una explicación que sé que no me va a gustar.

-¿Qué se supone que ha ideado Alec? – insisto, aunque ya debería saber la respuesta.

-No debías enterarte – se lamenta.

-¿De qué, Duncan?

-Alec me llamó esta mañana y me explicó lo que estaba pasando. Él...

-No puedo creerlo – siento una opresión en la boca del estómago y me levanto. Duncan me imita.

-Por favor, Kat. No hagas nada de lo que te puedas arrepentir después. Solo está preocupado por ti.

-¿Y por eso tiene que hablarte a mis espaldas? – mi voz está cargada de

resentimiento y decepción.

De todas las personas que conozco, Alec ha sido el único en quien confié desde el primer momento, sin condiciones, segura de que nunca me traicionaría. Descubrir que le ha contado todo a Duncan a sabiendas de que yo no quería que lo hiciera, duele.

-Seguramente te lo contará él esta noche. No creo que...

-No quieras justificarlo – lo interrumpo –. Yo no quería contártelo y él no tenía derecho a hacerlo. Le dije que no era necesario que lo supieras y me dio la razón. Si ni siquiera estamos seguros de que vaya a por mí, por Dios. ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Cómo pudo engañarme de este modo?

-Tranquilízate, Kat. No te alteres por esto. Yo me alegro de que lo haya hecho – me sujeta por los brazos – ¿Acaso no confías en mí? ¿Cuánto tiempo creías que podrías ocultármelo viniendo todos los días a mi casa? Dudo que tuvieses tantas excusas. Acabaría por descubrirlo. ¿Qué importa quién me lo haya dicho?

-Yo no quería meterte en todo esto – me suelto y, aunque en el fondo sé que tiene razón, el dolor por lo que considero una traición por parte de Alec no me deja pensar con claridad.

-Pero yo quiero ayudarte. Y si sé lo que pasa, puedo protegerte mejor.

-Maldita sea. Esto no está bien.

Imaginar que Duncan deba protegerme si Neville aparece por aquí me pone todavía más nerviosa y siento que debo irme. Nunca pensé en que lo expondría al peligro al aceptar el plan de Alec porque no creo que Neville esté realmente siguiéndome. Pero ahora, gracias a Alec y su excesivo celo sobre mí, Duncan lo sabe todo y siente que debe cuidar de mí. Más preocupaciones en mi larga lista.

-¿A dónde crees que vas? – me pregunta en cuanto ve que me acerco a la puerta.

-A un lugar donde nadie piense que tiene más derecho que yo a decidir sobre mi vida – digo casi sin pensar –. A un lugar donde la confianza se pague con confianza y donde las promesas se cumplan.

-Kat – me llama cuando continúo mi camino hacia la salida.

-Sabía que no quería decirte nada – continuó hablando, mientras tomo mi bolso – y debería haberlo respetado. Confiaba en él, Duncan, y me traicionó.

-No seas tan dura con él, Kat. Hizo lo que creyó que sería mejor.

-Él no sabe lo que es mejor para mí – inspiro profundamente porque estoy empezando a gritar.

Mis manos tiemblan cuando intento abrir la puerta y Duncan la cierra, impidiéndome salir. Lo miro con reproche y veo una súplica en sus ojos.

-Kat, por favor. Quédate hasta que Alec salga de su trabajo y lo podáis hablar tranquilamente.

-Necesito irme, Duncan – en este momento lo que necesito es estar sola.

-No puedo dejarte ir. No debes estar sola – insiste.

-Iré directamente a casa. A su casa – me corrijo al momento –. Nadie sabe que me he mudado a la casa de Alec así que estaré a salvo allí.

-Sabes que no se trata de eso.

-No debes preocuparte, Alec no va a echarte en cara el haber descuidado tu... protección – empiezo a impacientarme y mis respuestas son cada vez más cortantes.

-No hagas esto, Kat. No te cierres de nuevo – me ruega. Me conoce tan bien, que asusta.

-Adiós, Duncan – le digo abriendo la puerta y saliendo fuera. Ni siquiera me detiene porque sabe que eso solo empeoraría las cosas. En este momento necesito tiempo para pensar.

En mi camino a casa de Alec rememoro la conversación con Duncan y la rabia me inunda de nuevo. No sé si me molesta más que haya actuado a mis espaldas o que no haya respetado mi opinión. O si simplemente me duele que no confiase en mí como yo lo hago en él. Le abrí mi corazón y jamás le oculté nada. Incluso le conté lo del coche negro a riesgo de parecer una paranoica. Y él no fue capaz de sincerarse conmigo en el asunto de Duncan. Me dio a entender que estaba de acuerdo conmigo, pero luego hizo lo que le pareció bien, ocultándomelo. ¿Cuántas cosas más se habrá callado?

Intento pensar en que habrá tenido una buena razón para actuar así y que

me explicará el porqué en cuanto regrese del trabajo, pero no funciona y cuando llego a destino, sigo muy resentida con él. Incapaz de mantenerme quieta, me muevo por el piso tratando de ignorar lo que estoy sintiendo para no caer en la tentación de irme a mi casa. Y sin poder evitarlo, mientras espero por él, en mi mente se suceden imágenes de Alec. Cuando nos conocimos y vi la angustia en su mirada, cuando hablamos por primera vez en la cafetería y se desahogó conmigo, cuando se derrumbó en la cocina de su casa y acabó en mis brazos, cuando me consoló tras la muerte de Roger, cuando le hablé del accidente de mis padres e intentó convencerme de que no fue culpa mía. Fueron momentos de dolor compartido, que nos unieron y me ayudaron a confiar ciegamente en él. Creía que había sido algo mutuo y es por eso que no entiendo que ahora me haya ocultado lo de Duncan. Siento que la confianza solo ha ido en un sentido y duele mucho.

De repente, me veo a mí misma recogiendo mis cosas y me detengo, sorprendida. Miro la camiseta que tengo entre las manos sin saber qué hacer con ella. La vieja Kathleen está intentando salir, pero la nueva se niega a marcharse. La lucha interna que mantienen hace que mis manos comiencen a temblar y las lágrimas asomen a mis ojos.

-Kath.

Escucho la voz sofocada de Alec detrás de mí y cierro los ojos por un momento. No estoy segura de poder enfrentarlo ahora mismo, así que hago tiempo manteniéndome de espaldas a él. Mis manos empiezan a doblar la camiseta, solo para mantenerme ocupada y no mirarlo ahora que está situado a mi lado. Aún así, no me decido a guardar nada más.

- ¿Estás haciendo las maletas?

-¿Acaso no te lo dijo Duncan? – no puedo evitar teñir mis palabras de ironía –. Al parecer sois muy amigos y yo no tenía ni idea.

-Lo siento – intenta tocarme, pero me aparto. Si lo hace, no podré mantener mi enfado por mucho tiempo porque lo que más deseo hacer ahora mismo es abrazarme a él y llorar. O tal vez golpearlo por haberme mentido. Soy un mar de contradicciones en este momento –. Solo quería protegerte. Duncan tenía que saber a qué se exponía mientras estabas con él.

-Ni siquiera sabes si Neville va detrás de mí – lo enfrento elevando la voz más de lo que pretendía –. Tal vez lo que yo sentí como una amenaza no lo era.

Lo más probable es que pretendiese asustarme para que no me interponga en su camino la próxima vez que intente ver a Faith.

-Kath, no cierres los ojos al problema solo porque te haya molestado lo que hice – intenta acercarse de nuevo a mí y yo me alejo –. Neville es un hombre peligroso. Si lo que te dijo se sintió como una amenaza, entonces fue una amenaza.

-Eso no lo sabes. Tú no estabas allí – continuo metiendo ropa en la maleta, de mala manera ya, más por el enfado que porque realmente quiera hacerlo. Siento que estoy perdiendo el control y que mi viejo yo está ganando terreno –. Además, sé defenderme sola. Siempre he tenido que cuidar de mí misma y esta vez no será diferente. No necesito a nadie.

-No hagas eso, por favor.

-¿Hacer qué? – lo miro con enfado.

-Alejarte de mí.

-Solo me voy a mi casa – meto otro pantalón en la maleta –. Necesito tiempo para pensar.

-Quédate aquí, te lo suplico. Si lo que quieres es estar sola, yo dormiré en el sofá, no hay problema. Solo necesito tenerte cerca para saber que estás a salvo.

Mis manos quedan suspendidas en el aire tras escuchar su súplica y vacilo justo cuando iba a cerrar mi maleta. No han sido sus palabras las que me han afectado, sino la desesperación en su voz. Y esa mirada preocupada que me está dando.

-Te juro que no te molestaré – continúa hablando al notar mis dudas –. Saldré ahora mismo de esta habitación y no sabrás ni que estoy en la casa. Por favor, Kath, quédate.

No me atrevo a hablar por miedo a que las lágrimas escapen a mi control porque estoy en el límite, así que asiento y Alec me regala una sonrisa aliviada. Toma del armario una manta y se va dándome las gracias. Y ahora me siento mal porque parece como si le estuviese haciendo un favor, cuando en realidad es él quien me lo hace a mí. O es lo que estaría haciendo si realmente Neville va a por mí.

Doy mil vueltas en la cama y muchas más a lo que ha pasado antes de conseguir dormirme. Pero los remordimientos me hacen soñar. Con el accidente de mis padres, con la enfermedad mi abuela y con un Neville envuelto en sombras que me persigue y del que no puedo escapar. Apenas consigo descansar un par de horas antes de tener que levantarme otra vez. Ha sido mi peor noche en años. Y por si eso no fuese suficiente, mi día no parece que vaya a resultar mucho mejor porque, ahora, con la mente fría, siento que ayer exageré las cosas y me siento avergonzada.

Salgo de la habitación temiendo encontrarme con Alec, pero descubro que soy la única ocupante del piso en este momento y mentiría si dijese que no estoy decepcionada. Aunque debería sentirme aliviada por no tener que enfrentarlo todavía, porque cuanto más pienso en ello, más abochornada estoy por cómo actué. Fui impulsiva y me dejé llevar por mi antiguo yo negándome a escuchar sus razones. Me defendí de él como si me estuviese atacando cuando era todo lo contrario. No debería sorprenderme si Alec decide sacarme fuera de su vida después de lo de ayer.

Encuentro una nota suya en la cocina, donde me dice que no le gusta dejarme sola, pero que tiene que irse por cosas del trabajo y me ruega que vaya con cuidado en mi camino al hospital. El modo en que la ha escrito no se parece en nada al de las otras notas que me ha dejado y sé que es por mi culpa. Alec solo estaba siendo protector conmigo y yo se lo eché en cara como si fuese algo malo. No estoy acostumbrada a que alguien se preocupe por mí y mi mente no acaba de asimilarlo. Me pongo a la defensiva e intento apartarme por miedo a acabar lastimada. No puedo evitarlo por más que lo intente, aunque sé que esa no es una excusa válida para mi comportamiento. Y ahora, como me temía, lo he estropeado todo. Se lo advertí a Alec cuando decidimos darnos una oportunidad. Le dije que sucedería algo así y ahora no sé cómo arreglarlo.

Al llegar al hospital, trato de olvidar los problemas para poner toda mi atención en los bebés. Ellos siempre han sido mi mejor terapia y en esta ocasión no es diferente. Cuidarlos y alimentarlos me centra y me tranquiliza. Y hablar con sus padres me relaja. Para la hora del descanso, ya me siento de mejor humor y ni siquiera me molesta que Logan esté en la cafetería y que frunza el ceño cada vez que nuestras miradas se cruzan. No habíamos vuelto a coincidir desde el percance que tuvimos fuera del hospital, aunque Anna me ha hablado de él en cada turno que hemos compartido. Sé que siguen juntos y que ella está muy ilusionada. Yo también lo estoy porque, a pesar de todo lo que

pasó entre nosotros, deseo que Logan sea feliz.

Regreso a Neonatos con fuerzas renovadas y encaro las últimas horas del turno con una actitud más positiva, después de enviarle un mensaje a Duncan disculpándome por mi comportamiento de ayer y asegurándole que todo está bien, aunque no sea cierto; y recordándole que cuente conmigo esta tarde.

-¿Qué crees que estás haciendo, Becka? – ha abierto la incubadora de Faith y se dispone a sacarla de ella.

-Tenemos que sostenerla en brazos todos los días – me dice nerviosa –. Pensaba...

-Tú no pienses tanto – la corto –. Desde que llegó no has mostrado interés alguno en ella y no vas a empezar ahora. No te quiero cerca de Faith, Becka, métetelo en la cabeza. Si te vuelvo a ver junto a su incubadora, empezaré a hablar. Estoy segura de que al director le interesará saber qué clase de trabajo desempeñas aquí. Y ambas sabemos que a ti no te conviene que lo sepa.

-No me amenes, Kathleen – me enfrenta –. Yo también podría hablar.

-Di lo que quieras, no tengo nada que ocultar.

-¿No? ¿Y tu relación con el padre de la bebé? ¿Qué crees que diría el director respecto a eso?

-No diría absolutamente nada mientras no afecte a mi trabajo. Y no hay nada que reprocharme con respecto a eso – permanezco tranquila aunque por dentro esté deseando arrancarle los pelos por mala pécora –. No todas pueden decir lo mismo.

-No creas que has ganado, Kathleen – me dice hecha una furia –. Te arrepentirás de esto.

En cuanto se aleja, compruebo que Faith esté bien y sonrío al verla tan tranquila. No me gusta que Becka la esté rondando tanto últimamente, cuando antes apenas miraba para ella, pero tiene razón en cuanto a sostenerla en brazos. Después de lo que pasó anoche, no sé si Alec querrá venir a verla en mi turno, así que decido sacarla yo y no puedo evitar emocionarme al pensar en tenerla contra mi pecho.

Noto el incremento en su peso nada más cogerla en brazos. Es increíble que apenas un mes antes la daban por perdida y ahora ya respira por sí misma

y soporta bien el estar fuera de la incubadora. El siguiente paso es cambiarla a una cuna y alimentarla sin sonda. El primer biberón que Alec le dé va a ser otro momento memorable para él.

Mis ojos se anegan en cuanto pienso en ello porque probablemente yo ya no pueda disfrutar de ese momento como he hecho de los demás. Cada vez estoy más convencida de que la próxima vez que vea a Alec será para terminar lo que apenas hemos empezado a vivir juntos. No dejará de cuidar de mí hasta que Neville sea capturado porque forma parte de su trabajo, pero más allá de eso, sé que lo he perdido para siempre. Y no debería sorprenderme porque siempre lo estropeo todo, pero no por ello deja de doler. Intenté mantenerme lejos e incluso se lo advertí, pero Alec era tan perfecto que creí que podría funcionar. Estúpida de mí, esperaba demasiado.

Faith se remueve inquieta e intento serenarme porque lo último que necesita ahora es percibir mi desconcierto. La acaricio lentamente mientras le canto la nana que me enseñó mi madre. Sé que la reconoce porque se tranquiliza al momento. Para cuando llego al final de la misma, se ha dormido y mi corazón danza en mi pecho de felicidad. La he cuidado con tanto esmero desde el primer día que llegó y me siento tan orgullosa de ella por sus logros, que casi la siento como mía. No la querría más si fuese hija mía.

-Eres fuerte – le susurro al dejarla en la incubadora de nuevo –. No lo olvides, Faith.

Levanto la vista y descubro a Becka observándome, pero aparta la mirada y continúa con sus tareas antes de que pueda decirle algo. De todas formas, prefiero ignorarla. Mientras haga su trabajo, me daré por satisfecha. Y me consta que es más aplicada desde que nuestras compañeras se negaron a suplir sus fallas y las de Christine. Otra razón más para odiarme porque, al parecer, me echa la culpa a mí de todo por haber sido la primera que la enfrentó.

En el vestuario la evito en la misma medida en que ella lo hace conmigo y aunque me alivia pensar que mañana ya no estaremos en el mismo turno, tengo un mal presentimiento con respecto a ella. No puedo concretar de qué se trata, es solo una sensación, pero no me gusta. Tal vez se deba a que tendrá libre acceso a Faith ahora que no trabajaremos juntas y eso me pone nerviosa.

Bajo al aparcamiento del hospital con prisa. Me he retrasado y estoy segura de que Duncan estará preocupado por mí. Compruebo mi teléfono y veo

varios mensajes suyos. Se lee preocupado y en el último incluso me dice que si no contesto en breve, vendrá a buscarme. Se está tomando bastante en serio lo de protegerme y yo me siento mal por haberlo metido en todo esto. Si Neville va detrás de mí como asegura Alec, ayudarme solo lo pondrá en peligro. Si le ocurre algo por mi culpa, jamás podré perdonármelo.

Le escribo para tranquilizarlo y guardo el teléfono en el bolso antes de buscar las llaves del coche. Entre tanto objeto y papel que voy metiendo en él y que al final nunca saco, no es fácil localizarlas. Necesito hacer una limpieza a fondo un día de estos porque estoy segura de que la mayoría de las cosas ni me hacen falta. Soy un desastre con patas.

-¿Dónde diablos estáis? – digo en alto, sin importarme que me crean loca.

De todas formas nadie me escucharía incluso aunque gritase porque o ya se han ido a sus casas o ya han entrado a trabajar. Tampoco es hora de visitas, así que el aparcamiento está desierto en este momento.

-¿Algún problema?

La voz grave y rasposa que escucho a mis espaldas me sobresalta y me giro con rapidez mientras mi mano viaja a mi corazón y mi boca emite un pequeño grito. Me encuentro con un hombre alto, rubio y muy musculado que parece mirarme con enfado. Su aspecto lo delata, pero por si eso no lo hubiese hecho, su acento es inconfundiblemente extranjero. Me recuerda a los matones de los que se rodean siempre los mafiosos rusos en las películas y eso me pone nerviosa.

-Ninguno – logro decir.

Juraría que ya lo he visto con anterioridad, pero no consigo recordar donde. Se acerca más a mí y yo retrocedo hasta apoyarme en el coche. No tengo forma de escapar de él ahora que se ha colocado frente a mí y mis alarmas se disparan. Cuando extiende una mano buscando mi brazo, lo retiro, asustada, para que no lo alcance.

-Hay alguien que quiere hablar contigo – dice -. Ven conmigo.

De repente, mi mente decide recordar dónde nos vimos y mi corazón se desboca, presa del pánico. Es el hombre que habló en susurros con Neville la primera vez que lo enfrenté, y el mismo con el que me crucé frente al piso de Alec días después. Estoy segura de que también es él quien conduce el

todoterreno. Apenas puedo controlar mi respiración al comprender que Alec estaba en lo cierto y que me han estado siguiendo todo este tiempo.

-No – aparto el brazo en su segundo intento por alcanzarlo, pero esta vez lo atrapa –. Suéltame.

-No lo hagas más difícil – me cuesta comprender lo que dice, pero la amenazante mirada que me da es más que suficiente para saber que corro peligro si no hago lo que dice –. No puedes huir de mí.

-Puedo gritar – lo desafío, aunque ambos sabemos que no serviría de nada.

Él se limita a lanzarme una sonrisa prepotente que me recuerda que estoy a su merced y tira de mí para que camine a su lado. Mis piernas apenas pueden sostenerme y mis pasos son torpes, pero no frena su avance. Mientras veo cómo mi tiempo se agota, busco, frenética, un modo de escapar de él, pero solo hay coches a nuestro alrededor. Tal vez, si lograra soltarme, podría esconderme entre ellos, aunque no es el mejor de los planes.

-Vamos – tira más fuerte de mí al ver que me quedo atrás.

Es entonces cuando recuerdo mis clases de defensa personal y le doy una patada en la espinilla que le arranca un grito de sorpresa. Lo golpeo de nuevo y en cuanto me suelta, lo empujo con todas mis fuerzas. No se mueve porque es una gran masa de músculos, pero yo consigo alejarme lo suficiente para darle otra patada, esta vez en la entrepierna. Echo a correr, sin esperar a ver si he acertado.

-Maldita zorra – escucho no muy lejos y continúo corriendo sin mirar atrás.

Ni siquiera sé por dónde voy, pues lo único que me importa es alejarme de él tanto como pueda. Sin embargo, tras unos cuantos metros recorridos, veo que me he equivocado de dirección porque la salida está en el otro extremo del aparcamiento. Me meto entre los coches intentando despistar a mi perseguidor, mientras mi corazón late tan rápido como se mueven mis piernas. Mi respiración desacompañada se escucha fuerte y temo descubrir mi posición, pero soy incapaz de controlarla.

Regreso sobre mis pasos rumbo a la salida, suplicando en silencio que no me encuentre. En alguna ocasión me permito mirar a mi alrededor buscándolo y es en una de esas cuando golpeo mi cuerpo contra alguien. Un grito se escapa

de mi garganta.

-Leen – Logan me sostiene para que no me caiga.

-Logan – su nombre sale atropellado de mi boca.

-¿Qué pasa? Estás muy alterada.

-No hay tiempo – digo mirando hacia todos lados –. Tenemos que salir de aquí. Vamos. Rápido.

Lo tomo de la mano para seguir corriendo con él, pero me detiene. Lo miro como si estuviese loco y él cruza los brazos en el pecho. Creo que espera una explicación y yo no estoy dispuesta a dársela en este momento. No cuando un hombre tan alto y fornido como el rubio me está persiguiendo.

-Vámonos, por favor – le suplico, tirando de él en vano –. Te lo explico luego. Por favor. Muévete.

-¿Se puede saber qué te pasa, Leen? Pareces una desquiciada.

-Alguien me está persiguiendo – cedo finalmente –. Y es un tipo bastante peligroso así que tenemos que irnos ya. Vamos, antes de que nos encuentre.

-No seas paranoica – me dice, mirándome como si estuviese loca.

-Lo estoy diciendo muy en serio, Logan – le suplico –. Vámonos ya.

-Bien – se remanga y comienza a caminar hacia el lugar por el que he llegado –. Veamos si es cierto.

-¿Qué crees que estás haciendo, Logan? – intento frenarlo, pero me arrastra con él.

-Solo voy a tener unas cuantas palabras con quien te sigue. No va a molestarte de nuevo, ya verás.

-Estás loco – me paro frente a él y lo empujo con mis manos en su pecho –. No vas a poder con él. Vámonos antes de que nos vea. Te lo ruego.

-Aquí estás, zorra.

En un solo movimiento, Logan me sitúa tras él para protegerme y, aunque le agradezco el gesto, sé que no servirá de mucho. El rubio es más alto y más fuerte que él. Y mucho más experimentado, teniendo en cuenta la naturaleza de su trabajo.

-No te permitiré que la molestes más – dice Logan envalentonado –. Así que ya te estás largando.

-No sin ella.

-Vámonos – le susurro a Logan suplicante. Rodeo su brazo con los míos y tiro de él, pero se suelta moviéndolo violentamente.

-Ella se queda conmigo – lo desafía. ¿Pero en qué está pensando? ¿No ve que le dobla el tamaño?

Me estremezco de miedo al escuchar la risa del rubio porque no presagia nada bueno. Avanza hacia nosotros con seguridad y yo retrocedo por instinto. Logan va a su encuentro con decisión y detengo mis pasos porque no puedo irme sin él. El rubio lo matará si no lo impido.

Me acerco para detenerlos, pero antes de que los alcance, el rubio saca una navaja de su chaqueta e intenta apuñalar a Logan con ella. Mi grito resuena en el aparcamiento. Logan ha logrado evitarlo por unos centímetros, pero la pelea continúa y yo me siento morir. Busco con la mirada algo con lo que pueda ayudar a Logan y es ahí cuando veo la alarma antiincendios.

Corro hacia ella y la presiono sin dudar. El ruido es ensordecedor, pero cumplirá su función. Alguien bajará a comprobar lo que sucede y el rubio tendrá que irse. Miro hacia ellos esperando verlo huir, pero la escena que presencio es totalmente diferente. Logan está a los pies del rubio, cubriendo su estómago con los brazos, mientras este sostiene la navaja, ahora bañada en sangre.

-No – grito y corro hacia ellos, sin importarme ya lo que me pueda ocurrir a mí.

Segundos antes de llegar a ellos, aparecen un par de guardias de seguridad y el rubio huye mientras esconde la navaja de nuevo en el interior de su chaqueta. Me arrodillo junto a Logan y apoyo su cabeza en mi regazo. Su camiseta está empapada a la altura del vientre y tiene los ojos cerrados. Presiono la herida con fuerza para detener la hemorragia y grito pidiendo ayuda.

-Maldita sea, Logan – le reprocho, aunque sé que no me escucha –. ¿Por qué no me hiciste caso? Te dije que era peligroso. Debimos irnos. No te mueras, por favor. ¡Oh, Dios! Que no se muera.

Aunque soy enfermera y trabajo en este hospital, no me permiten acompañar a Logan, por lo que permanezco en el pasillo, caminando de un extremo al otro sin atreverme a alejarme demasiado por si salen a informarme, pero no pudiendo quedarme quieta. Me consuela saber de que abrió los ojos cuando se lo llevaron. Si está consciente a pesar de toda la sangre que ha perdido, es buena señal.

Mientras espero, pienso en que debería avisar a su familia. Sé que tiene un par de hermanos, pero no tengo forma de comunicarme con ellos. Yo solo llegué a conocer en persona a su madre cuando éramos amigos porque ninguno de ellos vive en Edimburgo. Ese fue el principal motivo por el cual Logan se tomó un año de excedencia cuando su madre enfermó.

Al final, me acerco al mostrador de la entrada para intentar hacer algo útil. Tal vez en su ficha haya dejado un número de teléfono para casos de emergencia y solo espero que no sea el de su madre o se irá al traste mi plan. Diana me ve cuando apenas me faltan un par de pasos para llegar al mostrador y me sonríe con pena. Es una mujer encantadora, y muy perspicaz también. Le quedan un par de meses para jubilarse y algunos compañeros le están organizando una fiesta sorpresa de despedida de la que ella está al tanto desde el principio, aunque finja que no sabe nada. Extiende sus manos sobre el mostrador en cuanto la alcanzo y le ofrezco las mías para que las apriete en un gesto de consuelo. Aunque este sea un hospital grande, la mayoría nos conocemos. Somos como una pequeña gran familia, así que hay cosas que no se pueden ocultar aquí, como el hecho de que Logan y yo fuimos muy buenos amigos.

-Diana, ¿podrías mirar la ficha de Logan por si ha dejado algún número con el que contactar en caso de emergencia? No sé cómo avisar a su familia.

-Ya lo he hecho yo – todavía no suelta mis manos y me siento un tanto incómoda, pero parece tan compungida, que siento que tal vez necesite ella más consuelo que yo –. No te preocupes por eso.

-No es tan fácil – le respondo.

-Te entiendo – aprieta mis manos una última vez, antes de liberarlas –. Deberías ir a casa, Kathleen. Has pasado por una experiencia terrible y necesitas descansar.

-No me iré hasta saber que Logan está bien. Si le pasa algo por mi culpa...

Cuando hui del rubio, nunca se me ocurrió que pudiese tener un arma. En este caso resultó ser una navaja, pero bien podría haber sido una pistola. Ahora mismo Logan podría estar ya muerto y no luchando por su vida en un quirófano. O tal vez la bala hubiese sido para mí, aunque no me habría importado si con ello pudiese borrar de mi mente la imagen de Logan bañado en su propia sangre.

-No fue culpa tuya – me dice –. Podría habernos pasado a cualquiera.

Nerviosa y asustada por lo que pasó, no supe qué decirles a los guardias cuando me preguntaron por lo sucedido, así que el policía que vigila Neonatos, que apareció segundos después, se inventó un atraco frustrado. Supuestamente, como me dijo más tarde a solas, para no levantar sospechas. Así que ahora todos creen que Logan fue herido por defenderme de un ratero de tres al cuarto y yo no me siento capaz de desmentirlo. Sobre todo porque eso implicaría meter a Faith en la ecuación.

-De igual modo, me quedaré aquí hasta que sepa que está fuera de peligro. Gracias por todo, Diana.

-No hay nada que agradecer, pero ve a tomar algo a la cafetería al menos. Lo necesitas.

-Estoy bien.

Regreso al pasillo, ignorando su consejo. Aunque tampoco es que pueda meterle nada al cuerpo porque estoy segura de que lo vomitaría. Miro el reloj y veo que no ha pasado ni una hora desde que se llevaron a Logan, pero a mí me ha parecido una eternidad. Comienzo de nuevo mi paseo. Si no me mantengo ocupada de algún modo, acabaré por derrumbarme. Nunca en mi vida he rezado, pero en esta ocasión no dejo de suplicar para que Logan sobreviva.

Es curioso cómo la mente te obliga a recordar todos los buenos momentos vividos con una persona cuando temes por su vida y cómo se te olvidan los rencores y las discusiones. No dejas de pensar en que te hubiese gustado hacer las cosas de otra forma o haberlo intentado con más ganas. Y temes, tal vez egoístamente, que ya no tengas la oportunidad de cambiarlo. Son tantas emociones juntas... Cuando las lágrimas amenazan con escapar de mis ojos, parpadeo varias veces para rechazarlas. Si empiezo ahora, ya no seré capaz de parar.

Se abre una puerta en el otro extremo del pasillo miro instintivamente hacia ella aún cuando sé que no es por la que se llevaron a Logan. Mi corazón se ha acelerado hasta el punto de querer salirse de mi pecho y me abrazo con fuerza. Necesito saber ya qué está pasando con él. No entiendo cómo en un hospital lleno de compañeros de ambos, ninguno de ellos se digne a informarme de algo. Sobre todo cuando Logan se encuentra en así por mi culpa.

Reanudo la marcha una vez más, ignorando mis ganas de entrar sin permiso para exigir respuestas. En realidad no tendrían derecho a echarme si lo hiciese, pues yo también trabajo aquí. Lo único que me detiene es el miedo a lo que pueda encontrarme tras la puerta porque no es lo mismo ver a un herido cualquiera que a alguien que te importa. Y está claro que Logan todavía me importa. Una amistad como la que hemos tenido no desaparece de la noche a la mañana por más enfadados que estemos ahora.

Cuando me giro para desandar el camino, mis ojos se topan con la intensidad azul de otro par que me mira con preocupación. El tiempo se detiene al igual que mis pasos. Un torbellino de emociones se apodera de mí y no sé con cual quedarme. Vergüenza, preocupación, angustia, arrepentimiento. Alivio. Sí, definitivamente es el alivio lo que predomina sobre todas las demás.

-Alec – susurro antes de correr hacia él.

Viene a mi encuentro y nos fundimos en un abrazo. Ni siquiera me importa si alguien nos ve o si es correcto o no, solo quiero sentirme segura y arropada entre sus brazos. Las lágrimas, tanto tiempo contenidas, corren ahora libremente por mis mejillas. Alec las limpia con sus pulgares y me besa con dulzura. Pero también sabe a desesperación y a miedo. El recuerdo de lo sucedido anoche me asalta y más lágrimas surcan mi rostro.

-Lo siento tanto, Alec – le digo entre sollozos –. Anoche fui una estúpida. ¿Podrás perdonarme?

-No te preocupes por eso, Kath – coloca mi cabello hacia atrás con sus manos mientras comprueba que no estoy herida –. La culpa no es solo tuya. Debí decírtelo.

-Solo querías protegerme – niego –. Me comporté como una histérica.

-Ambos actuamos mal. Ya está olvidado – me besa y me abraza de nuevo

–. Nada más importa que el que estés a salvo.

-Apuñaló a Logan – gimo contra su pecho y aprieto su cintura con mis brazos –. Están ahora con él en el quirófano, pero nadie me dice nada.

-Tranquila – aprieta su abrazo –. Verás que todo estará bien.

-¿Y si no lo está? – lo miro – ¿Y si muere por mi culpa?

-Nadie aquí va a morir, ¿de acuerdo? – mientras habla, sujeta mi rostro entre sus manos y clava sus ojos en los míos –. Logan se recuperará y todo esto quedará en una simple anécdota que contar en una reunión de amigos.

Me abraza y puedo escuchar el latido de su corazón. Va tan rápido como el mío. Me acomodo en su pecho y me siento segura por primera vez desde que el rubio me interceptó en el aparcamiento. Con Alec protegiéndome, siento que nada malo puede pasar.

-Vi a ese hombre frente a tu piso hace tiempo – le digo en cuanto lo recuerdo –, pero ya lo había visto antes en el hospital, solo que no lo asocié. La primera vez que me enfrenté a Neville, habló con él antes de que los dos se fuesen juntos.

-Debe ser el que te estuvo siguiendo todo este tiempo. Descríbemelo.

-Alto, fuerte, rubio. Por su aspecto, parecía extranjero. Tenía un fuerte acento también.

-Boris Kozlov – constata –. No se separa de Neville en ningún momento.

-Creo que su intención era llevarme con él. Me dijo que alguien quería hablar conmigo.

-Kath – me mira fijamente y sé que no va a gustarme lo que va a decir – ¿Me crees ahora cuando te digo que corres peligro? Esto no es ningún juego.

-Tendré más cuidado a partir de ahora, te lo prometo. Duncan y tú podéis traerme y recogerme. No me quedaré sola en ningún momento.

-Me temo que eso no será suficiente – continúa –. Deberías tomarte unos días libres hasta que...

-No – lo interrumpo, separándome de él –. No me pidas eso, Alec. Por favor. Te lo suplico, cualquier cosa menos eso. Haz que me siga una brigada entera si estás más tranquilo o que me acompañe un policía incluso hasta en el

baño, pero no me pidas que me aleje de los bebés. No podré soportarlo.

-Esto es muy peligroso, Kath – insiste y, aunque entiendo por qué lo hace, yo no puedo aceptarlo.

-No creas que no lo sé – le digo –. Después de lo de hoy, eso sería lo mejor, pero no puedo hacerlo, Alec. Simplemente no puedo. Me volvería loca.

Nunca llegué a contarle que mi trabajo fue mi salvavidas. Durante años, mi trabajo fue mi vida y las vacaciones mi peor pesadilla. Era el motivo por el que me levantaba cada día y la razón por la que soportaba la soledad de mi hogar tras la muerte de mi abuela. Todavía hoy es un poco así, aunque lo llevo mejor después de encontrar nuevas ocupaciones con las que entretenerme. Pero a pesar de todo, cuando la ansiedad me gana la batalla, solo cuidar de los bebés me mantiene cuerda. Y ahora mismo lo necesito casi tanto como respirar.

-Está bien – me rodea de nuevo con sus brazos –. Perdóname, tenía que intentarlo. Encontraré otro modo de mantenerte a salvo, te lo prometo. Solo de pensar en que si no fuese por Logan, ahora estarías en manos de...

-Escapé de él sola – le digo al ver que no termina la frase y me mira sorprendido –. Me encontré con Logan en la huida e intenté llevármelo conmigo, pero se negó. Quería una explicación y yo tenía tanto miedo de que nos encontrase que se lo conté a medias. No me creyó cuando le dije que era peligroso y yo... Debí insistir para que se viniese conmigo cuando se empeñó en enfrentarse a ese hombre. Si hubiese hecho algo más, si fuese más convincente, ahora no estaría muriéndose.

-No digas eso – me reprende –. No va a morir. Y ni se te ocurra sentirte culpable por una decisión que tomó él. Cada uno es dueño de sus actos y debe atenerse a las consecuencias de los mismos.

Esta conversación me recuerda mucho a otra que ya tuvimos sobre mi familia y la madre de Faith. Ambos tenemos mucho de lo que arrepentirnos aún sabiendo que tal vez no pudimos hacer nada para cambiar las cosas. Por suerte, Faith es la recompensa de Alec. Y yo... tal vez, pueda empezar a soñar con ellos sean la mía.

-Kat.

Miro en la dirección en la que me llaman y me topo con una Anna de ojos

inflamados y nariz roja. Y me siento terriblemente mal por no haber pensado en ella en ningún momento. Debería haberla avisado yo personalmente. Lleva el uniforme puesto, por lo que imagino que debió oír lo que había pasado y buscó un hueco en su turno para venir a verlo. Pero cuando me acerco a ella y la abrazo, no veo rastro de rencor en su mirada, sino preocupación. Dejo que lllore en mi hombro hasta que se tranquiliza un poco.

-¿Estás bien? – le pregunto con cautela. Temo decir algo que la haga llorar de nuevo.

-¿Se pondrá bien? ¿Te han dicho algo?

-Todavía no sé nada, pero supongo que no tardarán en salir a informarnos. Ya ha pasado más de una hora desde que ingresó.

-Una hora – gime – ¿Tan grave era?

-Perdió mucha sangre – creo que lo estoy empeorando, pero no puedo dejar de hablar –. Imagino que le harán una transfusión y ya sabes que eso lleva su tiempo. Y la herida...

-Logan es un hombre fuerte – Alec acude en mi ayuda y le agradezco el gesto con la mirada –. Estoy seguro de que se recuperará.

Anna se queda con nosotros todo lo que puede, pero cuando su tiempo de descanso se agota, debe regresar a su puesto. Se marcha con mi promesa de que la avisaré en cuanto sepamos algo. Alec me abraza de nuevo, nada más quedarnos solos. Apoyo mi cabeza en su pecho y escucho los latidos de su corazón. Ahora son pausados y me relajan. Podría quedarme así para siempre.

-¿Y tú no tienes que volver al trabajo? – le pregunto al pensar en ello.

-Podrán arreglárselas sin mí – besa mi sien –. Tú eres más importante.

-Es más importante capturar a Neville – levanto los ojos hacia él porque no quiero separar la cabeza de su pecho.

-Ya te lo dije una vez, Kath. Faith y tú sois ahora mi vida. Nada será nunca más importante para mí que vosotras dos.

-¿Aunque te acuse sin razón como anoche?

-Aunque quieras arrancarme el corazón y comértelo de cena.

-Eso ha sido... asqueroso – rio.

-Pero te ha hecho reír – me besa en la frente.

-Yo hablaba en serio.

-Yo también. No me voy a alejar de ti porque discutamos de vez en cuando, Kath. Todas las parejas discuten – sus manos sujetan mi rostro y me obliga a mirarlo a los ojos –. Solo te pido que tampoco tú lo hagas. Sea lo que sea, lo superaremos. Pero juntos.

-Está bien – asiento –. Lo intentaré.

-Me conformo con eso – dice antes de besarme –. Por ahora.

-Por ahora.

-Tendrás que hacer algo más que intentarlo en un futuro – me sonrío.

En ese momento, la puerta que tanto he estado vigilando en la última hora y media se abre. La miro expectante y ansiosa, con el corazón en un puño, esperando a que alguien salga por ella. Cuando Spencer aparece y me mira, empiezo a temblar y Alec aprieta mi hombro para hacerme saber que está conmigo.

Parece cansado, pero mantiene una expresión neutra en su rostro mientras se acerca a nosotros. Siempre me he preguntado cómo pueden mantener esa entereza a todas horas. Yo no sería capaz. De hecho, estoy mordiendo la cara interna de mi mejilla para no gritarle que me diga de una vez lo que ha pasado con Logan.

-Kat – me saluda.

-¿Cómo está Logan?

-La herida era profunda, pero limpia. Por suerte, la hoja no ha dañado ningún órgano. Ha perdido mucha sangre y está débil, pero fuera de peligro. Ha sido muy afortunado.

-Gracias al cielo – me apoyo en Alec, aliviada de que esté bien.

-Ha preguntado por ti.

-¿Puedo ir a verlo?

-Claro. Lo hemos trasladado a planta. Habitación 208.

Alec me acompaña en silencio y yo me muero por preguntar qué opina de

que vaya a verlo porque aunque Logan se enfrentó a Boris para defenderme, también es cierto que su único encuentro con él no le mostró su mejor cara. En cuanto llegamos a la habitación me giro y lo miro.

-No tienes que pedirme permiso – me dice antes de que pueda hablar siquiera.

-No iba a pedírtelo.

-Mejor, porque no es asunto mío – me abraza y me da un beso –. Habla con él, yo te espero aquí.

-No tardaré.

-No tengo prisa – me besa una última vez antes de liberarme de su abrazo.

Entro en la habitación y cierro la puerta detrás de mí para darnos algo más de privacidad. Logan está mirando por la ventana y parece ausente. Está pálido, pero no se ve tan débil como imaginaba. Camino hacia él y solo me mira cuando me coloco a su lado. La frialdad en su mirada me golpea con rudeza.

-¿Así funciona esto, Leen? ¿Yo me llevo la puñalada y él a la chica?

Mi cara debe ser todo un poema ahora mismo. No acabo de creerme que haya escuchado eso y por unos segundos, me quedo sin palabras. Cuando lo asimilo, la sorpresa da paso al enfado.

-¿En serio, Logan? ¿Eso es lo único que se te ocurre decir después de que casi mueres apuñalado?

-Por ti – matiza.

-Por ti – lo acuso –. Te rogué que nos fuésemos. Te advertí que era un hombre peligroso cuando te empeñaste en ir tras él, pero, ¿me hiciste caso? No, por supuesto que no. El gran Logan no le teme a nada ni a nadie.

-Te salvé la vida – me reclama.

-Solo teníamos que haber corrido hacia la salida y ambos estaríamos bien ahora – le digo yo –, pero tenías que hacerte el héroe para impresionarme, ¿verdad?

-Y al parecer no sirvió de nada – la amargura en su voz me enfada más.

-Dios – me llevo las manos a la cabeza –. Y yo como una tonta preocupada

por ti todo este tiempo.

-No tanto, por lo que vi.

-Logan, eres un cretino.

-Y tú una... – se frena a tiempo, creo que más por el dolor que siente al moverse, que por no querer acusarme de lo que fuese. Aunque puedo hacerme una idea de lo que iba a decir.

-Creía que lo habíamos aclarado ya, Logan – ya ni intento disimular el fastidio que me provoca su actitud –. Te dije que lo que sentía por ti jamás podría traspasar la línea de la amistad. Fui muy clara al respecto desde el primer momento. Nunca te di esperanzas, así que ahora no tienes derecho a reprocharme nada. Y no fui yo quien te alejó de mí, eso lo decidiste tú. Así que ni se te ocurra venir ahora con tus tonterías para hacerme sentir culpable por seguir con mi vida.

-Yo quería formar parte de esa vida.

-Podías haberlo hecho. Aún puedes, si dejas de comportarte como un estúpido.

-No como deseo – apenas lo susurra, pero lo escucho perfectamente.

-¿Qué pasa con Anna? – cambio de estrategia – ¿Piensas seguir mintiéndole? Porque ella está muy ilusionada contigo.

-Anna sabe lo que siento. No la he engañado en ningún momento.

-¿Y aún así sigue a tu lado? – me sorprende al oírlo porque no es eso lo que ella me cuenta cada vez que me habla de su relación con Logan. Ni lo que yo vi hoy cuando llegó llorando y desesperada por saber de él –. O es tan estúpida como tú o te quiere mucho.

-Cree que puede hacer que me olvide de ti – me mira con ojos cargados de inquina y me preocupa. La obsesión de Logan ha llegado a un punto que asusta. Siento la necesidad imperiosa de hacerle entender que el camino por el que va no es sano. Ni para él ni para quien quiera estar a su lado.

-Eres un maldito arrogante, Logan. Tienes junto a ti a una mujer increíble que quiere hacerte feliz y pierdes el tiempo en un sinsentido. Deberías darle una oportunidad. Una oportunidad de verdad. A ella le importas mucho, Dios sabrá por qué, con lo amargado que estás – intento dulcificar mi tono, pero no

lo consigo –. Podrías ser feliz a su lado si lo intentases en serio porque ambos sabemos que lo que sientes por mí no es amor.

-¿Obsesión? – me interrumpe –. Pareces Anna.

-Es que Anna tiene razón. El amor es algo hermoso y puro. El amor es como una luz en la oscuridad, no al revés. El amor es confianza y respeto. El amor es mirar a la otra persona y saber que harías lo imposible por verla feliz aunque eso te perjudicase. El amor es dar incluso más de lo que tienes sin pedir nada a cambio.

Mientras hablo, recuerdo cada ocasión en que Alec me comprendió con una simple mirada, cada vez que me consoló entre sus brazos en completo silencio; aquellas en que me escuchó sin exigir más aunque eso lo dejase insatisfecho y otras tantas en las que se preocupó por mí y me protegió de la forma en que consideró correcta, incluso a riesgo de que le reclamase por ello. Y no puedo dejar de pensar en el hecho de que todo cuanto le estoy diciendo a Logan es lo mismo que Alec está haciendo por mí desde que nos conocemos. En ningún momento me ha pedido nada a cambio, salvo que permanezca a su lado. Y solo después de que intentase alejarlo de mi vida por nada. La palabra amor retumba en mi mente incansable.

-Eso son idealismos, Leen – bufó.

-No lo son. Solo espero que no sea demasiado tarde para ti cuando descubras que tengo razón – no quiero seguir discutiendo con él porque necesito hablar con Alec –. Y ahora, si me disculpas, tengo algo importante que hacer.

-Besuquearte con ese.

-Pues sí – lo enfrento de nuevo harta de sus provocaciones –. Con ese o con cualquier otro que me apetezca porque es mi vida, Logan. Mi vida. Y tú ocúpate de la tuya, que es más desastrosa que la mía. Me alegra saber que estás bien y que te recuperarás. Aunque no lo creas, me preocupo por ti. Pero aquí se acaba todo. Hoy he llegado a mi límite contigo. Te juro que quise conservar tu amistad, pero tú rechazaste de pleno cada intento. Ahora ya no tengo nada más para ti. No puedo seguir con esto – me giro hacia la puerta, pero regreso porque siento que todavía debo decirle algo más –. Si fueses un hombre inteligente, intentarías tomarte en serio a Anna porque si a pesar de lo idiota que eres con ella, sigue a tu lado es que le gustas de verdad y no se

merece que juegues con ella. No la cagues, Logan, porque si la pierdes, te aseguro que no vas a encontrar a nadie más que soporte tus estupideces. Que te vaya bien. Y la próxima vez que me veas en apuros, ignórame.

Ahora sí me giro y salgo de la habitación sin mirar atrás. No voy a perder más tiempo con alguien que no quiere abrir los ojos. Se recuperará y eso es lo que necesitaba saber. Avisaré a Anna como le prometí y el resto ya será cosa suya. Yo he terminado definitivamente con todo esto. Con él.

-¿Estás bien? – Alec me rodea con sus brazos al verme salir. Una vez más me sorprende lo bien que ha llegado a conocerme en tan poco tiempo. Ni siquiera he necesitado decirle nada para que sepa que algo malo ha pasado. Y es por eso que lo quiero tanto. Vaya... lo quiero.

Por más que me sorprenda, ya no puedo negarlo. Y creo que sé porqué anoche me comporté de un modo tan estúpido. Fue un intento desesperado por huir de lo que Alec me hace sentir. Me aterra implicarme tanto con alguien porque eso me hace vulnerable y da pie a que me rompan el corazón una vez más. Desde la muerte de mi abuela me he estado protegiendo para que nadie se acerque tanto a mí y, sin embargo, Alec ha entrado en mi vida sin apenas darme cuenta y ha arrasado con todo. Me ha enamorado con su paciencia, su perseverancia y su seguridad. Es así de simple y no entiendo cómo no pude verlo venir. Ahora ya me tiene totalmente atrapada.

Impulsada por ese descubrimiento, lo tomo de la mano y lo arrastro conmigo por los pasillos. Estoy segura de que siente curiosidad por saber a dónde vamos, pero me sigue sin protestar ni resistirse. Y ese es otro de los motivos por los que se ha ganado mi corazón, su absoluta confianza en mí, aunque yo haya dudado de ella anoche por miedo. Bajamos un par de plantas por las escaleras y nos adentramos en un pasillo que es solo para el personal. Ni siquiera entonces intenta detenerme, ni cuando nos cruzamos con varios de mis compañeros, que nos miran con reproche. Alec se limita a caminar conmigo y esperar pacientemente a que lleguemos a dónde sea que lo estoy llevando. En cuanto alcanzamos mi objetivo, abro la puerta y nos adentramos en la habitación. Por suerte para mí, está vacía. La cierro con llave y me quedo frente a Alec, que me mira con interés.

-Necesitaba estar a solas contigo – le explico y aunque no sea suficiente para calmar su curiosidad, no me exige más.

-¿Estás bien? – me pregunta de nuevo, esta vez con preocupación.

-Lo estaré – me acerco a él y sin mediar palabra ataco su boca.

No tarda nada en responder y me devuelve el beso con igual avidez. Se hace cargo de él en cuestión de segundos y nos mueve para aprisionarme entre la puerta y su cuerpo. Mis manos bajan por su espalda hasta dar con el bajo de su camisa y se introducen en su interior para tocar su piel. Noto más presión sobre mi cuerpo y se me escapa un gemido. Sus manos tampoco pueden estar quietas y me recorren con ansia. En cuanto nuestras caricias se vuelven más ambiciosas, siento que debo detenernos antes de que la situación se descontrole más. No tenía intención de llegar tan lejos, solo necesitaba de su contacto antes de hablar con él sobre mis sentimientos porque es algo que me asusta demasiado.

Una vez más, como si me leyese el pensamiento, Alec reduce la intensidad del beso hasta dejarlo en un tierno roce de labios. Nuestras respiraciones aceleradas están acompasadas y seguramente los latidos de nuestros corazones también. Me mira con los ojos vidriosos por el deseo y deposita un beso en mi nariz. En cuanto me sonrío, me animo a hacer la pregunta que me ronda la cabeza desde mi conversación con Logan y que necesito esclarecer antes de confesarle lo que siento por él.

-¿Qué sientes por mí?

-¿Todo esto tiene algo que ver con Logan? – frunce el ceño – ¿Qué pasó en esa habitación? ¿Qué te dijo? Si tengo que ir y...

-Quise abrirle los ojos a Logan al ver que seguía con la misma actitud de siempre – le interrumpo poniendo mi mano en su boca – y creo que surtió efecto en mí. Necesito saberlo, Alec. ¿Qué sientes por mí?

-Me gustas, Kath – me dice serio, después de tomar mi mano entre las suyas –. Mucho. No eres una mujer a la que le resulte sencillo abrirse a los demás, ni que se deje querer fácilmente. Puede que parezcas inaccesible, pero no lo eres en absoluto. Al menos para mí. Desde la primera vez que nos vimos, supe que había mucho más en ti de lo que querías mostrar al mundo. Con cada una de tus barreras que logro traspasar, descubro algo nuevo sobre ti. Y cuanto más descubro, más me atraes.

Permanezco en silencio, sopesando sus palabras. Un me gustas mucho no es un te quiero, pero no puedo esperar que sienta lo mismo que yo después de

lo difícil que se lo he puesto siempre. Ya es bastante que le guste a pesar de todo y que quiera seguir a mi lado incluso después de mis intentos de alejarlo.

-Me importas mucho, Kath – continúa al ver que no digo nada. Parece como si midiese sus palabras al hablar y me pregunto si se está conteniendo por temor a mi reacción –. Más de lo que nunca me ha importado nadie. No miento cada vez que te digo que Faith y tú sois mi vida ahora.

Me atrae hacia él y me rodea con sus brazos antes de continuar hablando. No sé si lo hace por mí o por él, pero me dejó abrazar y escucho el latir de su corazón. Va tan rápido como el mío y eso me reconforta en cierta medida. Siento que nos une todavía más.

-Cuando me llamó Duncan preocupado porque no llegabas, me temí lo peor. Nunca en mi vida he estado tan asustado como hoy – noto cómo me aprieta con más fuerza y besa mi sien –. Mientras venía de camino al hospital, no podía dejar de pensar en que Neville te había interceptado en el camino y casi enloquezco. Si te llegase a pasar algo, no me lo perdonaría.

-Si me ocurriese algo, no sería culpa tuya – me separo de él para mirarlo. Necesito que entienda lo que le estoy diciendo –. No puedes cuidar de mí a todas horas y mucho menos evitar que algo malo suceda. Las cosas no funcionan así y lo aprendí hace tiempo de la peor de las maneras.

-Puedes estar segura de lo haré – dice con firmeza –. Neville es un hombre peligroso, Kath, capaz de cualquier cosa para conseguir lo que quiere. Ha intentado secuestrarte en un lugar público, ya lo has visto. Ni siquiera le importa que alguien pueda verlo porque se cree intocable.

-Pero no puedes estar en todas partes.

-No permitiré que se acerque a ti de nuevo, Kath – continúa hablando –. Hasta que lo detengamos, no volverás a quedarte sola bajo ningún concepto. Sé que no quieres dejar tu trabajo y esta vez voy a respetarlo porque veo que es muy importante para ti, pero te juro que te obligaré a hacerlo si lo creo necesario.

-Alec... - su vehemencia me deja sin palabras. Si eso no es amor, no sé qué otra cosa puede ser.

-Te mantendré a salvo, Kath, incluso si debo tomar decisiones que no te gusten – me interrumpe –. Si quieres odiarme por ello, hazlo. Lo soportaré

mientras tú sigas viva. Nada es más importante...

-No podría odiarte. Ya no – digo sin dejarle terminar de hablar –. Te quiero.

-que tu seguridad. Así que hazte a la idea de que... – se interrumpe a media frase – ¿Qué has dicho?

-Que no podría odiarte.

-Lo otro – da un paso hacia mí.

-Te quiero – susurro. Me siento cohibida bajo su intensa mirada.

-Repítelo – me pide.

-Alec – suplico.

-Por favor – me ruega él.

-Te quiero – digo más alto y mirándolo a los ojos fijamente.

Se mueve con tal rapidez, que ya me está besando antes de que pueda prever que lo va a hacer. Sus manos me sujetan con firmeza para que no pueda alejarme de él, aunque no es eso lo que tengo en mente. Rodeo su cuello con mis brazos y enredo mis dedos en su cabello como tanto me gusta hacer. Disfruto del beso hasta que el deseo se vuelve imperativo y Alec baja la intensidad de nuevo. No es el momento ni el lugar adecuado para ir más allá.

-Yo también te quiero, Kath - me dice, con su frente apoyada en la mía –. No sabes las veces que he deseado decírtelo, pero me contuve por miedo a que salieras huyendo.

-Siento ser una mujer tan difícil – me disculpo.

-Eres todo un reto – sonrío –, pero me encanta. Contigo todo son sorpresas.

-No siempre buenas – replico.

-No te tortures por eso, Kath. No cambiaría nada de ti – me besa –. Si quieres a alguien, lo aceptas tal y como es, con sus virtudes y sus defectos. Y quien no lo haga, es que no está enamorado.

El sonido de su teléfono nos interrumpe y se separa de mí para contestar. Aunque solo pronuncia monosílabos, su ceño fruncido me dice que lo que está escuchando no le gusta. Me mira de vez en cuando y sonrío, pero sé que lo

hace para no preocuparme y no funciona. Y aunque me muero de curiosidad, no estoy segura de querer saber que pasa. Ya he tenido suficientes sobresaltos por hoy.

-Tenemos que irnos – me dice mientras guarda el teléfono.

-Iré a hablar primero con Anna y después a casa de Duncan.

-Te acompaño a hablar con tu compañera – toma mi mano –, pero después te vienes conmigo.

-Alec, no puedes llevarme a tu trabajo. Estaré bien con Duncan hasta que puedas ir a por mí.

-Te vienes conmigo – con ese tono no deja lugar a discusiones y me preocupo de nuevo.

-¿Por qué?

-Esta noche vamos a interceptar otro barco y necesito saber que estarás a salvo para ir centrado a la misión. Y no hay lugar más seguro que el departamento de vigilancia de la Agencia de Aduanas.

En esta ocasión no discuto con él y me limito a asentir. Vamos a Neonatos, donde intercambio unas pocas palabras con Anna, y después nos dirigimos a su coche. Ninguno de los dos habla durante el trayecto. Alec parece concentrado en lo que se avecina y yo prefiero no inmiscuirme en su trabajo. Sin embargo, a medida que nos acercamos a nuestro destino, me resulta más difícil no rogarle que no vaya en busca de ese barco. Tengo un mal presentimiento.

ALEC

Me quiere. Kath me quiere. No puedo dejar de pensar en ello de camino al trabajo, mientras la observo a hurtadillas. Me siento como en un sueño del que no me gustaría despertar nunca. He deseado escuchar esas palabras de su boca desde el primer beso real que nos dimos. No creí que lo fuese a decir justamente hoy, después de su ataque de pánico. Esperaba más bien que se cerrase de nuevo en su burbuja de protección, de donde tendría que volver a sacarla. Y con lo que me costó hacerlo la primera vez, no estaba muy seguro de poder lograrlo una segunda.

Cuando la dejé sola esta mañana, estaba seguro de que tendría que insistirle para que regresase a mi casa, aunque fuese solo por su seguridad. A duras penas logré convencerla de que se quedase a dormir anoche y solo después de asegurarle de que yo lo haría en el sofá. Algunos creerían que su reacción fue exagerada, pero yo sabía que podía suceder algo así cuando decidí hablar con Duncan a sus espaldas. Kath es una mujer que valora por encima de todo la sinceridad, eso me ha quedado claro desde el principio. Puede que no sea tan comunicativa como otras personas, pero cuando lo hace no hay rastro de engaño en ello. Y así como da esa confianza, también la exige. Sabía que me arriesgaba a una espantada por su parte si averiguaba lo que

había hecho, pero como le dije hace un rato, haré lo que sea necesario para mantenerla a salvo. Más ahora que sé que me quiere.

-Estás muy callada desde que salimos del hospital – le digo, intentando iniciar una conversación. Sé que hay algo que le preocupa porque no deja de morderse el interior de la mejilla.

-Estoy nerviosa.

Permanezco en silencio, dándole tiempo a que decida si quiere explicarme el motivo o no. Hoy ha sido un día de confesiones un tanto intenso y la conozco lo suficiente como para saber que no debo presionarla más. Es su turno para elegir si continúa derribando barreras o las deja un tiempo más. Y esta vez no me importa si decide mantenerlas porque ya me ha dado más de lo que esperaba.

-Voy a conocer a tus compañeros – me sorprende gratamente que hable de nuevo –. Bueno, a uno ya me lo presentaste, aunque no en mi mejor momento.

-Se quedó impresionado contigo – bromeo para borrar las arrugas de su frente.

-No lo dudo.

-No te preocupes por eso – me permito apoyar mi mano sobre la suya –. Rory es un bromista, pero no dirá nada si ve que te incomoda.

-Ahora ya me quedo más tranquila – dice blanqueando los ojos –. Un bromista que no se burla de la gente por miedo a incomodarlos.

La risa me sale de manera espontánea. Adoro a la Kath divertida, aunque pocas veces se permite sacarla fuera. Me encantaría que lo hiciera más a menudo, pero guardaré en mi memoria cada una de esas ocasiones como un tesoro hasta que decida ser la increíble mujer que sé que se esconde bajo todas sus capas de inseguridad. Su sonrisa es un bálsamo para mí. Aún recuerdo la primera vez que nos vimos y cómo me sentí mejor en el mismo instante en que la vi sonreír. Desde entonces y en cada ocasión que lo hace, me sigo sintiendo igual.

-Dicho así, parece un tanto ilógico – admito, cuando la risa afloja y puedo hablar –. No es mal chico.

-No me lo ha parecido en ningún momento.

Aprieto su mano una última vez antes de soltársela porque estamos llegando y necesito ambas para maniobrar. Noto cómo vuelve a morderse el labio y sé que no me ha dicho toda la verdad, pero no voy a insistirle por el momento. Lo primero es conseguir que se sienta cómoda en el departamento y con mis compañeros porque me temo que se pasará unas cuantas horas aquí.

La tomo de la mano para entrar en el edificio y aunque parece dudar, me lo permite. Supongo que también le preocupa el cómo la presentaré antes ellos. Yo lo tengo claro, y a pesar de la pequeña discusión de anoche, sigue siendo mi novia. La mujer que quiero, aunque esto mejor me lo reservo para cuando estemos a solas. Estoy deseando escuchárselo de nuevo, porque si se cree que voy a permitir que se retracte después de haberme confesado que también me quiere, se va a llevar una decepción.

En cuanto nos encontramos con algunos de mis compañeros y noto su vacilación, aprieto su mano con firmeza tratando de transmitirle seguridad y parece que funciona porque me sonrío cuando la miro. Antes de que pueda hablar con alguno de ellos, Rory nos intercepta. Parece apurado.

-Alec – me llama –, Thomas nos espera en su despacho. Los demás ya están allí.

Kath hace el amago de soltarse, pero se lo impido. De hecho, tiro de ella para acercarla más. Rory la ve por primera vez y sonrío. Aunque no han vuelto a coincidir desde la otra noche en el pub, sé que la ha reconocido. En cuanto veo sus intenciones, lo interrumpo para que no diga algo que pueda avergonzarla.

-He decidido traer a Kath conmigo. Prefiero que se quede aquí mientras salimos. Estará más segura y yo más tranquilo.

Su lado profesional asume el control y asiente. Nos acompaña hasta el despacho de Thomas, donde los demás ya están esperándonos. Por el momento siguen dispersos y hablando entre ellos, por lo que me acerco a Thomas para presentarle a Kath. El jefe es el único, aparte de Rory, que conoce ya la situación de Kath. Y nuestra relación también.

-Alec – palmea mi hombro, pero la mira a ella -. Veo que la encontraste.

-Kath – la acerco a mí –, este es Thomas. El jefe.

-Un compañero más – le tiende la mano y sonrío –, pero para su desgracia,

tienen que hacer lo que yo les diga. Un placer, señorita.

-El placer es mío – dice cohibida aunque le devuelve la sonrisa.

-Neville trató de llevársela – le explico –. Uno de sus compañeros intentó ayudarla y resultó herido. No podía dejarla sola.

-Desde luego que no – Thomas me da la razón –. Aquí estará segura hasta que regresemos. Tal vez deberías llevarla a tu despacho para que se vaya acomodando. No creo que te interese escuchar a una panda de hombres hablando de su trabajo.

Se dirige a ella con sus últimas palabras y se lo agradezco en silencio. Incluirla en la conversación le ayudará a sentirse más cómoda aquí. Thomas sabe lo que se hace, por algo es el jefe. La acompaño a mi despacho después de que se despida de ambos y lo abro para ella. Su mirada se pasea por el lugar con curiosidad.

-No muy es grande – le digo –, pero para mí es suficiente. Paso la mayor parte del tiempo en la sala de reuniones o en el despacho de Thomas. Y si no, puedes encontrarme en la sala de ordenadores. Ese es mi territorio.

Sonríe ante mi última frase y me acerco a ella. La rodeo con mis brazos y apoyo mi barbilla en su sien. Me gusta cuando apoya su cabeza en mi pecho de esa forma tan relajada y confiada. Estoy tentado de preguntarle por eso que la preocupa, pero no sé si deba. Por suerte, no hace falta que lo haga porque al parecer hoy seguirá siendo el día de las confesiones.

-Ten cuidado, Alec – me mira –. Cuando vayas a esa misión.

-Lo tendré. Siempre lo tengo, pero ahora con más razón. Por dos razones – matizo antes de besarla.

-Por favor – me ruega una vez más –. Tengo un mal presentimiento.

-No te preocupes, Kath. Como te dije la vez anterior, somos muchos y estamos bien organizados. No nos pasará nada – tomo su rostro entre mis manos y la beso.

-La vez anterior te hirieron – me recuerda y yo sonrío.

-Eso fue porque no podía dejar de pensar en ti – abre la boca haciéndose la ofendida.

-Ahora dirás que fue mi culpa – protesta.

-La culpa fue mía por no prestar más atención – recalco –. Prometo ser más cuidadoso esta vez.

-Más te vale – me amenaza.

-Estaré bien – la beso –. Ahora tengo que irme. ¿Tú estarás bien?

-Lo estaré – asiente.

Cuando llego junto al resto, ya están sentados esperando por mí. Thomas nos explica cuál es el plan a seguir y después de la ronda habitual de preguntas y aclaraciones, salimos hacia el puerto. En esta ocasión no podemos pedir la colaboración de la policía porque no saben que continuamos con la investigación por nuestra cuenta, así que nos toca ser más meticulosos y cuidadosos. Aunque esto en realidad no supone ningún tipo de contratiempo para nosotros porque estamos acostumbrados a trabajar solos. Tenemos nuestros propios casos, la mayoría relacionados con el tráfico de drogas, donde la policía no suele intervenir. Como le dije a Kath, estamos bien preparados.

-Así que... no se te escapó después de todo – me dice Rory una vez en el furgón.

-Cállate – sonrío.

Desde que descubrió que me interesaba Kath, ha estado incordiándome con eso. Al principio, como temía, intentó advertirme sobre ella y sus intenciones ocultas, esas que solo él ve en las mujeres, pero Kath no es así y se lo dejó claro. Ahora simplemente se dedica a reírse de mi enamoramiento. Algo que no me molesta demasiado porque es cierto. La quiero y no tengo por qué ocultarlo.

-Saliste de aquí como alma que lleva el diablo. Juraría que incluso salía fuego de tus zapatos – ríe.

-Era importante – lo imito.

En su momento no me hizo gracia saber que Kath no había llegado a casa de Duncan, pero ahora que ya está a salvo, me permito bromear sobre ello con Rory. Sé que lo hace para aligerar la tensión que hemos estado acumulando. Él, más que nadie, se toma la protección de la gente muy en serio.

-Por suerte has tenido que ponerte el uniforme para la misión – continúa picándome – o todavía estarías usando esos zapatos sin suela. Un tanto incómodo, ¿no crees?

-Siempre podría cambiarlos por los tuyos.

-Tío, lo mío te viene grande – ríe más alto.

En esta ocasión no soy el único en reír con él porque lo ha dicho en alto. Rory es quien se encarga de llevar el buen humor con nosotros a las misiones. Siempre viene bien reírse un poco cuando uno va camino del peligro porque, por más preparado que creas estar, los imprevistos surgen y es fácil que algo rutinario se complique en un momento. Somos conscientes de que jugamos con la muerte cada vez que salimos de misión.

Una vez en el puerto, Thomas nos recuerda el plan por radio para asegurarse de que sabemos lo que hay que hacer. El dispositivo desplegado constará de cuatro lanchas de abordaje y un par de patrulleros. Después de averiguar qué clase de barco manejan los hombres de Neville, Thomas ha creído necesario añadir naves extra. No quiere sorpresas inesperadas.

-Empieza lo bueno – Rory me mira entusiasmado en cuanto Thomas concluye su explicación.

A veces creo que echa en falta la acción que tenía cuando estaba en el ejército. Incluso diría que no le importaría regresar, si no fuese por lo duro que le resultó abandonarlo y lo mal que lo pasa ahora por los remordimientos. Siempre está practicando deportes de riesgo en su tiempo libre, buscando emociones fuertes para descargar adrenalina. En alguna ocasión lo acompañé, pero siempre quiere más, siempre arriesga más y yo no soy tan temerario como él.

-Juraría que te brillan los ojos – bromeo, aunque hay algo de cierto en mi observación.

-Es como estar con una buena mujer – me guiña un ojo –. Te llevará al éxtasis quieras o no.

-Como si tú no quisieses – río.

-No voy a negarme un poco de diversión. Sea del tipo que sea.

Bajamos del furgón y subimos en una de las lanchas de abordaje. Nuestra

misión es subir al barco y encontrar a las mujeres y los niños. Al menos esperamos que haya niños en esta ocasión. De no ser así, significaría que hay más barcos y no quiero pensar que se nos haya escapado alguno. Eso sería muy duro de asimilar.

Nos ponemos en marcha y ya nadie bromea ni comenta nada. Ha llegado el momento de trabajar y necesitamos toda nuestra atención puesta en el objetivo. Rory se sitúa a mi lado y permanecemos en silencio mientras tomamos posiciones. Según la información recabada, el barco tardará al menos una hora en acercarse lo suficiente a nuestras costas como para poder abordarlo, pero no podemos perderlo, de modo que nos hemos adelantado para interceptarlo sin riesgos.

-Espero que sea el último – susurra Rory después de cuarenta minutos de tensa espera.

No necesita decir más porque sé perfectamente a qué se refiere. Es exactamente lo mismo que he estado pensando yo todo este tiempo. No podemos permitir que se salgan con la suya y se lleven a más inocentes al continente para venderlos al mejor postor.

-Espero que encontremos pruebas que vinculen a Neville con el barco – digo en respuesta.

Pensar en que Kath podía haber estado ahora en manos de ese hombre me sobrepasa. En mi mente aparecen imágenes nada alentadoras de lo que podría llegar a hacerle si la tuviese en su poder y aunque intento borrarlas para concentrarme en la tarea que tengo por delante, no es nada fácil.

-Estará bien – Rory me saca de mis pensamientos con su comentario.

Tampoco en esta ocasión necesita añadir nada para que lo entienda. Me conoce lo suficiente como para saber que estoy pensando en ella. Asiento con la cabeza, incapaz de hablar, y luego reviso la radio una vez más para comprobar que está en el canal correcto, solo por mantenerme ocupado y no seguir pensando en lo que no debo.

Justo cuando empiezo a preguntarme si nos habremos equivocado de ruta o de día, Rory apoya su mano en mi hombro y me indica con la cabeza que mire hacia delante. Empieza a oscurecer y soy incapaz de distinguir lo que me está señalando. Rory siempre ha tenido mejor visión que yo. *Cosas del ejército*, suele decir.

-A las once – me dice y entonces lo veo.

Un barco de gran calado avanza lentamente hacia nosotros. Todavía está lejos, pero no hay duda de que es el que estamos esperando. Y por su tamaño, diría que nos ha tocado el premio gordo. Los niños tienen que estar ahí dentro y me siento aliviado al saber que no se nos ha escapado ningún barco y podremos rescatarlos a todos. En momentos como este es cuando me alegro de haber elegido este trabajo.

-Amigo mío – Rory me muestra una amplia sonrisa –, ha llegado el momento de divertirse un poco. Vayamos a dar bien por culo a esos cabronazos.

-Rory – Thomas nos habla por la radio -, que tu equipo se quede al margen hasta que los tengamos rodeados y entretenidos. No quiero que os vean llegar. Cuanto más desapercibidos paséis, más fácil os resultará adentraros en el barco y sacar a esa gente de ahí.

-De acuerdo, jefe – contesta Rory, no demasiado contento con la orden.

A pesar de que suele cambiar el plan e improvisar en muchas ocasiones, Rory es quien se ocupa de dirigir siempre a nuestro equipo. Su vasta experiencia en el campo lo hace el más adecuado para el puesto. Ese bagaje suyo es el que nos ha salvado más veces de las que puedo recordar. No imagino a un líder mejor que él para encararme a un grupo armado.

Retrocedemos con la lancha a una posición más segura mientras esperamos pacientemente a que Thomas nos dé la señal para actuar. Nuestra misión esta noche será abordar el barco en silencio y rescatar a las mujeres y los niños sin ser vistos.

-La escalerilla de popa – me susurra Rory, a pesar de que estamos tan lejos que no podrían oírnos si no fuese gritando.

-Podemos usarla para subir al barco – asiento.

-Será menos ruidoso que lanzar los ganchos – añade.

-Está un poco alta – sugiero.

-Empezaremos por ahí – sonrío -. Y si no es posible alcanzarla, improvisaremos.

-Tú y tus improvisaciones.

-¡Eh! – levanta sus cejas y me señala –. Siempre salen bien.

No puedo refutarlo porque siempre resultan provechosas de un modo u otro, aunque también es cierto que nos han metido en algunos líos que podríamos habernos evitado de seguir las órdenes. Pero hace tiempo que sabemos que Rory casi nunca hace lo que se le dice, así que Thomas se limita a indicarle lo que quiere de él dejando a su elección el modo de hacerlo. Desde que entendió eso, se acabaron los conflictos entre ellos. Y la reputación del departamento aumentó gracias al éxito de nuestras intervenciones.

-Cuando salen – me permito bromear con él y me golpea el hombro con el suyo.

Thomas ha dejado la radio encendida para que podamos escuchar su conversación con el capitán del barco. Al parecer el hombre no está dispuesto a permitir que inspeccionen el barco y se dedica a proporcionar excusa tras excusa, algo que solo retrasará lo inevitable, porque, una vez en aguas escocesas, Vigilancia Aduanera tiene jurisdicción para abordar un barco siempre que lo considere oportuno. En este caso su misión es simplemente entretenerlos para que nosotros podamos actuar sin ser vistos porque, de ser posible, Thomas prefiere evitar el fuego cruzado. Si es cierto que hay niños, debemos protegerlos a toda costa.

-Llegó la hora – Rory se frota la manos y me mira entusiasmado. Varios de nuestros hombres han subido a bordo con Thomas y esa es nuestra señal para intervenir.

Damos un rodeo para evitar que nos vean y nos acercamos a la zona donde la olvidada escalerilla se balancea con la fuerte brisa del mar. No está tan alta como me pareció en la distancia, así que será fácil alcanzarla y ascender por ella. Las ganzúas son demasiado ruidosas y hay que tener una buena puntería para usarlas. Y también un brazo fuerte, en este caso, pues el barco es realmente grande.

Arthur, el más alto del grupo, es el encargado de llegar hasta ella. Tenemos que impulsarlo un poco, pero lo logra al primer intento. Después nos alza uno a uno y ascendemos en silencio hasta llegar a cubierta. Por suerte, la mayoría de la tripulación permanece en proa, donde Thomas los mantiene ocupados, y nadie se percata de nuestra presencia.

-A la bodega de carga – me susurra Rory mientras da instrucciones con sus

manos a los que están más lejos para que nos sigan.

Somos pocos, pero esperamos no encontrar resistencia en el camino. Aún así, yo mantengo la radio abierta por si necesitase pedir refuerzos. Confío en que Rory sepa sacarnos del lío, si surgiese, pero habiendo niños de por medio, prefiero no arriesgarme.

-Este bicho es enorme – se queja cuando vemos un pasillo interminable en el interior del barco.

-Démonos prisa – respondo yo -. No quiero permanecer aquí abajo demasiado tiempo.

-Somos vulnerables – asiente.

Continuamos nuestro camino y al llegar a una bifurcación, dudamos por un momento. Siempre me he orientado mejor que cualquiera y le sugiero seguir por la derecha. Rory asiente y da la orden de avanzar, con las manos. Recorremos varios metros y nos topamos con las escaleras. He acertado.

Escuchamos las voces mucho antes de llegar hasta ellas. Rory echa un vistazo y nos indica que hay al menos seis hombres custodiando la puerta de la bodega. Después nos reparte en tres grupos y traza un plan para noquearlos sin tener que usar las armas. Un disparo pondría en alerta al resto y eso es lo que queremos evitar. Sabemos de sobra que, de ser descubiertos, la tripulación disparará contra los retenidos antes que permitir que nos los llevemos. Sin testigos, no hay delito.

-Tú te vienes conmigo – me susurra. No necesita decirme qué tiene en mente para nosotros porque ya son muchos años trabajando juntos y sé cómo funciona su mente, al menos la mayoría de las veces. Seremos la distracción que necesitan los demás para posicionarse alrededor de los hombres.

-Como no – le respondo, sonriendo a pesar de que no me agrada la idea. Demasiado temeraria, como siempre, pero lo seguiría hasta el mismísimo infierno si así me lo pidiese.

Nos adelantamos, dejándonos ver sin ningún pudor. Están tan centrados en el juego de cartas, que tardan unos segundos en descubrirnos. En cuanto lo hacen, se levantan con rapidez y nos apuntan con sus armas. Mi corazón comienza a bombear con fuerza y la adrenalina invade mi cuerpo. Nunca seré capaz de acostumbrarme a esto, en cambio, Rory parece disfrutarlo.

-Buenas noches, caballeros – les dice, levantando las manos – ¿Alguien podría indicarnos por dónde se sale del barco?

-¿Quién diablos sois? ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

-Eso mismo me pregunto yo – les responde con calma y luego me mira a mí –. Te lo dije, tío. Nos hemos equivocado de crucero. Menuda mierda nos pillamos anoche. No vuelvo a beber en lo que me queda de vida.

-¿Quién sois? – insiste el cabecilla del grupo, sin saber bien a cuál de los dos mirar.

-Calma, hombre, que se te va a disparar sola – le dice Rory al ver que recarga el arma –. No hay que ponerse así, podemos ser amigos.

Me habría reído si no estuviese preocupado por cómo reaccionarán los seis hombres que nos están encañonando directamente a la cabeza mientras Rory no deja de provocarlos. Pero entonces da un paso hacia ellos intencionadamente y cuando le apuntan todos a él, aprovecho para sacar mi arma y hacer lo propio con el cabecilla del grupo. Esa es la señal que hemos acordado para que los demás los reduzcan. Ni siquiera les dan tiempo para desviar sus armas hacia mí, en cuestión de segundos nuestros hombres ya los tienen en el suelo, esposados y amordazados para que no den la alarma.

-Buen trabajo, chicos – los elogia Rory mientras revisa a los prisioneros en busca de las llaves de la bodega. Yo le ayudo y rápidamente damos con ellas.

En cuanto abrimos la puerta, el olor a humanidad nos da de pleno y tapo mi nariz para no sentir náuseas. A saber en qué condiciones los habrán traído. Se escuchan murmullos sofocados y algún que otro llanto, la mayoría de ellos de niño y doy gracias por no habernos equivocado de barco. El resto de los que aparecían en la web han de estar aquí.

-Tranquilos – digo en cuanto Rory prende la luz, que apenas ayuda a distinguir sus rostros asustados –. Hemos venido a sacaros de aquí. ¿Estáis todos en condiciones de caminar?

A medida que hablo, las voces de las mujeres comienzan a elevarse y no entiendo nada de lo que dicen. Miro a Rory y sé que piensa lo mismo que yo. La comunicación será un gran inconveniente con el que no contábamos. Al notar su agitación, tengo que llamarlas a la calma para que no alerten a los que se encuentran arriba, pero tampoco ellas me entienden. Finalmente, viendo que

acabarán delatándonos, les muestro mis credenciales y trato de explicarles con gestos que hemos venido a rescatarlos. Parece que mi seguridad las tranquiliza y ellas mismas hacen lo propio con los niños. Algunos de ellos no tienen más de cuatro o cinco años y siento deseos de subir a cubierta y acabar con toda la tripulación. Y Neville sería el siguiente. Se me revuelven las tripas solo de pensar en lo que tendrían que vivir esos niños si no los hubiésemos interceptado.

-Esto va a ser complicado – me dice Rory mirándolos con preocupación –. Son muchos.

-Lo sé – estoy de acuerdo con él –, pero tenemos que hacerlo. No dejaremos a nadie atrás.

-Desde luego que no. Aunque habrá que improvisar un poco.

En cuanto estamos listos, nos ponemos en movimiento. Algunas mujeres, las que están en peores condiciones, son ayudadas por las más demás y también los niños son cargados en brazos para que no lloren. Yo mismo llevo a una niña que parece desorientada. Mi corazón se oprime al notar sus frágiles brazos rodeando mi cuello. Está temblando y mi instinto protector me insta a acariciarle la espalda hasta que se calma.

-Despejado – dice Rory después de regresar de la cubierta –. Siguen ocupados en proa con Thomas. Los llevaremos en grupos reducidos para que no nos descubran.

Mientras habla, mira a los niños y sé que le preocupan tanto como a mí. Apoyo una de mis manos sobre su hombro y se lo aprieto. Estamos juntos en esto y así se lo hago saber.

-Saldrá bien – da voz a nuestro pensamiento segundos después –. Empecemos.

Vamos a contrarreloj porque Thomas no podrá alargar indefinidamente la inspección de la cubierta. Esto puede jugar en nuestra contra, sobre todo cuando vemos la dificultad que tienen las primeras mujeres en descender por la escalerilla. Ya me imagino a Rory pensando en un plan alternativo.

-Hay una escotilla en el nivel inferior – no me decepciona –. Sale directamente al exterior. Podemos intentar sacarlos por allí. Estarán más cerca de la lancha y menos expuestos a que los descubran.

-Excelente idea – sonrío aliviado. Suena menos peligroso que lo que estamos haciendo y bastante más factible. Solo tendrán que saltar un par de metros hasta la lancha y estarán a salvo.

Nos comunicamos con el compañero que se quedó en ella para que nos espere en el nuevo punto de extracción e intentamos llevarnos a las mujeres de regreso al interior. En esta ocasión son más reacias a seguirnos, algo bastante comprensible teniendo en cuenta que quieren huir del barco y las estamos llevando de vuelta a él. Perdemos un tiempo valioso en hacernos entender, pero logramos que colaboren de nuevo con nosotros.

-Tenemos un problema – le digo a Rory cuando ya han salido más de la mitad de las mujeres.

-Demasiadas personas para una lancha de abordaje – me ha leído la mente.

-Tenemos que hacer venir a la otra.

-Arriesgado, pero necesario – frunce el ceño y sé que su mente militar ya está ideando la manera de hacerlo sin que nos descubran.

Pero antes de que pueda contarme su plan, oímos el alboroto en cubierta y suenan varios disparos. Nos basta con mirarnos para saber que estamos en serios problemas. La voz de Thomas a través de la radio no hace más que confirmárnoslo. Al parecer ya nos han descubierto.

Sin miedo ya de que vean la lancha, aviso para que se acerque a nosotros y recoja al resto de las víctimas. La rapidez es prioritaria ahora porque Thomas no podrá contenerlos mucho más tiempo y no tardarán en venir a por nosotros.

-Ve con ellos – me dice Rory –. Confían en ti y se mantendrán tranquilos si los acompañas. Alejaos del barco tanto como podáis.

-¿Y tú? – aunque en realidad no debería ni preguntar porque ya sé la respuesta.

-Yo iré en la próxima lancha con el resto.

-Ten cuidado – le digo antes de saltar a la lancha con la niña todavía en brazos. Su grito resuena en mis oídos y la aprieto más fuerte para que se tranquilice.

Compruebo que están todos sujetos y doy la orden de alejarnos, pero apenas nos movemos cuando alguien en cubierta alerta de nuestra presencia.

Deposito a la niña en el suelo y la obligo a ocultarse a la vista antes de hacer lo mismo con el resto.

-Abajo – les grito y hago movimientos con mis manos para que me entiendan –. Cubríos.

La lancha acelera y pierdo el equilibrio. Me afianzo con firmeza y sigo moviendo las manos para que se oculten. Están tan asustadas que les cuesta reaccionar, así que empiezo a obligarlas una a una. Es entonces cuando empiezan los disparos y ya no necesito decirles nada, ellas mismas se ponen a cubierto gritando, histéricas.

De repente, escucho un llanto por encima del ruido de las balas y busco su origen. La niña que he llevado en brazos todo el tiempo ha salido de su escondite y tapa sus oídos con las manos. Está muy asustada y voy por ella, temiendo que le disparen. Las balas no dejan de silbar sobre mi cabeza y me agacho por instinto para evitar que me alcancen.

-Vamos, pequeña – la tomo en brazos –. No llores. Todo está bien.

A lo lejos un grito de Rory llama por mí y lo busco con la mirada. Está en la otra lancha acercándose a toda velocidad y me señala hacia la cubierta del barco. Allí, con nuestra embarcación como diana, hay un hombre con una ametralladora de largo alcance. Apenas tengo tiempo de girarme y gritar de nuevo que se mantengan en el suelo antes de que una lluvia de balas comience a caer sobre nosotros. Protejo a la niña con mi cuerpo y siento el impacto de varias balas en mi espalda que me lanzan con fuerza hacia delante. Pierdo el equilibrio y lo último que capto antes de sumergirme en el agua, con la niña todavía en los brazos, es un nuevo grito de Rory.

20

Los nervios acabarán conmigo si no tengo noticias de Alec pronto. Hace tanto que se han marchado que ya perdí la cuenta de las horas que llevo esperando su regreso. Sé que no debo preocuparme, que no es la primera vez que participan en un abordaje, que saben bien lo que hacen y que están preparados para todo, pero no puedo evitar tener miedo porque no consigo quitarme de la cabeza ese maldito presentimiento. Y estar encerrada en el despacho de Alec no ayuda.

Aunque no me ha dicho que deba permanecer en él, tampoco estoy segura de querer encontrarme con nadie. Con lo nerviosa que estoy, no sé si sería capaz de mantener una conversación coherente. Si apenas me atrevo a responder a los insistentes mensajes que me ha enviado Duncan por miedo a delatarme, pues le he dicho que estoy con Alec, mucho menos podré hablar con desconocidos. Me sabe mal mentirle, pero creo que ya es suficiente con que me preocupe yo. Estoy acostumbrada y puedo lidiar sola con ello. Aislarme siempre me ha ayudado a superar los peores momentos de mi vida aunque desde que Alec llegó a ella eso parece que ha cambiado porque en lo único que pienso es en que regrese pronto a mi lado.

Tras lo que creo que son otro par de horas, no me atrevo ni a mirar el reloj, decido salir. Ya no soporto estar encerrada por más tiempo en un lugar tan pequeño. No me encuentro con nadie por el pasillo y todo parece demasiado silencioso. Se me pasa por la cabeza que me han dejado sola y

siento un escalofrío recorrer mi espina dorsal. Vale que no quiera hablar con nadie, pero de ahí a estar completamente sola en un lugar que no conozco, por más seguro que me hayan dicho que es, hay todo un mundo.

Después de dar un par de pasos más, empiezo a escuchar voces a lo lejos y me relajo. Me acerco en silencio y veo a un par de hombres hablando. Uno de ellos se recuesta en una silla, con los pies en el escritorio sobre el que se apoya el otro. Ambos sostienen en sus manos una taza de lo que creo que es café. Todavía no me han visto, así que permanezco oculta un poco más, escuchando.

-Ya deberíamos saber algo de ellos – dice uno de ellos mirando el reloj de la pared.

-No creo que tarden en comunicarse con nosotros. Alec parecía bastante preocupado por dejar sola a la enfermera. ¿Qué te apuestas a que será el primero en atravesar esa puerta? – se ríen.

-Es linda, yo también querría tenerla a mi lado todo el tiempo. O en mi cama – siguen riendo y yo ya he oído suficiente.

Aclaro mi garganta para hacerles saber que estoy aquí y ambos se levantan de golpe. Sus caras de arrepentimiento no me conmueven porque lo que han dicho ha sido muy grosero. Aún así y por el bien de todos, finjo que no lo he oído y me acerco a ellos con una sonrisa inocente en mis labios.

-¿Dónde podría encontrar un poco de agua? – les pregunto.

Ambos se apresuran a señalarme el lugar de manera torpe y ahora siento ganas de reírme yo. Se lo tendrían merecido, y puede que unas cuantas palabras también. Sin embargo, les sonrío de nuevo y me dirijo a la sala que me han indicado. Es una habitación bastante sencilla con una mesa y varias sillas. Hay una cafetera eléctrica, un microondas, una nevera y un fregadero también. En un lateral está la máquina expendedora de agua, que es lo que yo andaba buscando. Hasta que lo he dicho, no sabía la sed que tenía.

Sin ganas de regresar con ellos, me quedo sentada en la sala mientras bebo con tranquilidad. O con toda la tranquilidad que me permiten mis nervios. La opresión en mi pecho todavía continúa ahí y sé que no desaparecerá hasta que vea a Alec y lo abrace para asegurarme de que está bien. Tengo tanto miedo a perderlo ahora que lo he encontrado. Por mi experiencia en el pasado, eso es lo que hacen siempre las personas que amo. Primero mis padres y luego mi

abuela. No me permití amar a nadie más como lo hice con ellos hasta la llegada de Alec y temo que se repita la historia.

-¿Dónde está?

Me levanto al escuchar esa voz. La reconozco al instante a pesar de que la he escuchado tan solo un par de veces. Salgo de la sala y corro hacia ellos para encontrarme con Rory junto a los otros dos. Tiene la ropa sucia y el pelo alborotado. Y parece agotado. Empiezan a entrar más hombres y varias mujeres, todos ellos con el mismo aspecto que Rory y yo miro a mi alrededor buscando a Alec, pero no hay rastro de él.

Rory se acerca a mí presuroso en cuanto me ve. Sus puños están lastimados y tiene varios cortes en sus brazos. Lo observo detenidamente y descubro que su camiseta está rasgada en algunos lugares. Parece como si hubiese estado en medio de una guerra y empiezo a preocuparme. Si Alec estuviese bien, ya estaría a mi lado para tranquilizarme. Viendo el aspecto de Rory, me temo lo peor.

-¿Y Alec? – me atrevo a preguntar cuando me alcanza.

-En el hospital...

No soy capaz de escuchar nada más. Mi mundo se derrumba y me fallan las piernas. Rory me sujeta en el último momento para que no me golpee contra el suelo. Uno de sus compañeros trae una silla para mí, pero me niego a sentarme. Necesito ver a Alec y comprobar que no está muerto. Que solo está herido y que se pondrá bien. Porque sin él, mi vida ya no será la misma. Le costó entrar en ella, pero ahora no quiero salga. Las lágrimas se acumulan en mis ojos y parpadeo para que no escapen. Me recuerdo que soy enfermera y que puedo controlarlo. Me han enseñado a reaccionar con calma en situaciones de estrés máximo y este caso no ha de ser diferente a los demás. Inspiro varias veces y evito desmayarme. Entonces, presto atención de nuevo a Rory, que parece preocupado ahora.

-¿Qué le ha pasado? – imagino que ya me lo ha dicho, pero no consigo recordarlo.

-Él está bien – me asegura –. Es lo que trataba de decirte.

-¿Está bien? – repito y Rory asiente.

Siento cómo se me quita un gran peso de encima y respiro tranquila por

primera vez desde que me dijo lo de la misión. Entonces, el enfado se apodera de mí, frunzo el ceño y golpeo con fuerza en el pecho a Rory ante su atónita mirada.

-No vuelvas a darme un susto como este en tu vida – le digo –. Casi se me para el corazón.

-Lo siento – sus disculpas parecen sinceras y decido creerlo –. Tal vez elegí mal las palabras.

-Horriblemente mal – entonces caigo en algo – ¿Por qué está en el hospital?

-Recibió varios disparos...

-¿Qué? – grito sin poder evitarlo.

-Mujer, déjame acabar las frases – me zarandea.

-Lo siento – allá se van todos mis años de estudio sobre técnicas de control de ansiedad. Al parecer, cuando se trata de algo personal, no funciona ninguna.

-Llevaba el chaleco y solo tiene algunos cardenales. Le dolerán unas semanas, pero sobrevivirá – me guiña un ojo y trato de sonreír aunque todavía no me he repuesto del susto –. Estaba protegiendo a una niña cuando le dispararon. Ambos cayeron al agua y ella casi se ahoga.

-Pobrecita – me llevo las manos a la boca angustiada. Los niños son mi debilidad.

-Alec no ha querido separarse de ella y me ha pedido que te lleve con él.

-Voy a por mis cosas – no necesito saber nada más. Quiero verlo.

En cuanto tengo mi bolso y mi chaqueta, salgo con Rory del edificio. Caminamos en silencio, Rory sujetando mi brazo izquierdo por el codo. Aunque intenta disimularlo, veo cómo desvía su mirada en torno a nosotros como si estuviese buscando algo. O a alguien. Supongo que solo está tomando precauciones, pero al final termino imitándolo.

Han pasado tantas cosas en las últimas doce horas que me parece semanas. Cuán relativo puede ser el tiempo según lo que estés viviendo. Un mes atrás tenía una vida aburrida y previsible, tan monótona que no había un día

diferente al otro. Ahora ocurren tantas cosas en ella que me cuesta asimilarlo todo. Es un auténtico descontrol y siento que necesito recuperar un poco de normalidad, aunque me temo que no podrá ser todavía. No mientras Neville siga suelto, al menos.

-No – le digo a Rory en cuanto veo hacia donde me lleva –. Ni en broma, Rory.

-¿Qué? – me mira sorprendido.

-No pienso subir en eso – señalo su moto –. Iremos en mi coche.

-Te recuerdo que está en el hospital – alza una ceja divertido y yo lo fulmino con la mirada.

-Pues vamos en el de Alec.

-No tengo las llaves.

-Han de estar dentro – me giro para regresar al edificio, pero Rory me detiene.

-No están ahí – me acerca a la moto –. Además, no tenemos tiempo para estas tonterías.

-No voy a subirme en una moto – me cruzo de brazos.

-¿Le tienes miedo?

-No quiero caerme.

-Si te sujetas con fuerza a mí – me dice acercando su rostro al mío – no pasará nada.

Se está divirtiendo a mi costa y eso me enfurece lo suficiente como para darme el valor de subir a la moto tras él. Me pasa el casco y me lo coloco lo mejor que puedo, pues es la primera vez que uso uno. Me aferro a su cintura con tanta fuerza que protesta e intento aflojar el agarre.

-¿Lista? – me dice a través de su casco, pero no me da tiempo a responderle porque arranca y sale disparado.

Mis brazos lo aprietan un poco más y cierro los ojos. Si no lo veo, puede que logre olvidar donde estoy. Aunque el vértigo en mi estómago se siente real y no me facilita las cosas. Me tenso en cada curva y respiro tranquila cada vez que nos detenemos. Si sobrevivo a este viaje, creo que podré con cualquier

cosa.

-Nos están siguiendo – me dice en uno de los semáforos.

-¿Qué?

-Intentaré despistarlos.

En cuanto la luz cambia a verde, acelera y yo me aferro a él con fuerza, cerrando una vez más mis ojos. Mi corazón late a igual velocidad que la que Rory imprime a la moto. Definitivamente moriré hoy. Si no lo hago al caerme de la moto, lo haré de pánico porque se mete por calles estrechas por las que apenas cabemos y de las que yo ni tenía conocimiento, intentando dar esquinazo a nuestros perseguidores. Yo no he visto a nadie todavía, pero si Rory lo dice, le creo.

De repente, frena en seco y yo abro mis ojos, solo para descubrir que el todoterreno negro nos está cortando el paso. Rory acelera de nuevo y gira la moto en redondo dejando marcas de neumáticos en la carretera, pero cuando intenta escapar, una furgoneta sale de una de las calles contiguas y lo detiene. Y yo lo observo todo con impotencia, sin dejar de pensar en cómo es posible que en pleno Edimburgo pueda estar sucediendo esto. ¿Es que nadie ve lo que ocurre? ¿Nadie va a impedirlo?

Al parecer no, porque varios hombres salen de los coches, armados hasta los dientes y nos obligan a bajar de la moto. Nos quitamos el casco y levantamos las manos. Noto la tensión en Rory, como si estuviese a punto de cometer alguna locura y niego con la cabeza.

-No lo hagas – le susurro –. Por favor.

-Tranquila, no pasará nada – me dice con calma. Esta vez no le creo.

Sin mediar palabra, nos obligan a punta de pistola a caminar hacia la furgoneta. Rory se acerca a mí, supongo que para protegerme con su cuerpo si fuese necesario y me siento un poco más segura. Lo que no es mucho, dadas las circunstancias. Entonces, sin previo aviso, me empuja hacia un lado y se enfrenta a los dos hombres que nos apuntan con sus armas. Mi grito debería haber alertado a alguien, pero seguimos estando solos frente al grupo armado.

-Corre – me insta Rory mientras intenta hacerse con una de las pistolas.

Ni siquiera sé como he podido reaccionar tan rápido, pero me descubro a

mí misma huyendo del lugar, aunque de poco sirve porque Boris me da alcance en un par de zancadas. Cuando regresamos a la furgoneta, Rory está en el suelo, inconsciente. Lucho con desesperación por liberarme del ruso y le suplico que me permita ayudarme. Finalmente me deja ir y me arrodillo junto a Rory.

-Rory – lo llamo mientras reviso que no sea grave – ¿Me oyes? Rory, despierta.

Tiene un pulso firme, lo que es un alivio, aunque su cabeza sangra un poco. Encuentro el golpe en su sien, pero Boris no me permite estudiarlo. Me aleja de él de un tirón y me mete en la furgoneta sin contemplaciones. Después introducen a Rory de mala manera y cierran la puerta, dejándonos encerrados en el interior. Él sigue sin despertarse y yo comienzo a temblar, realmente asustada por lo que vayan a hacer con nosotros ahora. Pasados unos minutos, no puedo contenerme más y las lágrimas comienzan a salir sin descanso. He llegado a mi límite y ahora no soy capaz de detenerme.

La furgoneta no tiene ventanillas, así que no puedo saber a dónde nos están llevando, pero por el tiempo que permanecemos en ella, creo que hemos salido de Edimburgo. Rory sigue inconsciente y mis nervios aumentan con cada minuto que pasa dormido, así que reviso su herida una vez más para comprobar que todo sigue bien. Por suerte, ya no sangra. Está un poco inflamada, pero no hay coágulos internos. Sé que es solo cuestión de tiempo que reaccione, aunque la espera se me está haciendo eterna. Me siento perdida y asustada. Necesito que alguien me diga que todo saldrá bien.

-¿Qué ha pasado?

El alivio al escuchar su voz, se esfuma en el mismo momento en que intenta incorporarse y no lo consigue. Se siente mareado y no coordina bien. Le ayudo a sentarse a mi lado y en cuanto apoya la espalda en el lateral del coche, cierra los ojos. Permanece tanto tiempo inmóvil, que empiezo a preocuparme. No es bueno que se duerma de nuevo.

-¿Rory? – lo llamo.

-Estoy bien – dice con los ojos todavía cerrados –. Solo necesito recomponerme un momento. ¿Qué ha pasado?

-Te golpearon en la cabeza – le digo – y nos están llevando a algún lugar a las afueras. Creo.

-¿Cuánto llevo inconsciente?

-Más de veinte minutos.

-¿Tanto? – me mira por primera vez y aunque sus ojos parecen desorientados, consigue enfocarme después de varios parpadeos.

-¿A dónde crees que nos llevan? – me preocupa que no puedan encontrarnos. Alec se volverá loco cuando descubra lo que está pasando.

-Es lo mismo – empieza a buscar en su chaleco.

Con las prisas de llevarme con Alec, todavía viste el uniforme del trabajo y tengo la esperanza de que guarde algún arma que no le hayan confiscado, escondida en algún lado. Aunque no me gustan esas cosas, ahora mismo nos resultaría de mucha utilidad.

-Tenemos suerte – sonrío.

-¿Tienes un arma?

-Algo mucho mejor – me guiña un ojo –. Han cometido un gran error al no quitarme el chaleco.

-¿Por qué?

-Llevan un localizador escondido en el interior, por si nos sucede algo durante los operativos – me explica mientras aprieta el chaleco –. Lo activaré y no solo sabrán que nos ocurre algo, sino también a dónde vamos.

-¿Qué alcance tiene? – no soy ninguna experta, pero en las películas siempre acaban perdiendo la señal porque se alejan demasiado.

-El suficiente – me dice después de unos segundos de duda.

Lo observo mientras trata de arrancar el localizador y aunque siento curiosidad, no pregunto. Sus razones tendrá para hacer algo así. Está más preparado que yo para afrontar situaciones como esta. Yo me limitaré a hacer lo que me pida.

-Quédatelo tú – dice tendiéndomelo –. A mí acabarán por cachearme en algún momento en busca de armas. Es mejor que no lo encuentren.

-De acuerdo – me miro, dudando de dónde esconderlo y Rory señala mis pechos. Sonríe al notar el intenso sonrojo que cubre ahora mis mejillas.

Después de eso, permanecemos en silencio. Mi mente no deja de torturarme con la idea de que el localizador no servirá de nada aunque no me lo quiten porque nos estamos alejando demasiado de Edimburgo. Enlazo mis manos para que no tiemblen y para que Rory no sepa que tengo miedo.

-No te preocupes, nos encontrarán – dice, tomando una de mis manos con la suya –. Alec no parará de buscarnos hasta dar con nosotros. Y yo no pienso quedarme de brazos cruzados tampoco.

-No hagas nada que te ponga en peligro, Rory – le suplico, más preocupada que antes.

-He estado en peores situaciones – me sonrío –. Me preocupas más tú.

-Yo estoy bien – miento.

-¿Qué coño querrá Neville de ti? – creo que no pretendía decirlo en voz alta, pero lo ha hecho.

-Me enfrenté a él en el hospital – respondo –. Supongo que pretende cumplir su amenaza.

-No puede ser tan simple. Tiene que haber algo más. Con él siempre hay más – aprieta mi mano, esa que no recordaba que seguía sujetando –, pero no te preocupes. No permitiré que te pase nada malo.

-No te hagas el héroe – le ruego.

-Ya soy un héroe, nena – bromea conmigo –. Solo procura no enamorarte de mí después de que te salve. Alec me cortaría las pelotas y prefiero conservarlas. Les tengo aprecio.

Consigue arrancarme una sonrisa y aprieta mi mano de nuevo. Me acerca a él y rodea mis hombros con su brazo. Apoyo mi cabeza en su pecho y así permanecemos durante al menos otros diez minutos. Escuchar su pausado corazón me relaja. Su confianza es un bálsamo para mis nervios.

-Todo saldrá bien – me dice en cuanto notamos que la furgoneta se para –. Yo me encargo. Tan solo mantente cerca de mí.

Abren la puerta con tal ímpetu que me sobresalto al escuchar el ruido. Rory aprieta su abrazo y aparenta tranquilidad, aunque puedo sentir cada uno de sus músculos en tensión. Está preparado para intervenir en cuanto tenga una oportunidad y, aunque quiero huir tanto como él, temo que esta vez acabe con

algo más que un chichón si sale mal. No soportaría que le ocurriese algo malo por intentar salvarme. Ya tengo suficientes cargos de conciencia en mi haber.

-Abajo – dice Boris con su marcado acento.

No necesita repetírnoslo porque el arma con que nos apunta es bastante persuasiva. Rory ya está totalmente recuperado del golpe y se baja con agilidad en primer lugar para ayudarme después a mí. Me mantiene a su lado, dando a entender que no permitirá que nos separen y yo solo espero que sea cierto.

-Vamos – Boris nos empuja con el arma y avanzamos hacia lo que parece un almacén abandonado.

Definitivamente estamos en las afueras, aunque no soy capaz de ubicarme. No creo haber estado aquí en mi vida. Miro a Rory y él parece estar estudiando el terreno. Tal vez esté ideando algún plan para escapar, pero estamos en medio de la nada. No sé cómo podríamos lograrlo.

Nos llevan al interior del edificio, donde todo está ruinoso y oxidado. La capa de suciedad que cubre cada rincón me dice que no es un lugar que frecuenten, lo que me pone nerviosa. ¿Y si pretenden matarnos y enterrarnos aquí? Nadie encontraría jamás nuestros cadáveres.

-Por ahí.

Tropiezo cuando el arma de Boris me golpea en el hombro. Rory le lanza una mirada asesina y yo tiro de su brazo, temiendo que se le eche encima. Me guiña un ojo con diversión y siento deseos de golpearlo. No entiendo cómo puede estar tan tranquilo en una situación como esta. Será por ese optimismo suyo del que tanto habla Alec, aunque eso a mí no me consuela. Estoy muerta de miedo.

Finalmente alcanzamos una de las secciones que parece más ordenada y allí nos está esperando Neville rodeado de varios de sus hombres. Mi corazón se acelera y siento que podría morirme en cualquier momento de la impresión que sus acechantes ojos causan en mí. El peligro que emana de su persona activa cada célula de mi cuerpo, que parece querer salir corriendo.

-Kathleen Donne – dice en cuanto llegamos junto a él –. Por fin nos vemos fuera del hospital. ¿Serás igual de valiente aquí?

-Ni se te ocurra tocarle un pelo – lo amenaza Rory colocándose delante de

mí en actitud protectora.

-Eso es algo que tú no verás – hace un gesto con la cabeza y un par de hombres lo sujetan mientras Neville avanza hacia mí –. Tú y yo, bella, vamos a hacer un pequeño viaje.

-Kath no va a ninguna parte sin mí – grita Rory intentando liberarse de sus captores.

Boris se coloca frente a él y lo golpea con fuerza en el estómago. El mío se contrae cuanto escucho el grito sofocado de Rory. Pero el ruso no se detiene ahí y lo golpea en el rostro varias veces hasta que logra sacarle sangre por la boca. Yo contengo la respiración y aunque intento liberarme para acudir en su ayuda, Neville no me lo permite.

-¿Eso es todo lo que sabes hacer? – lo provoca Rory después de escupir más sangre –. Yo podría hacerlo mucho mejor y... sin ayuda.

Sé que lo hace a propósito y niego en una muda súplica, pero Rory no me mira en ningún momento. Su atención está centrada en Boris, que parece arder de rabia por sus palabras. Con un movimiento brusco lo libera de los otros dos hombres y lo anima a luchar con él.

-Esto será interesante – dice Neville a mi lado. Parece divertirse la situación. A mí, en cambio, me asusta casi tanto como él.

A pesar de la corpulencia de Boris, Rory logra asestarle unos cuantos golpes que le sacan sangre también. El ruso es fuerza bruta en estado puro y cuando alcanza a Rory, sus golpes le hacen mucho daño. Por suerte, no es frecuente que lo consiga porque es más ágil y parece tener más experiencia en el cuerpo a cuerpo.

Después de diez minutos de un interminable intercambio de golpes, en el que ninguno de los dos parece dispuesto a claudicar a pesar de estar agotados y totalmente llenos de moratones y sangre, Neville parece impacientarse. Tira de mi brazo para alejarnos del lugar y a pesar de mi resistencia, nos mueve sin dificultad.

-Se acabó el espectáculo, Boris – le grita mientras avanzamos –. Nos vamos ya.

Entonces, sujetan a Rory de nuevo y Boris lo golpea con tanta fuerza que temo que le haya roto el cráneo. Cuando veo que lo deja en manos de los

otros, sé cómo acabará todo esto si Alec no los encuentra primero. Las lágrimas acuden a mis ojos, pero las rechazo. No puedo permitir que nadie más muera por mi culpa. En un acto de desesperación, tiro de mi brazo para liberarme de Neville y lo logro. Corro hacia Rory, esquivando al ruso por muy poco y, en cuanto lo alcanzo, me arrodillo frente a él.

-Rory – lo llamo.

Boris me alcanza y tira de mí para que me levante, pero me aferro a Rory y le ruego que abra los ojos. Necesito saber que estará bien y que podrá resistir hasta que Alec llegue para rescatarlo. Me enfoca con esfuerzo, pero a pesar de lo mal que tiene la cara, me guiña un ojo. Entonces sé lo que debo hacer. Justo en el momento en que Boris tira otra vez de mí para alejarnos, tomo la mano de Rory y se la aprieto. No me da tiempo a darle explicaciones, así que lo único que puedo hacer es gritar mientras el ruso me arrastra con él.

-Mantente con vida – le ruego con las lágrimas cayendo por mis mejillas –. Por favor, aguanta.

Parece desorientado y yo solo espero que entienda lo que le estoy pidiendo. Mueve la cabeza para despejarse y mira hacia su mano. Sé el momento justo en que comprende lo que he hecho porque se levanta y trata de llegar hasta mí. Se lo impiden, pero hacen falta cuatro hombres para ello. Y aún así, los mueve con él unos metros, hasta que uno de ellos lo golpea en el estómago de nuevo.

-Kath – grita cuando estamos saliendo por la puerta –. Maldita sea. No. Kath.

Cierro los ojos para que las lágrimas no sigan saliendo, pero es inútil. Al final me ciegan y tropiezo. Por suerte, Boris continúa sujetándome por el brazo y evita que me caiga de bruces. Ni siquiera me molesta su gruñido ni la protesta que le sigue, solo puedo pensar en Rory y en que resista hasta que Alec lo encuentre.

Porque le he dado el localizador. Si me lo llevase conmigo, sería su perdición. Me seguirían a mí y a él lo matarían. No puedo permitir que pase eso. Si para ello debo sacrificarme, lo haré. Después de todo, todavía no sé por qué Neville se interesa tanto por mí. Puede que consiga ganar tiempo para que me busquen a mí también. Y si no logran encontrarme, al menos habré salvado la vida de Rory. La imagen de mis padres atrapados en el coche se

cuela en mi mente y lloro de nuevo. Boris me empuja dentro del todoterreno negro y protesta de nuevo por mi llanto. Ni siquiera me molesto en mirar a nadie, pero intento tragarme mis sollozos. No quiero darles motivos para que piensen en deshacerse antes de mí.

-¿A dónde me lleva? – me atrevo a preguntar minutos después.

Neville se ha sentado junto a mí en la parte trasera del vehículo, mientras que Boris ha preferido hacerlo junto al conductor. Algo que me alivia hasta cierto punto, pues la mirada inquisitiva de su jefe sigue poniéndome nerviosa.

-A un lugar mejor que ese almacén destartado – está claro que no va a contarme nada.

-¿Qué le pasará a Rory?

-Estaba en el lugar y en el momento equivocados – se encoje de hombros –. Es solo un estorbo del que hay que librarse.

-¿Es que no tiene corazón? – lo miro con espanto a pesar de que me esperaba una respuesta de ese tipo.

-En el trabajo no se debe involucrar el corazón, bella – me mira con enfado y me encojo de miedo –. Tal vez debiste recordar eso antes de implicarte con quien no debías.

Sus palabras se me clavan en el corazón como si fuesen puñales. En ese mismo corazón que, según él, no debería haber entregado a Alec. Pero, por más que mi instinto de supervivencia le dé la razón a Neville, el resto de mí se me grita que por nada del mundo renunciará al amor que siente por él. Que si he de morir, la seguridad de Alec y Faith es el mejor motivo para hacerlo. Haría lo que fuese por ellos sin dudarlo.

-No vas a morir – Neville parece haberme leído la mente –. Tengo planes mejores para ti.

-¿Qué planes? – apenas me sale la voz al preguntar.

-Todo a su debido tiempo, bella – toma un mechón de mi cabello y tira de él con extrema suavidad, lo que me sorprende, hasta que nuestros rostros están tan cerca que siento su aliento en el mío –. No seas tan impaciente.

Libero mi cabello de su mano y aparto la mirada. De repente, la idea de morir por Alec y su hija me parece mucho más alentadora que el futuro que me

espera junto a Neville. Incluso habría preferido quedarme con Rory en aquel almacén.

Evito mirar a los pasajeros del todoterreno durante el trayecto, aunque soy plenamente consciente de que Neville me observa todo el tiempo. Puedo sentir su mirada fija sobre mí y mi instinto me suplica que me encoja hasta desaparecer. Ojalá pudiese hacerlo.

-¿Será que me equivoqué contigo? – la pregunta, formulada como si no esperase una respuesta por mi parte, me toma por sorpresa y salto en mi asiento –. Te creía más belicosa.

-¿Belicosa para que me mate cuando no le guste lo que diga? – lo enfrento finalmente.

-No voy a matarte – sonrío y siento un escalofrío recorrer mi espalda –. Me resultas más útil viva.

-¿Útil para venderme? – odio que mi voz pierda fuerza al final de la pregunta porque no quiero que vea el miedo que me provoca.

-Admito que con tu color de cabello, tu juventud y tu belleza – dice mientras toma de nuevo un mechón de mi cabello – serías una gran venta. Me darían millones por ti si te subastase.

En tan solo un instante, por mi mente pasan un sinnúmero de imágenes en las que soy vendida, violada y torturada. Trago con dificultad e intento que no entrar en pánico.

-Pero tampoco quiero venderte – río al notar mi alivio –. Eres más valiosa para mí que unos cuantos millones más en el banco.

Sus últimas palabras no me consuelan. Ser su cautiva el resto de mi vida tampoco es una idea que me atraiga, sobre todo porque no sé qué esperar de él. Si es capaz de traficar con gente sin ningún tipo de remordimiento, qué no me obligará a hacer a mí. Mi única esperanza es que Alec lo detenga cuanto antes.

-Vivian era una mujer con carácter también – dice después de unos minutos en silencio –. Cuando la conocí, me rechazó. Ni siquiera se dio la oportunidad de conocerme primero. Claro que no sabía que eso solo me hizo interesarme más en ella. Me gustan los desafíos. Como tú.

-Yo no soy ningún desafío. Solo hacía mi trabajo.

-Niégalo cuanto quieras, pero yo vi ese fuego en tus ojos al defender a la hija de Vivian.

-La hija de Alec – replico –. Ella quería matarla.

-Cuando descubrí que estaba embarazada de otro hombre ni siquiera me importó. Habría criado a su hija como si fuese mía si Vivian me lo hubiese permitido – lo miro, sorprendida por su confesión –. No me mires así, bella, yo amaba a Vivian. ¿Tan difícil es de creer?

No respondo porque tampoco sabría qué decirle. En realidad no puedo imaginar a un hombre como él entregando su corazón a nadie. Me parece de esos que solo se mueven por intereses, no por impulsos amorosos, pero eso es algo que me reservaré para mí, aunque por cómo me mira, creo que ya sabe lo que pienso. Empiezo a pensar que mi rostro es demasiado expresivo.

-Sí – comienza de nuevo –. Amaba a Vivian con locura. Su muerte fue un golpe muy duro para mí. Cuando me enteré de que su bebé sobrevivió, quise verlo.

-Y yo se lo impedí.

-Solo lo retrasaste. Nadie me impide hacer lo que quiero.

-Faith no puede salir de Neonatos – digo angustiada –. Necesita la incubadora.

Neville permanece en silencio y eso me preocupa todavía más. Parece tan seguro de lo que acaba de decir, que temo que ya haya tomado cartas en el asunto. Entonces, recuerdo que Alec está en el hospital y rezo para que lo impida, en caso de que Neville intente algo. Pero luego pienso en Rory y en que necesito que lo salve a él y me desespero. Alec no puede partirse en dos y temo que uno de ellos salga perdiendo.

Llegamos a una mansión, que supongo que es donde vive Neville y sonrío al pensar que será fácil localizarme. Probablemente sea el primer sitio donde me busquen. O eso espero, porque quizá por lo evidente de la situación, podrían dejarlo de último. Sea como sea, en algún momento vendrán y yo espero poder regresar a mi casa sana y salva.

Neville me toma del brazo para ayudarme a bajar y, aunque no es tan

brusco como Boris, no podría liberarme de él aunque lo intentase. Me lleva hasta la casa y una vez dentro, continúa caminando sin vacilar en ningún momento y sin darme explicación alguna. Me dejo llevar, más por la curiosidad que por querer colaborar con él. Y porque, de momento, no tengo manera de escaparme.

En cuanto entramos en la habitación, mis ojos se abren al mismo tiempo que mi boca. Esto es como un hospital en pequeño. Me paseo, nerviosa, entre las máquinas y el horror se va pintando en mi rostro al comprender que va muy en serio cuando dice que quiere quedarse con Faith.

-Esa niña es lo único que me queda de Vivian – me explica –. Como comprenderás, no permitiré que nadie me la arrebaté.

-No es suya – lo miro con reproche.

-Lo será.

-No puede hacer esto – lo enfrento. La enfermera en mí ha tomado el mando y ella no se asusta con facilidad –. El traslado podría dañar sus órganos. Todavía necesita la incubadora. Si pasa demasiado tiempo fuera de ella podría sufrir una crisis. ¿Es que acaso quiere matarla?

-Ahí está ese fuego que vi en ti en el hospital – ignora mis palabras y eso me enfurece más.

-Pues le aseguro que se va a quemar con él como se le ocurra sacar a Faith del hospital.

-A estas alturas ya estará llegando, bella – se acerca a mí y retrocedo tanto como él avanza –. Como he dicho, no hay nada que yo no consiga. Nada.

Mi espalda choca contra la pared y contengo la respiración cuando se coloca frente a mí. Si da un paso más, nuestros cuerpos se tocarán. Alarga su mano hacia mí y aparto el rostro cuando me acaricia. No soporto su tacto, por más suave que sea, y lo golpeo en la mano aún temiendo que me lo devuelva por mi atrevimiento. Cuando se ríe, lo miro sorprendida. Esa era la última reacción que esperaba de él. Entonces me sujeta por la nuca y junta nuestras cabezas. Mi respiración se corta de nuevo.

-Será un placer para mí doblégarte, bella – susurra de manera amenazante –. Mientras cuidas de mi hija...

-No es su hija – lo empujo con rabia, pero apenas logro moverlo unos centímetros. Su agarre no se suelta tampoco.

-Lo será – me dice –. Y tú serás su madre a todos los efectos.

-¿Y si me niego?

-Siempre consigo lo que quiero. Tuya es la decisión de que sea por las buenas o por las malas – nos acerca más –. Casi estoy deseando que elijas la segunda opción. Sería más divertido.

La puerta se abre y ambos miramos hacia ella. Neville no me suelta todavía aunque intento alejarlo. Boris permanece junto a la puerta, pero parece intercambiar con él algún tipo de información sin pronunciar una sola palabra. Siento más presión en mi nuca y me hace caminar con él hasta donde está el rubio.

-Están fuera – dice por fin.

-Tráelas.

No me gusta que hablen en plural y mucho menos en femenino, sobre todo después de todo lo que hemos estado hablando. Intento separarme de Neville en cuanto Boris sale por la puerta, pero no me lo permite. Cuando el ruso regresa, lo hace acompañado por una mujer y yo sofoco un grito al reconocerla. Sin embargo, cuando descubro qué lleva en brazos, doy un fuerte tirón para liberarme de Neville y corro hacia ellas.

-Maldita seas, Becka – le digo – ¿En qué diablos estabas pensando trayéndote a Faith contigo?

Se la arrebato de los brazos sin preocuparme de que alguien pueda impedírmelo, pues no lo permitiré, y empiezo a hacerle un reconocimiento exhaustivo. Compruebo su pulso y su respiración en primer lugar. Tiene buen color y parece estar bien. No noto ningún tipo de estrés en ella y eso me tranquiliza. Sé que el pediatra había dado orden de trasladarla a una cuna en breve y tal vez por eso no ha sufrido en demasía. Aún así, me acerco a la incubadora que Neville ha preparado para ella y comienzo a engancharla a las máquinas. Necesito asegurarme de que estará bien.

-Esto es una imprudencia – protesto –. Podría habersele dañado algún órgano. O incluso el cerebro. ¿Es que se te ha olvidado cuál es tu trabajo, Becka? Debes protegerlos, no acabar con sus vidas.

-¿Qué hace ella aquí, Brock? – me ignora.

Habla con Neville de un modo tan personal, que me hace suponer que han estado manteniéndose en contacto desde aquella primera vez que los vi juntos. Ahora entiendo el repentino interés que mostraba por Alec y Faith, seguramente estaba tanteando el terreno para buscar el mejor modo de llevarse a la pequeña. Mi ira va creciendo a medida que pienso en ello.

-Ella se encargará de Faith a partir de ahora – Neville suena bastante relajado al hablar, pero puedo ver cómo el rostro de Becka pasa de blanco a rojo en segundos.

-¿Y qué pasa conmigo? Creía que ese sería mi trabajo – le dice prácticamente gritando – ¿Es que no ves que no puedo regresar al hospital? Me he llevado a un bebé sin consentimiento.

-Ese no es mi problema.

-Por supuesto que lo es – continúa hablando, ignorante de la velada amenaza que hay ahora en los ojos de Neville. Amenaza que yo sufrí en carnes propias –. Llamaré a la policía y les diré que la niña está contigo y que tú me obligaste a secuestrarla.

-No me amenes, Becka – Neville se acerca ella y yo no dejo de atender a Faith, pero sin perderme detalle –. Nadie juega conmigo.

-¿Y tú sí puedes jugar con los demás? Me meterán en la cárcel si se enteran de lo que he hecho. No pienso ir a prisión, Brock.

-Ese no es mi problema – repite él pronunciando lentamente cada palabra.

-Creía que entre nosotros había algo especial – sus dedos recorren ahora el cuello de Neville en una suave caricia hasta llegar a la nuca –. Estas últimas semanas compartimos muy buenos momentos. ¿Acaso lo has olvidado, querido?

-Eso, querida – remarca la palabra con ironía –, eran negocios. No era nada personal.

-Yo creo que era más que personal – besa su cuello y yo siento náuseas al imaginar qué es eso que han compartido. No entiendo cómo Becka puede encontrarlo atractivo, si cada vez que yo lo miro, me muero de miedo.

Neville toma sus manos y las libera de su cuello, sin responder al beso en

ningún momento. La perplejidad de Becka es evidente, pero él no muestra el más mínimo indicio de remordimientos. O de cualquier otro tipo de sentimiento. Simplemente hace un gesto con la cabeza a Boris para que se acerque.

-Pero Brock...

-Llévatela – le dice al ruso, interrumpiéndola –. Y si te da problemas, ya sabes lo que hacer con ella.

-¿Qué? – Becka se resiste, pero Boris es más fuerte que ella –. No puedes hacerme esto, Brock. Iré a la policía. Les contaré todo.

-Yo que tú, no haría es – incluso yo entiendo lo que quiere decir con eso, pero Becka parece que no.

-Te juro que lo contaré todo – sigue gritando mientras yo niego con la cabeza una y otra vez.

¿No ve que su vida corre peligro? Neville no es un hombre al que se pueda manipular. Estoy segura de que si cree que Becka lo va a traicionar, la matará sin dudar, pero ella está tan enfadada que no es capaz de ver más allá de sus narices.

-Por favor – le ruego a Neville al ver el gesto que le hace a Boris –, no.

Puede que no sea mi persona favorita, pero no deseo que acaben con su vida. Neville me mira un segundo antes de repetir el gesto a Boris sin la menor vacilación. Me giro hacia la incubadora y tomo la mano de Faith tratando de no pensar en lo que están a punto de hacerle a Becka. Ahora sé, con total seguridad que si me opongo a Neville, correré la misma suerte que ella en cuanto se canse de mí.

-Una lástima – me sobresalto al escucharlo justo a mi lado –. No me gusta tener que tomar este tipo de decisiones, pero en ocasiones no hay más opción.

-Permíteme dudar – susurro.

-¿Acaso crees que disfruto ordenando matar a una mujer? – me ha oído y me aferro a la incubadora para que no vea cómo tiemblan mis manos.

-Yo no sé nada – digo sin llegar a mirarlo en ningún momento.

-Uno no llega a donde estoy yo sin mancharse las manos de vez en cuando

– me obliga a mirarlo de frente –, pero eso no quiere decir que lo disfrute. Hago lo que debo, ni más ni menos.

-¿También me matará a mí si le desafío? – me atrevo a preguntar.

-A ti te doblegaré a mi antojo – acaricia mi mejilla y le aparto la mano de nuevo –. Tenemos todo el tiempo del mundo y yo soy un hombre paciente cuando algo me interesa de verdad.

-Alec sabrá que estoy aquí – le digo deseando fervientemente que sea cierto –. Vendrá a por mí. Y a por su hija.

-No nos quedaremos tanto tiempo para eso, bella – sonrío y yo me estremezco.

-¿Qué?

-Esto – dice señalando el cuarto – no es más que algo provisional. En cuanto esté todo preparado, nos iremos de Edimburgo para siempre.

-¿A dónde? – pregunto con un hilo de voz.

-Lejos – me acaricia de nuevo –. Donde nadie pueda encontrarnos jamás.

Me falta el aire y me obligo a inspirar profundamente para no desmayarme. Ni siquiera me muevo cuando Neville me sujeta por la nuca y acerca su rostro al mío. Tampoco hago nada cuando me besa. Por unos segundos me quedo paralizada, hasta que reacciono y lo abofeteo con fuerza. Mi mano queda marcada en su mejilla.

-No vuelva a besarme nunca más – le grito limpiando mi boca.

-Como te he dicho, bella, tengo mucha paciencia – ríe, tocando su rostro –. Un par de bofetadas no serán un impedimento para mí. Al contrario, lo hacen mucho más interesante. Encárgate de la hija de Vivian. Yo regresaré en unas horas.

-Es la hija de Alec – le grito cuando ya sale por la puerta.

Las lágrimas vuelven a rodar por mis mejillas y las limpio con rabia. Estoy a punto de colapsar, pero me obligo a ser fuerte por Faith. Me necesita más que nunca y no pienso fallarle. No permitiré que ese hombre la toque.

-Papá vendrá a por nosotras, princesa – le digo, tratando de convencerme también a mí misma –. Él nos salvará. No hay nada que temer.

Tarareo la nana de mi madre y Faith bosteza un par de veces antes de quedarse dormida. Entonces, me dejo caer en el suelo y lloro. Sé lo que debo hacer si Alec no nos encuentra. Solo espero tener la determinación suficiente para poder hacerlo.

ALEC

Si por un momento creí estar asustado cuando Duncan me dijo que Kath no había llegado todavía a su casa el otro día, es porque jamás pensé que ocurriría lo que ahora mismo está pasando. Tengo que poner toda mi atención en la carretera y aún así me he librado de colisionar con otros coches en varias ocasiones solo gracias a mis buenos reflejos. No puedo pensar en otra cosa que no sea lo que Thomas me acaba de contar por teléfono. Si el localizador de Rory se ha activado, solo significa problemas. Y como lo envié a buscar a Kath, debemos suponer que los han capturado a ambos.

Apenas dejé a la niña rescatada en manos de una enfermera, salí rumbo a la central. Allí me están esperando mis compañeros para seguir la señal antes de que se pierda porque no pienso quedarme al margen de esto, tal y como insinuó Thomas. Sin embargo, si no me concentro en la carretera, es probable que no llegue nunca a mi destino. Como ahora, que suena la bocina de otro coche y lo esquivo por centímetros. Si me accidento, no les serviré de nada a Rory y a Kath y en este momento me necesitan. Inspiro profundamente y me obligo a fijar mi atención en la carretera. Con suerte, eso me servirá también para no colapsar. Creo que podría hacerlo en cualquier momento.

-¿Estás seguro de que quieres ir? – Thomas me intercepta en cuanto

traspaso la entrada principal –. Has recibido varios impactos en tu espalda y...

-Estoy bien – lo interrumpo. Mi espalda dejó de doler en el mismo momento en que supe que mi novia y mi mejor amigo corrían peligro –. Nada me impedirá ir, Thomas, ya te lo he dicho. Tendrías que encerrarme y aún así hallaría el modo de ir.

Thomas me entiende y aunque no debería participar su rescate por la implicación personal, sé que no me lo impedirá. Tal vez intente resistirse, pero llegado el momento, me dejará ir.

-Sabes que debo...

-Ni lo intentes – lo interrumpo. Nuestras miradas se miden y finalmente claudica.

-De acuerdo – sabe que no cederé –. Ya están todos abajo, esperando mi orden. Yo coordinaré las unidades desde aquí. No tenemos demasiado tiempo. Hace más de diez minutos que la señal se ha quedado estática.

Sé lo que eso significa, ambos lo sabemos. Tomo los cargadores extra que me pasa y los guardo en el chaleco nuevo que he cogido del almacén mientras hablábamos. El mío no es seguro después de los disparos que recibí en él. Thomas me va explicando por el camino lo que han logrado averiguar hasta el momento, que para mi desesperación, no es mucho. Para cuando llegamos a los coches ya sé tanto como los demás. Y aún así no sé nada, salvo que se encuentran en medio de la nada.

-Suerte – me dice antes de regresar al interior del edificio.

Subo en uno de los coches y partimos de inmediato. Me entregan el dispositivo de seguimiento, aunque ya sabemos a dónde ir porque el localizador sigue sin moverse. Solo espero que todavía lo lleven encima porque si se han deshecho de él y no puedo encontrarlos, sé que enloqueceré. O si llego tarde para salvarlos. Sé que Rory es capaz de salir indemne de casi cualquier situación, no me preocuparía si estuviese solo, pero con Kath cerca se arriesgará para protegerla y acabará siendo tan vulnerable como ella.

-Estamos cerca – la voz de John me saca de mis divagaciones. Me he abstraído del mundo mientras avanzábamos.

Miro la pantalla y compruebo que estamos a menos de una milla del lugar

donde se encuentra el localizador. Una vez más, rezo para que lo lleven encima y para que ambos estén todavía con vida. Me concentro en eso y me preparo para rescatarlos. Hablo con Thomas por radio, que nos indica la mejor manera de asaltar el lugar. Han estado buscando imágenes por satélite y nos informa de que es un viejo almacén abandonado. Acercarnos sin ser vistos será complicado, incluso aunque ya sea plena noche, así que tendremos que ser rápidos y atacar de frente con todo el arsenal. No es el mejor plan, pero es el único que tenemos. A Rory le habría encantado.

-Preparados – digo justo antes de dar la señal para iniciar la ofensiva –. Nuestra prioridad son Rory y Kath, recordadlo.

No nos cuesta nada derribar las paredes de metal del almacén con los coches, tan deteriorado se encuentra el edificio, y entramos haciendo un gran estruendo. Con suerte, el ruido y las luces de los coches los paralizarán unos segundos, que a nosotros nos vendrán de maravilla. Toda ventaja sobre ellos será crucial para el éxito de la misión. Mucho más al no saber cuántos son ni las armas de qué disponen.

-Vamos, vamos, vamos – grito saliendo del coche con el arma apuntando hacia el frente.

Hemos levantado mucho polvo y no veo por donde vamos. La escasa iluminación tampoco ayuda. Nos desplegamos en abanico y avanzamos tan rápido como nos es posible. La velocidad es nuestra mejor baza después de la sorpresa inicial. Sabemos que un ataque frontal es arriesgado, pero no hemos tenido más opción. Tal y como ha dicho Thomas, el tiempo juega en nuestra contra.

Los disparos comienzan a sonar, pero por mi experiencia y aunque no puedo verlos todavía, juraría que no son tantos como esperaba. Buscamos refugio y respondemos con fuego indiscriminado. El polvo comienza a asentarse y puedo hacer señas a mis compañeros para indicarles que debemos seguir avanzando como sea. No podemos darles tiempo a escapar con los rehenes o a matarlos. Ni siquiera quiero pensar en esa segunda posibilidad.

Nos dividimos en dos grupos y unos se quedan en la retaguardia para cubrir al resto. La lluvia de disparos continúa, pero no nos impide adelantarnos unos cuantos metros más antes de tener que ocultarnos de nuevo. Mi corazón va a mil por hora. Demasiadas emociones fuertes en menos de 24

horas. Y ahora con Rory y Kath involucrados es todavía peor.

-Ahí y ahí – les indico en cuanto noto que la intensidad del fuego enemigo ha descendido.

Nos separamos en otros dos grupos y seguimos avanzando en direcciones opuestas. Intentaremos rodearlos para reducirlos. En mi mente solo puedo pensar en que no les hayan hecho nada a Rory y a Kath. Tan cerca de ellos, pero al mismo tiempo tan lejos. Cualquier cosa podría suceder mientras no llegamos hasta ellos y eso es lo que realmente me mata.

En cuanto la frecuencia de los disparos se ralentiza de nuevo, obligo a mi equipo a avanzar al descubierto. Nos encontramos con varios hombres que no oponen ninguna resistencia cuando les indicamos que tiren sus armas al suelo y alcen sus manos sobre sus cabezas. Me sorprende que no haya más que un pequeño grupo de seis hombres, pero antes de que pueda pensar en ello, el otro equipo llega hasta nosotros. Uno de los hombres está ayudando a Rory a caminar.

-Rory – me acerco a ellos y lo tomo por el otro brazo – ¿Te encuentras bien?

-Sobreviviré – me dice y sonrío aliviado –. No es fácil acabar con el gran Rory MacBay.

Está ensangrentado y lleno de golpes, pero su ánimo sigue siendo el mismo de siempre. Esa es muy buena señal. Lo ayudo a sentarse y veo cómo apoya la espalda y la cabeza contra la placa de metal que tiene detrás. Parece agotado, pero yo necesito respuestas ya. El resto del grupo sigue buscando a Kath, que todavía no ha aparecido.

-¿Y Kath? – le pregunto, ansioso – ¿Sabes dónde la tienen?

-Esos cabrones se la llevaron – me mira realmente preocupado –. Le di el maldito localizador para que pudieseis encontrarla si nos separaban, pero la muy loca me lo devolvió segundos antes de que se la llevasen.

-¿Qué? – me siento a su lado, incapaz de mantenerme en pie.

-La encontraremos, Alec – me obliga a mirarlo –. No desesperes. Neville no le hará daño. No sé qué quiere exactamente de ella, pero pretende mantenerla con vida.

-Eso no es un gran consuelo, Rory – replico .

-Si no la mata, podemos liberarla – responde.

-Tú sabes a qué se dedica.

-No creo que la quiera vender tampoco. No se tomaría tantas molestias para eso.

-¿Y si lo ha hecho por los barcos interceptados? En represaría por eso. ¿Y si es culpa mía?

-¡Eh, tío, frena! No te tortures de ese modo, joder. Sea como sea o por el motivo que se la haya llevado, la encontraremos.

-¿Cómo?

-Buscándola – me golpea con su hombro y no puedo evitar sonreír.

-Tu lógica es aplastante – respondo.

Rory sabe cómo animarme incluso en los peores momentos. No sé que habría sido de mí si no lo hubiésemos recuperado sano y salvo. Puede que sea impetuoso y un tanto engreído en ocasiones, pero no hay mejor amigo que él. Sé que estará a mi lado en las buenas, pero sobre todo en las malas. Cuando yo me desespero, él siempre sabe qué hacer o decir. Y en esta ocasión no ha sido diferente.

-Empezaremos por su casa – me dice.

-No lo creerás tan estúpido – lo miro con escepticismo.

-Precisamente porque es listo, iremos a su casa.

-Explícame eso.

-El lugar más evidente es siempre el mejor refugio – dice con calma –. Nadie lo buscaría en su casa porque resultaría el lugar más obvio. Y por ese mismo motivo, será allí por dónde empezaremos.

-Retiro lo dicho – me levanto y le tiendo la mano para ayudarlo a hacer lo mismo –. Tu lógica no tiene nada de aplastante. Pero no tenemos nada que perder salvo el tiempo, así que lo haremos a tu manera.

-Si me equivoco, tal vez encontremos alguna pista de dónde seguir buscando, así que, amigo mío, ni el tiempo perderíamos – me palmea el

hombro con fuerza para animarme.

-¿Estás en condiciones de acompañarnos? – me preocupa su integridad porque está muy lastimado. Han debido ensañarse con él.

-Deberías ver cómo quedaron los otros – me guiña un ojo –. Vamos a por tu chica, Alec.

De camino a los coches, mi teléfono suena. Contesto sin mirar quien es, como viene siendo habitual en mí últimamente. Rory camina a mi lado y con cada paso que da cojea menos. Definitivamente se recuperará sin mayor problema. Es muy resistente, en su caso, yo estaría tirado en el suelo sin poder moverme.

-MacNeil.

-Alec, soy Adelaide.

-¿Qué sucede? – la desesperación en su voz me alerta – ¿Faith está bien?

-No está.

-¿Qué? ¿Qué quieres decir con que no está? – el suelo que piso comienza a moverse.

-Se la han llevado, Alec – la escucho llorar a través del teléfono –. No sabemos cómo ha podido suceder.

-¿Qué pasa con el agente de policía que está vigilando? – mi voz se eleva llamando la atención de todos – ¿Dónde diablos estaba?

-No lo sé, Alec. Dice que nadie ajeno al personal entró o salió de la planta.

-Un bebé no se esfuma así como así, Adelaide – grito. Estoy desesperado. Esta noticia es lo que me faltaba para rematarme. Ahora sí que me volveré loco.

-Falta una de las enfermeras – continúa –. Creemos que tal vez ella se la haya podido llevar, aunque no entiendo por qué habría de hacer algo así.

-Neville – murmuro –. Tengo que dejarte, Adelaide. Yo me hago cargo. Reza para que la encuentre sana y salva o no pararé hasta ver derruido todo el maldito hospital.

Cuelgo antes de que pueda replicarme. Sé que he sido demasiado duro con

ella, pero no estoy en mis cabales. Me tiemblan las manos y mi respiración falla. El corazón bombea demasiado fuerte en mi pecho, me duele. Llevo mi mano sobre él, temiendo que me esté dando un infarto. Las piernas me fallan y Rory me sostiene antes de que llegue al suelo. Moriré. Esto no podré superarlo.

-La encontraremos también – me dice Rory. Con lo poco que ha escuchado de la conversación ya se ha hecho una idea de lo que sucede –. Alec, mírame.

Lo hago aunque ni siquiera consigo enfocarlo. Mi vista se pierde en la distancia. Mi mente está lejos también. No puedo pensar con claridad. Siento las manos de Rory rodeando mis brazos con firmeza y noto una fuerte sacudida que me saca de mi estado de ensoñación. En cuanto obtiene toda mi atención, sonrío.

-Así está mejor – me dice –. Las encontraremos a ambas. Donde esté Kath, estará Faith.

-¿Y si no las encontramos?

-Lo haremos.

-Pero...

-¿Confías en mí? – me zarandea de nuevo para que deje de poner pegos.

-Siempre.

-Bien – asiente –. Las encontraremos. Te lo prometo.

Después de informar a Thomas de la nueva situación, nos subimos a los coches y emprendemos la marcha hacia la casa de Neville. Con cada milla recorrida siento que mi corazón se contrae un poco más. Por más que intente ser tan optimista como Rory, me siento caer en un pozo sin fin. Si algo les llega a pasar a Kath o a mi hija, no querré seguir viviendo.

Nos amparamos en la oscuridad de la noche para acercarnos a la casa sin ser vistos. Thomas ha enviado refuerzos después de asegurarnos que conseguiría la orden de registro que necesitamos para que la detención sea legal. Ahora somos una veintena de agentes y aunque no sabemos si están en la casa, nos disponemos a entrar.

Por el momento, la cosa promete. Hay hombres armados patrullando por los exteriores y luces en varias estancias de la mansión. Un Rory más

recuperado se encarga de distribuirnos a todos. Lo primero es deshacernos de los guardias para que no den la voz de alarma y una vez hecho eso, buscar la forma de entrar con rapidez. Necesitamos encontrar a Kath antes de que se percaten de que fuera ya no hay nadie vigilando.

-Nosotros nos adelantaremos – susurra Rory al último grupo –. En cuanto el resto nos de la señal, entramos. Rápidos y silenciosos. Evitad usar las armas de fuego hasta que no os quede más opción. Después del primer disparo, esto se convertirá en un infierno.

En cuanto se asegura de que todos hemos entendido las instrucciones, envía a cada grupo a ocupar su puesto. Oigo el palpitar de mi corazón con cada paso que me acerca a la casa. Sucede siempre lo mismo cuando vamos a entrar en acción, pero en esta ocasión es peor porque la vida de las dos mujeres más importantes para mí está en juego. No puedo perder a ninguna de ellas.

Rory y yo nos posicionamos junto a las ventanas de la planta baja, cerca de la entrada, mientras los demás se van repartiendo a lo largo de la casa. Cuanto más terreno cubramos, más posibilidades de éxito. Permanecemos ocultos y en silencio esperando la señal para entrar.

-Nos habrían venido bien esas granadas de humo de la policía – me susurra Rory –. Pena que sean unos ineptos.

Sé lo que intenta hacer y le sonrío para hacérselo ver porque no soy capaz de hablar ahora mismo. Reviso el cargador y afianzo el arma en mis manos por el simple hecho de estar ocupado con algo. No quiero pensar en nada ahora mismo. Necesito máxima concentración en lo que estamos a punto de hacer. Kath y Faith tendrán que quedar relegadas a un segundo plano.

-Respira, hombre – me susurra Rory de nuevo –. No pienso hacerte el boca a boca si te desmayas.

-Vete a la mierda – esta vez encuentro mi voz. Ríe bajo y al final me uno a él. Parte de la tensión ha desaparecido.

-Equipo uno, despejado – escuchamos en la radio de repente –. Equipo dos, despejado. Equipo tres, despejado.

-Equipo cuatro, en marcha – anuncia Rory. Es nuestro turno.

Pruebo con la primera ventana y me topo con que está cerrada. Maldigo

por lo bajo y me acerco a la siguiente. Cuando estoy a punto de tocarla, veo a Rory introducirse por una de ellas y me acerco a él. Antes de entrar, busco al resto del equipo con la mirada y sonrío al comprobar que la mayoría también ha tenido éxito. Casi se podría decir que todo está saliendo bien. Demasiado, si me paro a pensarlo, pero prefiero ir en pos de Kath en lugar de perder el tiempo en divagaciones. Rápidos y silenciosos.

Es una casa enorme. Buscarlas será como intentar hallar una aguja en un pajar. Rory nos distribuye de nuevo y pide a uno de los tres grupos que permanecen fuera que colaboren. Nos arriesgamos a ser descubiertos, pero necesitamos tantos hombres como sean posibles para acortar la búsqueda.

-Que nadie se quede solo en ningún momento – nos avisa antes de separarnos –. No quiero héroes.

Contengo una réplica porque él es el primero que no cumple nunca con eso. Han sido tantas las veces en que cometió alguna locura en solitario que ya he perdido la cuenta. Aunque supongo que él sí puede hacerlo, tiene experiencia suficiente para bastarse a sí mismo.

-Tú conmigo – me dice –. Iremos directamente al piso superior.

Ha pedido que peinen la planta baja en primer lugar para despejar la zona, pero veo que tiene otros planes para nosotros. Confío completamente en él, así que lo sigo sin dudar. También yo presiento que ellas han de estar arriba. Si podemos llevarlas a ambas a la planta baja sin ser vistos, salir no será un problema con todo el equipo esperándonos fuera.

-He visto un par de luces encendidas en el ala este - me susurra Rory. Asiento porque yo también las vi.

Nos desplazamos con sigilo hasta la primera de las puertas y la abro después de que Rory me haga una señal. La decepción se pinta en mi rostro al comprobar que está vacía. Sé que sería demasiada coincidencia encontrarlas tan rápido, pero el ansia de verlas me puede. Avanzamos hacia la siguiente y realizamos la misma maniobra, con idéntico resultado.

-La del fondo – le sugiero. Creo recordar que era otra de las que estaba iluminada aunque de forma más tenue. Tal vez esa sea una buena señal.

Justo antes de entrar, escuchamos los primeros disparos. Nos han descubierto. No necesito mirar hacia Rory para saber lo que piensa. Se

acabaron las sutilezas, es hora de encontrarlas y salir de la casa. Abro la puerta sin miramientos y entro con el arma por delante. Rory me sigue, cubriendo mis espaldas.

Un rápido vistazo me dice que hemos acertado esta vez. Las máquinas del cuarto y ese sonido tan familiar son inconfundibles. Faith está aquí. Me acerco a la incubadora y la veo. El alivio que siento cuando me agarra el dedo con fuerza es inmenso. Mi hija está bien.

-¿Dónde está Kath? – miro a mi alrededor, pero no hay rastro de ella.

-Quédate con tu hija. Yo la buscaré.

Está claro que la necesitamos para desconectar a Faith de las máquinas porque yo no sabría ni por dónde empezar y, por el gesto de Rory, diría que tampoco él se atreve.

-Suerte – le digo. Me siento impotente por no poder ayudarle, pero tampoco me siento con fuerzas para dejar sola a mi hija ahora que la he encontrado.

No avanza ni dos pasos, cuando escuchamos voces al otro lado de la puerta. Antes de que puedan descubrirnos, buscamos refugio y nos escondemos. A pesar de que los disparos continúan en la parte de abajo, parece que la suerte está de nuestro lado, porque vemos entrar a Kath, seguida de Neville y el ruso.

-Date prisa – Neville empuja a Kath hacia la incubadora y a punto está de hacerla caer de bruces –. Tenemos que largarnos ya.

-Esto es muy peligroso para Faith – escuchar su voz, firme y decidida, me reconforta –. No debe permanecer demasiado tiempo fuera de la incubadora.

-He dicho que la saques de ahí – Neville la apunta con la pistola –. No quiero discutir contigo, bella. Y preferiría llevarte con nosotros de una pieza.

Aguardamos en tensión mientras Kath desconecta a mi hija del monitor y le quita la vía. Desde mi posición puedo verla con total claridad. Está pálida y le tiemblan las manos, pero a pesar de ello, trabaja con total profesionalidad. Sus preciosos ojos verdes apenas contienen las lágrimas y quiero ir hacia ella para consolarla, pero sé que no debo desvelar nuestra posición todavía. Cuando tenga a Faith en sus brazos, será el momento de salir.

-Vamos – Neville se impacienta y mis ganas de pegarle un tiro entre ceja y ceja crecen.

Veo que Rory niega con la cabeza y sé por qué lo hace. Me conoce lo suficiente como para saber lo que estoy pensando. Y aunque me encantaría ignorarlo, sé que tiene razón. Si lo mato sin más, seré peor que él. Nuestro deber es capturarlo y procesarlo. Por más que se merezca la muerte, la justicia se encargará de él.

Kath toma en brazos a Faith y la cubre con la manta. En cuanto la tiene bien sujeta contra su pecho, Rory asiente hacia mí y ambos salimos de nuestro escondite con las armas apuntando hacia Neville y su secuaz.

-Soltad las armas – dice en alto, tomándolos por sorpresa.

-Kath – la llamo y extendiendo mi mano hacia ella –. Ven a aquí.

La veo moverse con rapidez hacia mí y siento un inmenso alivio cuando por fin las tengo a ambas justo detrás. Neville y Boris también nos apuntan sus armas y empieza así el juego. Es cuestión de ver quién cede.

-He dicho que soltéis las armas – repite Rory lentamente, de forma que suena más amenazante que antes.

-¿Qué te hace pensar que podrás salir de aquí? – Neville ni pestañea –. Estás en mi territorio.

-¿Qué te hace pensar que eso me impresiona? – le responde él –. Si no te apartas de mi camino, te pego un tiro y asunto resuelto.

Si las miradas matasen, ambos habrían caído fulminados en este mismo instante, pero ninguno se mueve y la tensión es más que palpable. Parece que nadie dará su brazo a torcer y me temo que estamos perdiendo un tiempo valiosísimo. Los disparos continúan sonando abajo y empiezo a impacientarme. Cuando Faith comienza a llorar, siento la tentación de apretar el gatillo y acabar con esto de una vez por todas. Rory lo nota y me mira de reojo para advertirme que no lo haga. Entonces, una ráfaga de disparos se sucede en nuestra planta y los obliga a ocultarse, bajando así sus armas. Rory se adelanta y, en cuanto descubro lo que pretende hacer, lo sigo. Estamos sobre ellos antes de que puedan reaccionar.

-Kath – le digo mientras lucho por arrebatarse la pistola a Neville –. Vete. Ahora.

No necesita que se lo repita. Aprieta a Faith contra su pecho y corre fuera de la habitación. Sé que ahora estarán a salvo porque nuestros hombres los interceptarán por el camino y los llevarán fuera. En cuanto se van, golpeo a Neville con la cabeza. Se aleja de mí con la nariz llena de sangre y un gesto sorprendido en su rostro, pero tengo su arma y sonrío triunfante.

Rory parece tener problemas con Boris y aunque quiero ayudarlo, cuando Neville echa a correr, lo sigo a él. No voy a dejar que se escape ahora que tenemos pruebas más que suficientes para encarcelarlo. Y mucho menos para que pueda hacer daño a alguien más. Su tiempo de traficar con personas ha llegado a su fin.

En cuanto salgo de la habitación, lo veo bajar las escaleras y voy tras él. Se mueve sin preocupación, como si nadie estuviese invadiendo su casa en este momento. Yo, por el contrario, voy esquivando el fuego cruzado a pesar de que llevo chaleco. Por hoy, ya he recibido impactos suficientes.

La primera vez que lo alcanzo, uno de sus hombres se interpone entre nosotros para impedirlo y recibo unos cuantos golpes durante la pelea, aunque él se lleva la peor parte y termina tirado en el suelo, inconsciente. Sin embargo, Neville ha sabido aprovecharlo para sacarme ventaja. Salgo de la casa, intentando llegar a él una vez más. El amanecer comienza a despuntar y puedo distinguirlo acercándose a los coches. Intentará huir en uno y no puedo permitirlo, no cuando tengo pruebas suficientes al fin para meterlo en la cárcel. Esta vez no se librará.

A medida que me acerco a él y la casa queda atrás, el ruido de las balas se pierde en la distancia, por lo que me permito ser más descuidado y correr sin prestar demasiada atención a nada que no sea Neville. En mi mente tengo un único objetivo, evitar que se escape, y por eso no veo venir el coche hasta que ya está prácticamente sobre de mí.

Siento cómo impactan contra mí en el último segundo, apartándome de la trayectoria del coche y doy con mi cuerpo contra el suelo. Se me corta la respiración por el golpe y el peso que me aplasta y necesito tomar aire varias veces en cuanto me veo libre. Mis costillas no están completamente recuperadas todavía y me resiento al levantarme.

-Que poco ha faltado – dice Rory mientras me ayuda.

-Neville – consigo decir con voz estrangulada, al ver que se sube al coche

que ha estado a punto de atropellarme.

Rory me arrastra con él hacia uno de los que han quedado atrás y nos subimos en él. Lo arranca sin mediar palabra y comenzamos la persecución. Es un gran conductor y no tarda en alcanzarlos. En varias ocasiones logran adelantarse de nuevo, pero Rory no se queda a la zaga demasiado tiempo.

-¿Y el ruso? – pregunto mientras compruebo mi cargador. Han empezado a dispararnos y pretendo devolvérselas.

-Incapacitado – sonrío satisfecho –. Le debía unas cuantas.

-Perfecto – digo, abriendo la ventanilla –. Estoy listo.

Acelera y nos acerca al coche. No es fácil apuntar en movimiento, pero descargo el cargador contra las ruedas del vehículo. Eso les obligará a detenerse. Me estoy exponiendo bastante al sacar medio cuerpo por la ventanilla, pero necesito ambos brazos para apuntar con más precisión. Y aún así, no acierto ni una.

-A las ruedas, hombre – me grita Rory.

-Eso hago – le respondo en el mismo tono.

Me pasa un nuevo cargador y lo intercambio por el vacío. Mi pie, afianzado contra el salpicadero, me da cierta estabilidad y evita que salga volando en cada giro brusco que Rory se ve obligado a dar. Apunto una vez más, sin molestarme en esquivar las balas de vuelta porque parece que ellos están teniendo las mismas dificultades que yo, pero el coche da un salto y me tengo que sujetar con las manos también para no caer. Fulmino a Rory con la mirada y él se encoje de hombros.

-Más – le grito después de fallar por segunda vez.

-Último cargador – dice pasándomelo –. Apunta bien.

-No me ayudas, Rory.

-Apunta y dispara, Alec.

-¿Qué crees que he estado haciendo?

-Cualquier cosa menos acertar.

-Vete a la mierda.

Apunto a las ruedas por tercera vez y sorprendentemente acierto. El coche da bandazos a un lado y al otro hasta acabar empotrado en un árbol. Comienza a salir humo del capó, que ahora parece un acordeón. Rory frena en seco y bajamos para acercarnos. Vemos salir a un par de hombres y los reducimos en segundos. Mi mirada se pasea de ellos al coche continuamente, esperando ver salir a Neville en cualquier momento.

-No tienes escapatoria – le grito –. Sal de una vez.

Entonces me hace caso, pero no está solo. Protege su cuerpo con otro más menudo y tembloroso. No tenía ni idea de que fuese en el coche o jamás hubiese disparado a las ruedas. Podría haber provocado un accidente donde muriesen todos.

-Pero, ¿qué diablos? – exclama Rory sorprendido.

-Kath – digo en un susurro cuando sus asustados ojos se cruzan con los míos.

-La vida da muchas vueltas, ¿no crees, bella?

Neville está en el cuarto de Faith, solo conmigo. En cuanto lo veo acercarse a ella, todo mi cuerpo se tensa. No quiero que la mire, no quiero que la toque y mucho menos quiero estar a solas con él. Me asusta pensar en lo que sería capaz de hacernos.

-Cuando murió Vivian, me quedé vacío por dentro. Nunca había necesitado tanto de otra persona a mi lado. Descubrir que una parte de ella sobrevivió, fue un alivio para mí. Como si ella hubiese dejado ese regalo para mí, para no perderla del todo – mientras habla, no deja de observar a Faith a través del cristal –. Necesitaba verla y por eso fui al hospital. Pero entonces apareciste tú, bella. Tan frágil a la vista, pero tan impetuosa. Admiré tu arrojo e hice que te siguieran. Solo era curiosidad.

Ahora me mira y me obligo a permanecer donde estoy cuando se acerca, aunque arda en deseos de huir de él. Toma un mechón de mi cabello, como ha hecho ya tantas otras veces desde que estoy aquí, y se lo lleva a los labios. Libero mi pelo de un manotazo, de la misma forma en que lo he hecho en las demás ocasiones.

-Te investigué. Tu pasado, tus amistades, tu rutina diaria. Y cuanto más averiguaba, más atraído me sentía, aunque debo admitir que no es fácil encontrar información sobre ti. Supones todo un reto y a mí me encantan los

retos, bella. Imagina mi sorpresa al descubrir que mantenías una relación con el padre de Faith – es la primera vez que la llama por su nombre y no me gusta cómo suena en su boca –. Podrás imaginar que no me gustó nada.

-Lo que yo haga...

-Pero – me interrumpe. Su mirada se endurece y yo retrocedo – saber que ese mismo hombre era un maldito agente de aduanas. Y no uno cualquiera, sino uno que interceptó mis barcos, desbaratando mis planes y haciéndome perder mucho dinero. Simplemente no podía dejarlo estar.

-¿Qué está insinuando? – trago con dificultad porque me ha vuelto a acorralar contra la pared.

-Él me quitó algo que era mío – acerca peligrosamente su rostro al mío –. Y yo he hecho lo mismo. Faith por mi primer barco y tú por el segundo.

-No puede compararnos con...

-Quiero que sufra – me interrumpe de nuevo –. Ese es el precio por meter las narices en mis asuntos.

-Alec no le dejará salirse con la suya. Vendrá a por nosotras.

-Estoy deseando que lo intente.

La amenaza velada en sus palabras provoca un escalofrío en mí. Entiendo perfectamente lo que pretende hacer si Alec aparece. Lo matará.

...

Me he perdido en mis pensamientos por un momento, pero el frío metal de la pistola en mi sien y el fuerte apretón del brazo de Neville en torno a mi cintura, me sacan de mi ensoñación. Entonces, veo el miedo en los ojos de Alec y la determinación en los de Rory. Noto el temblor de todo mi cuerpo y mi respiración entrecortada. El palpitar de mi corazón se acelera por segundos. Nunca en mi vida he estado tan asustada como ahora. Si en algún momento lo creí, estaba completamente engañada. En este mismo instante, el miedo me atenaza y me oprime, amenazando con partirme en dos como una vara seca de lo tensa que estoy. Mis músculos no responden y aunque lo

hiciesen, mi mente es incapaz de enviarles órdenes.

-Suéltala, Neville – grita Alec. Su voz suena firme a pesar de todo.

Me mira después y sé lo que me está preguntando. Cuando salí de la habitación llevaba a su hija en brazos y ahora no la tengo. Trato de sonreír para demostrarle que ella está a salvo, o todo lo segura que puede estar siendo tan pequeña, estando sola y necesitando regresar pronto a una incubadora.

Un par de sus compañeros me interceptaron en las escaleras mientras huía y me acompañaron a uno de los coches, pero la situación en la casa se complicó y tuvieron que regresar para ayudar a su equipo, dejándonos solas. Supongo que nos creían a salvo tan lejos de la acción como estábamos. Sin embargo, yo nunca dejé de sentirme insegura y por eso decidí esconder a Faith en uno de los muchos coches que había allí y permanecer fuera vigilando. No me gustó dejarla sola en el interior, pero resultó ser un acierto porque pude ver cómo se acercaban varios hombres de Neville antes de que ellos me localizasen a mí.

Rezando para que Faith no llorase, me alejé de ella tanto como me fue posible sin dejar de verla y me oculté tras otro coche. No me hubiesen encontrado, si no se hubiesen acercado peligrosamente a ella. Temiendo que la descubriesen, salí de mi escondite y me dejé ver por ellos. No tardaron en reconocermme y, aunque intenté escapar, lograron capturarme pues me aventajaban en número.

Y aunque me encantaría explicarle todo eso a Alec, la pistola en mi sien, amenazando mi vida, no ayuda en la labor, así que tengo que conformarme con sonreírle y esperar que lo entienda.

-Soltad las armas o le pego un tiro – amenaza Neville y yo me estremezco. Lo creo capaz de hacerlo.

-Suéltala tú – le replica Rory sin dejar de apuntarle – y vivirás para contarlo.

-No lo repetiré dos veces – aprieta el cañón contra mi cabeza obligándome a ladearla y Alec alza las manos con su arma colgada de un dedo. Rory se hace de rogar, pero también cede al final –. Eso está mejor. Tiradlas al suelo y apartaos del coche.

Avanzamos dificultosamente hacia ellos en cuanto están desarmados. El

frío metal me golpea en la sien a cada paso y mis ojos se cierran por inercia, temiendo que se dispare en cualquier momento. No quiero llorar, pero me cuesta contener las lágrimas. Estoy muy asustada.

-Suéltala – repite Alec una vez alcanzamos el coche –. Ya no la necesitas. No podemos seguirte.

-Se viene conmigo – ni siquiera duda al responder.

En realidad no guardaba esperanzas de que me dejase ir. Me quedó claro que no solo me quería para cuidar de Faith. Recordar el modo en que me mira, me revuelve el estómago. Cada vez que me toca, aunque sea solo el cabello, el impulso de alejarme es tan fuerte que no puedo evitar golpearlo sin pensar en las consecuencias. Sé que mi resistencia es un aliciente para él, también me lo dejó claro, pero no puedo controlarlo y reacciono instintivamente.

Me obliga a subir en el asiento del conductor y se sienta detrás de mí para poder apuntarme con el arma. Continúo temblando, así que me cuesta encender el coche y cuando acelero, sale disparado hacia adelante con tanto ímpetu, que Neville tiene que sujetarse para no chocar contra el respaldo del asiento.

-Con calma, bella – me dice –. No tenemos tanta prisa.

Las lágrimas acuden a mis ojos nuevamente al comprender que tiene razón. Como dijo Alec, no pueden seguirnos. Estoy sola de nuevo con él y otra vez tengo las de perder. No me atrevo a mirar por el retrovisor para ver cómo los dejamos atrás y me concentro en la carretera para no sucumbir al miedo. Me repito mentalmente que Faith está a salvo ahora y eso también me ayuda a controlar los nervios.

-¿Dónde vamos? – mi voz suena débil, pero firme y me felicito por ello.

-Al aeropuerto. Nos están esperando.

Lo va a hacer, me va a llevar lejos de Edimburgo. O tal vez decida pegarme un tiro en la cabeza en cuanto lleguemos. Después de todo, continúa apuntándome con el arma. Ahora que ha perdido a Faith por mi culpa, puede que ya no le interese conservarme.

-¿Y la hija de Vivian? – parece enfadado.

-Es la hija de Alec – replico y cierro los ojos cuando empuja el arma contra mi cabeza.

-No me tientes, bella – dice –. Podría decidir prescindir de ti.

-Pues hazlo – le digo –. Déjame aquí y vete.

-No pienso renunciar a ti – se acerca para susurrarme al oído –. Puede que tenga que dejar a la niña atrás de momento, pero tú vendrás conmigo.

Supongo que a eso responde a mi pregunta de si pretende o no acabar con mi vida. Me estremezco una vez más, ya he perdido la cuenta de cuántas llevo, pero tomo una decisión. No puedo permitir que lleguemos al aeropuerto. No sé cómo hacerlo, pero debo evitarlo a toda costa. No solo por mí o por la posibilidad de que intente ir por Faith de nuevo, sino por todas esas mujeres y esos niños con los que ha traficado y con los que tenía intención de hacerlo. Un hombre como Neville, tan falto de escrúpulos, no puede quedar impune de sus delitos. Sea como sea, impediré que huya.

Avanzamos a gran velocidad por una carretera secundaria y ni me molesto en esquivar los baches. Mi mente está en otra parte ideando un plan para detener a Neville. Cuando siento el cañón de la pistola contra mi cabeza y escucho su advertencia, me obligo a prestar más atención al camino.

-Necesito parar – le digo minutos después, probando suerte –. Me estoy mareando.

-No pararemos – su boca está de nuevo muy cerca de mi oído –. y no te desmayarás. No juegues conmigo, bella. Ya sabes lo que pasa cuando alguien se atreve a hacerlo.

Con todo lo que ha pasado en las últimas horas, me había olvidado totalmente de Becka. Tenía la esperanza de que la hubiesen liberado, pero me temo que Boris ha hecho exactamente lo que él le ordenó. No voy a negar que la idea de darle un escarmiento por lo que hizo no me disgusta, pero de ahí a matarla hay un trecho. Uno que yo no estaría dispuesta a recorrer bajo ningún concepto.

-¿Está muerta? – me arrepiento de preguntarlo en el mismo momento en que las palabras expiran en mis labios.

-¿De verdad quieres saberlo, bella?

Niego con la cabeza y me concentro de nuevo en la carretera. Y en mi plan trazado a medias. Ahora, más que nunca, no debo permitir que Neville escape. Es un hombre sin escrúpulos. Que me haya confesado su amor por Vivian no lo

esculpa de todas las demás atrocidades que ha cometido y que seguirá cometiendo si alguien no le pone freno.

-Vigila el camino – me advierte –. No queremos tener un accidente, ¿verdad?

He vuelto a abstraerme de la realidad y casi nos salimos del camino, así que enderezo mi espalda y me concentro en lo que estoy haciendo. Sin embargo, no dejo de pensar en que lo del accidente no parece tan descabellado si con ello consiguiese acabar con su vida.

Unos metros por delante de nosotros aparece la silueta de un viejo puente de madera abandonado, junto a otro nuevo y más moderno por el que lo han sustituido. Mientras avanzamos hacia ellos, en mi cabeza se activa una lucecita, tal y como se ve en los dibujos de la televisión, y un nuevo plan comienza a formarse en mi mente. Es una locura, una temeridad, un riesgo, pero siento que será mi única oportunidad de frenar a Neville.

-Con calma – me advierte cuando nota que acelero –. Ya te he dicho que no tenemos prisa.

Lo ignoro y sigo apretando el pedal. Protesta de nuevo, pero yo no aminoro. Para cuando llegan las amenazas, yo ya he tomado el camino que lleva al puente viejo. Cierro los ojos y sujeto el volante con fuerza esperando el momento en que el puente ceda con el peso del coche y caigamos al vacío. Si he de morir para librar al mundo de un hombre como Neville, que así sea.

-Maldita sea – lo escucho gritar –. Estás loca.

El tiempo se ralentiza a medida que nos acercamos al puente. Es como esas escenas a cámara lenta que usan en las películas para dar más dramatismo al momento de tensión. Veo cómo las manos de Neville se posan sobre las mías y tiran bruscamente del volante para cambiar la dirección del coche. Escucho el chirriar de las ruedas segundos antes de que comencemos a dar vueltas de campana. Siento la ingravidez apoderándose de mi cuerpo porque no llevo el cinturón puesto y me abandono al movimiento, incapaz de detener los golpes.

De mi garganta no sale sonido alguno cuando, en una de las tantas vueltas que damos, algo se clava dolorosamente en mi pierna. Ni cuando siento crujir mis huesos con cada golpe. Simplemente trato de concentrarme en respirar porque cada vez me cuesta más. Mi mente práctica de enfermera me dice que

voy a morir y, aunque nunca lo creí posible, eso de que ves tu vida pasar en segundos por delante de ti, es totalmente cierto.

Recuerdo a mis padres y los buenos momentos vividos juntos. A mi abuela, a la que amé con locura hasta el final de sus días, a pesar de que ella ni me reconocía ya. Veo a los pocos amigos que tuve y que perdí y a los que, inexplicablemente, todavía siguen a mi lado. Veo por último a Alec y a Faith y las lágrimas escapan al fin a mi control. No tuve tiempo para amarlos como se merecen.

Mi último pensamiento antes de que todo se vuelva oscuridad es para ellos: una súplica para que ambos estén siempre bien, un lamento por no poder ver crecer a Faith y un arrepentimiento por no haber sabido aprovechar mejor el tiempo que compartí con Alec.

...

La sensación de paz que me invadía desaparece de repente y empiezo a notar un fuerte dolor por todo mi cuerpo. Me cuesta abrir los ojos, mis párpados pesan, y mi cabeza parece querer explotar. Me cuesta respirar en la posición en que me encuentro y trato de cambiarla, sin demasiado éxito. Tras un tercer intento, mis ojos responden y descubro con sorpresa, al abrirlos, que continúo en el coche. Y viva. Mi mente se despeja lentamente y las imágenes de lo sucedido empiezan a mostrarse como fotogramas de una película antigua. No puedo creer que haya sobrevivido a un accidente tan aparatoso.

Hay humo por todas partes y al toser, me duele el pecho. Tal vez tenga rota alguna costilla. Debería hacerme un chequeo más minucioso para evaluar los daños, pero puedo oler la gasolina derramada a mi alrededor y la necesidad de alejarme del coche gana. Sin embargo, en cuanto me muevo hacia la puerta, se me escapa un alarido de dolor. Inspiro y expiro varias veces hasta que remite. Luego lo intento de nuevo, pero con más calma. Me arrastro fuera poco a poco, tragándome cada grito y rezando para no acabar perdiendo el sentido antes de ponerme a salvo.

Finalmente me alejo del coche y apoyo la espalda en el tronco de un árbol a orillas del camino para recuperar fuerzas. De repente recuerdo a Neville. ¿Habrá sobrevivido también? No quiero pensar que he pasado esto para nada.

Lo busco desde mi posición, pero el humo lo cubre todo y apenas consigo ver algo. Por suerte, se levanta un poco de viento y después de varios minutos, el lugar del accidente se despeja y puedo distinguir un cuerpo tirado en el suelo a unos cuantos metros de mí. Permanece inmóvil, pero desde donde me encuentro no puedo asegurar que esté muerto.

Cierro los ojos y trato de respirar pausadamente. Estoy perdiendo sangre por la herida de mi pierna e intento presionarla, pero me fallan las fuerzas y no consigo detener la hemorragia del todo. Me duele el cuerpo, pero estoy viva. Contra todo pronóstico, sigo viva. Creía que eso solo pasaba en las películas. Y sin embargo, no puedo evitar recordar el accidente que tuve con mis padres. En aquella ocasión resulté ilesa a pesar del penoso estado en que quedó el coche. Ellos perecieron en el acto y yo sobreviví. Tal vez mi destino no es morir dentro de un coche.

A lo lejos distingo el ruido de varios coches, pero no tengo fuerzas para abrir los ojos de nuevo. Sé que no debo dormirme, la enfermera que llevo dentro me lo grita todo el tiempo, y sin embargo se sentiría tan bien perder la consciencia aunque fuese por un instante. El dolor parece remitir cuando me encuentro en el limbo. Tal vez solo unos minutos...

-Kath.

El grito me sobresalta, pero mi cuerpo no responde como debería. Estoy al límite de mis fuerzas y solo quiero dejarme llevar por el sueño para descansar un poco. Mi cabeza cae bruscamente hacia delante y abro los ojos por un segundo, solo para cerrarlos de nuevo después.

-Kath – la voz suena más cerca ahora y unos brazos me rodean –. Despiertas, Kath. No te duermas.

Noto cómo me alza y grito cuando su mano aprieta la herida en mi pierna. Escucho una maldición y cambia la posición de la mano. Alguien está dando órdenes no muy lejos, aunque apenas distingo lo que dice. Me encuentro al borde del desmayo.

-Está muerto – eso lo escucho perfectamente y suspiro aliviada. Deben estar hablando de Neville.

-Tenemos que llevarla al hospital ya – la angustia en la voz es palpable.

-Faith – susurro en cuanto me acomodan en lo que parece el asiento trasero

de un coche. Casi me había olvidado de ella.

-Kath – unas manos toman mi rostro y me obligo a abrir los ojos –
¡Mírame, Kath!

-Faith – repito, enfocando a duras penas a Alec.

-Está bien, camino del hospital – me asegura – La salvaste, Kath.

-Gracias – murmuro.

-Ahora solo debes preocuparte de mantenerte consciente, mi vida. No te vayas de nuevo. Aguanta, por favor.

-Me duele mucho – le digo –. Creo que me he roto alguna costilla. Me he hecho un torniquete, pero la herida de mi pierna no deja de sangrar. Presiónala, por favor. Y...

-No hables – me interrumpe –. Conserva las fuerzas para mantenerte despierta. No debes dormirte.

-Lo sé – intento sonreír, pero fracaso –. Tengo tanto sueño.

-No me dejes, Kath – me besa –. Quédate conmigo. Te necesito.

No sé cómo, pero Alec logra mantenerme despierta todo el camino. Apenas recuerdo lo que me ha dicho, pero sí he visto la preocupación surcando su rostro y solo por eso, luché contra mi deseo de dormir. Por él haría lo que fuese.

23

-Hola – Alec está a mi lado, sonriendo.

-Hola – lo imito.

Estoy en una habitación del hospital, pero no recuerdo cómo llegué a ella. Ya no me duele nada y me siento renovada, aunque veo la venda en mi pierna y en mi costado cuando me reviso.

-¿Cuánto he dormido?

-Dos días – acaricia mi mejilla –. Ya empezaba a preocuparme.

-¿Faith?

-Está bien. La han trasladado a una cuna y le han quitado todas las sondas – su sonrisa es radiante al hablar de ella –. Es una campeona.

-Cuanto me alegro – las lágrimas asoman a mis ojos. Solo pensar en lo que podría haber pasado si no nos hubiesen rescatado, me siento desfallecer.

-Eh – las seca con sus dedos –. No llores. Ya no.

-Podría haber muerto.

-Es una luchadora – me dice acercándose a mí –. Como tú. Ambas sois mis heroínas. Sois mi vida. Te quiero, Kath. Necesito que estés bien.

-Yo también te quiero – me besa en respuesta.

-Has tenido muchas visitas mientras dormías – cambia de tema y se lo agradezco –. Espero que te gusten las flores porque tenemos de todos los colores y olores. Necesitaré una casa más grande para poder guardarlas todas.

-Las tiraremos en cuanto no nos miren – sonrío.

-Puedo ir deshaciéndome de ellas sutilmente – me sigue la broma –. Haré que parezca un accidente y nadie sospechará.

Rio con sus ocurrencias y eso me hace bien, aunque mis costillas se resientan. Necesito olvidar lo que ha pasado y no hay nada como un poco de humor para lograrlo. Y tener a mi lado a Alec. Si me lo permite, me quedaré con él el resto de mis días. Lo amo.

-¿Qué? – me mira, con la sonrisa todavía en la cara – ¿Por qué me miras así?

-Porque acabo de descubrir algo – me mira con curiosidad y sonrío.

-¿Y yo puedo saber de qué se trata? – me anima a continuar al ver que no lo hago.

-Por supuesto – me siento tan eufórica, que no puedo evitar bromear con él antes de decírselo.

-Y es... - mueve su mano para que hable y yo sonrío.

-Es... - muerdo mi labio antes de continuar –. Te amo.

-¿Ahora te das cuenta? – toma mi rostro entre sus manos y se acerca a mí sin ápice de sorpresa, pero con un brillo en los ojos que dice más que mil palabras –. Yo hace tiempo que lo sé.

-¿En serio?

-Sí – sus labios rozan los míos ligeramente –, porque yo también te amo.

Me besa con infinita ternura y siento que todo estará bien a partir de ahora. Por más trabas que la vida ponga en nuestro camino, juntos lograremos superarlas. En eso consiste el amor, después de todo.

...

-¿Puedo pasar?

Alec está con Faith en Neonatos y yo me encuentro sola. Llevo cuatro días postrada en la cama y empiezo a desesperarme porque todavía no quieren darme el alta. Alec ha pedido permiso en el trabajo para cuidarme y eso me hace sentir peor. Ya ha faltado demasiado por Faith y no me gusta que lo haga también por mí. Pero por más que le insisto, no hay forma de convencerlo de que se reincorpore ya.

-Claro.

Logan se acerca a mí sin dejar de mirarme. No me apetece hablar con él, pero tampoco me siento con fuerzas para echarlo fuera. Todavía sigue ingresado, aunque ahora le permiten levantarse.

-¿Cómo estás? – me pregunta. Parece genuinamente preocupado, aunque ahora ya no puedo estar segura de nada con él.

-Aburrida.

-Estar inmovilizado es lo peor – sonrío con timidez.

-Sí – me siento incómoda. Han pasado tantas cosas entre nosotros, que ya no lo siento cercano a mí. Mucho menos después de cómo nos despedimos la última vez que hablamos. Me disgusta la situación, pero no sé qué más puedo hacer. Cada uno de mis anteriores intentos por arreglarlo fracasó.

-Lo siento, Leen – me dice después de unos segundos –. Siento haber sido tan imbécil contigo. No te lo merecías.

-No importa.

-Claro que importa – se sienta en el borde de la cama y toma mi mano –. Éramos amigos y te fallé. Fui un maldito egoísta. Un auténtico cabrón.

-No, Logan – lo detengo –. No sigas por ahí.

-Necesito decírtelo – aparta la mirada, avergonzado –. Nuestra última conversación me abrió los ojos. Tú tenías razón. Cuando supe que mi madre estaba enferma, me aferré a lo bueno que había en mi vida para no sucumbir al dolor. Tú eras lo más importante para mí en ese momento y me obsesioné contigo. No supe ver que lo que estaba haciendo era precisamente lo contrario a lo que quería.

-Logan, no tienes que justificarte. Yo...

-Necesito que entiendas por qué hice lo que hice – insiste –, porque no quiero perder tu amistad. Aunque creo que ya es tarde para eso.

-Logan... – no sé qué decirle. Aunque suena sincero, ya no sé si puedo fiarme de él.

-Anna ha estado pendiente de mi todos estos días – cambia de tema –. Cada momento libre que tenía, lo ha pasado conmigo y hemos hablado mucho. Fue ella quien me recomendó que viniese a verte para intentar aclarar las cosas entre nosotros.

-Anna es una buena chica.

-Nos vamos a dar una oportunidad. Una de verdad – recalca – No sé qué pasará, pero creo que ella es de esas mujeres que merecen la pena.

-Lo es – sonrío –. Me alegro por vosotros.

-¿Podrás perdonarme algún día? ¿Recuperaré tu amistad?

-Con el tiempo – le digo, insegura, porque han pasado demasiadas cosas entre nosotros –. Quizás.

-Puedo esperar – se levanta de la cama –. Me alegro de que estés bien, Leen. Y de que tengas a Alec a tu lado para que te cuide.

-Gracias – digo todavía sorprendida por su repentino cambio de actitud.

Se acerca a mí y me besa en la frente. Ahora se siente extraño, aunque solía hacerlo con frecuencia cuando éramos amigos. Las cosas han cambiado tanto entre nosotros que no sé si podremos volver a lo que una vez tuvimos, pero al menos se ha olvidado de su obsesión por mí. Sea como sea, ahora podrá ser feliz si de verdad le da esa oportunidad a Anna.

-¿Algún problema? – Alec acaba de entrar por la puerta y puedo imaginar lo que está pensando.

-Todo bien – le respondo.

-Yo ya me iba – se disculpa Logan.

-¿Qué ha pasado? – me pregunta Alec en cuanto quedamos solos.

-Creo que hemos hecho las paces.

-Si eso te hace feliz – me sonrío –, entonces está bien.

Y es por detalles como este por lo que lo amo tanto. Porque siempre sabe decir o hacer lo correcto en todo momento. Estiro mis brazos hacia él y no duda en acercarse a mí para que lo rodee con ellos. Lo beso con ansia y responde de igual manera. Solo nos separamos cuando comienza a faltar el aire en nuestros pulmones.

-¿Cómo está Faith?

-Te echa de menos – acaricia mis labios inflamados.

-Y yo a ella.

-Lo que me recuerda – sonrío mientras prepara la cama para que pueda estar sentada –. Tengo una sorpresa para ti.

-¿Qué sorpresa? – pregunto con impaciencia.

Sin mediar palabra, sale de la habitación y no regresa hasta pasados diez minutos. Sin embargo, podría haber esperado una vida entera en cuanto descubro lo que trae en brazos.

-Me han permitido traerla para que la veas – dice con la sonrisa más radiante que le he visto desde que nos conocemos.

-Faith – sollozo cuando la pone en mis brazos. De todas las sorpresas que me hubiese esperado, ella no habría sido ninguna –. Pero, ¿cómo...?

-Tengo mis contactos – sonrío más –. Aunque tengo que devolverla en unos minutos. Ha mejorado mucho estos últimos días. Parece que nuestra pequeña se crece en las dificultades.

No me pasa desapercibida la forma que tiene de nombrarla, incluyéndome. Mi corazón aletea feliz. Nuestra pequeña. La miro y siento que realmente es mía también. Después de todo, ya me tenía ganada desde el primer día. Me descubro a mí misma deseando egoístamente que me llame mamá llegado el momento.

-¿Qué haces? – pregunto al ver a Alec con el teléfono.

-Inmortalizando el momento – sonrío –. Mis dos mujeres juntas al fin.

Entonces caigo en la cuenta de que es la primera vez que la sostengo en brazos de este modo delante de Alec. Le sonrío cuando saca otra foto y

después miro a Faith. La noto más crecida y más fuerte. Ya no tiene ningún cable conectado a ella aunque conserva la vía. La necesitará todavía un tiempo. Bostezo y no puedo evitar cantarle la nana. Cuando levanto la vista después de que se duerma, Alec lo está grabando y me sonrojo.

-Este sí será un buen recuerdo – dice con emoción.

-Espero que no – sonrío ante su desconcierto –. Lo haré tantas veces, que no necesitarás el video para recordarlo.

Se acerca a nosotras y me besa. Rodea mis hombros con su brazo y ambos nos recreamos en la visión de una Faith satisfecha en mi regazo. Es una bonita estampa.

-Definitivamente, podría acostumbrarme a esto – dice.

-Y yo.

....

-¿Cómo está mi coja favorita?

Duncan entra en la habitación con un enorme ramo de rosas y una caja de bombones. Sally le sigue y me mira como si quisiese disculparse por el poco tacto de su novio. Le sonrío para que sepa que no me molesta y se acerca para besar mi mejilla.

-¿Cómo te encuentras? – me pregunta.

-Deseando irme a casa.

Duncan me besa también después de dejar las flores en la mesa auxiliar y me ofrece un bombón. Se ven todos tan tentadores, que no sé por cual decidirme. Finalmente, toma uno y me lo mete en la boca, provocando que Sally lo reprenda por ello y que yo me ría.

-Me conoce bien – digo después de tragar –. Sabe lo que me gusta.

-No te celes, mi amor – le dice a Sally –. Ya te daré luego lo que te gusta a ti. En privado.

-Duncan – lo golpea en el pecho y yo río de nuevo. Sally es tan atrevida

para algunas cosas y tan cohibida para otras.

Me han estado visitando todas las tardes, haciendo que mi estadía en el hospital sea más llevadera. Ciertamente, es en los peores momentos cuando conoces a tus verdaderos amigos. Y ellos dos, sin duda, lo son.

-¿Es cosa mía o aquí faltan flores? – Duncan pasea su mirada por la habitación y no puedo evitar sonreír.

-Las reparto entre las enfermeras – dice Alec, que entró justo para escuchar su pregunta –. Tal vez así pueda llevarme antes a Kath a casa.

-Ojalá funcionase así – suspiro.

-Las tengo casi en el bote – me guiña un ojo antes de acercarse para besarme.

-Las cochinas para cuando estéis solos – ríe Rory, que también entra en el momento justo.

-¿Y las flores? – le pregunta Duncan.

-Kath no necesita de esas mierdas – lo señala antes de continuar –. Que sepas que las tira en cuanto te vas.

En estos días, han coincidido en varias ocasiones y eso se hace notar. Las risas están garantizadas con todos ellos. Me siento afortunada. Hace poco más de un mes estaba sola y ahora tengo una familia que parece crecer por momentos.

Observo a Alec mientras los tres se dedican a competir sobre quien dice la mayor barbaridad. El amor que siento por él crece cada día y no puedo evitar pensar que fue puesto en mi camino aquel día en que chocamos frente al hospital para demostrarme que en mi vida también pueden suceder cosas buenas.

-¿Estás bien? – me pregunta cuando descubre mi escrutinio sobre él.

-Soy feliz – le digo.

-Me alegro – me sonrío.

-Gracias por aparecer en mi vida y desbaratarla.

-Gracias a ti por centrar la mía – me besa –. Te amo, Kath.

-Y yo a ti.

EPÍLOGO

ALEC

Han pasado un par de meses desde aquella fatídica noche en que creí que perdería a Kath. Cuando llegué al lugar del accidente y la vi apoyada contra aquel árbol, con los ojos cerrados, pensé que era demasiado tarde. Desde entonces, intento aprovechar cada instante al máximo. No permitiré que se aleje de mí nunca más.

-¿Crees que se sentirá cómoda aquí?

Lleva varios días intranquila. Desde que supo que hoy le darían el alta a Faith. Casi no puedo creer que tendremos en casa por fin a nuestra pequeña. Después de tres intensos meses, podremos sacarla del hospital y empezar nuestra nueva vida juntos.

-Es un cuarto precioso – la abrazo por la espalda y deposito un beso en su cuello –. Faith lo adorará.

Cuando salió del hospital, me llevé a Kath a mi apartamento. Aunque tuve que reincorporarme al trabajo, adapté mis horarios para poder ayudarla hasta que la herida de su pierna se curó por completo. Me sirvió de prueba para cuando Faith esté con nosotros porque sigo decidido a no perderme ningún momento importante de su vida.

-No ha quedado igual a como lo tenía en mente cuando encargamos los muebles – ha repetido en tantas ocasiones lo mismo, que me dan ganas de zarandearla para que se olvide de ello.

-Está perfecto – le digo –. Y si no le gusta, podrá elegir otra habitación. Ahora hay de sobra.

Hace un mes, Kath me sorprendió con una increíble propuesta. Me pidió que me mudase a su casa con ella. Nunca se me había pasado por la cabeza, pero debo admitir que es la solución perfecta. Así que tuvimos que adaptar los muebles del cuarto de Faith a una de las habitaciones que tenía libre. A mí me gusta mucho más como queda aquí, pero ella sigue dudando.

-Vamos a por nuestra pequeña – le digo – y ya deja de torturarte.

-Estoy nerviosa – se gira hacia mí y me abraza –. Me siento como una primeriza.

-Lo eres – la beso.

Viajamos en silencio camino del hospital y regresamos del mismo modo. Aunque con la diferencia de que a la vuelta no puedo dejar de mirar hacia Kath por el retrovisor porque va detrás con Faith. A medida que nos acercamos a la casa, mis nervios aumentan. Tengo preparada una sorpresa para ella y necesito saber que todo saldrá bien.

Disimuladamente escribo un mensaje a Rory mientras espero a que el semáforo se ponga verde. Cuando llega la confirmación de que están preparados, respiro con más tranquilidad. Aún así, miro de nuevo hacia ellas y esta vez me sonrío a través del espejo.

-Déjamela a mí – le digo cuando intenta sacar a Faith del coche –. Tú abre la puerta.

-¡¡¡SORPRESA!!!

El grito de nuestros amigos me sobresalta incluso a mí, aún sabiendo que sucedería. Kath se lleva las manos al rostro para ocultarse por un momento antes de que todos comiencen a abrazarnos y a felicitarnos por la llegada de Faith a casa. Veo cómo las lágrimas empañan los ojos de Kath, pero logra contenerlas todo el tiempo. Sin embargo, yo me he propuesto hacerla llorar de emoción y sonrío con anticipación. Porque la sorpresa que le tengo preparada no es esta. De hecho, nadie más sabe lo que tengo planeado.

-Atención – digo después de esperar un tiempo prudencial para que todos puedan cargar a Faith –. Tengo algo que decir.

-El jefe quiere hablar – ríe Rory –. Escuchémoslo.

Miro a cada uno de ellos y descubro que entre Kath y yo hemos logrado reunir a un grupo pequeño, pero increíble de amigos. Están Adelaide y Alan, los sensatos del grupo. Duncan y Rory, los más locos, pero siempre divertidos. Sally, la tímida para ciertas cosas, pero entusiasta de otras. Y Kath. Mi Kath. La mujer que me robó el corazón el primer día que mis ojos se encontraron con los suyos aunque no lo supe hasta más tarde. Verla con Faith en su regazo es el mejor regalo que la vida me ha podido dar, pero quiero mucho más.

-Ven – alargó mi mano hacia ella para que se una a mí.

Deja a nuestra pequeña con Adelaide y se coloca a mi lado. La rodeo con un brazo antes de hablar de nuevo. Los nervios regresan a mí, pero trato de disimularlo. No quiero que me traicionen antes de tiempo.

-Quería agradecerlos que estéis con nosotros, compartiendo uno de los momentos más importantes de nuestras vidas. Hace tres meses estaba muy asustado por el futuro que me esperaba con una niña prematura, que no sabía si sobreviviría y a la que no tenía ni idea de cómo cuidar si lo lograba – noto cómo Kath aprieta su abrazo en mi cintura –. Hoy, puedo decir que ya no tengo miedo. Porque tengo a mi lado a unos amigos estupendos y dispuestos a todo por nosotros. Y porque he conseguido el amor de la mujer más maravillosa que he conocido jamás.

Entonces, saco de mi bolsillo la caja negra donde he guardado el anillo y me arrodillo frente a Kath, ante la atónita mirada de todos. He aquí mi verdadera sorpresa.

-Sabes cuánto te amo – le digo sin apartar la mirada de la suya –. Eres todo cuanto buscaba. Tú le has dado estabilidad a mi vida incluso cuando la revolucionaste en primer lugar. Me has dado un motivo para creer que es posible encontrar la felicidad en los brazos de otra persona cuando ya había tirado la toalla. Eres mi compañera, mi amiga, mi confidente, mi amante, mi todo. Eres la madre de mi hija. ¿Quieres ser también mi esposa? ¿Te casarías conmigo?

-Sí – he logrado hacerla llorar como me propuse y me levanto para limpiar sus lágrimas y besarla –. Claro que me casaré contigo.

-Como para decirle que no después de semejante declaración – ríe Rory –. Pero aclaro. Eso de que los amigos estamos dispuestos a todo por vosotros... no contéis conmigo para cambiar pañales.

-Ni conmigo – añade Duncan riendo.

-Aquí todos arrimaréis el hombro – les aseguro a ambos.

-Eso ya lo veremos – me desafía Rory.

Tal vez no consiga que me ayuden en eso, pero sé que las risas estarán garantizadas.

-Pues yo quiero felicitar a los futuros novios – Adelaide, como siempre, pone la voz de la razón.

El resto de felicitaciones no se hacen de esperar y la celebración se alarga hasta la noche. Y cuando nos quedamos solos, Kath se encarga de acostar a Faith mientras yo termino de recoger el salón.

-Se ha dormido al fin – me dice metiéndose en la cama –. Me encanta tenerla en casa con nosotros.

-Y a mí – la atraigo sobre mí para besarla –. Hoy me has hecho el hombre más feliz del mundo aceptando mi propuesta.

-¿Acaso dudabas de que te dijese que sí?

-Contigo nunca se sabe – sonrío cuando me golpea en el pecho –. Eres una mujer difícil de descifrar.

-Pues yo creo que siempre se te ha dado muy bien saber lo que pienso. Llegué a pensar que podías leer la mente.

-Ya me gustaría – la beso –. Todo habría resultado más sencillo.

-Tampoco ha salido tan mal, ¿no crees?

-Ha salido mejor que bien.

-Cuando nos conocimos, no quería implicarme contigo porque en el fondo sabía que podrías llegar a ser alguien importante para mí. Intenté alejarme, pero nunca me lo permitiste. Siempre volvía a ti – me besa –. Siempre volveré a ti.

-Lo sé – es mi turno para besarla –. Yo me encargaré de que así sea. Ya no

hay forma de que puedas escapar de mí, Kath.

-Ya no quiero hacerlo. Te amo, Alec.

-Y yo a ti, mi vida.

Y aunque sé que no todo será fácil y que nos encontraremos obstáculos por el camino, también sé que los superaremos juntos. Porque por mis mujeres, merece la pena luchar.

NANA ESCOCESA

Nana nanita

Nana nanita

Nana nanita

Nana nani.

Marchaos, haditas

Marchaos, haditas

Marchaos, haditas

De nuestra casa ya.

Bajan los lindos ángeles

Bajan los lindos ángeles

Bajan los lindos ángeles

A nuestra casa ya.

Duerme suavemente, mi bebé

Duerme suavemente, mi bebé

Duerme suavemente, mi bebé

En nuestra casa ya.